George Robinson

VIAJE A PALESTINA Y SIRIA EN 1830

CLÁSICOS DE HISTORIA 501

GEORGE ROBINSON

VIAJE A PALESTINA Y SIRIA EN 1830

Abreviado y traducido en:
Nuevo Viajero Universal. Enciclopedia de viajes modernos. Recopilación de las obras más notables sobre descubrimientos, exploraciones y aventuras, publicadas por los más célebres viajeros del siglo XIX…
ordenada y arreglada por D. Nemesio Fernández Cuesta
Tomo II. *Asia*
Biblioteca ilustrada de Gaspar y Roig
Madrid 1860
Pág. 497-571
https://books.google.es/books?id=T-bIHee5W2IC&hl=es

Edición original:
Travels in Palestine and Syria
(dos volúmenes)
París-Londres 1837
https://books.google.es/books?id=ZW5CAAAAcAAJ&hl=es
https://books.google.es/books?id=bm5CAAAAcAAJ&hl=es

CLÁSICOS DE HISTORIA 501

ÍNDICE

PRIMERA PARTE: PALESTINA

SEGUNDA PARTE: SIRIA

PRIMERA PARTE
PALESTINA

1.
La Tierra Santa.

Introducción.—Nombres de la Tierra Santa.—Tierra de Canaán.—Tierra de Israel.—Tierra de Jehová.—Tierra de Promisión.—Tierra de Judea.—Palestina.—Límites de la Tierra Santa.—Su primera división.—Segunda división.—En tiempo de Jesucristo estaba dividida en Galilea, Samaria, Judea, Perea e Idumea.—Los romanos la dividen en Palestina Prima, Secunda y Tertia.—Otras divisiones modernas.

Después de haber concluido de visitar la Grecia y Egipto, países tan interesantes, que fueron la cuna y la patria de las artes y de las ciencias así como de aquellas sabias instituciones cuyos beneficios son hoy día comunes a todas las naciones civilizadas, tuve el deseo de visitar igualmente la tierra de Israel, única región del universo donde el culto del verdadero Dios se ha perpetuado casi por espacio de tres mil años; la Tierra Santa, en una palabra, cuna de esta religión que en su pureza y tal como su Divino Autor la ha enseñado por la palabra y sus Apóstoles en el Evangelio es tan a propósito para esparcir la dicha universal, mejorar la condición de los hombres y perfeccionar la naturaleza humana.

La Tierra Santa ha recibido en diversas épocas diferentes nombres[1] que debió ya a sus habitantes, ya a los acontecimientos extraordinarios que se ligan a su historia. En la Escritura es más particularmente llamada:

1. *Tierra de Cannán*, del nombre de Canaán, el mas joven de los hijos de Cam y nieto de Noé, que se estableció en ella después de la caída de Babel y dividió el país entre sus once hijos, origen de otras tantas tribus numerosas, que con el tiempo formaron una nación distinta. (Gén. X, 15 y sig.)

2. *Tierra de Israel*[2], porque los israelitas, o sean los descendientes de Jacob, vinieron a fijarse en ella.

3. *Tierra de Jehová o Tierra del Señor*. (Ved Os. IX, 3. Deut. XXX, 20 y el Lev. XXV, 23).

4. *Tierra de Promisión*, porque Dios había prometido a Abraham que sus descendientes la poseerían, y como eran hebreos, el país que ellos habitaron se llamó Tierra de los Hebreos[3].

5. *Tierra Santa*, nombre que le dan hoy día los cristianos, porque Dios la escogió para ser la inmediata residencia de su culto; fue santificada por la presencia, por los hechos, por los milagros, por las predicaciones y por los padecimientos de Nuestro Señor Jesucristo, patria de los patriarcas, de los profetas y de los apóstoles.

6. *Tierra de Judea*. Bajo esta denominación no se comprendió desde luego más que la porción del país que había tocado en repartimiento a la tribu de Judá. Pero parece que más tarde, cuando esta tribu sobrepujó a las otras en poder, todo el reino de Israel tomó el nombre de Judá o Judea. Después de la separación de las Doce Tribus, las provincias habitadas por las tribus de Judá y de

---

1 El autor cree que no es inútil traer aquí sucintamente a la memoria de sus lectores los nombres, divisiones y límites de las regiones de que se propone hablar. En este breve resumen se ha valido de la autoridad del Rev. Th. Hartwell Horn, autor de la obra titulada: *Introducción al estudio crítico y al conocimiento de las Santos Escrituras.*

2 Los judíos dividían antiguamente el mundo en dos partes: la tierra de Israel, y la tierra fuera de Israel, esto es, los países habitados por los pueblos idólatras o gentiles.

3 Así llamados, del nombre de Abraham, apellidado el Hebreo, que atravesó el Eufrates para venir a la tierra de Canaán. Después de su salida de Egipto se les llamó generalmente israelitas. El nombre de judíos les fue dado a su vuelta del cautiverio de Babilonia, a causa de la tribu de Judá, la más considerable de las doce.

Benjamín formaron un estado separado que se llamó Tierra de Judá o Judea, nombre que todo el país conservó durante la existencia del segundo templo y la dominación romana.

7. El nombre de *Palestina*, que parece haber sido el de la Tierra Santa en tiempo de Moisés, le viene de los filisteos, pueblo procedente del Egipto, que, después de haber expulsado a los aborígenes, se estableció en las playas del Mediterráneo, donde se hizo tan poderoso que dio su nombre a todo el país, si bien parece que no poseyó más que una pequeña parte.

Se han señalado diversos *límites* a la Tierra Santa; pero según los planos más recientes y exactos, parece que la longitud era de más de doscientas millas, y su latitud, hacia la parte del centro, alrededor de ochenta o noventa millas, según que se ensancha o se estrecha mas o menos.

Según la alianza hecha con Abraham, la donación de la Tierra Prometida comprendía originariamente todo el país situado desde el río del Egipto hasta el gran río del Eufrates. Sus límites precisos, tales como Dios los trazó a Moisés, están indicados en el Génesis (XV, 18) con toda la exactitud de un testigo ocular. Sin embargo, los israelitas no fueron puestos inmediatamente en posesión de esta comarca. La promesa del Señor no se realizó del todo sino bajo el reinado de Salomón. Cuando los israelitas se hicieron dueños del país de Canaán, Josué lo dividió en *doce partes*, que las tribus sortearon, según sus familias. En este repartimiento, los descendientes de Efraim y de Manasés, hijos ambos de José, y que Jacob había adoptado, recibieron sus suertes como tribus distintas. El país situado al Norte fue asignado a las tribus de Aser, de Neftalí, de Zabulón y de Isacar; el centro, a la de Efraim y a la mitad de la de Manasés; el Mediodía, a las de Judá, de Benjamín, de Dan y de Simeón; y las comarcas a la otra parte del Jordán, de las que los israelitas se habían apoderado antes de conquistar todo el país de Canaán, fueron asignadas a las tribus de Rubén, de Gad y a la otra mitad de la de Manasés. La tribu de Ruben tuvo el Mediodía; la de Gad el centro; y la media tribu de Manasés, los distritos del Norte. La tribu de Leví, que de hecho formaba una décimatercia tribu, no poseía territorio; pero en virtud del mandato de Dios, se señaló a los levitas, que estaban encargados del servicio de los altares, el diezmo y las primicias de los bienes de sus hermanos, con exención de toda especie de cargas civiles.

La segunda división notable de la Tierra Santa es la que hizo Salomón. Este monarca dividió el reino que había recibido de David, su padre, en doce provincias o distritos, al mando cada una de un gobernador particular. Sus Estados se hallaban limitados al Oriente por el Eufrates; al Occidente, del lado del Mediterráneo, por el país de los filisteos, y al Mediodía por el Egipto. Tenía de consiguiente como tributarios los reinos de Siria, de Damasco, de Moab y de Ammon, y de esta manera parecía poseer todo el país que Dios había prometido a Abraham dar a su descendencia. Pero esto no fue más que un magnífico paréntesis en la historia de los israelitas. Después de la muerte de Salomón, diez tribus se insurreccionaron contra su hijo Roboam, y constituyeron, bajo el cetro de Jeroboam, un estado separado que se llamó *Reino de Israel*. Las dos tribus de Benjamín y de Judá, que permanecieron fieles a Roboam, formaron el *Reino de Judá*. Este reino comprendía toda la parte meridional que había cabido en suerte a aquellas dos tribus, así como todas las porciones del territorio de Dan y de Simeón, que se hallaban enclavadas en la de Judá. Jerusalén, situada en la tribu de Benjamín, era la metrópoli de este reino. El reino de Israel se componía de todas las provincias del Norte y del centro, habitadas por las diez tribus restantes, y tenía por capital la ciudad de Samaria, en la tribu de Efraim. Pero esta división, después de haber durado doscientos cincuenta y cuatro años, cesó en la época de la conquista del reino de Israel por Salmanasar, rey de Asiria.

La Tierra Santa pasó sucesivamente de la dominación de los reyes de Siria a la de los griegos y de los romanos. En tiempo de Jesucristo estaba dividida en cinco provincias diferentes, a saber: la Galilea, la Samaria, la Judea, la Perea y la Idumea.

La *Galilea* comprendía el país primitivamente habitado por las tribus de Issacar, de Neftalí, de Aser y por la mitad de la de Dan. Dividíanla en Alta y Baja Galilea.

La *Samaria* se componía del territorio originariamente ocupado por las dos tribus de Efraim y de Manasés, que se hallaba situado a este lado del Jordán, exactamente entre la Judea y la Galilea.

La *Judea* comprendía los terrenos que pertenecieron en otro tiempo a las tribus de Judá, de Benjamín, de Simeón y a la otra mitad de la de Dan. Con muy corta diferencia tenía la misma extensión que el antiguo reino de Judá.

El distrito de *Perea* se componía de los seis cantones de Abilena, Tracónita, Iturea, Golónita, de Bactanea, y de Perea propiamente dicha. Algunos geógrafos añaden a estos un septimo canton, el de DeCápolis.

La *Idumea* fue incorporada a la Palestina en tiempo de los romanos. Comprendía la parte más meridional de la Judea, así como también una porción de la Arabia.

Bajo el Imperio Romano la Palestina era una dependencia del gobierno de Siria, y hacia el principio del siglo V fue dividida en tres provincias, a saber:

1. *Palæstina Prima*, que comprendía los antiguos reinos de Judá y de Samaria.
2. *Palæstina Secunda* que encerraba los antiguos distritos de Galilea y de Tracnita.
3. *Palæstina Tertia* o *Salutaris* que comprendía la antigua Perea y la Idumea.

En las modernas divisiones de esta parte del Imperio Otomano, la Palestina no ha formado un Estado aparte, sino que ha sido siempre incorporada al país de Sham, llamado por otro nombre Siria. Esta última provincia ha permanecido hasta hoy dividida en bajalatos o gobiernos, que son los de Acre, Trípoli, Alepo y Damasco. Pero como su extensión aumentaba o disminuía con arreglo al mayor o menor poder de los bajás respectivos que los gobernaban, sus límites jamás han estado fijos de una manera precisa[4].

2.
De Damieta a las playas de la Tierra Santa.

Salida de Damieta.—Embocadura del Nilo.—Paso del Boghaz.—En el mar—Nuestro buque.—Pasajeros a bordo.—Vista de las costas de Siria.—Jafa.—Yabné.—Ekron.—Ashdod.—Ascalón.—Gaza.—El Arish.—Salida para la Ciudad Santa.—Caravana de peregrinos.—Llanura de Sharons.—Ramla.—Hospitium.—Ruina a sus inmediaciones.—Viaje de noche a Jerusalén.—Accidente.—Alto en un puesto militar.

Damieta, 8 de agosto de 1830.—Teníamos, como he dicho, formado el proyecto de embarcarnos aquí para la Palestina. Una ocasión, poco cómoda en verdad, de poner en ejecución nuestro propósito se ofrecía esta misma mañana. Un barquichuelo cargado de arroz, sin puentes, de cerca de cincuenta toneladas, se hallaba amarrado a lo largo de la playa, pronto a hacerse a la vela para aquel país tan luego como se le presentase un viento favorable. Inmediatamente ajustamos nuestro viaje con el patrón de aquel barco por la sencilla razón de que, habiendo completado su carga, el elevado precio que le pagábamos (10 piastras) era para él un beneficio claro, si se exceptúa el tiempo que tardó en llevarnos a Jafa, dirigiéndose de aquí a Beirut, puerto de su destino.

Después de haber hecho embarcar nuestro equipaje y de habernos despedido de nuestro excelente huésped, Mr. Darmandy, cónsul de Francia en Damieta, nos volvimos hacia el mediodía a bordo del buque, y nos hicimos inmediatamente a la vela. Algunos pobres campesinos árabes viendo nuestro barco separarse de la playa, echaron sobre nosotros una mirada de envidia que parecía explicar elocuentemente el deseo de huir de la tiranía del virrey que a la sazon había en Egipto; pero el cuidado con que todos sus pasos eran vigilados por los aduaneros, no nos permitió secundar sus intenciones. Nos detuvimos en la embocadura del río, donde pasamos la noche, habiendo echado anclas.

4 Después que las tropas del virrey de Egipto tomaron posesión de esta provincia (en 1833), fue dividida en *muderlicks* o gobiernos puestos bajo el mando de generales de división; pero la circunscripción de estos muderlicks es de tal manera provisional, que sería inútil hablar aquí de ellos.

Agosto 9.—Esta mañana el piloto del Booghaz juzgando el momento favorable, llegó muy temprano a bordo del buque para conducirle fuera de la barra. Como medida de precaución, principió por hacer descargar sobre los alijadores una parte de la carga que debía colocarse de nuevo, luego que estuviésemos en alta mar. Terminada esta operación continuamos la marcha. Por fortuna hacía entonces muy poco viento, de manera que podíamos distinguir fácilmente los diversos escollos que teníamos que salvar. Sin embargo, el barco tropezó muchas veces con gran disgusto del patrón, que manifestó su descontento en términos poco mesurados, y en una lengua que se presta admirablemente a la expresión de la cólera, en lo que convendrán sin dificultad todos los que la han oído hablar. Por fin, salvando todos los obstáculos, hicimos nuestro pasaje sin el menor accidente. En seguida volvióse a colocar la carga a bordo, lo cual hecho, dimos todas las velas al viento.

Cada uno de nosotros se ocupó entonces en colocarse todo lo cómodamente que le permitía el estado embarazoso del buque. Los pasajeros se componían de Mr. Cadalvene y de mí (Mr. de Breubery[5] había tomado el camino de tierra que conduce del Cairo a Jerusalén), de un italiano y de muchos esclavos de ambos sexos, destinados al establecimiento que Lady Hester Stanhope posee en las inmediaciones de Tsaida. Estos dos viajaban bajo la dirección de un turco anciano y respetable que hacía muchos años se hallaba al servicio de su señoría. Nuestro barco no tenía camarote por mas que hubiésemos pagado tan caro como si lo hubiera tenido; pero colocando unos sobre otros algunos sacos de arroz, en que consistía en gran parte su carga, levantamos una especie de barrera entre nosotros y nuestros compañeros de viaje, los árabes y los abisinios, con los que era muy poco agradable hallarse en contacto inmediato. Aunque estos pueblos sean naturalmente blandos e inofensivos, de lo que hemos podido convencernos por todas partes, sin embargo, sus costumbres no se acomodan siempre con nuestros hábitos de aseo y con nuestras nociones acerca de la decencia. Una estera colocada sobre los sacos de arroz y de café, nos servia de alfombra, y una vela extendida por encima de nuestras cabezas servía para resguardarnos de los abrasadores rayos del sol. El patrón, en una mano la pipa y en la otra el gobernalle, estaba sentado, cruzadas las piernas, en la proa del barco y en medio de su tripulación turca. Nosotros habíamos viajado por estas regiones lo bastante para saber que en nuestra calidad de europeos, nos sería indispensable proveer, no solo a nuestro propio alimento, sino también al de nuestros compañeros de viaje. Por consiguiente, a la hora de comer hicimos aumentar la cantidad del *pilau*, cierto plato compuesto de grasa y arroz, que ordinariamente se sirve en estas ocasiones. El patrón y el turco de que he hablado, tomaron asiento a nuestro lado, y cuando hubimos concluido, el plato pasó a la tripulación y en seguida a los esclavos. El viento se sostuvo bastante bien durante el día e hicimos un camino considerable, pero empezó a aflojar a medida que el sol descendía al horizonte, y siguió una calma completa. Pasamos la noche en conversación los unos, y los otros cantando o contemplando la bóveda estrellada.

Agosto 10.—En esta ocasión probamos de una manera bien desagradable la molestia inherente a todo viaje por mar. Nuestro barco no tenía puente, de manera que nos era imposible movernos del sitio que desde luego habíamos tomado; sitio, que el gran número de pasajeros hacía necesariamente muy estrecho y muy incómodo. Mientras permanecíamos de esta manera en el mar, tuvimos mucho que sufrir a causa del calor que era entonces excesivo y que no atemperaba el menor soplo de aire. Sin embargo, a la caída de la tarde, algunas ligeras ondas que se manifestaron en la superficie del agua hacia el Oeste, vinieron a anunciarnos la vuelta del viento que nos era tan necesario.

Agosto 11.—Esta mañana al amanecer, hemos visto la tierra; pero, contra lo que esperábamos, en lugar de hallarnos frente al puerto de nuestro destino, reconocimos que habíamos hecho la ruta derechamente al Monte Carmelo. El patrón, a quien dirigimos serias reconvenciones por haberse

5 Estos dos señores, en cuya amable e instructiva sociedad he tenido la fortuna de hallarme durante la mayor parte de mi viaje a Oriente, acaban de publicar el resultado de sus observaciones sobre aquellas interesantes comarcas. Véase *El Egipto y la Turquía de 1829 a 1836* por MM. de Cadalvene y J. de Breubery, con planos y mapas.

separado hasta ese punto del camino directo, y mayormente habiendo sido el viento siempre favorable, nos respondió con franqueza, que, persuadido de que el tiempo era para nosotros una cosa de poca consideración comparativamente a nuestra seguridad personal, había huido con todo cuidado de las playas bajas del Egipto, prefiriendo dirigirse hacia la montaña de que acabo de hablar, y que es en efecto el punto más elevado de las costas de la Siria. Como habíamos sido tratados con desprecio, y no poseíamos mas que una brújula por todo instrumento de navegación, le agradecimos desde luego su prudencia. Pero, una vez reconocida nuestra posición, nos apoderamos del timón y ordenamos al patrón dirigirse a lo largo de la costa inclinándose hacia el Sur. A las tres de la tarde dimos vista a Jafa. Habiendo hecho una señal, se destacó inmediatamente del puerto una barca que vino por nosotros para conducirnos a tierra. Después de habernos informado de los barqueros, acerca del estado sanitario de la ciudad, hicimos colocar en su débil esquife nuestros equipajes, y nos entregamos a su discreción, no sin experimentar cierto miedo que su evidente torpeza nos causaba. El barco continuó al mismo tiempo su ruta hacia Beirut.

Al llegar al puerto pasamos inmediatos a un bergantín austriaco que había sondeado en la rada, y había traído de Constantinopla una multitud de peregrinos griegos, armenios y rusos que iban a Jerusalén. El anclaje es poco seguro en aquel lugar, porque está demasiado cerca de un banco de piedra situado delante de la ciudad[6]. Así que, cuando hace mal tiempo, los buques prefieren quedarse en alta mar, a permanecer amarrados con sus cables. Al restituirnos al lugar donde debíamos desembarcar, atravesamos un sitio que parecía ser el antiguo puerto. Cualquiera que hubiese sido en otro tiempo su capacidad, hoy día no podía recibir sino pequeños barcos; y no se veía en él más que alguno que otro acá y allá. A juzgar por el número de ociosos que habían acudido a la playa para ver desembarcar a los *milordois*[7], nuestra llegada había causado alguna sensación en la ciudad. Pero si nosotros éramos el objeto de su curiosidad, vimos en cambio, en la muchedumbre que se apiñaba alrededor de nosotros, muchas cosas para excitar la nuestra. Entre la multitud había muchos individuos vestidos, mitad a la oriental y mitad a la europea, a los cuales los demás parecían mostrar cierta especie de deferencia. Su traje era, en su conjunto, el que han adoptado los mercaderes de Levante; traje que consiste en una larga túnica o bata de algodón o de seda, de rayas, llamada *kombaz*, y en una especie de pantalón muy ancho (*sherwal*); pero en lugar de turbantes llevaban sombreros de picos a la francesa o a la española.

Habiéndome informado de la categoría de tales personajes, se me dijo que eran los representantes de europeos poderosos que venían a recibirnos a nuestra arribada, lo que en efecto era verdad, porque apenas hubimos tocado la arena, cuando se apoderaron de nuestras personas. Habiendo manifestado mi nacionalidad, fui reclamado por el agente de Inglaterra, Mr. Damiani, levantino de origen, y me vi obligado a pesar mío a separarme de mis amigos que se habían entregado ya en poder de sus respectivos cónsules. Sin embargo, por ningún concepto puedo quejarme de haber hecho conocimiento con este señor. Él me condujo a su casa que, entre paréntesis, me dijo hallarse edificada sobre el mismo sitio en que lo estuvo la de Simeón el Curtidor, en cuya casa se hospedó San Pedro. Mientras se trató solamente acerca de la situación, nada había que objetar a este aserto; su morada se halla en efecto cerca del mar al borde mismo del agua. Por otra parte, yo me hallaba poco dispuesto a disputar las tradiciones locales después de mi llegada a un país donde todas las cosas que se ven, deben su principal interés a los recuerdos que se unen a ellas. Después que me hallé solo, me abandoné a una multitud de ideas que la novedad de mi situación hacia agolparse a mi mente; al arribar a las playas de la Tierra Santa, yo había visto cumplirse el más ferviente de mis deseos, el deseo más ardiente de mi corazón; pero cuando por la primera vez este deseo se apoderó de mí, yo era todavía muy joven; su realización me parecía rodeada de obstáculos insuperables; y hoy mismo que piso esta tierra sagrada, apenas puedo creer la realidad de lo que veo y de lo que siento.

6 Cuando Vespasiano marchó contra la ciudad, los habitantes, que eran todos piratas, huyeron en sus bajeles, pero sorprendidos por una tempestad, se estrellaron en estas rocas.

7 Nombre generalmente dado en Oriente a los viajeros europeos.

Agosto 12.—Esta mañana, acompañado de mi amable huésped, he ido a visitar a Jafa y sus fortificaciones. Realmente se puede llamar a esta ciudad, ciudad de escaleras, porque a causa de la desigualdad del terreno que ocupa, ha habido necesidad de dar a la mayor parte de sus calles la forma de escaleras. Está edificada sobre una eminencia cónica que domina la mar; por el lado de tierra se encuentra rodeada de una muralla morisca, flanqueada a distancias desiguales de baluartes numerosos. Las casas, construidas de piedra, se elevan en terraplenes a partir de la playa, y presentan, cuando se arriba del mar, un golpe de vista muy extraño; y sin embargo agradable, sobre todo a los ojos de viajeros cansados, como lo estábamos nosotros, del aspecto monótono de las aldeas de barro del Bajo Egipto[8]. Pero la ausencia total de verdor destruye bien pronto esta impresión favorable. Si exceptuamos los alrededores de la ciudad, donde algunas palmeras (símbolo y en cierto modo estandarte de la Palestina)[9], elevan sus copas majestuosas, toda la costa está cubierta de una espantosa aridez, y no se compone en gran parte sino de pequeñas colinas de arena enteramente desnudas. La población constante de Jafa no pasa de cuatro mil almas, cuya cuarta parte son cristianos. No se puede decir que esta ciudad sea una plaza mercantil, porque en ella se hacen pocos negocios; y el comercio consiste allí únicamente en la venta de los objetos necesarios a los peregrinos que van a Jerusalén o que vuelven de esta ciudad, de la cual ella es en cierta manera el puerto.

Jafa o Yafa, como la llaman los indígenas, es la antigua Joppé, de que se hace tan frecuente mención en la Escritura. A su puerto es adonde abordaron sobre balsas los cedros del Líbano para el templo de Salomón (2 Cr. XI, 16), y donde el profeta Jonás se embarco para Tarshish (Jon. 1, 8). San Pedro resucitó en ella a Tabites (Act. IX, 36, 42), y Simeón el Curtidor moró en ella. Según la tradición es en Joppé donde Noé construyó el arca. Allí es también, según la fábula, donde Andrómedas fue encadenado a la roca, y donde Perseo lavó la sangre de las heridas que había recibido combatiendo contra los centauros. En su puerto, en fin, fue donde Judas Macabeo quemó la escuadra de los sirios.

En nuestros días Jafa ha adquirido una triste celebridad por dos actos de barbarie, que manchan la memoria de Napoleón, a pesar de los esfuerzos hechos para atenuar su enormidad. El hospital donde hizo, según dicen, envenenar a sus soldados invadidos de la peste, a fin de que no cayesen en manos de los turcos, es ahora un convento armenio. El lugar que fue el teatro de la matanza de los prisioneros, se ha la colocado a orillas del mar, cerca de una hora hacia el Sur de la ciudad.

El país situado entre Jafa y Gaza, al Oeste de las montañas de la Judea, y que se conoce con el nombre de llanura del Mediterráneo, formaba el imperio de los filisteos. Comprendía las cinco poblaciones de Gaza, Ascalón, Azof, Gath y Ekrón. Este distrito se llama todavía Falastin, y puede ser considerado como la Palestina propiamente dicha. Siguiendo el camino que conduce hacia el Mediodía, a lo largo de la costa, entre Jafa y el Arich, frontera natural de la Palestina por este lado, se encuentran muchas ciudades célebres en la historia de los filisteos, pero que hoy día han perdido todas su poder y su esplendor antiguo. Algunas no ofrecen a la vista más que ruinas; hablaré de ellas por el orden en que se presentan en el mapa.

A una hora de Jafa está Yabné, la antigua Jabuen o Jamnia, aldea considerable. A cuatro horas de allí o doce horas poco más se encuentra Edzud, antiguamente Azot, llamada Ashdod en la Escritura (Chr. XXVI, 6). El camino que a ella conduce, pasa al través de una comarca desigual, sembrada en parte de trigo y de cardos. La ciudad corona una eminencia cónica sumamente fértil, cubierta de abundantes y verdes pastos. En otro tiempo era una de las cinco satrapías de los filisteos, que después de haber arrebatado el Arca Santa a los israelitas la transportaron a Ashdod y la depositaron en el templo de su dios Dagon. Allí no se encuentra ninguna ruina. Al separarse de Ashdod se atraviesa a Tookair, aldea arruinada en la cima de un collado, que algunos viajeros creen

8 Porque la tierra en cuya posesión vais a entrar, no es como la tierra de Egipto, sino una tierra de montañas y de llanuras... (Deut. IX, 11, 10.)

9 Muchas medallas romanas, acuñadas con ocasión de la conquista de la Palestina, representan una palmera.

ser el sitio de Ekron, ciudad poderosa en otro tiempo. Pero el Profeta había dicho: «Ekron será arrasada.» De esta manera se explica la diversidad de opiniones acerca de la verdadera posición de esta ciudad, cuyo nombre ha desaparecido. Acto continuo se pasa un río sobre un puente de piedra, y a hora y media de camino próximamente se observan las ruinas de Ascalón en el camino de Gaza cerca del mar. Esta era también una de las orgullosas satrapías de los filisteos; hoy día no encierra dentro de sus muros ni un solo habitante. De este modo se ha verificado a la letra la profecía de Zacarías relativa a esta ciudad: «ella no volverá a ser habitada.» Ascalón cayó fácilmente en poder de los cruzados que repararon sus fortificaciones; pero más tarde la volvió a tomar Saladino, que hizo destruir las obras levantadas por los cristianos. A jornada y media de Jafa está Gaza. Esta ciudad ocupa la cúspide de un montecillo situado a cosa de tres millas del mar. Este montecillo, cuya circunferencia es de dos millas poco más o menos, parecía haber estado en otro tiempo enteramente encerrado dentro de las antiguas murallas. En la época en que se hallaba en uso el antiguo arte de la guerra, debía ser una plaza muy fuerte. Allí no existe ninguna antigüedad notable; solamente hay en muchos parajes de la ciudad algunos cuerpos de columnas de granito gris, rodando acá y allá. La población, que es una mezcla de árabes y musulmanes, se compone de dos a tres mil almas. Gaza, viuda hoy de sus reyes, y despojada de sus fortificaciones, está gobernada por un agá o jefe turco[10]. Las caravanas se abastecen allí de la provisiones que necesitan para hacer la travesía del desierto de Suez. Salvando el Wady Gaza, se halla al Este, a una hora de camino, la aldea de Deir, y seis millas mas allá la de Khan Jounes (Yenysus), situada sobre una eminencia al Norte de la llanura. Esta es la última aldea que paga tributo al bajá de Egipto. A dos horas de allí está Rapha, antiguamente llamada Raphia. El sitio de Gath, que era la ciudad mas meridional del país de los filisteos, como Ekrón era la más septentrional, es desconocido. Diez horas de camino al través de una región llena de bajas eminencias, donde la arena y la vegetación se disputan la superioridad, conducen a El-Arish, que se supone ser el antiguo Rinoculum. Está edificada en medio de arenas movedizas, sobre una roca de poca elevación. Su fortaleza sólidamente construida, con la aldea que parece como suspendida de su base oriental, ofrece según dicen un aspecto muy imponente. A partir de aquí, toda vegetación cesa y no se encuentra más que un agua ligeramente salobre. El-Arish es la última ciudad de Siria de este lado del desierto; se halla en posesión del bajá de Egipto.

Jafa, 12 de agosto.—A la caída de la tarde nos hemos puesto en camino para Jerusalén[11]. Nuestra caravana se componía, ademas de mis primeros compañeros de viaje, de una multitud de peregrinos de ambos sexos, de casi todas las naciones y de todas las creencias, que habían solicitado unirse a nosotros, bajo el pretexto de protegernos mútuamente contra los árabes que infestan la vía. Ellos iban diversamente montados. Los más ricos, que lo eran en general los turcos, cabalgaban en caballos magníficamente enjaezados; ademas venían armenios, griegos, judíos y rusos, los unos sobre mulas, los otros sobre asnos ágiles de la comarca[12]. Los niños iban amontonados en cestas de

---

10 Gaza existirá sin rey.» (Véase Zach. IX, 5.) «Gaza se arranca los cabellos.» (Jerem. XLVII, 5.)

11 Jerusalén es designada frecuentemente en las Santas Escrituras bajo el nombre de la Ciudad Santa. (Isaías XLXIII, 2.º Dan. IX, 24; Nehem. XI, 1; Mat. IV, 5; Apoc. XI, 2), porque el Señor la escogió entre todas las tribus de Israel para darle su nombre, su templo y su culto» (Deut XII, 5; XIV, 23), y para ser el centro de unión de todas las tribus del pueblo de Israel por medio de la religión y del gobierno. Los acontecimientos milagrosos e importantes que en ella tuvieron lugar, la hacen el objeto de la más alta veneración entre los cristianos, como también entre los musulmanes, que siempre la llaman El-Khods, esto es, la Santa, añadiendo algunas veces el epíteto de la Sherif, o la noble.

12 «Los jumentos eran de muy grande utilidad entre los hebreos, tanto, que les estaba prohibido en el Decálogo codiciarlos, no más que los bueyes. En Levante son de un tamaño y de una belleza sorprendentes. Los príncipes y los personajes más distinguidos no creen rebajar su dignidad montando en estos animales; siendo esta la razón porque, cuando Jesucristo entró en Jerusalén sobre un asno, fue recibido como un príncipe o un soberano. Estaba prohibido a los hebreos uncir un buey y un asno juntos, probablemente porque el uno era un animal puro y de consiguiente a propósito para ser comido, mientras que el otro, que estaba declarado inmundo, no podía servir de alimento. Las costumbres y la ligereza de los asnos salvajes que se encontraban en otro tiempo en gran número en la Arabia desierta y los países comarcanos, están descritas en Job con una gran fuerza de estilo y una belleza

mimbre, suspendidas a los costados de los camellos. Las mujeres tenían la cabeza velada; pero sus lenguas eran demasiado sueltas, y algunas palabras que cogimos en medio de su gritería y de su charlatanería continua, nos hicieron juzgar que su influencia en la vida social, no es de una naturaleza tan pasiva como se acostumbra a creer en Europa.

El camino que nosotros seguíamos se dirige durante algún tiempo por en medio de jardines cercados de nopales que forman setos impenetrables. Tengo la convicción de que sería más fácil echar por tierra un muro de piedra, que abrirse paso al través de una barrera de esta especie. Cuando nosotros pasamos estos setos estaban cubiertos de frutas maduras. Nuestros compañeros de viaje ningún escrúpulo tuvieron para comer de ellas hasta la saciedad; su sabor nos pareció insípido. En el interior de estos cercados distinguí granados, naranjos e higueras, y de trecho en trecho, pequeñas torrecillas donde los mercaderes de Jafa se retiran durante el verano. Esta explanada, célebre en la Escritura por su fertilidad y por las bellas flores que en ella crecen naturalmente, se extiende a lo largo de la costa desde Gaza, al Mediodía, hasta el Monte Carmelo, al Norte. Las montañas de la Judea y de la Samaria, son sus límites hacia el Este. El suelo está cubierto de una arena muy fina que parece, aunque mezclada de piedrecitas, ser de una prodigiosa fertilidad; pero apenas está cultivada y mucho menos habitada. A cada lado del camino aparecen aldeas abandonadas y en ruinas, cuya vista produce sobre el viajero una especie de melancolía de que es imposible darse cuenta, porque no ve ninguna causa real para la existencia de un estado de cosas semejante en una región en otro tiempo tan abundante en bienes y tan poblada. Si, como es bastante probable, se atribuye esta situación del país a la mala administración de los gobernantes, quizá, después de un examen mas detenido, se dirigirá esta pregunta: ¿Los juicios que Dios ha pronunciado contra esta tierra no habrán recibido todavía su entero cumplimiento, y serán los señores actuales de este país sus instrumentos visibles? «Los extranjeros devoran vuestro país en vuestra presencia; él es desolado como una tierra arrasada por sus enemigos.» (Isaías, I, 7, 9.)

En tres horas de marcha llegamos a Ramla. Allí nos separamos de la caravana, y nos encaminamos directamente al *Hospitium*. Este convento pertenece a los padres franciscanos de Jerusalén, y ha sido fundado con el objeto de ofrecer un asilo momentáneo a los peregrinos que se dirigen a la Ciudad Santa o que vuelven de ella. Está situado en los arrabales de la población: altas murallas lo rodean por todas partes, y no permiten la entrada sino por una puerta baja y estrecha, a fin de impedir a los árabes entrar en él sin apearse del caballo. Nosotros suplicamos ser introducidos; pero nos fue necesario esperar algún tiempo antes de recibir respuesta. Los religiosos del convento, que se componían de un superior, de dos monjes y de un hermano lego, o estaban acostados, o hacían que no nos oían. Últimamente, como nosotros nos hallábamos decididos a pasar la noche en tierra, el padre guardián se dejó ver por fin detrás de la barandilla de la azotea, evidentemente incomodado de nuestra visita a hora tan inoportuna. Después de muchas instancias de nuestra parte, las puertas se abrieron delante de nosotros y se nos condujo al refectorio, donde nos sirvieron una ligera colación. Durante la cena, el superior, juzgando por nuestro porte y por nuestras maneras, que éramos capaces de conocer la hospitalidad que nos concedían, abandonó un tanto su frialdad, y bien pronto la conversación tomó un carácter animado. Como yo había recorrido recientemente toda la España, pude darle noticias frescas de su país natal. En cambio, el buen anciano me entretuvo con cosas que yo iba a ver en su patria adoptiva. Concluida la cena, cada uno de nosotros fue conducido a la celda que le estaba destinada. Aunque abrumado de fatiga, no pude dormir absolutamente. Hacia un calor sofocante y una nube de mosquitos me atormentaba además: las pocas horas que quedaban de la noche estuve paseando arriba y abajo por los claustros del convento. Estos claustros dan a un jardín, cuyo cultivo por lo que puede juzgar un extranjero, es la sola distracción mundana de aquellos piadosos cenobitas. Los blancos muros de las celdas y de los claustros, están cubiertos de nombres y de sentencias escritas por los peregrinos que nos habían precedido en aquellos lugares. Algunas de las sentencias trazadas bajo el influjo del buen espíritu de los primeros siglos, tienen por esto mismo alguna cosa de admirable que añade un nuevo encanto a

---

verdaderamente poética.» Introducción al estudio crítico y al conocimiento de las Santas Escrituras, pág. 419.

un viaje que ofrece ya por sí un interés tan poderoso.—Mañana habremos conseguido el grande objeto de nuestros deseos.

Agosto 13.—Rama o Ramla, como la llaman los indígenas, está situada en una llanura fértil que pertenecía en otro tiempo a la tribu de Efrain. Se supone sea la antigua Arimathia donde habitaba aquel José, que habiendo obtenido de Pilatos el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, le desprendió de la cruz, le envolvió en un lienzo[13] y le colocó en el nuevo sepulcro que él había hecho construir. Según la tradición conservada entre los monjes relativa al sitio, la capilla de su convento ocupa el lugar mismo de la casa donde vivió aquel hombre piadoso. Rama no encierra ninguna antigüedad importante; pero, a una pequeña distancia de la ciudad, hacia el Nordeste, se distingue una alta torre, llamada la Torre de los Cuarenta Mártires, porque en otro tiempo formaba parte de una iglesia dedicada a los cuarenta justos que invariables en su fe fueron muertos en Sebasto, población de la Armenia. Súbese a ella por una escalera de piedra de ciento veinte y cinco escalones. Desde su cúspide se goza de una magnífica vista, que se extiende sobre la llanura de Sharon, limitada al Este por las montañas situadas alrededor de Jerusalén, al Oeste por el Mediterráneo o mar grande, y que al Norte y Mediodía queda abierta. La iglesia de que antiguamente formaba parte, fue más tarde convertida en mezquita por Safir-ed-din, sultán de Egipto; hoy día no existe más que como una bella ruina. No lejos de allí están las ruinas de una inmensa cisterna abovedada, cuya bóveda, abierta para recibir las aguas lluviales, se halla sostenida por arcos y pilastras. Los indígenas la atribuyen a la madre de Constantino; pero el orden de su arquitectura parece indicar que es obra de los sarracenos. Todas estas ruinas estaban en otro tiempo cercadas de murallas; lo que prueba que en una época mas feliz, esta población pudo tener de tres a cuatro millas de circunferencia. En efecto, situada como lo está en el camino que conduce de Jafa a Jerusalén, debió ser muy frecuentada en todos tiempos, y la fertilidad de sus inmediaciones aumentaría necesariamente su importancia.

A las diez de la noche nos pusimos en marcha para Jerusalén. En la estación en que nos hallábamos, se hace ordinariamente este viaje durante la noche, a fin de evitar el calor; porque no se halla en el camino ninguna aldea habitada, y con dificultad algunos árboles bastantes copudos para guarecerse de los abrasadores rayos del sol. Por otra parte, saliendo a esta hora esperábamos desembarazarnos de la multitud de peregrinos de todos colores que se habían unido a nosotros a nuestra salida de Jafa. Verdad es, que de ninguna manera podíamos quejarnos de su conducta respecto a nosotros; pero, como hacían alarde de sentimientos que estaban muy poco en armonía con el objeto de su peregrinación, creímos que su presencia no podría hacer más que turbar el curso apacible de nuestras reflexiones al acercarnos a la ciudad del alma. Nuestro grupo se halló pues reducido a las personas que lo componían desde luego, a saber: Mr. de Cadalvene y yo, nuestros criados y dos o tres individuos mas. Después de haber recorrido cinco o seis millas de una llanura fértil pero inculta, llegamos al pie de una cadena de montañas que forman el principio de este territorio descrito con tanta sencillez en la Escritura, como el paso montuoso de la Judea. Un poco mas allá de la aldea arruinada de Amoas, entramos en un desfiladero llamado Bab-el-Wady, o Puerta de la Llanura. Hasta entonces habíamos disfrutado de la hermosa claridad de la luna; pero las montañas, proyectando de repente sus gigantescas sombras sobre la vía, nos impedían ver nuestro camino a distancia de algunas toesas delante de nosotros. Yo dejé pues a la sagacidad de mi mula el cuidado de seguir el sendero, y abandonándole la brida sobre el cuello desistí enteramente de dirigir sus movimientos.

A partir de aquí, el camino serpentea casi por espacio de tres horas al través de una serie de montañas cónicas de poca elevación, pero ásperas y escarpadas, que se encadenan la una a la otra por la base. Como marchábamos a lo largo del cauce pedregoso de un torrente de invierno, seco a la sazón, a uno de nuestros compañeros de viaje le acarreó un accidente que pudo serle fatal. Marchaba delante de la caravana que avanzaba en fila: la mula que él montaba se paró de repente en el lugar más oscuro y más difícil del paraje: obligada por su jinete y no pudiendo recular a causa de

13 Este lienzo es el que los Evangelistas han llamado *Sindon* y es conocido bajo el nombre de Santo Sudario.

los pasajeros que venían detrás, se lanzó de un salto sobre una roca situada fuera de la vía, y miró con espanto una cosa que a sus pies había, pero cuya naturaleza no podía reconocer a primera vista. Después de un examen muy atento, halló ser el esqueleto de un camello que indudablemente había sucumbido por un exceso de fatiga durante los fuertes calores de los días precedentes. Ya habían principiado a devorarle los lobos y los chacales de los alrededores. Realmente aquellos despojos tenían alguna cosa de horrible, sobre todo para nuestros caballos, de tal manera que no pudimos hacerlos avanzar, sino con gran dificultad y solamente echando pie a tierra.

Sobre las dos de la mañana llegamos a un pozo a cuya inmediación se hallan algunas ruinas que parecen ser las de un puesto militar establecido para guardar el desfiladero; y allí nos detuvimos a descansar un instante.

3.
Llegada a Jerusalén y descripción del Santo Sepulcro.

Continuación de la marcha a Jerusalén.—Kariet-el-Aaneb.—Abon Ghosh.—Valle Tereventin.—Aproximación a Jerusalén.—Primer aspecto de la ciudad.—Llegada a Jerusalén.—Convento franciscano.—Establecimientos de la Tierra Santa.—Volvemos a reunirnos a Mr. de Breubery.—Muerte de un compañero de viaje.—Iglesia de la Resurrección.—El Calvario.—El Santo Sepulcro.

Agosto 14.—Al amanecer, volviendo a montar a caballo, salimos de aquel terreno quebrado, y poco tiempo después llegamos a una pequeña aldea llamada por los indígenas Kariet-el-Aaneb, y por los cristianos Jeremías, porque se cree que ocupa el sitio de la antigua Anathoth, donde aquel profeta vino al mundo. Allí fuimos detenidos momentáneamente en nuestra marcha por algunos jinetes árabes que nos pidieron el *caffer* o tributo en dinero en nombre del famoso Abon-Ghosh, cabeza de aquel lugar, y jeque de una familia que se ha arrogado como una especie de privilegio hereditario el derecho de exigir cierto portazgo a todas las personas que pasan por este camino, como precio de la protección que estos bandidos pretenden concederles contra los demás ladrones que no sean ellos mismos. Luego que vieron nuestros pasaportes, renunciaron a su demanda, pero reclamaron un *backsheesh* o regalo que no creímos prudente negarles. La aldea de Jeremías ocupa una fuerte posición a la entrada de un extenso valle. Sobre la cúspide de una montaña se alza la casa del jeque de que acabo de hablar. A corta distancia de allí, se distinguen los restos de una iglesia cristiana que parece ser de la época de las Cruzadas. El monasterio de que forma parte, y que pertenecía a los padres de la Tierra Santa, no ha sido habitado desde el día en que los religiosos fueron asesinados por los árabes, acontecimiento que tuvo lugar ya hace cerca de un siglo.

Siguiendo nuestra marcha, y habiendo traspasado muchas y muy escabrosas montañas, llegamos a otro valle, cuyas laderas, dispuestas en terrenos acotados por pedrizas, presentan algunas tierras cultivadas. En medio se desliza un torrente, que se pasa sobre un puente de piedra. En este valle, llamado comúnmente valle Terebentino o valle de Elah, es donde tuvo lugar el combate del joven David con el gigante Goliat. Dista de Jerusalén cerca de tres millas. A medida que nos aproximábamos a la Ciudad Santa, el camino era más pedregoso, y no se veía ni un solo rastro de vegetación. Las rocas apenas estaban cubiertas de tierra, y la poca verdura que pudo brotar allí en la primavera, está hoy día, en otoño, enteramente abrasada por el sol. Parece que estos lugares no abrigan ningún viviente, y se puede decir sin exageración que allí no habita ningún ser humano, ni vaga ningún animal, ni canta ningún pájaro. En efecto, nada indica la proximidad de la antigua metrópoli de la Judea, como las pruebas evidentes de la maldición lanzada contra su suelo, maldición que se reconoce en los signos espantosos de que acabo de hacer mención, mientras que sus habitantes vagan dispersos por el mundo. Cuántas veces por el camino tuve intención de

exclamar, como el extranjero venido de lejanas tierras: «¿Por qué el Señor ha tratado así este país? ¿de dónde procede que ha hecho estallar su furor con tanta violencia?»[14] (Deut. XXIX, 22, 24, 27).

Impaciente por descubrir el primero la ciudad, me había colocado a vanguardia de la caravana, y habiendo llegado a la cima de una elevada colina que habíamos visto por espacio de largo tiempo delante de nosotros, se presentó de repente a mis ávidas miradas una línea de muros almenados, por encima de las que se distinguían las puntas de algunas cúpulas y torreones. No pregunté si era aquella Jerusalén; y ciertamente, aunque lo hubiera deseado, no me hubiera sido posible obtener respuesta, porque ningún ser viviente se mostraba fuera de las murallas de la ciudad. Desde luego conocí que aquella era la Ciudad Santa; pero al mismo tiempo me hallé muy engañado respecto a la idea que había concebido de su fisonomía general, y respecto a las sensaciones que aguardaba experimentar al ver por primera vez aquella ciudad que había gozado largo tiempo los favores especiales del cielo, y que en una época mas reciente y para siempre memorable, Nuestro Señor había escogido como teatro de los padecimientos que sufrió para redimirnos. Lo que me sorprendió fue no tanto el aspecto de la ciudad misma (porque yo no veía más que una sola parte), cuanto la singularidad de su posición, en medio de montañas, sobre un suelo donde no se descubre en todo el espacio que puede alcanzar la vista, ni cultivo, ni agua, y donde no parece haber ningún camino grande. A medida que mis compañeros de viaje llegaron a la cúspide donde yo estaba, pude observar que experimentaron la misma impresión que yo. Algunos minutos permanecimos en una contemplación silenciosa, absteniéndose cada cual de comunicar sus impresiones a su vecino o quizá sin poder hacerlo, a causa de la novedad de su situación. Algunos instantes después, nos pusimos todos en marcha para la ciudad.

Entramos por la puerta de Jafa o de Belén, como indistintamente se la llama, y volviendo de repente hacia la izquierda, llegamos en pocos momentos al convento latino de San Salvador, situado a la extremidad Noroeste de la población, en la pendiente de un montecillo que se supone ser el monte Gihon. Como nuestra caravana era poco numerosa, se nos alojó en Casa-Nova, especie de sucursal que los monjes han hecho construir al otro lado de la calle, para recibir a los viajeros, pero más particularmente para las mujeres que la curiosidad o la devoción pueden atraer a aquellos lugares, pues las reglas de su orden no permiten a las personas del bello sexo vivir en el interior del convento. El vasto recinto que se nos asignó había sido ocupado un tiempo por la difunta reina de Inglaterra. Cuando entramos en él, se hallaba enteramente desprovisto de muebles; pero, inmediatamente después de nuestra llegada, fueron colocadas cerca de las paredes cuatro o cinco camas; una mesa de regulares dimensiones en medio de la habitación nos servia, según la necesidad, ya para comer, ya para leer o escribir. Nuestros criados fueron alojados en la vecindad inmediata.

Allí encontramos a Mr. de Breuvery, que nos comunicó la triste noticia del fallecimiento de nuestro amigo Bradford, el cual había expirado en aquella casa algunos días antes de nuestra llegada. Mr. Cornelio Bradford era cónsul de América en Lyon, y nosotros le habíamos conocido cuando hicimos nuestra expedición al Nilo. Impaciente por volver a Europa, nos había precedido algunas semanas en nuestro viaje del Cairo a Jerusalén. Atacado de una fiebre intermitente, había cometido la imprudencia de subir a la azotea del convento para gozar de la fresca brisa de la noche, y sintiéndose de repente acometido de una inflamación en la garganta, murió a los dos días de enfermedad. Semejante desgracia ocurrida a un hombre que habíamos visto gozando de la salud más robusta, y que acababa de ser arrebatado de tal manera en la flor de su edad (no tenía más que veintitrés años), nos lanzó en un torrente de pensamientos melancólicos que se referían insensiblemente a nuestras situaciones respectivas. Reasumiendo dentro de mí mismo los numerosos peligros de que había escapado como por milagro en el curso de mis viajes anteriores, no pude evitar un presentimiento, que me hizo entrever en el porvenir una serie de acontecimientos,

14 «Porque ellos han violado las leyes, porque han trastornado las ordenanzas, y porque han roto la alianza que debía durar eternamente.» (Isaías, XXIV).

resultado de mi buena como de mi mala fortuna, sin poder sin embargo formarme una idea de la naturaleza de estos acontecimientos, ni de la época en que sucederían.

Mucho tiempo hacia que estábamos en esta penosa situación de ánimo, cuando se nos ocurrió que el decoro exigía ofreciésemos nuestros respetos a los superiores del convento, que con tanta liberalidad nos habían recibido. El padre guardián, que lleva el título de reverendísimo, y al cual se hacen los mismos honores que a un obispo, estaba entonces ausente (en Constantinopla, al parecer) para asuntos propios de su Orden. Representábale el padre vicario, italiano de origen, el padre procurador, español de nacimiento, y el secretario. Estas dignidades, forman el capítulo encargado de la administración de todos los establecimientos de la Tierra Santa, de los que Jerusalén es la metrópoli. Ellos reciben su denominación del general de la Orden de San Francisco. La comunidad se compone ordinariamente de cuarenta religiosos italianos o españoles. El convento es un vasto edificio de piedra, de construcción irregular, y tiene muchos patios y jardines, todo rodeado de una espesa muralla.

Jerusalén 15 de agosto. Este día que era domingo y ademas fiesta de la Asunción, se ha celebrado la misa en la iglesia del convento con más solemnidad que de ordinario, y en medio de una gran concurrencia de fieles. La vista de nuestro traje turco excitó desde luego la sorpresa en alto grado, por no decir el descontento de los pobres cristianos que estaban presentes; pero esta impresión desfavorable se borró tan pronto como vieron que nos sujetábamos estrictamente a la liturgia del día.

Después del mediodía, el *drogman* o intérprete del convento, vino a buscarnos de parte de los religiosos, y se ofreció a llevarnos a la iglesia de la Resurrección[15], llamada comúnmente el Santo Sepulcro. Nosotros aceptamos este ofrecimiento con tanta más solicitud, cuanto se hacía en una hora en que el público no era admitido. La iglesia no se abría más que en días determinados, y solamente a ciertas horas. La multitud de peregrinos que en tales días se agolpan tumultuosamente por entrar, es inmensa, según dicen, sobre todo el domingo de Pascua. En tales ocasiones los turcos, encargados de la guardia de las puertas, los tratan de la manera más brutal, y aunque pagan por ser admitidos, los rechazan y golpean como a viles animales. Para visitar la iglesia en cualquier otro tiempo, es necesario obtener una autorización especial del gobernador de Jerusalén, porque las llaves están depositadas en sus manos o en las de sus subordinados. Al salir de la Casa-Nova, tomamos por la calle de la derecha que lleva a la puerta de Belén. La llaman Harat el Nassara o el barrio de los Cristianos. La primera calle a mano izquierda nos condujo frente al Santo Sepulcro. Aunque la magnífica cúpula de este edificio se ve desde casi todos los parajes de la población, la iglesia propiamente dicha es de difícil acceso, porque no tiene perístilo, y está casi completamente rodeada de construcciones, que en diferentes épocas se ha permitido arrimar a sus murallas. No se puede entrar en ella sino por la parte de Oriente. Por este lado hay un ancho atrio enlosado desde el cual se descubre una gran parte del sagrado edificio. Allí se hace un considerable tráfico de crucifijos, de conchas esculpidas y de rosarios. Los mercaderes están sentados en el suelo junto a sus tiendas. Un frontispicio de arquitectura gótica o morisca, formado por dos arcos punteados, es la portada de este atrio. Originariamente servía sin duda de entrada lateral. Una de las puertas ha estado tapiada; la que existe es de una construcción maciza o sólida, y le han hecho una pequeña abertura por la cual se puede comunicar con las personas de fuera. En la parte superior de esta puerta hay un friso estrecho adornado por un bajo relieve que representa la entrada triunfal de Nuestro Señor en Jerusalén. A la izquierda del frontispicio se encuentra una alta torre que servía en otro tiempo de atalaya.

Cuando la iglesia se abre al público, está guardada por turcos, que sentados sobre un diván cubierto de alfombra y guarnecido de almohadones, exigen un ligero tributo a todos los que entran. La presencia de estos hombres en semejante traje, es seguramente a propósito para excitar la indignación de los piadosos peregrinos venidos de lejanas tierras, sobre todo si saben qué castigo

15 Kenissat-el-Kamiat, en lengua del país. Los árabes la llaman Kenissat-el Komamat. Esta última palabra significa «muladar, haciendo alusión al sitio en que fue hallada la Cruz.

tan terrible aguarda a todo cristiano que osare traspasar el umbral de una mezquita. Deben sin embargo consolarse reflexionando, que si esta iglesia y los demás lugares, objeto de su veneración o de su curiosidad, no han sido destruidos, es a la protección interesada de los turcos a quien se debe principalmente. Tanto en el interior como en el exterior, el edificio no ofrece nada notable en su arquitectura ni en su decorado. Está construido con grande irregularidad, porque se han querido encerrar bajo una misma techumbre las diversas partes de que se compone.

Pero, una vez dentro del recinto, cuando las puertas fueron cerradas detrás de nosotros, y que no hablábamos sino en voz baja, experimentamos cierta impresión misteriosa o temor reverente (*genius loci*) que inspira la santidad del lugar. Una pequeña mesa de mármol pulimentado entallada en el pavimento del vestíbulo, llamó desde luego nuestra atención. Dicen que cubre la piedra de la Unción, donde el cuerpo de Nuestro Señor fue lavado, ungido y embalsamado[16] antes de ser colocado en el sepulcro (San Juan, XIX, 39). Este monumento, sobre el cual hay suspendidas muchas lámparas de una gran riqueza, está rodeado de una pequeña balaustrada de hierro. Avanzando algunos pasos mas, nos hallamos en aquella parte de la iglesia llamada propiamente la nave. Es un espacio abierto, de forma circular y de cerca de treinta y cinco pasos de diámetro, rodeado por diez y seis pilastras que sostienen una galería coronada por una media naranja bastante parecida a la del panteón en Roma. En medio de este círculo y precisamente debajo de la abertura por donde entra la luz, se alza un pequeño monumento de mármol, en forma oblonga, de veinte pies de largo, seis de ancho y quince de altura poco más o menos, el cual termina en una cúpula sostenida por columnas. Este monumento cubre el lugar donde se supone que estaba el sepulcro de Nuestro Señor. De allí parten algunos escalones que conducen a un vestíbulo o capilla. No creemos inútil decir aquí que los primeros fundadores de esta iglesia, a fin de reducir a plataforma la superficie desigual y escabrosa del Monte Calvario, se vieron obligados a cortar la roca en muchos sitios, y levantarla en algunos otros, teniendo cuidado, sin embargo, de no cambiar ni disminuir en nada las diversas partes del monte, donde se creía que había tenido lugar más inmediatamente la pasión de Nuestro Señor.

De acuerdo con el deseo del *drogman* que nos acompañaba, nos quitamos los turbantes y los zapatos, (algunos peregrinos se arrastraban sobre las rodillas), y entramos en el santuario. En la capilla exterior, vimos una piedra de mármol pulimentado, de cerca de pie y medio en cuadro. Ella determina el sitio donde se puso el ángel que anunció a las piadosas mujeres la resurrección de Cristo: «Él no está aquí, porque ha resucitado como lo había dicho: venid y ved el lugar donde había entrado el Señor» (San Mat. XXVIII, 6). De allí pasando encorvados por una baja y estrecha puerta, sobre la cual hay una cortina corrida, entramos en el Santuario o cámara sepulcral. A la derecha hay un altar levantado sobre el sepulcro nuevo, donde, según una antigua tradición, el cuerpo de Nuestro Señor, después del descendimiento de la Cruz, fue depositado por Nicomedes (San Juan, XIX, 39, 42). Un gran número de lámparas de oro y de plata, regalos de príncipes cristianos, arden continuamente sobre él. Las paredes interiores están revestidas de mármol parduzco, y la bóveda se ha ennegrecido con el humo de las lámparas. El espacio que hay delante del altar es muy estrecho, y no puede contener más que tres o cuatro personas a la vez. Después de haber permanecido algunos minutos arrodillados, contemplando los misterios de nuestra redención, que se han cumplido en este sagrado lugar, nos retiramos, y pasamos al coro de la iglesia que se halla al Este, en frente de la entrada del sepulcro. Pertenece a los griegos de la iglesia de Oriente.

Quizá no sea inútil decir aquí, que si bien los cristianos de todas las naciones pueden visitar, con un objeto de devoción privada, los diferentes santuarios y capillas de que hablaremos más abajo, no es sin embargo permitido celebrar allí las ceremonias públicas de la religión, sino a la

16 Los judíos no embalsamaban los cadáveres del mismo modo que los egipcios. El embalsamamiento entre estos era muy simple. Frotaban desde luego el cuerpo con diversos aromas, después de lo cual lo rodeaban desde los pies hasta la cabeza con lienzos empapados en aceite oloroso. Hecho esto, cubrían la cabeza del muerto con un lienzo que tenía poco más o menos la forma de un pañuelo. Desde luego se conoce que este modo de embalsamar los cuerpos no podía conservarlos sino por espacio de algunos días. Ademas, no era de un uso general y sólo tenía lugar entre personas ricas y de distinción, a causa del alto precio de los perfumes y de los aromas necesarios.

secta a quien han sido especialmente asignados por la autoridad aquellos santuarios o capillas. Es necesario no admirarse si las diversas partes de la iglesia, así como las reliquias que contiene, han sido objeto frecuente de contestación entre las comuniones rivales. Como es necesario comprar a las autoridades turcas la propiedad, al que más ofrece le dan sin dificultad la posesión. Anteriormente a 1685, los católicos romanos o latinos, como aquí se les llama, estaban en posesión pacífica de la iglesia entera, y ellos solos tenían el derecho de celebrar en el interior todas las ceremonias del culto. Pero los griegos de la iglesia oriental les usurparon entonces sus privilegios, y de aquí nacieron sin disputa las disensiones mas violentas. El 12 de marzo de 1808, un incendio que empezó a manifestarse en la capilla armenia, de donde se extendió a la griega, a las celdas de los franciscanos, a la capilla de la Virgen y a la gran media naranja, redujo a cenizas gran parte del edificio. Algunas hermosas columnas de mármol y muchas obras en mosaico que la fundadora de la iglesia, la emperatriz Santa Elena, había hecho construir, fueron igualmente destruidas. Sólo el Sepulcro no experimentó ningún daño.

La construcción actual, principiada inmediatamente después de este desastre, se concluyó en setiembre de 1810. Se halló que en la época del incendio, los establecimientos de la Tierra Santa tenían poco dinero a su disposición; que la atención de Roma estaba entonces ocupada en otra parte, y que el celo religioso de los cristianos de Europa se había resfriado sobre manera, según la opinión de los monjes. La consecuencia de este estado de cosas, fue que griegos, secundados por los rusos sus correligionarios, habiendo ofrecido reconstruir la iglesia a sus expensas, fueron puestos en posesión de las partes del edificio que se consideran como las mas importantes. De aquí la antipatía mortal que existe desgraciadamente entre los miembros de las dos comuniones, y que, manifestándose frecuentes veces por actos de abierta hostilidad, da lugar, si es permitido referirse a las relaciones de algunos viajeros, a escenas muy perjudiciales a la causa y a los intereses de la religión.

Pero dejemos a un lado esta digresión, y volvamos al coro de la iglesia. Como hemos dicho más arriba, éste pertenece a los griegos: su distribución es la misma que la de todos los edificios de este género. Se compone interiormente de un recinto amurallado, y termina en un semicírculo por su extremidad oriental, donde se halla el altar mayor. En medio del pavimento hay incrustado un círculo que los griegos llaman el ombligo de la tierra, porque ellos lo consideran como el centro del mundo[17]. La ceremonia de la distribución del αγιος φως, o fuego sagrado, tiene lugar en esta capilla el día de Sábado Santo. Se cree que este fuego sale del Sepulcro, de una manera sobrenatural. Los peregrinos de la comunión griega encienden en él sus antorchas, creyendo que vienen del cielo[18]. En

17 Los antiguos geógrafos colocaban la Tierra Santa en el centro del mundo conocido.

18 Como el *papas*, o prelado griego, que oficia en esta ocasión, permanece encerrado en el Sepulcro antes que la llama aparezca al través de una abertura practicada en la puerta, no es difícil adivinar que el fuego es producido por ciertos medios químicos. Pero lo que parece desde luego incomprensible, es que tantos millares de hombres, después de tantos siglos, consientan ser cada año víctimas voluntarias de una grosera impostura. Yo no puedo decir si fueron los sacerdotes o los pueblos los que inventaron esta costumbre. Quizá sea un resto de alguna práctica pagana, continuada por los primeros cristianos, que abandonaron después, y que habrá sido adoptada por los griegos de la Iglesia oriental. Estos últimos consideran el privilegio que disfrutan, como la señal distintiva de la santidad preeminente de su fe y de su origen divino; y un gran número de hombres de esta comunión hacen la peregrinación a Jerusalén, con el objeto de ser testigos oculares del hecho.

Se sabe que los antiguos caldeos, así como los persas, y algunas otras naciones del Oriente, tributaban honores divinos al fuego. Dios se ha aparecido muchas veces en el fuego, y rodeado de este elemento, como cuando se mostró en el arbusto de Moisés, y descendió sobre el Monte Sinaí en medio de las llamas, del trueno y de los rayos (Ex. III, 2, XIX, 18). El fuego es también el símbolo de la divinidad (Deut. IV, 24). Bajo este terrible aspecto se mostró Dios a Isaías (Ch. VI, 4; a Ezequiel, ch. 1, 4). El salmista dice que el carro de Dios está compuesto de llamas (Sal. XVIII, 12-14), y Cristo, en su segunda venida, debe aparecer en medio de un fuego que lo consumirá todo (2 Thess. I, 8; véase también VII, 10). La cólera de Dios es comparada al fuego (Ps. XVIII, 8) y los efectos de su enojo son el hambre, la guerra y la peste. (Ps. LXVI, 12; Jer. XLVIII). Nuestro divino Señor es comparado a este elemento (Mat. III, 2), respectivamente a su juicio sobre los malos, que son abrasados como la espuma de los metales, y a los efectos de su gracia, que purifica a los justos como al oro más puro. La influencia del Espíritu Santo es también comparada a este elemento (Mat. III, 11), con relación a las lenguas o llamas de fuego que descendieron

la extremidad occidental del Sepulcro, se ha construido un pequeño y modesto oratorio para uso de los coptos o cristianos originarios de Egipto. No tiene comunicación ninguna con el Sepulcro. Los arcos que forman las galerías adyacentes, están cerrados y ocupados por monjes armenios, georgianos, abisinios, y por otros religiosos de las diferentes comuniones cristianas. Están decorados al estilo particular de cada una de las sectas a que pertenecen.

De allí se nos condujo a la capilla de la Aparición, que se halla al Norte, y se la ha llamado así, porque está situada en el lugar mismo en que Nuestro Señor, después de su resurrección, se apareció a María Magdalena para consolarla en su aflicción (San Marcos, XVI, 8, 9). Pertenece sólo a los latinos. Una puerta, abierta en el muro de la izquierda, conduce a sus celdas, que no tienen otra salida; de manera que, aunque se apellidan guardias del sepulcro, en realidad son ellos los

---

sobre las cabezas de los apóstoles (Actas II, 5), y a la regeneración del alma humana, que ilumina, vivifica, purifica e inflama de gratitud, de amor y de celo. Los ángeles del Señor están representados bajo el emblema del fuego (Ps. CIV, 4), y una columna de fuego guió la marcha de los israelitas, durante la noche, en el desierto (Exod. XIII, 21). El fuego caía del cielo en otro tiempo para consumir las víctimas que se sacrificaban al Señor, y era indicio de su aprobación; se cree que fue de esta manera como Jehovah significó que aceptaba el sacrificio de Abel. El fuego cayó también sobre la ofrenda de Moisés (Lev. IX, 24), sobre la de Manué (Jueces, XIII, 19-20), de Salomón (2 Chron. VII, 1) y de Elías (1 Rey, XVIII, 38). El fuego que descendió del cielo, ya sobre el altar levantado por Moisés en el tabernáculo, ya sobre el que Salomón había construido, era constantemente alimentado y conservado por los sacerdotes, y mirado, de consiguiente, como un fuego celestial que el Señor mismo había concedido para enseñar a los hombres que el origen de todo bien espiritual viene de arriba, y que nosotros no debemos encendernos con la chispa de nuestra propia llama.

Dejo al lector la libertad de decidir a cual de los acontecimientos arriba descritos hace relación la práctica actual de los griegos.

Entre las numerosas relaciones que tenemos de la distribución del fuego sagrado el Sábado Santo (relaciones que todas son más divertidas que instructivas o edificantes), he escogido la del verídico Maundrell, por ser la que ofrece mayor fundamento, aunque bajo el punto de vista de la fecha sea una de las más antiguas.

«Ellos empezaron sus desórdenes por correr alrededor del Santo Sepulcro con todas sus fuerzas y con la mayor rapidez, gritando en la carrera: huia, que significa «es él», expresión con que pretendían afirmar la verdad del cristianismo. Después de haber llegado por medio de estos clamores y esta carrera circular y atolondrante, a trastornarse la cabeza y a inflamarse de furor, se ponían a dar las vueltas más grotescas y a tomar mil posturas bajo todas las formas del desorden y de la confusión; ya se arrastraban los unos a los otros sobre el pavimento, alrededor del Sepulcro; ya cargaban un hombre sobre las espaldas de otro, y recorrían de esta manera el Lugar Santo. Asimismo se les veía dar vueltas alrededor del monumento, saltando como los farsantes en nuestros teatros. En una palabra, no se puede imaginar nada más grosero ni más extravagante que lo que ocurría en tales circunstancias. Los griegos salieron los primeros procesionalmente, y acto continuo fueron seguidos por los armenios; en este orden dieron tres veces la vuelta al Santo Lugar, desplegando todo el lujo de sus estandartes, banderolas, crucifijos y trajes bordados. Al fin de esta procesión, una paloma llegó volando a la cúpula que corona el sepulcro, y a su vista los gritos y los clamores volvieron a principiar con más fuerza que antes. Los latinos nos dijeron que los griegos habían dado libertad expresamente a este pájaro para engañar al pueblo y persuadirle de que era un descendimiento visible del Espíritu Santo. Habiendo concluido la procesión, el sufragáneo del patriarca griego y el principal obispo armenio se acercaron a la puerta del Sepulcro, y habiendo cortado la ligadura que la tenía cerrada y sellada, penetraron dentro, y cerraron la puerta detrás de sí, después de haber apagado todos los cirios y las lámparas en presencia de los turcos y de otros testigos. Las aclamaciones redoblaron cuando el milagro estuvo a punto de cumplirse, y el pueblo se lanzó con tal violencia sobre la puerta del Sepulcro, que fue imposible a los turcos detenerlo. La causa de su precipitación en este caso, era el vivo deseo que tenían de encender sus antorchas en la santa llama, en el momento mismo en que principiaba a salir del Sepulcro, pues la consideraban en aquel instante más pura y más sagrada, por su inmediata procedencia del cielo. Apenas había trascurrido poco más de un minuto que los dos fabricantes de milagros estaban dentro del Santo Sepulcro, cuando la gente vio o creyó ver, al través de algunas hendiduras de la puerta, brillar el fuego sagrado; y ciertamente Bedlam mismo jamás fue testigo de un trasporte tan desordenado como el que produjo aquella vista en el populacho. Inmediatamente aparecieron dos sacerdotes llevando antorchas encendidas que habían dejado a la puerta del Sepulcro, mientras que el pueblo se apiñaba alrededor de ellos con indecible ardor, esforzándose cada uno por llevar parte de la primera llama, que se consideraba la más pura. Durante este tiempo, los turcos descargaban sin piedad los enormes palos de que se hallaban armados, pero nada podía servir para rechazar aquellos fanáticos, tan insensibles los hacía al sufrimiento el exceso de su fervor. Los que obtuvieron fuego, se lo aproximaron inmediatamente a la barba, a la cara y al pecho, creyendo que no quemaría como la llama terrestre; pero yo vi claramente que ninguno de ellos pudo soportar este experimento largo rato para justificar tal pretensión. Por el gran número de manos que había ocupadas, se puede

prisioneros con respecto a los verdaderos guardias que son los turcos. Poseen también un órgano que es causa de grande incomodidad para los griegos, sus vecinos, cuya liturgia prohíbe toda especie de instrumento en la celebración del servicio divino. Ademas del altar del centro, hay uno más pequeño a mano izquierda, dedicado a la Santa Cruz, y cerca de la puerta otro, erigido en conmemoración de la flagelación de Nuestro Salvador (San Juan, XIX, 1). En una concavidad hay un pedazo de columna de granito, que se manifiesta como el pilar idéntico a que fue atado el Señor[19]. Saliendo de esta capilla y pasando el recinto de la de los griegos, que hemos descrito más arriba, nos hallamos frente a frente del altar de la Prisión, donde Jesús fue encerrado mientras se hacían los aprestos para crucificarle. Precisamente detrás del coro hay otro altar levantado en el sitio mismo en que los soldados echaron a la suerte su túnica (San Juan, XIX, 23).

Casi a la derecha de este altar hay una escalera de cerca de treinta peldaños, por la que bajamos a una capilla subterránea, llamada la capilla de Santa Elena. Está completamente desprovista de ornamentos. De allí una segunda escalera de once escalones nos condujo a una cueva húmeda, abierta en la roca, donde, según dicen, fueron halladas las tres cruces por la madre de Constantino. A consecuencia de este descubrimiento, aquella emperatriz hizo levantar el magnifico edificio, cuyos restos se ven hoy[20]. Volviendo a subir a la iglesia, se encuentra a la izquierda una capilla denominada *Improperio*; allí se manifiesta una piedra de mármol, que dicen ser donde se sentó Nuestro Señor, mientras que los soldados, después de haberle revestido con las insignias de rey, le insultaban y le golpeaban el rostro (San Mat. XXVII, 27 y siguientes).

De allí subimos por una escalera estrecha y oscura al monte Calvario o Gólgotha[21]. Esta escalera tiene diez y nueve escalones; algunos son de madera y se apoyan en los muros de la iglesia, los demás están tallados en la roca viva. El Calvario se halla al Sudeste del sepulcro, del que dista unos ciento diez pies. La cumbre está llana, y constituye una plataforma de cuarenta y siete pies por cada lado. Sobre esta plataforma se alzan dos capillas separadas por un arco. En la del fondo se ve un trabajo en mosaico que indica el lugar donde Jesús fue crucificado. En la de delante hay un altar o mesa de mármol, taladrada de modo que permite ver, sin que se pueda tocar, los agujeros en que fueron levantadas las tres cruces, así como también la hendidura de la roca, producida por el temblor de tierra que tuvo lugar en el momento mismo en que expiró el Dios del universo (San Mateo, XXVII, 51). El escéptico dirá sin duda, como se ha dicho ya, que estos agujeros son obra del hombre; pero, en cuanto a la hendidura de la roca, por muy cuestionable que pudiera ser la época a que se refiere, nadie ha dudado jamás de que sea natural[22]. Sin embargo, la prueba de estos detalles

creer fácilmente que en poco tiempo fueron encendidas multitud de antorchas; la iglesia, las galerías y hasta los puntos mas recónditos aparecieron instantáneamente iluminados, y la ceremonia terminó con esta iluminación.»

19 El autor, como amigo de la verdad, tendrá cuidado en el discurso de esta obra, de no emitir cosa alguna que pueda llamar la atención del viajero, cualquiera que sea por otra parte el ridículo a que este espíritu de candor pudiera exponer su credulidad. Y sea dicho una vez para siempre, lo que hace relación a las reliquias y a las localidades, no forma necesariamente un artículo de su fe. Sin embargo, espera que el lector le dispensará alguna confianza en sus juicios, y no le confundirá con aquellos hombres que todo lo creen ciegamente.

20 Cuando Elena, madre del emperador, asegura una vieja tradición de Eusebio, reedificó la antigua Jerusalén, que no era más que una soledad y un montón de piedras, como dice el profeta, buscó con cuidado el sepulcro donde había sido depositado Cristo y de donde resucitó, y últimamente, a fuerza de grandes trabajos y con la ayuda de Dios, lo descubrió; y voy a referir en pocas palabras, por qué razón fue tan difícil de encontrar. Cuanto mayor era el profundo respeto que tenían a este Sepulcro, monumento de la Pasión, los que abrazaron la religión del Crucificado, tanto más, por el contrario, los que aborrecían el cristianismo, se apresuraron, para hacerle desaparecer, a echar una gran cantidad de tierra en este paraje, formar allí grandes alturas y edificar sobre ellas el templo de Venus; borrando así todo recuerdo.

21 *Golgotha* es una palabra siriaca, que significa cráneo, aludiendo al de Adán, que, según una tradición vulgarizada en Oriente, después de haber sido recibido en el arca, en la época del diluvio, fue depositado por Melquisedec, nieto de Noé, sobre una de las colinas en que posteriormente fue edificada Jerusalén. Esta es la razón porque los árabes le llaman *Akranion*, palabra derivada del griego *Kranion*, que es sinónima del latín *Calvaria*.

22 El sencillo Maundrell, sobre cuya veracidad jamás ha recaído sospecha, dice, hablando de esta hendidura: «que esta abertura haya sido producida por un temblor de tierra que tuvo lugar en la Pasión de Nuestro Señor, no hay más que la tradición para probarlo; pero que es una ruptura natural y en la que el arte nada puede lo prueban la razón y los sentidos. En efecto, sus dos lados se adaptan perfectamente uno a otro, y da unas vueltas de tal manera que sería

secundarios no tiene importancia a los ojos del piadoso peregrino. Una serie no interrumpida de testimonios irrecusables le ha convencido, a su satisfacción, de que aquel es el lugar donde terminaron los sufrimientos, la humillación y la agonía por que el Salvador debía pasar antes de su glorioso triunfo. Sí, «todo lo que Cristo debía sufrir, según Dios había declarado por boca de los profetas» (Isaías, LIII, 3 y siguientes), se ha cumplido realmente a algunos pasos del lugar en que nos encontramos ahora, y donde, después de haber permanecido absortos en la contemplación de este hecho probado[23], meditamos acerca de las inmensas consecuencias que ha producido para el mundo cristiano.

Como lo he manifestado más arriba, la iglesia del Santo Sepulcro no encierra ninguna escultura ni pintura notables. Asegúrase, sin embargo, y es bastante probable, que adornaban en otro tiempo sus muros excelentes cuadros. Tal vez hayan sido vendidos en un momento de necesidad, porque no tienen limites las *avanías* o contribuciones forzosas con que las autoridades locales agravan a los cristianos, bajo los pretextos más frívolos.

Después de haber examinado todo lo que este santuario célebre contiene de más notable, salimos de él y regresamos al convento. A nuestra vuelta, no pudimos menos de sentir que los primeros fundadores de este edificio y de todos los demás del mismo género que existen en la Tierra Santa, no se hubiesen limitado a poner a cubierto aquellos sagrados lugares, objeto de su veneración, a protegerlos únicamente contra las injurias del tiempo y los ultrajes de los profanos. Es de creer que si se les hubiera dejado en su estado primitivo, sin sobrecargarlos de adornos extraños, el escéptico habría tenido menos motivos de duda, y que los que, en materia de religión, difieren en sentimientos de los actuales custodios, creerían más espontáneamente en la autenticidad de los sucesos que recuerdan. El celo poco ilustrado que indujo a los primeros cristianos a cambiar la superficie primitiva de los lugares y a levantar en ellos altares consagrados al culto, ha causado seguramente más daño a los verdaderos intereses de la religión, que los que hubieran podido ocasionar los trastornos del tiempo, o quizá la destrucción total de los santos lugares. Así es como vemos las cosas hoy día; pero es preciso no olvidar que en la época en que fue levantado este monumento sobre el Calvario, existía entre los cristianos mayor unidad de sentimientos que en nuestros días. Su fe, por largo tiempo perseguida, acababa entonces de alcanzar, con la conversión de Constantino al cristianismo, hacia el principio del siglo IV, un triunfo brillante sobre la orgullosa superstición del mundo pagano. Hasta aquella época, los cristianos se habían contentado con gemir y velar en secreto sobre los lugares que les recordaban el origen de su religión. Pero tan pronto como pudieron libremente y sin miedo adorar al verdadero Dios, se apresuraron a levantar en aquellos lugares monumentos más duraderos que los que habían servido hasta entonces para hacerlos reconocer; y los construyeron con una magnificencia digna de aquel a quien los había dedicado la voluntad unánime de un pueblo fiel y agradecido.

4.
Visita a las playas del mar Muerto, al Jordán y a la antigua Jericó.

Camino de Jericó.—Betania.—Sepulcro de Lázaro.—Fuente de los Apóstoles.—Escena de la parábola del Samaritano caritativo.—Montaña de la Tentación.—Fuente de Eliseo.—Jericó.—Escena de noche.—Mar Muerto.—El Jordán.—Desierto de Engedi.—Regreso a Jerusalén.

Jerusalén 16 de agosto.—Aunque no habíamos visto todavía más que una parte de la Ciudad Santa, creímos sin embargo deber aprovechar la ocasión que se ha presentado esta mañana de visitar las playas del Mar Muerto, las riberas del Jordán y la antigua Jericó. Un viaje a estos lugares, en

imposible al arte producirlas ni ocasionarlas en aquel peñasco por medio de ningún instrumento.»

23 «Auctor nominis ejus Christus, Tiberio imperitante, per procuratorem Pontium Pilatum supplicio adfectus erat.» (Tácito, *Ann*. lib. XV, cap. XLIV.) Véase también a Suetonio.

todo tiempo infestados de árabes merodeadores que no reconocen otros derechos que los del más fuerte, es siempre más o menos peligroso, sobre todo si los viajeros no se hacen acompañar de una escolta armada, escolta que no se obtiene sino a fuerza de obsequiar al gobernador y de considerables dádivas en dinero a sus subordinados. Numerosos viajeros estaban prontos a partir para aquellos lugares; esta circunstancia puso al alcance de nuestro bolsillo la cuota de la contribución individual que era necesario pagar, y nos decidió al mismo tiempo a satisfacer nuestros deseos.

Salimos por la puerta de San Esteban, así llamada porque se halla cerca del lugar en que el primer mártir de este nombre sufrió su suplicio (Act. VII, 58). Luego atravesamos el valle de Kedron, y siguiendo por espacio de cerca de media hora el sendero que serpentea alrededor del monte de los Olivos, llegamos a la pequeña aldea de Betania, situada en la cúspide oriental de la montaña[24]. Allí nos detuvimos algunos minutos para satisfacer la piadosa curiosidad de los que deseaban visitar el sepulcro de donde Lázaro fue llamado a segunda vida mortal por la voz vivificante de Jesucristo, que le gritó: «Lázaro, sal fuera». Por mucha celebridad que hubiese adquirido Betania en este acto de la Divina omnipotencia[25], era sin embargo más particularmente notable por ser el lugar donde Nuestro Señor se retiraba de noche con sus discípulos, después de haber empleado el día en enseñar en la ciudad y en el templo. Bajo este aspecto la aldea es muy interesante para el viajero cristiano.

De allí descendimos a un valle estrecho, a cuya entrada hay un abundante manantial de agua deliciosa, llamado la Fuente de los Apóstoles. La circunda un muro abovedado interiormente, como están la mayor parte de las fuentes del país. En ella hicimos alto de nuevo, a fin de dar a los rezagados tiempo de incorporarse a nosotros, y con objeto de refrescar en el manantial donde Nuestro Señor y sus discípulos se refrescarían sin duda muchas veces en los frecuentes viajes que hacían de Jerusalén a Jericó, población entonces considerable y morada de un gran número de sacerdotes y levitas. En aquella época el camino que conduce de Jerusalén a Perea, al otro lado del Jordán, era muy frecuentado por los comerciantes y por los sacerdotes encargados del servicio del templo, que se trasladaban continuamente de una a otra de estas dos ciudades. Hoy se halla desierta del todo. En la distancia que separa a Jerusalén de Jericó, no encontramos alma viviente; nada indicaba que el hombre habitase aquellos lugares; el suelo mismo no ofrecía ninguna señal de cultivo[26].

A partir de aquí, el camino serpentea por espacio de muchas horas al través de una comarca que presenta un aspecto horrible. Las montañas están desnudas y escarpadas; los barrancos son profundos y obstruidos por peñascos; por todas partes en fin aparece la desolación más completa. Se considera este camino como el más peligroso de la Palestina, porque está hoy, como antiguamente, infestado de multitud de bandidos[27]. Se ha observado muchas veces que no se podía escoger un lugar más a propósito para la escena de la tierna e instructiva parábola del Samaritano caritativo, parábola que muchos comentadores muy juiciosos consideran sin embargo como un hecho real y no como una simple ficción. A tres horas próximamente de la ciudad se encuentran las ruinas de un convento y de un *kan* o parador edificado en el sitio donde se supone que estaba el albergue de que se habla en la narración. En este paraje nos advirtieron nuestros custodios que nos preparásemos para un ataque. Mientras ellos iban delante para reconocer el terreno, todos los ojos estaban atentos, todos los oídos sobre el *¿quién vive?* Sin embargo, pasamos sin ser molestados. Que los turcos de nuestra escolta esperasen realmente ser atacados, pero que nuestro número impusiese a nuestros enemigos invisibles, o que ellos quisieran abusar de nuestra credulidad, con objeto de aumentar el precio de sus servicios, es lo que yo no sabré decir. Mas sí puedo asegurar (y téngase en cuenta que he presenciado muchas escenas de desolación), que jamás he atravesado un país más favorable a los

---

24 Beethania no estaba separada de Jerusalén más que unos quince estadios.» (San Juan, XI, 25). Esta aldea se llama hoy Lazaria.

25 Yo soy la resurrección y la vida. (San Juan, XI, 25).

26 «Los caminos están abandonados, ni una persona pasa por los senderos» (Isaías, XXXIII, 8, 9).

27 Los asesinatos que allí se cometían frecuentemente, le habían dado el nombre de *Vía sangrienta.*

asaltos de los bandidos y que nunca he visto lugares más a propósito que este camino para esconderse antes y después del crimen.

Seis millas más allá de estas ruinas, el camino se detiene bruscamente al pie de una montaña muy alta, y después desemboca de improviso a la derecha en la llanura de Jericó. Según la tradición, el demonio transportó a Nuestro Señor sobre esta montaña para mostrarle los reinos del mundo y su gloria. En las soledades de esta misma montaña fue donde Jesús hizo el ayuno rigoroso de los cuarenta días. De aquí le viene entre los modernos el nombre de *cuarentania*. Como lo observa el Evangelista, es una montaña muy alta y de difícil subida. De la misma manera que todas las que acabamos de atravesar, está formada de terrenos calizos, y apenas ofrece acá y allá algunas señales de verdura. Está surcada de profundas aberturas, como si la tierra hubiese sido trastornada por algún estremecimiento grande. En sus faldas hay abiertas muchas grutas donde iban los ermitaños de la edad media, a imitación de Jesucristo, a hacer su ayuno durante la cuaresma. El temor que teníamos de separarnos del camino nos impidió visitarlas; y ciertamente en aquel paraje experimentábamos cierta aprensión de algún daño.

Al dejar las montañas, descendimos por un sendero rápido y dificultoso a la llanura de Jericó. Se nos llamó la atención a una fuente que pretenden ser aquella cuyas aguas dulcificó el profeta Eliseo. Los habitantes de Jericó dijeron también a Eliseo: «Señor, la permanencia en esta ciudad es muy cómoda, como vos mismo lo veis; pero las aguas son muy malas y la tierra estéril.» Eliseo les respondió: «Dadme un vaso nuevo y poned sal en él.» Luego que se lo hubieron llevado fue a la fuente, y...» etc. (II, Re. 11, 19, 21). Las aguas son recibidas hoy en un pilón de piedra, de donde se escapan formando una ancha balsa y se dividen en numerosos y pequeños arroyuelos, que después de haber regado algunos pedazos de tierra cultivada, van a perderse en una llanura de arena.

A una hora de este venero está Rieha, miserable aldeilla que ocupa el sitio de la antigua Jericó. Se compone de veinte a treinta barracas groseramente construidas, y protegidas por una especie de vallado de espinos secos. Bajamos a una vieja torre cuadrada, situada en medio de un patio formado por una pared. En esta casucha es donde mora el jeque del lugar. El vulgo la llama la casa de Zaquías Publicano, que vivía en Jericó. Fuimos alojados en la habitación principal, donde se sube por una escalera de piedra casi arruinada. El techo se había desplomado, y lo habían sustituido con algunas ramas de árboles. Después de una ligera cena que tomamos de prisa, nos acostamos sobre esteras que se nos dieron en vez de camas.

En cualquiera otra ocasión, el cansancio que naturalmente teníamos después de un día de marcha tan largo y tan penoso, nos hubiera dispuesto a dormir bien, aun sobre la ruda cama en que descansábamos; pero en tales circunstancias nos sentíamos poco decididos a abandonarnos a sus dulzuras. Mi sueño fue agitado y de corta duración. Al cabo de algunas horas me desvelé: mis compañeros de viaje dormían aun; me levanté, y apoyándome sobre el parapeto de la torre, busqué una distracción en los recuerdos que aquellos lugares atraían en tropel a mi mente. Como se puede imaginar, estos recuerdos eran muy interesantes, y la presencia de muchos de los objetos mismos les prestaba un encanto tan poderoso y producían en mi ánimo una impresión que el tiempo no ha podido borrar todavía.

Al mediodía se extiende un vasto montón de agua que duerme; es el Mar Muerto o lago Asphaltites. Hacia Levante aparece una cadena de montañas, cuyas formas rudas y desiguales, dibujándose distintamente a los rayos de la luna que se levanta al otro lado, me recuerdan el Nebo, el Peor y el Phasga. Por su falda corre un río caudaloso, que viniendo del Norte, se arrastra silenciosamente hacia el mar este río es el Jordán. Al Oeste, una segunda cadena de montañas, menos altas que las que corren paralelamente en dirección al Este, limita el horizonte; son las montañas de la Judea, que había traspasado por la mañana en mi viaje a Jericó. En este instante brilla el firmamento con un resplandor más vivo que de costumbre; el centelleo y caída de las estrellas ofrecen un extraño contraste con el sombrío aspecto que presentan todos los objetos que observo aquí abajo. El lago hacia el Mediodía me trae a la memoria el valle de Siddim, en otro tiempo tan fértil y que encerraba muchas y muy grandes ciudades, tales como Sodoma, Gomorra,

Adama, Seboim y Zoar, hoy sepultadas bajo las aguas y como envueltas en una sábana inmensa. Estas playas que pisaron en otro tiempo Abraham y Lot, y en las cuales recibieron la visita de los ángeles, no son frecuentadas ahora más que por el feroz árabe del desierto, a quien también inspiran un terror supersticioso. Las montañas del Este me recuerdan los campamentos de los israelitas, los altares de Barack, las profecías de Balaam y la muerte de Moisés. Desde la cúspide del monte Nebo es desde donde los israelitas, a su salida de Egipto, vieron por la primera vez la Tierra de Promisión; allí es también donde su ilustre caudillo exhaló el postrimer aliento. Efectivamente, mucho tiempo poseyeron esta tierra; pero más tarde fueron despojados de ella en castigo de sus crímenes, y su posteridad vaga errante hoy día y dispersa por todo el mundo. El Jordán me habla de la separación de sus aguas por Josué, por Elías y por Eliseo, del paso de los israelitas, del bautismo de Jesucristo y de las predicaciones de San Juan.

A corta distancia de esta aldea se levantaba la antigua Jericó, célebre por su escuela de los profetas y por los numerosos milagros que en ella hicieron Elías y Eliseo. En esta población fue donde Zaquías recibió al Señor en su casa y donde Jesucristo dio vista a Bartimeo. Los patriarcas desplegaron muchas veces sus tiendas en esta llanura, y en ella se han dado muchas batallas sangrientas. En algunas ocasiones el Dios de los ejércitos dio en ella señales de su omnipotencia de una manera esplendorosa en favor de su pueblo querido, y en particular cuando las murallas de Jericó se desplomaron a los gritos lanzados por la muchedumbre y al sonido de las trompetas tocadas por los sacerdotes. En otras ocasiones, tales como el sitio de Hai, permitió que los israelitas, en castigo de los crímenes de Achan, fuesen destrozados por sus enemigos. Mas no es sólo en esta llanura o en sus inmediaciones donde se manifestó el poder divino. Si dirijo las miradas hacia la bóveda celeste, me figuro ver a Elías subiendo al empíreo sobre un carro de fuego; veo abrirse el firmamento y al Espíritu-Santo, descendiendo en forma de paloma, venir a pararse sobre Jesús, mientras que una voz del cielo decía : «Este es mi Hijo muy querido, en el cual he puesto todo mi afecto.»

No, jamás olvidaré yo esta noche memorable; los lugares que me inspiraron pensamientos llenos de un interés tan nuevo para mí, jamás podrán borrarse enteramente de mi memoria.

Jericó, 17 de agosto.—Esta mañana, desde el amanecer, acompañados de la escolta que habíamos traído de Jerusalén, y que se había aumentado con una porción de caballeros armados que nos suministró el jeque de la aldea, nos preparamos a partir para el Mar Muerto. A cosa de dos horas de marcha llegamos a él, no lejos del sitio donde desemboca el Jordán. Por el camino que a él conduce, y mucho tiempo antes de llegar a la playa, no se ve ningún rastro de vegetación. La llanura, por todo lo que alcanza la vista, está cubierta de una costra blanca y salina debida a la acción del sol, después que este suelo, evidentemente impregnado de sal, ha sido humedecido por la lluvia[28]. A alguna distancia de las actuales riberas, se observa una especie de margen antigua producida indudablemente por la retirada de las aguas del Jordán, en época en que este río estaba sujeto a desbordamientos. El espacio intermedio presenta un suelo lleno de barrancos y como trabajado por las olas; está cubierto acá y allá de pedazos de madera emblanquecidos por el sol. Al Norte de la llanura de Jericó la mar está abierta. De este lado sus playas están llanas, y el lago forma una especie de bahía de cinco a seis millas de anchura, poco mas o menos. Una doble cadena de montañas bastante parecidas a las que guarnecen el Nilo, pero que son mucho más altas, principalmente las del lado de la Arabia, rodea el mar al Este y al Oeste. Estas dos cadenas de montañas parecen estar apartadas la una de la otra cerca de siete u ocho millas, y como que descienden bruscamente al lago. En vano se buscan con la simple vista los límites del Mar Muerto hacia el Mediodía. En esta dirección se ensancha evidentemente.

Este desierto de arena y de agua, en el cual reina un silencio solemne, presenta en su conjunto un aspecto sombrío y triste que causa abatimiento. Muy diferente del Oasis, que por lo menos recrea la vista de tiempo en tiempo cuando se recorre el desierto, él está todavía más desamparado que las

28 Moisés hace alusión a esta circunstancia en el Deut. XXIX, Esta tierra quemada por el azufre y por una sal abrasadora.

llanuras áridas que le rodean. Sin embargo, para explicar las contradicciones que ofrecen los relatos de algunos viajeros que, tratando sin duda de producir efecto y complaciéndose en suponer imaginarios horrores allí donde solo existen deformidades naturales, no han reproducido siempre con fidelidad las impresiones que han experimentado, es indispensable decir, que la mayor parte depende del estado de la atmósfera y de la hora a que se visitan estos lugares. Por ejemplo, cuando nosotros vimos el lago, una brisa del Sur rizaba ligeramente su superficie y el cielo estaba sin nubes. Así pues, ese vapor sombrío que han notado ordinariamente, no existe por lo menos en toda su intensidad. La inmovilidad del Mar Muerto es debida en parte a la profundidad de la cuenca en que el lago está encerrado y que le resguarda contra la violencia del viento, y en parte a la pesadez de sus aguas, que tienen en disolución una cantidad de sal igual a la cuarta parte de su peso. Los alrededores del lago, igualmente impregnados de este mineral, no producen ninguna planta, y el aire mismo, cargado de partículas salinas arrastradas por la evaporación, no puede ser favorable a la vegetación. De aquí este aspecto lúgubre que tienen las playas del Mar Muerto.

El agua, aunque perfectamente cristalina y sin olor, es muy salada y de un gusto amargo y nauseabundo[29]. Sin el deseo que teníamos de asegurarnos por nosotros mismos del grado de su pesantez tan exagerada, no hubiéramos pensado en bañarnos allí. Por este lado el declive es gradual, de suerte que para conseguir nuestro objeto nos fue preciso avanzar hasta cierta distancia antes de encontrar profundidad suficiente para nadar. Pero, aunque el agua nos ofreció en este sitio más resistencia que la del mar, nos vimos sin embargo obligados a nadar haciendo uso de los pies y de los brazos, y si bien podíamos sostenernos boca arriba con mas facilidad que de cualquier otro modo, a causa de la pesantez extraordinaria del agua, adquirimos no obstante la convicción de que, lo que los escritores tanto antiguos como modernos han dicho acerca de sus propiedades, es muy exagerado[30].

Confieso que, durante las pocas horas que permanecí en las inmediaciones del lago, no vi un solo pájaro. Pero es falso que las exhalaciones que se elevan de su seno, estén infestadas hasta el punto de dar muerte a los que intentaran volar por encima. La ausencia de aves acuáticas puede explicarse por la imposibilidad de hallar de qué vivir; porque el lago no produce, como se sabe, ninguna clase de peces, y sus playas, enteramente desnudas de vegetación, no podrían ofrecer ningún atractivo a los pájaros, cualesquiera que estos fuesen.

Nosotros amontonamos en la playa muchos pedazos de una materia negra parecida a la pez dura. Dícese que se encuentra en abundancia en las montañas que guarnecen el lago. Aplicada la llama de una bujía, arde inmediatamente exhalando un olor insoportable. Tiene la propiedad singular de no perder al quemarse más que una parte de su peso, sin disminuir de volumen Yo no vi el asfalto o betún por el cuál este lago era tan renombrado; pero es verdad que mis observaciones se limitaron casi exclusivamente a la ribera del Norte. En los tiempos antiguos constituía una rama importante del comercio; el Egipto empleaba una gran cantidad de esta sustancia para el embalsamamiento de los cadáveres.

Este famoso lago, que cubre con sus aguas el fértil valle de Siddin, valle en otro tiempo tan rico y tan bello, que los historiadores sagrados le comparan al jardín del paraíso, ha recibido en diferentes épocas diversos nombres que indican su naturaleza y su origen. La Escritura le llama *Mar de la Llanura*, haciendo alusión a la circunstancia de que acabo de hablar (Deut. III, 17; Jos.

29 Un análisis químico de cien granos de esta agua, da los resultados siguientes, respecto a las sustancias que contiene y a su proporción:

Muriato de cal:	3.920
Id. de magnesia:	10.246
Id. de sosa:	10.360
Sulfato de cal:	0,054
	24.580

30 Josefo refiere que Vespasiano, queriendo asegurarse de lo que se decía acerca de estas aguas, hizo atar de pies y manos a cierto número de esclavos suyos, mandándolos arrojar en la parte más profunda del lago, y que aquellos, lejos de irse al fondo, permanecieron en la superficie hasta que plugo al emperador ordenar que se les retirase.

XV, 5); *Mar Salada*, por el gusto amargo y salado de sus aguas (Deut. III, 17; Jos. XV, 5), y *Mar del Este*, a causa de su situación relativamente a las montañas de la Judea. El historiador Josefo y los escritores romanos le dan el nombre de *lago Asphaltites*, esto es, lago bituminoso, a causa de la cantidad considerable de betún que en él se encuentra. El nombre de *Mar Muerto*, bajo el cual es conocido vulgarmente, le ha sido dado haciendo alusión a una tradición antigua y errónea, pero generalmente admitida, que ningún animal puede vivir en sus aguas salinas e hidro-sulfurosas. Los árabes le llaman *Bar-Loutte* o mar de Lotte. Su extensión ha sido diversamente evaluada; pero jamás ha sido medido de una manera exacta[31]. Según Plinio, su longitud total será de cien millas y su mayor anchura de veinte y cinco. Pero el doctor Shaw y algunos otros viajeros modernos, que parecen haber calculado su extensión con mas exactitud, aseguran que su longitud es de cerca de sesenta millas inglesas y su mayor latitud de veinte.

Se ignora la situación precisa de Sodoma, Gomorra, Adama, Seboim, y Zoar, de las cuales las cuatro primeras fueron destruidas por la cólera divina (véase el Gen. XIV, 24); y hasta hoy no se ha podido descubrir ningún vestigio de sus ruinas, si es que todavía existen.

Volviendo a montar a caballo y caminando a lo largo de las playas del Mar Muerto sobre un terreno movedizo que cedía bajo el casco de nuestros corceles, llegamos en poco tiempo al paraje en que desemboca el Jordán con una impetuosidad grande. Al ver esta enorme masa de agua precipitarse continuamente en el lago, donde vienen a perderse además muchos torrentes de las montañas, sin que resulte un aumento sensible en su volumen, se pregunta uno naturalmente por dónde dará el lago salida a la abundancia de sus aguas[32]. Algunos escritores se inclinan a creer que se comunica con el Mediterráneo por subterráneos conductos; pero, como hasta hoy no se ha descubierto ninguno de esos pretendidos conductos, se debe suponer que sus aguas son absorbidas por la evaporación (Véase Halley). Antes de la formación del Mar Muerto, se dudó también por largo tiempo el sitio en que iba a perderse el Jordán. Pero, después de los recientes descubrimientos de Burckhardt, es de presumir que desaguaba en el Mar Rojo, por su golfo oriental. El antiguo cauce del río, corriendo en esta dirección, pero lleno hoy de arena movediza, está todavía visible en toda su extensión[33]. Por el sitio donde se arroja en el Mar Muerto, puede tener el Jordán cerca de treinta toesas de anchura.

De allí, siguiendo la margen derecha del río, guarnecida de sauces y de arbustos, que indican su curso, al mismo tiempo que ocultan a la vista casi enteramente sus ondas, llegamos en una hora de camino al sitio donde, haciendo un recodo, se dirige bruscamente hacia el Oeste. En este punto no tiene más que sesenta y tres pies de anchura, y como de cada lado las riberas descienden

---

31 Es de esperar que, bajo el gobierno más ilustrado de Mahomet-Ali, se harán algunos esfuerzos por llenar esta interesante laguna geográfica. Los medios para cumplir esta misión están preparados, y el viajero que la emprenda,; no necesita más que la sanción del gobernador, que le protegerá en su expedición, sólo por el terror que su nombre inspira. Su barco será probablemente el primero que habrá surcado jamás la superficie de este mar desde la época de su formación.

32 El doctor Shaw ha calculado que el Jordán arroja diariamente en el Mar Muerto seis millones de cubas de agua.

33 «El valle de Ghor continúa al Sur del Mar Muerto: a cosa de diez y seis leguas de la extremidad de este mar, cambia su nombre por el de Anaba y se extiende casi en línea recta, inclinándose, sin embargo, un poco hacia el Oeste hasta Akaba, que se halla al remate del brazo oriental del Mar Rojo. La existencia de este valle parecía haber sido ignorada de los geógrafos antiguos y modernos, aunque ocupa un lugar señalado en la geografía de la Siria y de la Arabia Pétrea, y a pesar de que es todavía más interesante bajo el punto de vista de sus producciones; allí se encuentra siempre el maná del desierto; brota de los retoños de muchos árboles, pero principalmente del gharrah; los árabes lo recogen y hacen con él pasteles, que comen con manteca. Le llaman Assal Beyrout o miel de Beyrout.

»El índigo, la goma arábiga, el árbol de la seda, llamado asheyr, cuyo fruto está encerrado en una sustancia sedosa blanca, del que los árabes hacen sus mechas, crecen en este valle. Durante el verano, apenas está habitado en la parte que toca al Mar Muerto, sino por algunos aldeanos beduinos; pero en el invierno se convierte en el lugar de recreo de más de una docena de poderosas tribus árabes. Es probable que el comercio entre Jerusalén y el Mar Rojo se hiciese por este valle. La caravana encargada en Ezoingeber de los tesoros de Ofir, podía, después de una marcha de seis o siete días, depositar su carga en los almacenes de Salomón.

»Este valle merece ser estudiado a fondo, y tal examen conducirá a muchos descubrimientos interesantes. Sería de una grande importancia para el viajero en Palestina.» (*La Nubia*, por Burckhardt, XLV, XLVI.)

gradualmente hacia el río, que en este sitio es poco profundo (no tiene más que cinco pies de agua), se presume que este era uno de los vados o pasos ordinarios de que se hace tan frecuente mención en la Escritura, el mismo quizá que se hallaba frente a frente de Jericó y conducía a Bethábara[34], al otro lado del Jordán, donde, después de la tentación de Nuestro Señor, San Juan le administró el Santo Sacramento del bautismo. Con arreglo a la tradición, este es el sitio por donde pasaron los israelitas, cuando penetraron la primera vez en la tierra prometida, y el lugar mismo donde Jesucristo fue bautizado por San Juan[35].

Echamos pie a tierra, y nos preparamos a tomar un segundo baño. En efecto, lo hicimos con tanto más placer, cuanto que deseábamos limpiarnos de las partículas salinas que se habían adherido a nuestra piel y se habían mezclado con nuestros cabellos, cuando nos bañamos en el Mar Muerto. Estas partículas causaban dolores agudos a aquellos de entre nosotros que habiendo permanecido expuestos al sol, tenían la piel completamente escoriada; yo quise atravesar el río, pero el cauce era tan pedregoso y la corriente tan rápida, que apenas podía sostenerme sobre las piernas. Los que ensayaron nadar (y entre nosotros había excelentes nadadores), no pudieron luchar largo tiempo contra la rapidez de la corriente; el agua los arrastró y tuvieron que librarse del peligro asiéndose a las ramas de los sauces que guarnecen el río. En este sitio el agua del Jordán, que es más bien caliente que fría, presenta un color blanco de azufre; pero no tiene ni gusto ni olor desagradables. Cuando se la echa en un vaso pierde enteramente ese color.

Este río parecía tener una doble ribera. Los bordes inferiores o los de su lecho actual se elevan en este momento (17 de agosto) de seis a ocho pies por encima de su nivel. Las márgenes superiores están a alguna distancia (tal vez treinta toesas) de las inferiores. El espacio que las separa está cubierto de tamarindos, sauces, olivos silvestres y otros arbustos que allí crecen naturalmente. Este matorral espeso, llamado *el orgullo del Jordán*, es hoy día como antiguamente, según dicen, la madriguera de muchas especies de animales salvajes que viven allí al borde de un agua fresca, lejos de la habitación de los hombres y sin temer ahora ser lanzados por los desbordamientos del Jordán[36]. Son, a lo que creo, las panteras, bastante comunes en Palestina, los lobos y los chacales. Pero estas fieras no nos inspiraban ningún miedo. Realmente lo que nosotros recelábanos era algún ataque brusco de los árabes, para quienes este bosque constituía una madriguera no menos segura que para los animales salvajes. Esperábamos verlos levantarse detrás de cada maleza que pasábamos.

En la época de Josué, el Jordán estaba sujeto a desbordamientos periódicos, lo que no tiene lugar en nuestros días, por lo menos anualmente. Si las márgenes exteriores indican realmente la antigua crecida de las aguas durante la estación de las lluvias o la fusión de las nieves del monte Líbano, es difícil explicarse el decrecimiento actual del río, a menos que se suponga que él se ha cavado un lecho más profundo, o que se ha abierto otra salida. Sea lo que quiera, todavía es el río más caudaloso de la Palestina[37]. Nace a algunas millas Nordeste de Paneas, más generalmente llamada *Cæsarea Philipi*, a la falda del monte Hermoón, una de las ramificaciones del Anti-Líbano. Su aparente manantial sale de detrás de un subterráneo a cuyos lados se han abierto muchos nichos, en los que se leen diversas inscripciones en lengua griega. Por espacio de algunas horas su curso no constituye mas que un pequeño e insignificante arroyo. Después de haber atravesado los pantanos y

34 La palabra Bethábara significa en hebreo el lugar donde se pasa por encima. No creo que se haga mención de puentes en la Escritura.

35 Según los griegos, el sitio donde Jesucristo fue bautizado se halla a algunas millas más lejos hacia el Sur. En la época de la Pascua, muchos millares de peregrinos, pertenecientes casi todos al rito griego, vienen a bañarse en el Jordán, bajo la protección del mutzelim o gobernador de Jerusalén y de una fuerza militar considerable.

36 Esta circunstancia ha suministrado al Profeta la siguiente bella alusión: «el enemigo vendrá con más fiereza que el Jordán cuando se desborda, y se arrojará como un león contra estas ciudades tan fuertes y tan hermosas. (Jer. X, LIX, 19.)

37 Aunque la Escritura hace frecuente mención de ríos, el Jordán es, sin embargo, hablando con propiedad, el solo río de la Tierra Santa. Muchas veces es designado sólo por el nombre de río, sin otra calificación, del mismo modo que el Nilo (Gen. XLI, 1.—Ex. I, 22; II, 5; IV, 9; VII, 18; y VIII, 3, 9, 11) y algunas veces el Eufrates, como se ve en Jer. XI, 18. El objeto de la narración indica en estos casos, cuál es el río de que hablan los escritores sagrados.

las hondonadas del lago Meron, llamado mas tarde Samochonitis, y recorrido un espacio de cerca de quince millas, pasa a la sombra de la ciudad de Julias, antiguamente Bethsaida. Allí se esparce en una ancha y hermosa sábana de agua, y toma el nombre de lago Tiberíades, en otro tiempo Genesareth; y después de un curso sinuoso de cerca de sesenta millas al través de un profundo valle apellidado El-Ghor, se arroja en el lago Asphaltites o Mar Muerto. El espacio que recorre es de ciento treinta millas poco mas o menos. Su anchura y su profundidad no son las mismas en todas partes. La primera, por término medio, es de cerca de noventa pies, y la segunda de nueve. Los árabes le llaman *Sheriat-el-Kebir.*

En la ribera izquierda del río hay un sitio para desembarco, cubierto hoy de arbustos. Probablemente es el paraje donde fue depositada el arca de la alianza cuando los israelitas atravesaron el río para restituirse a la tierra de Canaán. Muchos peregrinos de nuestra caravana cortaron ramas de sauce para hacer bastones; otros llenaron de agua del Jordán botellas que habían llevado consigo; algunos en fin llenaron sus alforjas de piedrecitas recogidas en el cauce del río.

De las márgenes del Jordán dimos la vuelta a Jericó. Era demasiado tarde para regresar a Jerusalén. Nos fue preciso pasar otra noche en la torre. Como no habíamos previsto este retraso, nos hallamos escasos de provisiones, y no era posible reparar esta falta de precaución en la miserable aldea donde nos encontrábamos. Los habitantes son más bien pastores que agricultores, y todo lo que pudimos obtener de ellos fue un poco de pan negro y de leche avinagrada.

Los aullidos de los chacales, que parecían salir de los barrancos al sur de Jericó, habían turbado nuestro sueño la noche precedente. Esta tarde, hacia el anochecer, cogiendo las escopetas, salimos con intención de darles caza. El primero que disparó erró el tiro; pero en el mismo instante cinco o seis fieras que parecían chacales, espantadas por la detonación, salieron repentinamente de diferentes sitios y atravesaron la llanura con dirección al Jordán.

En las Santas Escrituras se hace frecuente mención de Jericó. Esta población fue la primera que tomó a los cananeos Josué, quien la hizo arrasar, y pronunció un terrible anatema contra aquel que intentara volver a levantar sus muros. Mas tarde, bajo el reinado de Ajab, se vieron los efectos de esta maldición en la persona de Hiel de Bithel, que había querido reedificarla (III Reyes, XV, 34). En el repartimiento de tierras entre las tribus, la de Benjamín fue dueña de Jericó, una de las poblaciones especialmente asignadas a los sacerdotes y a los levitas, que la habitaban en número de doce mil. Era así mismo célebre por la escuela de los profetas que allí había sido establecida. En la época de Nuestro Señor, no cedía ventaja a Jerusalén sino bajo el punto de vista de la extensión y de la magnificencia de los edificios. Marco Antonio, en la extravagancia de su pasión por la reina de Egipto, dio a esta princesa la ciudad de Jericó con todo el territorio que de ella dependía. Vespasiano, en el transcurso de la sangrienta guerra que hizo a la Judea, destruyó sus muros e hizo pasar a cuchillo a sus habitantes. Reedificada por Adriano en el año 136 de nuestra era, bien pronto experimentó nuevos desastres. Fue reparada por los cristianos que fijaron en ella la silla de un obispado; pero, en el siglo XII, los infieles la saquearon de nuevo, y desde entonces jamás se ha vuelto a levantar de sus ruinas. No recuerdo haber visto en el curso de mis viajes, seres humanos alojados más miserablemente y que lleven sobre sus personas las señales de una pobreza más abyecta que los tristes y pálidos habitantes de la moderna Jericó.

Los alrededores de esta población eran en otro tiempo la parte más fértil de la Palestina. Abundaba en rosales y en palmeras (de donde procede que en el Deut. XXXIV, Jericó es llamada algunas veces la ciudad de las palmeras), producía además una gran cantidad de opobálsamo o bálsamo de Gilead, muy apreciado todavía en todo el Oriente. Todas estas riquezas han desaparecido ya del suelo; y el viajero que buscara la planta bienhechora por la cual esta tierra se había hecho tan célebre, así como la flor vulgarmente llamada rosa de Jericó, y cuya verdadera naturaleza ha embarazado a tantos y tan hábiles comentadores, quedaría igualmente burlado en uno y en otro caso; porque estas dos plantas son completamente desconocidas de los actuales habitantes del país.

Agosto 18.—Tuvimos el proyecto de volver a Jerusalén por el desierto de Engedi, refugio favorito de los oprimidos de todos los siglos, y donde se eleva el célebre convento de San Sabas; pero no nos creímos con fuerza suficiente para aventurarnos en estas regiones desoladas. Nada hay, según dicen, más espantosamente solitario que la situación de este convento, construido en un barranco de muchos centenares de pies de profundidad, donde el Cedrón se ha abierto su cauce que, a decir verdad, está en seco la mayor parte del año. Volvimos, pues, a tomar el camino por donde habíamos venido, y regresamos al convento latino a poco más de seis horas y media de marcha. La diferencia de tiempo que empleamos en volver a Jerusalén, debe ser atribuida a la dificultad del camino, que a partir de la llanura de Jericó hasta la Ciudad Santa va subiendo continuamente por espacio de unas diez y nueve millas[38].

Viniendo del Mediodía, cuando se da la vuelta alrededor de la aldea de Betania, la vista de Jerusalén es sin disputa admirable y llena de interés por los recuerdos que trae a la memoria. Aquí es donde Jesús encontró al pueblo que había salido de la ciudad y marchaba delante de él con ramas de palmera en la mano, gritando: *¡Hosannah! ¡Bendito sea el rey de Israel que viene en nombre del Señor!* Un silencio mortal, interrumpido solamente por algunos tiros de fusil que nuestros custodios descargaban al aire a medida que nos aproximábamos a las puertas, reinaba alrededor de la ciudad, cuando repasamos la hondonada que se halla al Oriente. El mismo silencio glacial imperaba en el interior; porque era mediodía y cada cual guardaba la siesta. El ruido solo de los pasos de nuestros caballos, se difundía como un eco a lo largo de las calles que atravesábamos.

5.
Monumentos de la Ciudad Santa.

Topografía de Jerusalén.—Puerta de Damasco.—Arrabal de Bezetha.—Gruta de Jeremías.—Profecías relativas a la ciudad.—Sepulcros de los reyes.—Sepulcros de los jueces.—Profecías relativas a los judíos.—Valle de Cedrón.—Piscina de Bethesda.—Pretorio de Pilatos.—Vía dolorosa.—-Visita al mutzelim.—Mezquita de Omar.—Área del templo de Salomón.

Jerusalén, 19 de agosto.—Al salir de la ciudad por la puerta de Bab-es-Sham o puerta de Damasco, antiguamente de Ephraim, llegamos a un sitio llamado Bezetha o Cœnopolis, arrabal situado hoy día al norte de los muros de la población, pero en otro tiempo comprendido en su recinto. En aquella época estaba habitado por las últimas clases del pueblo; actualmente no se ve allí ni señal siquiera de haber habido casas.

A pocos pasos del camino, sobre la derecha, hay una especie de antigua cantera, cuya entrada, amurallada hoy, se halla al Mediodía. Se cree que esta era la gruta donde el profeta Jeremías hizo resonar sus lamentaciones. Los turcos la poseen, y su custodia está confiada a un *dervis* que habita en una pequeña cabaña contigua. Los cristianos no son admitidos en ella. Tomé una biblia, guía a la vez la más segura y la más instructiva respeto de estos lugares, y abriéndola por el sitio en que se encuentran las sublimes inspiraciones del Profeta, leí: «¿Cómo esta ciudad en otro tiempo tan llena de gente, está ahora tan solitaria? La que era tan grande entre las naciones, está hoy como viuda; la reina de las provincias ha sido reducida a pagar tributo.» «Todas sus puertas están desoladas.» «Su belleza se ha desvanecido.» «Sus inmediaciones están cubiertas de inmundicias.» Sin saber lo que hacía, miré a mi alrededor, buscando con los ojos a aquel, cuya voz creía oír. ¡Ni una sola criatura humana se ofreció a mi vista! Un súbito temblor involuntario se apoderó de mi pensando que allí, a mi lado, estaba un Ser Todopoderoso, pero invisible que, comunicando su presciencia a un hombre despreciado de todos, le había puesto en el caso de pintar fielmente, y por decirlo así a la letra, la suerte futura de una población que, en vida del Profeta, poseía todos los elementos de una inmensa prosperidad.

---

38 «Un hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó, etc.» (San Lucas, X, 30.)

Volvimos en seguida por el camino de Damasco. Cerca de media milla de la puerta de este nombre, encontramos unas tumbas antiguas que nuestro guía llamó los Sepulcros de los Reyes. A ellos se baja por una pendiente que va a parar a un patio espacioso y descubierto. Este patio está profundizado muchos pies en la roca misma y parece una cantera o cueva. El lado del oeste es sencillo y está tallado en forma de pórtico. Las jambas y las cornisas, de un trabajo exquisito, están adornadas de frutos, de flores, etc. A la izquierda o en el lado sur de este pórtico, que no parece estar allí sino como adorno, hay una puerta baja y estrecha que abre sobre un vestíbulo de diez a doce pies cuadrados por seis de altura. De este vestíbulo parten los corredores que conducen a cinco o seis cámaras fúnebres, en cuyas paredes y pavimento se han abierto nichos de dimensiones y de formas diversas para colocar allí los muertos. Cada una de estas cámaras parece haber estado cerrada con puertas de piedra macizas y a cuadros admirablemente tallados y pulimentados. Los fragmentos de sarcófagos rotos, esparcidos acá y allá, atestiguan la barbarie de los violadores de este asilo de la muerte para buscar allí pretendidos tesoros[39].

Dejando a un lado los sepulcros y avanzando un poco más en dirección al norte, llegamos a otros departamentos fúnebres pero inferiores, bajo el punto de vista de su aspecto y de su arquitectura, a los que acabamos de visitar. Nuestro guía los denominó los Sepulcros de los Jueces.

Desde una eminencia próxima gozamos de la deliciosa vista de un valle bien cultivado que se extiende hacia la Samaria. Como este lugar es uno de los muy pocos que hay a los alrededores de Jerusalén, donde se encuentran algunos árboles, árboles que, a la verdad, son todos de un verde pálido tales como el olivo y el almendro, es muy frecuentado por los habitantes, sobre todo los sábados y días de fiesta. Pero los israelitas no se abandonan a ninguno de los placeres inocentes que atraen de ordinario los días de fiesta en Europa, tales como la música, el baile, el canto y otros semejantes. El ruido de los tambores ha cesado; no se oye la voz placentera de los hombres alegres; la lira de dulce sonido está muda. El vino mismo se ha desterrado de los goces ordinarios de la mesa. Los cánticos no animarán en adelante les festines. Aunque la viña crece admirablemente en este suelo, su cultivo es sin embargo muy limitado. El poco vino que se recoge es consumido exclusivamente por los conventos; porque los turcos tienen interés en conservar estos establecimientos; pero se cuidan poco de los habitantes de Jerusalén y de los hijos de Israel. ¡Ay! estaba profetizado el día en que los dueños legítimos de la Judea vivirían esclavos en su propio país, y en que a causa de su iniquidad comerían su pan con escasez y en medio del temor, y beberían su agua por medida y en medio de una grande aflicción de espíritu.

De allí, atravesando los campos, marchamos en dirección al Sudeste y llegamos a la entrada del valle Cedron donde se ven algunos viñedos y un pequeño número de plantaciones de olivos. Este valle se encuentra entre el monte de los Olivos y las colinas sobre las cuales está edificada Jerusalén, y sirve de límites a la ciudad por el lado del Oriente. Marcha casi en dirección del Mediodía, ensanchándose y haciéndose más profundo a medida que se extiende por delante. La parte inferior de esta hondonada, comprendida entre el templo y el monte de los Olivos, forma el valle de Josafat. Sobre los flancos de la colina donde se encuentran los muros de la ciudad y precisamente a su falda, hay un cementerio turco.

Por la puerta de San Esteban volvimos a entrar en Jerusalén. Próxima a la entrada de la población, a la izquierda, hay una pequeña calle que conduce a Haram-Shereef, o gran mezquita, situada cerca de la puerta Sette Meriam. En lo alto hay un profundo depósito de aguas, que tiene ciento veinte pies de largo por cuarenta de ancho; su profundidad es de diez. Este depósito se encuentra seco actualmente. Breñas de nopales y de otras yerbas, crecen en el fondo y sobre sus bordes. En el lado oriental se ven algunas arcadas tapiadas hoy día[40]. Este es evidentemente el monumento más antiguo de Jerusalén, y bajo este respeto ofrece un modelo interesante de la

39 El historiador Josefo habla de las cámaras sepulcrales de los reyes como si se hallasen en esta dirección; pero se ignora de qué reyes quiere hablar, porque los monarcas de la Judea eran enterrados en el Monte Sion, en la ciudad de David, su padre. Algunos viajeros creen que estas tumbas han sido construidas por Agrippa que ensanchó y embelleció considerablemente esta parte de la ciudad. Pero la opinion más comúnmente admitida es que son debidos a Elena, reina de Adiabé, y a su hijo Isaús.

primitiva arquitectura de los indígenas. Todos los viajeros están conformes en decir que es la piscina de Bethesda, célebre en la Escritura Santa, el lugar donde pasó la escena del paralítico de que habla San Juan. Indudablemente es allí donde eran purificados los corderos antes de ser sacrificados en el templo. Los mahometanos la llaman *Birket-el-Sarai*, o el estanque del palacio.

Al norte de la puerta de San Esteban, intramuros, se manifiesta el sitio de la casa donde nació la Virgen Santa. Un monasterio, construido bajo la invocación de Santa Ana, pero ruinoso hoy, se alzaba en este paraje. La iglesia está convertida en mezquita. Algunos pasos mas allá aparece la casa de Simeón el Fariseo, donde María Magdalena confesó sus errores. El barrio nordeste de la población lo ocupan jardines plantados de olivos, de higueras y de nopales.

La calle que desde la puerta de San Esteban conduce al Calvario, es llamada por los indígenas Harat el Allam. En esta calle se halla el palacio del actual gobernador de Jerusalén. Si hemos de creer la tradición, ocupa el solar de aquel en que habitaba el famoso Poncio Pilatos. Este edificio, que es muy grande, pero irregular, está contiguo al atrio del Sakhrat o mezquita principal. De allí es de donde la célebre *Scala Sancta*, que conducía a la sala Judiciaria, fue arrancada y trasportada a la inmediación de la iglesia de San Juan de Letrán en Roma. La parte de la calle que lleva de allí al Calvario, es llamada por los cristianos *Vía Dolorosa*, en conmemoración de los padecimientos que Nuestro Señor, con la cruz a cuestas, tuvo que sufrir, dirigiéndose al lugar de su suplicio. Sube en pendiente gradual y se estrecha a medida que se aproxima al Calvario, donde concluye. Nosotros seguimos con el pensamiento y, por decirlo así, paso a paso, a Nuestro Divino Redentor, mientras que se nos manifestaban por el orden siguiente las distintas estaciones recordatorias de sus últimos momentos sobre la tierra.

1. Un arco tirado al través de la calle, llamado el arco del *Ecce-Homo*. Encima hay un balcón dividido en dos por medio de una columna. Desde este balcón es desde donde Pilatos mostró a Jesús al pueblo, diciéndole: «¡He aquí al hombre!» (San Juan, XIX, 5).

2. El sitio donde Jesús, volviéndose hacia las mujeres que le seguían llorando, y afectado de su dolor, dirigió estas palabras de consuelo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí...» (San Luc. XXIII, 28).

3. El sitio donde la Santa Virgen, testigo de esta escena desgarradora, y vencida por el dolor maternal, se desmayó.

4. El sitio donde, sucumbiendo Jesús bajo el peso de la cruz, los soldados obligaron a Simeón el Cirineo a ayudarle (San Luc. XVIII, 26). El paraje está indicado por un trozo de columna que se halla en los límites de los arrabales de la ciudad.

5. La casa de Lázaro.

6. La casa del mal rico (Nabal).

7. La casa de donde salió la Verónica y vino a presentar un lienzo a Nuestro Señor, para que se limpiara la sangre de su frente.

8. La puerta Judiciaria: en otro tiempo determinaba los límites de la población.

9. Y últimamente, el Calvario, donde fue crucificado Jesús.

En el mapa que acompaña esta descripcion de la moderna Jerusalén, una línea convencional, que partiendo de la puerta de Belén corre casi derecha hacia la de Damasco, indica cuáles eran antiguamente por este lado los límites de la ciudad. El montecillo llamado Calvario se halla fuera de esta línea, de suerte que el pueblo podía, como se ve, leer fácilmente desde su falda la inscripción que habían colocado en la cruz sobre la cabeza de Cristo. Esta inscripción la leyeron muchos judíos, porque el lugar donde Jesús había sido crucificado estaba cerca de la ciudad. La parte de la ciudad actual, que ha quedado fuera de esta línea convencional, está cubierta de casas modernas exclusivamente ocupadas por los cristianos que atrae a este lugar la proximidad de la iglesia del Santo Sepulcro. Ningún resto de edificio indica que haya estado comprendida en otro tiempo en el recinto de la antigua ciudad.

---

40 En su origen tenía cinco pórticos por donde entraban los enfermos, e indudablemente fue llamada Bethesda, o casa de la Misericordia, a causa de las cosas milagrosas que Nuestro Señor hizo allí, entre otras la del paralítico.

Después de mediodía, volvimos a bajar la Vía Dolorosa, que es la calle principal de Jerusalén, para ir a dar las gracias al *mutzelim* por la escolta que nos había concedido para nuestra excursión a los márgenes del Jordán y las playas del Mar Muerto. Le hallamos sentado en la azotea de su palacio y rodeado de las personas que componían su servidumbre. Esta azotea domina el atrio de la gran mezquita, que desde allí se descubre perfectamente. Este atrio o recinto exterior[41] tiene, según Maundrell, quinientos veinte pasos de largo por trescientos setenta de ancho; ocupa de consiguiente una gran parte del terreno encerrado dentro de los muros de la ciudad. Estos muros le sirven de límites al este y al mediodía. Al oeste está guarnecido por una hilera de edificios turcos que ocupan las personas encargadas del servicio de la mezquita, las escuelas de niños (colegios), y algunos oratorios particulares. Por este lado se entra por cuatro puertas. Al septentrión, está cerrada en parte por casas y en parte por una muralla horadada por tres puertas. Estas puertas permanecen abiertas todo el día, y no se fija la atención en las personas que entran. ¡Pero desgraciado de aquel que no siendo musulmán, fuese hallado en su recinto! Si es un cristiano de Jerusalén, le espera un castigo terrible; pero si es un europeo y alega su ignorancia, podrá librarse de él pagando una multa considerable. Cuatro torreones ligeros se alzan a los lados de este atrio, uno en medio del muro occidental, y los otros en cada uno de sus tres ángulos; el del sudeste no existe ya[42]. La superficie de este recinto es resbaladiza e igual, si bien forma un poco de declive hacia el lado del este. Acá y allá crecen algunos cipreses y diferentes arbustos; pero están muy distantes unos de otros para dar demasiada sombra.

En el centro de este atrio se alza la famosa mezquita de Omar, así llamada, porque la principió el célebre califa de este nombre, si bien la concluyeron sus sucesores[43]. Forma un octógono regular. Una cúpula esférica, terminada por una media luna dorada[44], la corona. Está edificada sobre una plataforma elevada[45], a la cual se sube por una escalera ancha y fácil, compuesta de seis escalones. Se entra en ella por cuatro puertas que miran a los cuatro puntos cardinales. Tres de esta puertas tienen su respectivo porche de madera, de un trabajo gracioso y sencillo; sólo la del norte está adornada de un hermoso pórtico sostenido por ocho columnas de mármol, del orden corintio. Cada uno de los cuatro lados sin adorno, se halla horadado por ocho ventanas; y los otros cuatro por donde se entra no tienen mas que cinco. Estas ventanas están adornadas con cristales de colores. Cada fachada del edificio forma un cuadro, de manera que los lados de estos cuadros componen en cada ángulo una pilastra completa. La parte baja de las paredes está revestida exteriormente de mármol azul y blanco; pero el interior del atrio está enteramente embaldosado de mármol blanco. La parte superior de las paredes y el friso están cubiertos de pequeños cuadros de esmalte de varios colores, entre los que domina sin embargo el azul[46]. Estos cuadritos interpuestos entre arabescos y versículos del *Corán*, vistos de lejos, forman un mosaico extraño y gracioso a la vez. El techo, que se eleva afectando una suave pendiente hasta la linterna colocada sobre la media-naranja, está revestido de plomo. Los ángulos salientes de la linterna están cubiertos de cuadritos pintados del mismo modo que la parte más alta del edificio. La media-naranja se halla igualmente vestida de plomo.

---

41 Llamado El-Haram-Schereef, «el noble palacio del recogimiento».

42 Las mezquitas no tienen generalmente más que un solo torreón, pero las que han sido edificadas por los sultanes o personas reales tienen cuatro.

43 Cuando Omar entró como conquistador en Jerusalén, en 637, pidió como un favor, a los cristianos que la habitaban, le designasen un sitio donde él pudiese levantar un santuario a la religión de Mahoma. Estos le indicaron por burla el sitio del templo de Salomón, que había sido manchado con las inmundicias y con las porquerías de la ciudad, a causa del odio y del desprecio que tenían a los judíos, y le dijeron que podía tomar aquel lugar, si le gustaba. Él aceptó sin manifestar ningún resentimiento; mandó inmediatamente limpiarlo, y levantó en él el edificio que vemos hoy. Habiendo tomado más tarde los cruzados la ciudad, esta mezquita fue convertida en templo cristiano; pero Saladino la volvió a su primitivo uso.

44 Se dice que su diámetro mide setenta pies. Su altura total es de noventa.

45 El recinto interior, al cual se ha dado el nombre de Stoa, tiene ciento cincuenta pasos de largo de Norte a Sur; trescientos noventa y nueve de Este a Oeste, y mide diez y seis pies a partir del suelo del recinto exterior.

46 Visto de lejos, el edificio parece ser de un azul de cielo.

Este edificio ofrece en su conjunto un bello modelo de la arquitectura oriental, cuyo carácter más bien elegante y sencillo que grandioso, hace que la célebre mezquita contraste sobre manera con la severidad de todo lo que la rodea. El famoso templo del islamismo, llamado por los musulmanes el *Sakhrat*, debe su nombre y su existencia a un grueso pedazo de piedra en bruto que ocupa el centro de la mezquita. Es un fragmento de piedra caliza sobre el cual está edificada Jerusalén, y que han dejado tal como se hallaba al salir de la cantera. En Oriente circulan muchas historias maravillosas relativas a esta piedra[47]. Si hubiera una sola verdadera, los sectarios del pseudo Profeta deberían mirarla como una preciosa reliquia. Está cuidadosamente velada a las miradas de los incrédulos, lo que ha dado motivo al nombre de *Hadjar el Sakhrat*, o piedra oculta, y la mezquita tiene el de El Sakhrat. Después de la Meca, este lugar es el más sagrado de la tierra a los ojos de los mahometanos; y hasta estos últimos tiempos, no ha sido permitido a los cristianos aproximarse a él[48]. Pertenece a la numerosa y muy considerada secta de los hanaafitas.

La mezquita de El Aksa se alza precisamente detrás de la de Sakhrat, y toca a la muralla meridional del atrio, que lo es también de la ciudad. La distancia a que nos encontrábamos no me permitió tomar bien todos los detalles de su arquitectura. Pero me parece que bajo este aspecto, El Aksa no merece llamar mucho la atención. El edificio forma un cuadrado oblongo[49], cubierto por un techo plano, y adornado con un pórtico de siete arcos en el frontispicio, y de uno en el centro, que descansan sobre pilastras. Su cúpula es esférica y decorada de arabescos pintados y dorados, que son de una belleza extremada[50]. Dicen que esta mezquita es muy antigua; y como ocupa una parte del sitio del templo de Salomón[51], es posible que haya sido edificada con los materiales mismos de

47 Una de estas tradiciones refiere que cayó del cielo en la época en que principió el espíritu de profecía; que todos los antepasados a quienes fue concedido este don, profetizaban desde lo alto de esta roca, y que en ella fue donde se sentó el ángel de la muerte, que, cuando tuvo lugar el imprudente empadronamiento del pueblo por David, degolló a una multitud hasta que Dios le mandó envainar la espada (1 Chron. XXI, 7.) Cuando los Profetas huyeron de Jerusalén, la piedra quiso acompañarlos, pero se lo estorbó el ángel Gabriel, que la detuvo por fuerza (todavía se ven las señales de sus dedos), hasta la llegada de Mahoma, que, por medio de sus oraciones la fijó para siempre en este sitio. Mahoma, en el duodécimo año de su misión, hizo de noche su famoso viaje de la Meca a Jerusalén, cabalgando en su yegua El Barak, acompañado del ángel Gabriel, como asegura el capítulo 17 del Corán, y habiendo practicado sus devociones, desde esta piedra subió al cielo. La roca, sensible a esta dicha, se enterneció, y el pie del Profeta estampado en ella, es hasta hoy un objeto de alta veneración para todos los verdaderos creyentes. Véase la relación del doctor Richardson, que principia en la página 224, tomo 2.º ¿No es probable que esta haya sido una concesión del astuto reformador a sus discípulos que acababan de abandonar su idolatría?

48 Pocos viajeros han podido penetrar en el recinto de este célebre templo musulmán, porque aunque las mezquitas en general (como lo indica la palabra Djamee) están simplemente consideradas como lugares de reunión para ciertas prácticas del culto, y no sean miradas como consagradas especialmente, para exigir la exclusión total de cualquiera que no practique la religión musulmana; sin embargo, aquí y en la Meca no hay autoridad suficientemente poderosa para otorgar a un infiel el derecho de pisar el sagrado suelo. En 1816, el doctor Richardson, que viajaba en compañía del conde de Belmore y su familia, habiendo tenido la fortuna de curar una de las autoridades de Jerusalén, fue por ello recompensado con una visita clandestina a este templo. La relación que hace de él está llena de interesantes detalles. En 1834, Mr. Bonomi, condiscípulo del autor de esta obra, después de residir muchos años en Egipto, donde estudiaba los monumentos de la antigüedad, volvió a su patria por la Siria, acompañado de sus amigos MM. Catherwood y Arundale, arquitectos. Llegaron a Jerusalén en la noche del 6 de octubre, y como las puertas estaban cerradas, acamparon fuera de los muros. Al día siguiente por la mañana, Mr. Bonomi, alentado por su exterior levantino y por su conocimiento de las lenguas y costumbres del Oriente, se atrevió a penetrar solo en el santuario, como si fuera peregrino musulmán. Los detalles de su visita se encuentran en la obra del doctor Ogg, titulada: Visita a Damasco, etc. Los compañeros de Mr. Bonomi, MM. Catherwood y Arundale fueron admitidos en seguida, porque se creyó eran enviados por el bajá de Egipto para reparar la mezquita. Muchas semanas permanecieron en Jerusalén, visitando el santo monumento todos los días y a todas horas. El primero de estos señores es el autor del panorama que vio la luz pública el año pasado en Londres. El último se prepara a hacer imprimir una serie de vistas de la Ciudad Santa y del monte Sinaí, con un texto.

49 Tiene cuatrocientos pies de anchura por trescientos de profundidad.

50 Componen su interior siete naves sostenidas por pilastras y columnas. La del centro está terminada por una hermosa cúpula. Al ver tal profusión de columnas en este edificio, ¿no se puede suponer que sea algún antiguo templo pagano? ¿Es necesario tomar en su sentido literal o figurado la profecía relativa a la destrucción de Jerusalén?

51 «Los paganos más pobres poseerán sus casas, y los santos lugares serán destruidos.»

su ilustre antecesor[52]. Pertenece especialmente a los mahometanos del rito Shafei; pero las demás sectas pueden, en caso de necesidad, practicar en ella sus devociones[53]. En medio de estas dos mezquitas hay una hermosa fuente de mármol destinada a las abluciones.

Nuestra visita se había prolongado bastante, cuando el chantre de la mezquita, apareciendo en lo alto del torreón para llamar a los fieles a la oración, nos hizo pensar que era hora de retirarnos. Yo había visto ya las principales mezquitas del Egipto, y confieso que, satisfecha la curiosidad que me había inspirado este templo del islamismo, su magnificencia tan ponderada y el interés que excita, me parecieron muy exagerados, aunque el velo misterioso que la había ocultado tan largo tiempo a las miradas no me hubiese revelado la posibilidad de hallar en ella los más dolorosos absurdos. El mayor placer que sentí contemplando el sitio donde se eleva consistió en pasar revista en mi memoria a los memorables acontecimientos de que este lugar había sido teatro desde los tiempos más remotos[54].

6.
Iglesias Griega y Armenia. Alrededores de Jerusalén.

Continuación de la topografía de Jerusalén.—Convento griego.—Castillo de David.—Convento armenio.—Casa de Anás.—Monte Sion.—Sepulcro de David.—Iglesia del Cœnaculum.—Casa de Caifás.—Cementerio cristiano.—Valle de Gihon.—Monte del Mal Consejo.—Sepulcros de la ciudad de David.—Gehenna.—Aceldama o Campo de Sangre.—Judas.—Pozo de Nehemias.—Profecías referentes a Sion.

Jerusalén, 20 de agosto.—A corta distancia del convento latino, en la calle que conduce del centro de la ciudad a los arrabales, se halla el monasterio griego. Está dedicado a San Constantino. Fuimos a él con objeto de visitar a un amigo con quien habíamos viajado en Egipto, y que había llegado a hospedarse allí algún tiempo antes de nuestro arribo a Jerusalén. El superior nos recibió

---

52 El templo estaba construido sobre el área de Ornan, el Jebusita, situado sobre el monte Moria.

53 Los objetos que le proporcionan la veneración de los musulmanes son: 1. un enorme pilar de forma octógona llamado el Pilar de Sidi Omar; 2.° un nicho llamado Bab Arrahma, o la puerta de Mercy (probablemente ocupa el solar de la antigua casa de la Misericordia); y 3. dos columnas de granito, dedicadas a Fátima, y que han remplazado a los famosos pilares de bronce, Fachim y Boaz. Tiene algún derecho al respeto de los cristianos, porque, según dicen, ha sido en otro tiempo, la iglesia de la Presentación o de la Purificación. A espalda de esta mezquita hay una serie de arcos de la mas remota antigüedad.

54 Siendo el mundo entero obra de Dios, no se encuentra en él un solo sitio donde el hombre no pueda atestiguar su respeto hacia la Majestad Suprema de su Creador. Desde el principio de los tiempos, siempre hubo algún lugar consagrado a los deberes solemnes del culto religioso. El mismo Adán, durante su permanencia en el paraíso, tenía un lugar señalado donde se presentaba al Señor, y después de su expulsión de esta morada, sus hijos tenían igualmente un paraje, donde llevaban sus ofrendas y sus sacrificios. Los patriarcas, antes y después del diluvio, empleaban altares, montañas y bosques en el mismo uso. Así leemos que Noé levantó al Señor un altar, sobre el cual le quemó ofrendas (Gen. VIII, 20.) Abraham, en tiempo de su vocación por el culto del verdadero Dios, le levantaba altares por donde quiera que sentaba su tienda. (Gen. XII, 8; y XIII, 4). Plantó un bosque en Beersheba, e invocó el nombre del Señor (Gen. XXI, 33), y allí, sobre una montaña, fue donde Dios le ordenó el sacrificio de su hijo Isaac (Gen. XXII, 2). Jacob, particularmente, dio el nombre de la Casa de Dios a un sitio en el cual hizo voto de pagar la décima parte de todo lo que Dios le diese (Gen. XXVIII, 22.) Existen muchos lugares públicos consagrados al culto religioso de los judíos, a saber: 1. el Tabernáculo, 2. el templo procedente de aquel. Los dos son con frecuencia designados en la Escritura bajo el nombre de santuario, y no existía entre ellos, en cuanto al objeto principal, otra diferencia (aunque la hubiese muy grande con respeto a la belleza y lo esmerado del trabajo) sino que el tabernáculo era un templo portátil, y el templo un tabernáculo fijo, lo que ocasiona que el Tabernáculo sea llamado algunas veces templo (1 Sam. I, 9, y III, 3), como también que el templo se halle designado bajo el nombre de Tabernáculo (Jer. X, 20; Lam. II, 6).—También había lugares de adoración llamados en la Escritura «altos lugares» de los que se servían en tiempo del Tabernáculo y del templo, antes del cantiverio; y finalmente los judíos tenían sinagogas y otros parajes que no servían más que para la oración y que llamaban oratorios; estos últimos se establecieron principalmente después de la cautividad. De estas diversas construcciones se hallará una relación en la *Introducción al estudio y conocimiento crítico de las Escrituras*, por el doctor Horne, pagina 230.

muy afectuosamente, y como era natural de Chipre, hablamos con él en griego moderno. Conforme he dicho en otro lugar, la comunión griega es la religión dominante, no sólo en Grecia y en muchas partes de Europa, sino también en la mayor parte de los países del Asia Occidental y del África oriental. El número de sus sectarios fuera de la Europa, se eleva a veinte millones lo menos.

Los cuatro patriarcas a quienes están sometidos son los de Constantinopla, Antioquía, Jerusalén y Alejandría. La jurisdicción del patriarca de Constantinopla se extiende a una gran parte del Asia Menor, el Archipiélago, la Grecia, las islas Jónicas y las provincias meridionales de la Turquía europea. El patriarca de Antioquía tiene bajo la suya a la Fenicia, la Cilicia, la Siria y la Mesopotamia. Reside en Damasco. La jurisdicción del patriarca de Jerusalén está circunscrita a la Palestina. Su residencia ordinaria es en Constantinopla. El patriarcado de Alejandría, que es el más antiguo de los cuatro, comprende en su extensión nominal el Egipto, la Abisinia, la Arabia y la India. El patriarca de Constantinopla es elegido por mayoría de votos, por los metropolitanos y obispos circunvecinos, y recibe su investidura del sultán, a quien según costumbre debe pagar de diez a treinta mil piastras. Él designa los otros tres patriarcas, que son inmediatamente sometidos a una votación por bolas entre los obispos y confirmados en su nombramiento por el gran señor.

Las rentas del patriarca son puramente eventuales; proceden principalmente de las vacantes ocasionadas por el fallecimiento de arzobispos, de obispos y de simples clérigos que han muerto sin hijos. Cuando entran en el desempeño de su cargo se hace una colecta en provecho suyo entre todos los habitantes indistintamente. Los obispos son pagados por medio de donaciones y de ofrendas que reciben de los sacerdotes y del pueblo en las dos visitas que hacen anualmente a su diócesis. Los emolumentos de los curas consisten en los dones voluntarios del pueblo y en los derechos que se les pagan por los matrimonios, bautismos, entierros, misas etc. La clerecía griega se divide en regular y secular. La regular comprende todos los órdenes monásticos; a ella pertenecen los patriarcas, los arzobispos, los obispos, los superiores de los conventos, en una palabra todas las dignidades de la Iglesia. La clerecía secular se divide en arciprestes, presbíteros, diáconos y subdiáconos. Los eclesiásticos se distinguen de los legos por una larga barba, y sobre todo por el hábito religioso que les es peculiar y que jamás abandonan. Los griegos están persuadidos de que es el mismo que llevaban los apóstoles, los evangelistas y el mismo Jesucristo.

La ciudadela de la ciudad está situada al sur de la Puerta de Belén. Se compone de muchas torres enlazadas entre sí por medio de cortinas que forman un doble o triple recinto, de manera que las obras interiores dominan enteramente a las que están delante. Algunos viejos cañones montados en cureñas muy malas y colocados allí para intimidar sin duda a los árabes, guarnecen sus muros. Está edificada sobre las ruinas de la torre Psephina de la antigua Jerusalén. La llaman indistintamente el castillo de David o la torre de los Pisanos; este último nombre procede de que fue construida por los guerreros de Pisa, en época en que los cristianos eran dueños de Jerusalén. De una de las ventanas de la ciudadela, que mira al norte, se descubre el sitio de la casa de Urías, y en un campo contiguo un antiguo depósito de agua llamado el baño de Betsabé. Pero es más probable que el paraje donde se bañaba esta mujer cuando el amoroso monarca la vio, es la gran cuenca que hay en la hondonada, al sur de la ciudadela y al pie del Monte Sion, denominada la Piscina inferior de Gihon.

El convento armenio ocupa, en la parte Sudoeste de la población, un vasto espacio de terreno, casi en la cima de esta parte del Monte Sion que se halla comprendida en el recinto de las murallas. Está situado en el distrito más bello de Jerusalén, y posee un espacioso jardín cercado por un muro. Las habitaciones son tan numerosas que muchos centenares de peregrinos pueden alojarse fácilmente al mismo tiempo. La iglesia es extensa y ricamente decorada al gusto del país. Se alza sobre el lugar en que Santiago el Mayor fue decapitado. En un pequeño hueco, a la izquierda del altar mayor, se manifiesta el sitio preciso donde tuvo lugar la ejecución. La puerta de esta capilla, el púlpito y el dosel que lo cubre están adornados de incrustaciones de conchas de tortuga y de nácar de perla figurando flores y representando diversos pasajes de la Escritura. Ciertamente que no se sabe lo que debe admirar más, si la riqueza de los materiales o la perfección del trabajo. Las paredes

y las columnas están revestidas interiormente, hasta cierta altura, de cuadros de porcelana azul. El piso es de mosaico, y le cubre una rica alfombra, para preservarlo de toda injuria. En el vestíbulo de la iglesia hay dos enormes pedazos de piedra. El uno procede del Monte Sinaí; según se asegura a los piadosos peregrinos, es un fragmento de la roca contra la cual Moisés rompió las tablas de la ley. El otro es una piedra encontrada en el Jordán, en el sitio donde Nuestro Señor recibió de manos de San Juan el sagrado poder de administrar el bautismo. Se cree que las rentas de este convento son muy considerables: muchos individuos de la comunidad viajan continuamente con objeto de recoger limosnas. Gran número de ricos mercaderes de Esmirna y de Constantinopla, a quienes sus negocios no permiten hacer la peregrinación a la Tierra Santa, se libran de ella por medio de magníficos donativos.

Hicimos una visita al patriarca y a sus obispos, que nos recibieron con suma cordialidad. El primero había vivido en Esmirna algún tiempo, y en el curso de nuestra conversación vinimos en conocimiento de que algunos amigos suyos en aquella ciudad lo eran también nuestros.

La Armenia se convirtió al cristianismo espontáneamente. En el siglo IV de nuestra era, cuando los errores de Eutiques, que ella había adoptado generalmente, dieron lugar a un concilio que se celebró en Calcedonia, los armenios, empeñados a la sazón en una guerra contra los persas, sus vecinos, descuidaron el enviar representantes a esta asamblea, como lo habían hecho los demás Estados cristianos. El concilio condenó unánimemente las doctrinas cuyo examen le estaba sometido: los armenios solos, no habiendo tomado parte en el debate rehusaron adherirse a los términos de la condenación. De aquí estalló un cisma, que desgraciadamente dura todavía, si bien en una época reciente se ha podido concebir la esperanza de verle terminar. Los miembros de esta comunión que viven en los Estados del gran señor, están sometidos a la jurisdicción del patriarca de Constantinopla, mientras que los que habitan la Rusia, la Persia y los demás países del Asia reconocen la supremacía del patriarca de Etchmiadzin. Este último es el jefe espiritual de su iglesia, y bajo este aspecto se halla asistido de un consejo de arzobispos y de obispos. Ordinariamente reside en el convento que lleva el nombre de su patriarcado, llamado también el convento de las Tres Iglesias, y que se halla situado en la Armenia Occidental, cerca del monte Ararat. Es nombrado por su predecesor o por la clerecía de Etchmiadzin. El nombramiento de arzobispos y obispos para las diferentes diócesis sujetas a su jurisdicción, pertenece a él solo. Del mismo modo que en la iglesia griega, todas las dignidades son elegidas de las órdenes regulares. Los presbíteros o clerecía secular, son sacados de la clase del pueblo, y se pueden casar. Las rentas de los primeros provienen de donativos voluntarios debidos a la piedad de los fieles, y de ciertos derechos que exigen por los bautismos, casamientos, confirmación, etc. Los emolumentos del clérigo secular consisten únicamente en el producto de la bendición del hogar doméstico, ceremonia que tiene lugar dos veces por año.

A corta distancia del convento armenio hay una pequeña capilla que pertenece a los miembros de esta comunión. Ocupa el solar de la casa de Anás o Ananus, gran sacerdote de Jerusalén.

Saliendo de la ciudad por la puerta de Sion, nos hallamos en aquella parte de la montaña de este nombre que está hoy fuera de las murallas. El primer objeto que llamó nuestra atención fue una mezquita de miserable apariencia, edificada en medio del monte. Dicen que cubre el sepulcro del rey David, cuya ciudad se alzaba en este sitio, y cuya memoria es igualmente venerada por los turcos y por los cristianos. La entrada en ella está prohibida a estos últimos. Una parte de la mezquita era en otro tiempo la iglesia del Cenáculo, construida sobre el lugar mismo en que tuvo efecto la cena de Jesucristo con sus apóstoles, y donde instituyó el sacramento de la Eucaristía. Según los primeros Padres de la Iglesia, en este paraje santificado por tan grande acontecimiento, fue donde se construyó el primer templo cristiano. En él fue consagrado primer obispo de Jerusalén Santiago el Menor, y bajo esta investidura presidió allí el primer concilio de la iglesia. De allí fue de donde los apóstoles, fieles a la misión que habían recibido de ir a enseñar la palabra de Dios a todos los pueblos de la tierra, partieron, «sin equipo ni dinero, para asentar la religión del Crucificado sobre todos los tronos del mundo.»

Entre esta mezquita y la puerta de la ciudad hay una reducida capilla armenia que ocupa, según dicen, el solar de la casa de Caifás. No es notable más que por encerrar una reliquia, que se manifiesta a los peregrinos: la piedra que cubría el Santo Sepulcro. Es un trozo de la misma roca caliza sobre la cual está edificada Jerusalén. En el patio se ven los sepulcros de muchos prelados armenios.

Algunos pasos más allá, al Oeste de esta capilla, está el cementerio de los cristianos. No está cercado: los sepulcros son muy sencillos; sólo consisten en una losa de piedra colocada a algunas pulgadas sobre la superficie del suelo, sin adorno alguno. Sobre estas tumbas se leen muchas inscripciones, escritas en varias lenguas de Europa, entre las que hay algunas en inglés. Como por una especie de instinto secreto, nos sentimos atraídos hacia un sitio donde la tierra parecía haber sido removida recientemente. Allí era donde reposaba nuestro pobre amigo Bradford. El día anterior, habíamos encontrado entre sus papeles el principio de una carta que escribía a su madre en América, para prepararla a recibir la noticia de su muerte. ¡Infeliz! La fuerza o el valor le habían faltado sin duda; la carta había quedado sin firma. Quizá será un consuelo para su familia saber que, aunque muerto en un país lejano, sin un solo amigo a su lado, un modesto sepulcro ha sido levantado a su memoria por sus compañeros de viaje que le han sobrevivido[55].

Ningún vestigio queda de la ciudad de David[56]; sin embargo, sus límites están visibles todavía en la dirección del acueducto que desde Belén conducía el agua a Jerusalén. Su fuerza tan ponderada la debía, por una parte, a una hondonada profunda que la rodeaba por el este, el sur, y el oeste, y por otra, a una alta y gruesa muralla con torres en sus ángulos y que la cerraba por todos lados. Esta hondonada, que, partiendo de la piscina superior de Gihon, un poco al oeste de la ciudadela de la población, corre a lo largo del muro hacia el Occidente, se llama el valle de Gihon o de Rephraim; pero la palabra foso o zanja daría una idea más exacta de ella. A medida que se desenvuelve serpenteando a lo largo de la falda meridional del Monte Sion, se ensancha y toma el nombre de Valle de Ennon. El fondo es una roca cubierta de una ligera capa de tierra que el agua ha arrastrado de las montañas que le rodean. Sus lados están cortados a pico, como si en otro tiempo hubiesen servido de cantera a la antigua ciudad. Su anchura es de ciento cincuenta pies, poco más o menos, y su profundidad de cerca de veinte, a partir del fondo de la zanja hasta la parte más elevada del Monte Sion. Se ignora quién sea la persona que ha dado su nombre a este valle. Un torrente de invierno corre por en medio y va a perderse al Cedrón.

Al Mediodía, y precisamente enfrente del Monte Sion, hay una colina cubierta por algunas ruinas. Al decir de nuestro guía son las de la casa de campo de Caifás. Este sitio es llamado el Monte del Mal Consejo, porque allí fue donde los sacerdotes, los escribas y fariseos celebraron consejo contra Jesús, pronunciando la sentencia de muerte (S. Lucas, XVII, 2). Es un montecillo pedregoso, poco elevado y llano, que termina la montaña situada al sudeste de Jerusalén, pero que no forma sin embargo una colina distinta.

Siguiendo el curso de la hondonada, en la dirección del Oeste, llegamos inmediatamente a unos antiguos sepulcros abiertos en la roca. Estos son indudablemente los de la ciudad de David, de

---

55 He sabido con disgusto que, después de nuestra salida, los monjes juzgaron a propósito alterar la inscripción que habíamos destinado para el sepulcro del desgraciado amigo que acababámos de perder. El epitafio, tal como existe hoy, anuncia con pompa que en su lecho de muerte abjuró la herejía luterana, para convertirse al catolicismo. Posible es que la historia de su conversión a la iglesia católica romana sea verdadera, aunque, sin embargo, este hecho no descansa sobre ninguna otra autoridad que la aserción de los monjes mismos; pero ¿debería convertirse en teatro de disputas religiosas el pequeño pedazo de tierra que se concede en Sion para los funerales de los cristianos? Aunque yo no pudiera tomar su defensa sobre este punto, sin embargo, la estricta imparcialidad me obliga a asegurar, que si, al hacer el inventario de sus efectos, no se encontró ni dinero ni letra de cambio, nada viene a justificar la opinión de que aquellos padres confesores hayan juzgado conveniente pagarse a sí mismos el trabajo que les había costado su conversión. Al contrario, nosotros, que habíamos viajado con él, sabíamos de una manera auténtica, por razones que es inútil publicar, que no tenía ninguna letra, y que en el momento en que se separó de nosotros, le restaba muy poco dinero.

56 En los Profetas y en el estilo poético es designada muchas veces como la misma Jerusalén.

que hace mención Nehemías III, 16. En ellos se ven algunas inscripciones en hebreo y en griego, así como también muchos retratos de santos, hoy borrados casi del todo.

Este valle es famoso por el culto idólatra e inhumano que en él se daba a Moloch, divinidad abominable a la cual los padres sacrificaban frecuentemente sus hijos, arrojándolos al fuego (IV Reyes, XXIII, 10; II Crón., XXVIII, 3.) Con objeto de ahogar los gritos desgarradores de aquellos desgraciados niños, tan brutalmente sacrificados, se tocaba un instrumento de música llamado *tuph* en hebreo; de donde procede que el lugar donde eran quemadas las víctimas se llamó *Tophet*. Después de su vuelta del cautiverio, los judíos tuvieron horror a este lugar, a causa de las abominaciones que en él se habían cometido, y siguiendo el ejemplo de Josías (IV Reyes, XXIII, 10), le convirtieron en receptáculo de toda suerte de inmundicias, y arrojaron en él los esqueletos de los animales y los cadáveres de los malhechores. Para prevenir la peste que hubieran podido ocasionar tales materias allí amontonadas, si se las hubiera dejado corromperse por sí mismas, se las consumía por medio de hogueras que se conservaban constantemente encendidas en el valle; y de aquí le viene el nombre de Gehenna[57].

Sobre una estrecha lengua de tierra, a la mitad de la pendiente de la montaña, se alzan los restos de un grande edificio cuadrado, abierto en parte en la roca y cubierto antiguamente con una bóveda de mampostería, pero que hoy día está sin techo y lleno de piedras. Este edificio se halla en el paraje llamado la Hakeldama o campo de sangre (Act. I, 19), así denominado por ser el que los principales sacerdotes compraron al alfarero, con el dinero que les devolvió Judas arrepentido por considerarlo como el precio de la sangre inocente. Ellos lo habían destinado para sepultura de extranjeros. Probablemente será este el edificio de que habla Maundrell, y el cual servía de osario a los armenios, donde se arrojaban los cadáveres por agujeros abiertos en la bóveda. Mas parece que hoy no tiene la misma aplicación, porque está enteramente abandonado. De allí es de donde llevaron la tierra que se trasportó en naves a Campo Santo, en Pisa, porque le suponían la virtud que tiene la cal de consumir los cuerpos en veinte y cuatro horas[58]. También llamaban a este sitio el campo de los Bataneros, porque la gente del país llevaban allí a secar sus paños. Según la tradición, sobre la cima de una montaña, al oeste, fue donde el discípulo apóstata que entregó al Salvador se dio una muerte violenta (San Mateo, XXVII. 5.)

Precisamente en el punto en que se encuentran el valle de Ennon y el de la aldea de Siloan, hallamos un pozo, llamado el pozo de Nehemías. Se cree que este es el sitio donde aquel restaurador de Israel, después del cautiverio de Babilonia, recobró el fuego sagrado del altar (2. Mac. I, 1).

De allí trepamos por las escarpadas laderas del Monte Sion, y volvimos a entrar en la ciudad por la puerta de este nombre. La tierra está contenida por medio de paredes poco elevadas; recientemente había sido removida por el arado. El terreno parecía ser una mezcla de arena, cal y arcilla bastante parecida a la tierra que se encuentra en las fundaciones de antiguas ciudades. Así se ha verificado esta profecía relativa a Sion. «Por esto mismo es por lo que vosotros seréis causa de que Sion sea cultivada como un campo, de que Jerusalén sea reducida a un montón de piedras y la montaña del templo a un inmenso bosque.» (Miq. III, 12). Algunos olivos silvestres crecen acá y allá sobre sus laderas. El valle de Millo se extiende desde la falda de este monte hasta el pie de la montaña del templo, y aunque ha sido desfigurado por David y Salomón, se puede aun hoy día reconocer su situación.

57 Γεεννα του Πυρος. Por una metáfora fácil, los judíos, que no concebían otro suplicio más cruel que el fuego, dieron este nombre al fuego del infierno, a esta parte del Αδης o mundo invisible, donde suponían que así los demonios como las almas de los malvados ardían eternamente en el fuego.

58 En tiempo de los hebreos, el polvo mismo de la tierra de Israel pasaba por poseer una virtud tal, que, cuando volvían de un país extranjero, se detenían en sus fronteras para sacudir el polvo de sus zapatos, por temor de manchar su santidad.

7.
Jerusalén: su población, usos y costumbres.

Continuación de la topografía de Jerusalén.—Edificios públicos.—Arquitectura de los hebreos.—Baños.—Bazares o calles de tiendas.—Aspecto sombrío de los barrios o distritos.—Población de Jerusalén.—Harat-el-Yahoud, o el barrio de los judíos.—Casas y sinagogas de estos últimos.—Visita al khakham o gran rabino.—Condición de los judíos en Jerusalén.—Piedras del antiguo templo de Salomón.

Jerusalén 21 de agosto.—Las calles de Jerusalén no están empedradas más que en parte, porque por donde quiera que se manifiesta la roca desnuda, hace las veces de empedrado, y el suelo desigual de las calles ocasiona que a duras penas se encuentre una cuya superficie esté lisa y no interrumpida en trechos de más de quince toesas. Muchas están abovedadas, lo que, unido a su poca anchura, da una fisonomía lúgubre a la ciudad, que hace ya demasiado triste el estilo tosco de su arquitectura, degeneración de la de los hebreos. Las casas, unidas las unas a las otras, y construidas con gruesos pedazos de piedra sin labrar, con dificultad tienen más de dos pisos; en cierto modo parecen fortalezas, porque en su fachada no presentan más que el muro llano, horadado solamente por una pequeña puerta de entrada; las ventanas dan generalmente a un patio interior. Las casas terminan o en azotea o en media naranja; casi todos los techos tienen una de estas dos formas, porque no es fácil proporcionarse madera de armadura, sino haciéndola venir de muy lejos. Vistas desde un paraje elevado, aquellas toscas masas presentan un aspecto extraordinariamente monótono.

Las cúpulas de las iglesias y los torreones de las mezquitas que se alzan sobre ellas, son las únicas que rompen la uniformidad. Los edificios públicos son poco numerosos, y exceptuando los que hay destinados a un uso religioso, los demás no merecen llamar la atención. Nosotros visitamos los baños, situados en el barrio de los turcos; pero los hallamos muy inferiores a los establecimientos de la misma clase que hay en muchas ciudades del Oriente. El pasaje o calle de tiendas es abovedado, sombrío y triste; las tiendas mezquinas, y los géneros expuestos a la venta, de una calidad inferior. Este es el único sitio de Jerusalén donde se encuentran algunas señales de vida. Pero allí mismo, cerca del corazón (porque el pasaje se halla situado en el centro), las débiles pulsaciones de esta ciudad que se extingue, apenas son sensibles; las extremidades están ya frías e inanimadas; se puede andar durante un día entero por los demás barrios de la población sin encontrar una criatura humana.

La moderna población de Jerusalén, ha sido diversamente evaluada por los viajeros, y las clasificaciones que han hecho de ella difieren todavía más unas de otras. Esta divergencia que se nota en sus descripciones, debe ser atribuida desde luego a la dificultad de procurarse datos estadísticos exactos, y además a que han visitado a Jerusalén en diferentes épocas del año. Sin embargo, como los habitantes de la ciudad se pueden clasificar en residentes y transeúntes, es cierto que todos estos viajeros tienen un derecho igual a la exactitud. Con arreglo a mis observaciones personales y los datos que he podido proporcionarme, me inclino a creer que la población de Jerusalén no pasa de doce mil almas, y quizá no llega a esta cifra. Las dos terceras partes de este número son musulmanes; la otra tercera se compone de cerca de dos mil quinientos judíos, y de unos mil quinientos cristianos de diversas comuniones.

La presencia de los extranjeros en determinadas estaciones del año, y sobre todo en tiempo de Pascua, puede elevar casi al doble la cifra que dejo indicada, lo que dará un número redondo de diez y ocho mil individuos. La población transeúnte está hacinada en los conventos y en los edificios que de ellos dependen. Si todos los distritos de la ciudad estuviesen igualmente poblados, la moderna Jerusalén podría encerrar de veinte y cinco a treinta mil habitantes; pero, ademas del vasto recinto de la mezquita de Omar, se encuentran allí muchos y muy considerables espacios de terreno

enteramente vacíos de casas[59]. Al tenor de lo que sucede en todas las poblaciones puramente religiosas, los mahometanos se distinguen por su intolerancia y su fanatismo; y en este concepto el viajero hará bien de vivir prevenido y de respetar su creencia y sus preocupaciones.

Seguramente que los judíos son la parte más interesante de la población de Jerusalén. Aquí, como en todas las ciudades del Oriente, están relegados en un barrio aparte. El que ocupan es la parte baja de Jerusalén que se extiende entre el antiguo templo y la porción del monte Sion comprendida dentro de las murallas. Le llaman *Harat-el-Yahoud.* Sus casas tienen una apariencia miserable; por la parte exterior están generalmente construidas con piedras sin labrar, unidas de prisa y sin ningún adorno de arquitectura. Sin embargo, esta afectada sencillez no proviene de pobreza; porque un crecido número de judíos se hallan en una situación cómoda; pero la prudencia les obliga a ocultar a las ávidas miradas de sus opresores, no sólo las riquezas, sino también hasta la apariencia de comodidad, que podría hacer sospechar su posesión.

La distribución interior de estas casas es casi uniforme por todas partes. Una puerta de entrada abre hacia un patio cuadrado, cuya periferia está ocupada generalmente por muchas familias distintas. Este patio es común a todos los vecinos de la casa. Una escalera de piedra apoyada al muro interior, conduce a las distintas habitaciones, ordinariamente situadas en el primer piso. En uno de estos aposentos, es donde visitamos al *khakham* o gran rabino. Al entrar en una pequeña cámara baja, pero decentemente amueblada, encontramos a un anciano de figura venerable, sentado sobre un diván, y rodeado de una familia compuesta de muchas generaciones. A nuestra llegada hizo un esfuerzo para levantarse; pero no se lo permitimos nosotros. Un rayo de alegría brilló en sus ojos débiles por la edad, cuando nos manifestó el placer que tenía en recibirnos en su casa. Nos convidó a refrescar; e inmediatamente, a una seña suya, las mas jóvenes de sus hijas que se hallaban

59 Jerusalén es para siempre célebre por las revoluciones más variadas y mas terribles que han asaltado a ninguna otra ciudad en el mundo; ha sido diez y siete veces saqueada y destruida en parte; ha sido teatro de las más brillantes proezas de los judíos, de los romanos y de los sarracenos, y se ha bañado en la sangre de nuestros padres, en la época romancesca de las Cruzadas. Se cree que fue Melquisedec quien la fundó hacia el año 2023, y es citada por primera vez en la Escritura bajo el nombre de Salem (Gen. XIV, 18). Cincuenta años después la tomaron los jebusitas, que la llamaron Jerusalén (visión de paz), y edificaron la alta ciudad sobre el Monte Sion. El primer año de su llegada a la Tierra de Promisión, Josué se hizo dueño de esta parte de la ciudad; pero en tiempo de David fue cuando los israelitas poseyeron la parte superior, o la fortaleza de Sion, donde David fijó su residencia, llamándola ciudad de David (2 Sam. V, 9). Su hijo Salomón edificó el famoso templo para el Arca de la Alianza, embelleció la ciudad con muchos y espléndidos trabajos, cuyas ruinas se ven aun hoy día. Cinco años después de la muerte de Salomón, esta ciudad fue saqueada por Sesac, rey de Egipto; la misma suerte sufrió en el siguiente siglo, bajo el reinado de Joas, rey de Israel, y fue saqueada y en parte destruida por los asirios, bajo Manasés. En 3513, Nabucodonosor destruyó la ciudad, quemó el templo y envió los habitantes a Egipto; habiendo vuelto después de setenta años de cautividad, el templo fue reedificado por Jerobabel, Esdras y Nehemías. Antíoco el Grande se apoderó de nuevo de la ciudad y la cedió a Tolomeo Evergetes; posteriormente fue tomada y saqueada por Antíoco Epifanes, que colocó una estatua de Júpiter en el templo y sacrificó cerdos sobre el altar. Mas tarde, Judas Macabeo dio libertad a sus conciudadanos, que, habiendo tenido disensiones entre si, buscaron la intervención de los romanos, y Pompeyo se hizo dueño de la ciudad. Poco después, Antígono, a la cabeza de los Partos, e apoderó de ella, y a su vez fue depuesto y decapitado por Herodes el Grande, bajo cuyo reinado tuvieron lugar los importantes y terribles acontecimientos que hacen relación al nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Posteriormente a la muerte de Agrippa, nieto de Herodes, la Judea fue reducida a provincia romana. Habiéndose insurreccionado los judíos, bajo el imperio de Vespasiano, la ciudad fue acometida por Tito, y después de haber sostenido uno de los sitios más notables de que se hace mención en la historia, desde el 14 de abril hasta el 2 de septiembre del año 71, fue tomada, saqueada y abrasada, sin perdonar el templo. Como estaban en las fiestas de la Pascua, la ciudad se hallaba llena de gente, y Josefo, testigo ocular, refiere, que seiscientos mil judíos perecieron de hambre, un millón cien mil al filo de la espada. y que noventa y siete mil fueron hechos prisioneros: los niños y las mujeres fueron vendidos como esclavos, y se podía obtener treinta de ellos por una pieza de plata. «¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» gritaban los judíos a Pilatos, treinta y ocho años antes. La imprecación fue oída y ejecutada de la manera más terrible; y desde aquel tiempo Dios apartó sus ojos de esta región. Poco tiempo después, Adriano completó la destrucción de la ciudad y Sion se convirtió en campo laborable, Jerusalén en un montón de ruinas, y la montaña formada por las casas, como la encrucijada del bosque (Miq. II, 12). Se alzaron estatuas a Venus y a Júpiter sobre el Calvario y Santo Sepulcro: una nueva ciudad fue construida en aquel sitio y el nombre de Jerusalén desapareció y permaneció ignorado durante muchos siglos.

allí, salieron y volvieron después de algunos minutos con pasteles, *rosolie*, café y pipas. Nuestra conversación recayó necesariamente sobre generalidades, pues, por respeto a nuestro huésped y a las personas presentes, nos abstuvimos de tocar a cuestiones mas interesantes de religión o de política. Todos experimentamos, más o menos, cierto embarazo; pero si cada uno de nosotros hubiera podido explicar lo que sentía, ¡qué manifestación de bellos sentimientos no hubiera tenido lugar! Nuestra sociedad se componía de franceses y de ingleses; elogió nuestra nación de manera que nos hizo comprender, sin decirlo a las claras, que se nos miraba como los instrumentos futuros de que Dios se serviría muy en breve para arrancar al pueblo judío del yugo de sus tiranos. ¡Permita el cielo que así sea! porque la vista de este pueblo oprimido, condenado a vivir esclavo y extranjero en una tierra que legítimamente le pertenece, tiene algo de aflictivo. ¡Sí, sería un corazón muy helado el que pudiera ser testigo de tanta miseria sin compartir los sufrimientos de los pobres israelitas! En cuanto a mí, no pude menos, al retirarme, de rogar al Todopoderoso que acelerara el momento de su reconciliación con su pueblo en otro tiempo querido, suplicándole que disipara la obstinada ceguedad que rodea el corazón de los judíos, a fin de prepararlos a los beneficios de tan feliz instante.

Lo extraordinario de las costumbres muy conocidas que ofrece este pueblo, que hace mucho tiempo no forma una nación distinta, se nota entre los judíos que habitan a Jerusalén; pero además se distinguen por muchos usos tomados de los países que han habitado antes de venir a fijarse en la ciudad de sus padres. La diferencia más sobresaliente que existe entre ellos y sus hermanos de Levante, consiste en cierta libertad de costumbres entre los dos sexos, notable sobre todo en las relaciones sociales. Sin embargo, las judías jamás salen sin ir cubiertas con un velo. Exceptuando a las mujeres de mala vida, es una costumbre a la cual se sujetan por lo general todas las personas de su sexo en Oriente. El velo que llevan consiste en un pedazo de muselina echado sobre la cabeza, y que cayendo por la espalda desciende hasta las caderas, pero de modo que dejan ver sus formas mucho más que las mujeres turcas.

El número de los israelitas residentes en Jerusalén, ha sido muy exagerado por algunos viajeros. Como en esta ciudad no se hace ninguna especie de comercio, los judíos que la habitan no son más que algunas familias atraídas allí por motivos religiosos. No creo que su número se haya elevado nunca a más de tres mil, cuya mayoría se compone de mujeres. Las sinagogas de Jerusalén son todas pequeñas y mal conservadas; lo que es necesario no atribuir ni a la pobreza de los poseedores, ni a falta de limosnas procedentes del extranjero, sino a los motivos de prudencia de que he hablado antes.

Yo me afecté casi hasta derramar lágrimas al ver cerca del atrio de la gran mezquita, colocada sobre el sitio que ocupaba el antiguo templo, cuatro o cinco judíos que me parecieron rabinos, con un libro en la mano, la faz vuelta hacia las murallas y en actitud de orar. Creí escuchar estas palabras que salían de sus labios: «¿Hasta cuando, oh Señor, seremos el objeto de tu justa cólera?» «No me volveréis a ver hasta que exclaméis: ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!» (San Mat., XXIII, 39). En esta parte del muro se ven muchas y muy gruesas piedras talladas en una época muy remota, a juzgar por la forma particular de su corte. Algunas tienen doce o quince pies de longitud por cinco o seis de altura. ¿No podría sospecharse que sean estas las mismas piedras acerca de las que llamaban la atención de Jesús los discípulos, diciéndole «Maestro, mirad qué piedras y qué edificio!»? (San Marc., XIII, 1). Semejantes piedras se ven en muchos otros parajes de los modernos muros, particularmente en el ángulo del sudeste. Como no tienen ninguna huella del fuego que devoró el primer templo en la época de la destrucción de Jerusalén por Tito, algunos viajeros suponen que formaban parte de los materiales reunidos por Juliano para la reconstrucción del templo, empresa que impidieron, según dicen, llevar a cabo las llamas que salían por entre los escombros[60].

60 En el reinado de Constastino el Grande, los judíos ensayaron muchas veces, pero siempre en vano, reedificar su templo. Juliano el Apóstata no obtuvo mejor resultado en 365. Un temblor de tierra, un huracán espantoso llamas que salían de la tierra, obligaron a los obreros a abandonar sus trabajos.

Cuando volvimos a la Casa Nova, la campana del convento tocaba a comer. Las horas de comer son aquí las mismas que en el resto del Oriente, a saber; al mediodía y al ponerse el sol. Nuestra comida es traída por lo regular del convento; en nada difiere de la de los mismos monjes. Los días de carne, es pasadera; pero como este día (sábado) se comía de vigilia, y el calor no permitía traer pescado de la costa, nos vimos obligados a comer atún salado o escabeche. Si esta manera humilde de vivir no convenía al delicado paladar de algunos viajeros menos acostumbrados que nosotros a las privaciones, es conveniente manifestarles una cosa que supimos demasiado tarde, y es la facultad que tienen los peregrinos de hacer la cocina en sus aposentos; lo cual es tanto más fácil, cuanto que pueden siempre encontrar provisiones de buena calidad y en grande abundancia. El vino blanco que se sirve a los extranjeros, no es potable; tiene un sabor de azufre y se sube con facilidad a la cabeza. Los viajeros que puedan, harán bien en proveerse de un poco de aguardiente. Mezclado en pequeña cantidad con agua, es una bebida que se tiene por muy sana en los países calurosos; entona el estómago y por consiguiente todo el cuerpo, debilitado las más veces por una transpiración abundante. La gran cocina del convento, donde diariamente se prepara la comida a un gran número de *internos* y de *externos* (los pobres vienen allí cada día a tomar su alimento), merece ser visitada. Contra lo que esperábamos, encontramos cocineros y utensilios de una decencia notable.

Las noches de invierno deben ser necesariamente muy tristes en Jerusalén; porque no existe nada que se parezca a lo que llamamos sociedad. En la hermosa estación en que estamos, podemos, al volver de nuestro paseo de la tarde, descansar en la azotea de nuestro cuarto, desde donde se domina toda la ciudad. Los superiores del convento vienen de cuando en cuando a visitarnos. El padre Agustino[61], secretario de la comunidad, es un amable hablador, que no tiene ninguna de las preocupaciones de las personas de su clase. Recientemente acaba de hacer un viaje a París para recoger limosnas, pero sin gran resultado. Dice que el gobierno francés está muy dispuesto a continuar su protección nominal a los conventos de la Tierra Santa; pero muy poco a concederles socorros en dinero, que tan necesarios les son, puesto que sólo se sostienen por medio de contribuciones voluntarias.

---

61 El año siguiente a mi salida de Jerusalén, este amable sujeto, volviendo a Europa con otros cuatro o cinco monjes franciscanos, fue, así como sus compañeros, cruelmente asesinado por la tripulación del navío, a cuyo bordo venían. Parece que estos religiosos, pensando complacer a sus amigos, o quizá con la esperanza de realizar algún honesto beneficio con la venta de reliquias traídas de la Tierra Santa, habían llenado muchas cajas de rosarios, crucifijos, conchas cinceladas, y otras bagatelas. Los marineros, que eran griegos, sospechando que las cajas encerrarían tesoros, se pusieron de acuerdo, desde la segunda noche de su navegación, para caer durante el sueño sobre los pasajeros y degollarlos a todos, cristianos y musulmanes. ¡Qué terribles debieron ser sus remordimientos al abrir las cajas! Esto hizo que en vez de dirigirse a Chipre, lugar de su destino, dirigiesen su rumbo hacia la Caramania, y tomasen tierra en uno de los puertos de aquella costa. Un pobre turco, que, desde la primera alarma, se había escondido entre algunas tablas, no oyendo ya la voz de los marineros, se aventuró a salir de su escondite, subió al puente, y ganó la playa a nado. Luego que llegó a tierra, se presentó al gobernador, y le refirió los detalles de la horrible catástrofe de que acababa de ser testigo. Los griegos fueron todos presos, y, después de una ligera formalidad, empalados sobre la playa, suplicio que tenían muy merecido.

8.
Cercanías de la Ciudad Santa.

Concluye la topografía de Jerusalén.—Torrente del Cedrón.—Huerto de Gethsemaní.—Sepulcro de la Virgen.—Monte de los Olivos.—Vista panorámica de la ciudad. Iglesia de la Ascensión.—Valle de Josafat.—Sepulcros modernos de los judíos.—Sepulcros de los patriarcas.—Monte de las Ofensas.—Aldea de Siloé.—Una noche en la iglesia del Santo Sepulcro.—Cámara de las antigüedades.

Jerusalén, 22 de agosto.—Saliendo de la ciudad por la puerta oriental, o puerta de San Esteban, antiguamente llamada puerta de los Rebaños, bajamos a las márgenes del Cedrón[62] por un sendero rápido y pedregoso. En esta estación el torrente está seco; pero a juzgar por su cauce ancho y lleno de piedras, parece que en invierno debe ser un torrente peligroso con las grandes lluvias y con la fusión de las nieves. Se le atraviesa por un puente de un solo arco que conduce al jardín de Gethsemaní[63], nombre que todavía conserva un plantío de olivos que hay en una hondonada cercada de una pared de piedras, que corre entre el Cedrón y el Monte de los Olivos. Estos olivos, en número de siete u ocho, son de una extremada decrepitud. El terreno intermedio está desnudo, sin flores, sin legumbres, sin verdura de ninguna clase. Una senda, separada de las demás partes del jardín por una pared, lo atraviesa en dirección oblicua. Se considera a esta senda como maldita; porque, según dicen, es por la que Judas se aproximó a su divino Maestro para hacerle traición por medio de un ósculo.

En la parte mas elevada del jardín hay un banco de roca desnuda, sobre el cual durmieron Pedro, Santiago y Juan. Los límites exactos de este jardín, el más interesante y el más sagrado que hubo jamás, son desconocidos y es muy poco necesario el conocerlos; en efecto, como el Evangelio nos enseña que «Jesús marchaba con sus discípulos al otro lado del torrente de Cedrón, donde tenía un jardín» (San Juan, XVIII, 1), y que este jardín se hallaba situado sobre el monte de los Olivos, no tuvimos la menor duda de que estábamos en el mismo terreno que había pisado Nuestro Señor, y de que los árboles que nos cubrían con su sombra serían los retoños de aquellos mismos bajo los que descansaba muchas veces por la tarde, entre otras, aquella en que fue preso. Aun se manifiesta la gruta donde se retiró aquel día, y donde «en la agonía de su alma, cayendo de rodillas y sudando gotas de sangre, fue fortificado por un ángel.» (San Lucas, XXII, 43, 44). Esta gruta es tenida en gran veneración; está abierta en la roca viva, y se baja a ella por algunos escalones de piedra groseramente tallada. En su interior es de forma circular, y tiene cerca de quince pies de diámetro. Recibe la luz por una bóveda agujereada en el centro y sostenida por pilastras. En los costados se notan aun restos de antiguas tumbas.

Hacia el Norte y a distancia de algunos pasos de esta gruta, hay un edificio de piedra, semejante a la media naranja de una iglesia; está casi a nivel del suelo, y adornado con una puerta de entrada, gótica, de estilo apuntado. Se cree que cubre el sepulcro de la Virgen Santa. Su construcción, como la de muchos otros monumentos de este país, se atribuye a la piadosa madre de Constantino. A él se desciende por una ancha y hermosa escalera de piedra, de cuarenta y seis escalones. A mano derecha y casi a la mitad de la escalera se ve el cenotafio erigido en memoria de Joaquín y de Ana, padre y madre de María, y en un rincón a la izquierda, el de José, su esposo. De allí, una segunda escalera conduce a un capilla subterránea, alumbrada por lámparas que arden continuamente. En medio, un tanto a la derecha, se ve un altar levantado sobre la sagrada tumba, abierta en la roca. Detrás de este altar, en la curva que forma la capilla, hay otro altar, donde se dice misa algunas veces. Aunque se dé todo el valor que se quiera a los argumentos de que se valen para demostrar la imposibilidad de que este sepulcro haya sido jamás el de la Santa Virgen, es imposible no experimentar una santa impresión al encontrarse en el mausoleo de la familia más favorecida de la tierra. Esta capilla pertenece a los griegos, y lo más singular es que turcos y cristianos tienen

62 Palabra hebrea que significa oscuridad o tristeza.
63 Palabra hebrea que significa prensa.

establecidos guardias encargados de velar por su conservación. Los primeros tienen un oratorio cerca del sepulcro de la Santa Virgen, pero se abstienen de ir allí cuando se celebra alguna ceremonia religiosa, como la que se verificaba hoy, que, según el ritual de la iglesia latina, era la Octava de la Asunción. Muchos franciscanos, vela en mano y de rodillas, oraban. El número de personas que subían y bajaban las escaleras era inmenso; pero la conducta de cada una era regular y decente.

Al salir del sepulcro, principiamos a subir el Monte de los Olivos, en dirección a la iglesia de la Ascensión. Esta montaña, de que se hace frecuente mención en el Evangelio, corre de Norte a Mediodía; su longitud es de cerca de una milla. La escasa yerba que cubría sus costados en primavera está hoy amarillenta por los calores del otoño. Pero esta falta de verdura está compensada en parte por algunos ramos de la especie de árboles a que debe su nombre. En otro tiempo toda la montaña y el valle estaban cubiertos de ellos, y de aquí le vino el nombre de *Djebel Tor* o monte de Los Olivos, nombre que ha conservado hasta el día. Pero como el olivo crece con lentitud, resulta que cuando muere de vejez, o que es destruido de cualquier otro modo, es remplazado con dificultad. El olivo permanece doscientos años en toda su fuerza antes de principiar a decaer; y mientras existe, su tronco cría retoños jóvenes que lo remplazan cuando ha muerto.

Luego que hubimos recorrido como las dos terceras partes de la extensión de la montaña, se nos enseñó el sitio desde donde Nuestro Señor miró la ciudad culpable derramando lágrimas sobre su futura ruina[64]. «Veis todos esos grandes edificios? Serán destruidos de tal modo que no quedará piedra sobre piedra.» (San Marcos, XIII, 2). ¡Ay, de qué manera tan asombrosa se ha cumplido esta profecía! Ni un solo vestigio resta de la antigua ciudad de David y de Salomón; ni una torre, ni una puerta, ni un solo lienzo de muralla del tiempo de los judíos existe hoy. *¡Fuit Hierosolyma!* Fuera de los muros se hallan, es cierto, algunos monumentos fúnebres de una fecha incierta; pero estos sepulcros también han sido violados y trastornados, ¡como si el anatema lanzado contra la ciudad, destinada a la destrucción, se extendiera asimismo al asilo de la muerte!

Desde este paraje es desde donde mejor se observa el panorama de Jerusalén, inclinándose del Oeste al Este la montaña sobre la cual se halla situada para dejar ver la ciudad del modo más favorable. Distintamente se ve el inteior del atrio del templo, en cuyo centro se alza, sobre el solar de su ilustre predecesor la célebre mezquita de Omar; detrás de ella y en una vistosa sucesión aparecen el Santo Sepulcro, las demás iglesias, los conventos, las mezquitas con sus torreones; y aunque la moderna Jerusalén no sea hoy la ciudad de la Escritura, sino porque está edificada sobre el mismo terreno, sin embargo, vista desde aquí, «la viuda de Sion» despliega todavía bastante magnificencia para que la imaginación pueda concebirla tal como era en otro tiempo «la perfección de la belleza, la alegría de toda la tierra.»

Sucesivamente se nos manifestaron en aquellas inmediaciones algunos otros sitios de menor interés, y cuya autenticidad descansa en una tradición menos cierta. En efecto, apenas hay una pulgada de terreno en el recinto de Jerusalén y fuera de sus muros, que no tenga su leyenda particular. Uno de estos sitios es aquel donde Jesucristo enseñó a sus apóstoles la Oración Dominical: «Y les dijo, cuando oréis decid: Padre Nuestro, etc.» (San Lucas, XI, 2); otro es la gruta donde fue compuesto el símbolo de nuestra creencia. Pero dejando a un lado todas estas cosas, nos apresuramos a visitar el lugar donde el Hijo de Dios, nacido de una mujer, pisó por primera vez con sus pies sagrados la tierra en que vivimos. «Y después de esto los condujo hasta Betania, y habiendo levantado sus manos los bendijo; y habiéndolos bendecido se separó de ellos y subió al cielo.» (San

---

64 El ejército de Tito acampó en el mismo lugar en que la destrucción de Jerusalén había sido profetizada. Después del sitio y toma de esta ciudad maldita, el vencedor exclamó, al considerar la extraordinaria fuerza de la plaza: «Ciertamente, Dios nos ha asistido en esta guerra, y sólo Dios es el que ha lanzado a los judíos de sus fortificaciones; porque ¿qué pueden la mano del hombre y todas las máquinas del mundo para derribar estas torres? (Josefo, Guerras de los judíos, lib. 6, cap. IX) Seiscientos cincuenta años antes de este suceso, un hombre, objeto de desprecio para todos, exclamaba: «Los reyes y todos los habitantes de la tierra, jamás hubieran creído que el enemigo habría penetrado en los muros de Jerusalén.» (Lam. IV, 12). ¿Quién, sino un Dios, que conoce el porvenir, pudiera inspirar este lenguaje profético?

Lucas, XXIV, 50, 51). En medio de un ancho patio se levanta una pequeña cúpula de forma octógona por fuera y circular por dentro. Cobija en su mayor parte la roca donde se halla estampada la forma de un pie o de una sandalia cuya punta mira al Norte. Dícese que es la impresión del pie de Nuestro Señor, cuando subió al cielo. La emperatriz Elena hizo construir en este sitio un monasterio, que posteriormente ha sido convertido en mezquita. Pero este edificio se encuentra hoy en un estado ruinoso[65].

Desde una elevación que hay a corta distancia de allí, hacia el Este, en el camino de Betania, se disfruta de un magnífico punto de vista que abraza una parte del Mar Muerto, y al lado opuesto aparecen los montes Moabos. Un poco al Norte de la capilla de la Ascensión se encuentra la punta más alta del Monte de los Olivos. Aquí es donde se retiraron los apóstoles después de la Ascensión de Nuestro Señor. Mientras ellos tenían los ojos levantados al cielo, y permanecían aun sumidos en el éxtasis ocasionado por el glorioso y reciente triunfo de su divino Maestro, se les aparecieron dos ángeles y les dijeron: «Hombres de Galilea[66], ¿por qué os detenéis a mirar al cielo? Ese Jesús, que al separarse de vosotros se eleva al empíreo, vendrá del mismo modo que vosotros le habéis visto subir.» (Act. I, 11).

Seguidamente bajamos de esta montaña al valle de Josafat, llamado también algunas veces Tofet, valle de la Sangre. Es una continuación del de Cedrón. Según un pasaje de la profecía de Joel, los judíos creen que tendrá lugar el juicio final en este valle estrecho. «Que los pueblos resuciten; que vengan al valle de Josafat; allí estaré yo sentado para juzgar a todos los pueblos que de todas partes concurrirán a él.» Este era, por consiguiente, el cementerio predilecto de los antiguos hebreos[67]; a juzgar por el corto espacio que queda libre entre las innumerables losas que cubren los sepulcros, este es sin duda el lugar que todavía escogen con preferencia sus descendientes para el mismo objeto. Estos sepulcros son de una sencillez extremada; están desprovistos de todo adorno, no consisten más que en una losa de piedra, cuya mayor o menor anchura indica la categoría del muerto. Las inscripciones están en hebreo, y sólo recuerdan el nombre de la persona, su edad y el día de su fallecimiento, El suelo es tan duro que no se cava una sepultura sino con gran dificultad. Dícese también que el privilegio de ser enterrado allí sólo se adquiere a un precio muy elevado.

En este mismo valle hay tres sepulcros, o mejor dicho, tres mausoleos, cuya grandeza contrasta de una manera notable con la sencillez de las modernas tumbas. Estos son los de Absalón, de Josafat y de Zacarías. Colectivamente se les llama los Sepulcros de los Patriarcas. El de Absalón es el mas distinguido: está desprendido de la roca de que fue cortado. Su base es cuadrada; en sus cuatro caras hay pilastras del orden jónico, terminadas por un friso adornado con metopas y triglifos. Sobre esta base se alza una obra cuadrada de mampostería de iguales dimensiones; y todo este monumento se halla terminado por una media naranja que acaba en punta. Su altura total es de unos diez y ocho a veinte pies. No tiene ninguna entrada; pero en su parte superior han practicado violentamente una abertura por la que mahometanos, judíos y cristianos, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, arrojan piedras al pasar, para significar el horror que les inspira la rebelión de un hijo contra su padre. La tierra está, en su alrededor, cubierta de piedras hasta una elevación grande. Podría muy bien suceder que fuese ésta la columna que Absalón se hizo levantar en vida, en el valle del Rey; pero no es probable que fuese sepultado en este lugar. Con más fundamento se

65 Los turcos tienen en gran veneración los lugares que han sido testigos de algunas acciones de Nuestro Salvador, a quien llaman Issa Ibn María (Jesús, hijo de María), tales como el Monte Sion, el Monte de los Olivos, el Monte Tabor y otros, porque le miran como un profeta. Pero ridiculizan todo lo relativo a su crucifixión y a su muerte, creyendo que la víctima fue uno de sus discípulos (Judas), mientras que él fue arrebatado vivo al cielo. Es de notar que en los primeros tiempos del cristianismo, Jesús era representado sentado en un trono, no en la actitud lastimosa de un crucificado.

66 La mayor parte de los apóstoles eran naturales de esta provincia.

67 Este valle servía de cementerio desde el reinado de Josías; porque se lee que mandó que quitasen de la casa del Señor el ídolo sacrílego de madera, y que le llevasen fuera de Jerusalén. al valle de Cedron, donde, habiéndolo quemado y reducido a cenizas, hizo arrojar éstas sobre las sepulturas del pueblo. (IV Reyes, XXII, 6.)

puede creer que se le enterró cerca del sitio donde fue asesinado; porque se lee en la Escritura: «Y cogieron a Absalón y le arrojaron en un ancho foso abierto en el bosque, y cubrieron su cuerpo con una gran cantidad de piedras» (II, Sam. XVIII, 17).

Inmediatamente detrás de este mausoleo, en una de las caras desprendidas de la roca, está el arquitrabe de una puerta que conduce a una cámara fúnebre. Según dicen es el sepulcro de Josafat, que dio su nombre al valle; pero es imposible que sea esta su tumba; porque la Escritura nos dice que «Josafat descansaba al lado de sus ascendientes y fue enterrado en la ciudad de David, su padre.» Es más probable que sea el sepulcro de Manasés, hijo de Ezequías, que fue sepultado en el jardín de su propia casa. Un tanto al Sur de la columna de Absalón está el sepulcro de Zacarías, hijo de Barraquías. De la misma manera que el primero, su base es cuadrangular, y está separada de la roca donde ha sido tallado; está adornado también con pilastras del orden jónico; pero en lugar de metopas y de triglifos se halla rodeado de un tosco arquitrabe saliente, sobre el cual se levanta una pirámide de mampostería. Cerca de este monumento, en la falda de la montaña, hay una excavación que contiene tres habitaciones, cuya entrada está sostenida por columnas del orden dórico poco elevadas. Esta cueva no está al nivel de los demás monumentos de que acabamos de hablar; de modo que para entrar en ella, es necesario subir a la roca. La llaman la gruta de San Juan. A ella se retiró el apóstol durante la semana de la pasión de Nuestro Señor, decidido a no tomar alimento alguno hasta saber la noticia de su resurrección.

La mezcla de arquitectura griega, con lo que parece ser evidentemente de construcción hebraica, ha embarazado sobre manera a cuantos han visto estos monumentos, por lo cual los han explicado de diverso modo. Pero, aunque no se pueda precisar la época a que se remontan las construcciones añadidas posteriormente, es lo cierto que indican un estado bárbaro del arte[68].

El camino que llevan las caravanas que van de Jerusalén a Jericó pasa justamente por estos sepulcros. A alguna distancia de allí, hacia el Sur, se encuentra la aldea de Siloé: se compone de algunas barracas ya de fábrica ya abiertas en la roca, sobre la pendiente de una montaña que los cristianos han llamado el Monte de las Ofensas o el Monte de Corrupción, porque Salomón en su vejez, «edificó en ella un templo a Camos, ídolo de los moabitas, y otro a Moloc, ídolo de los hijos de Amnon.» (I, Reyes, XI, 7). Bajamos al valle y atravesando el torrente del Cedrón, llegamos a la Piscina de Siloé, llamada así por su situación próxima a la aldea de este nombre.

Esta piscina es doble, o lo que es igual, tiene dos pilones o cuencas, uno superior y otro inferior. El superior, denominado Piscina del Rey, servía probablemente para regar los jardines reales; el inferior parece hallarse destinado al uso común. Tal vez sea lo mismo que el En-Rogel, o la fuente de los Bataneros; y como en aquellas cercanías no hay ninguna otra fuente o corriente de agua, es de presumir que en ella fuese Salomón ungido rey por el gran sacerdote Sadoc y el profeta Nathan. Estos dos receptáculos recibían el agua de la fuente de Siloé. El agua sale de la parte posterior de una roca, por un conducto subterráneo, y cae en un pequeño receptáculo poco

68 Un viajero, que visitó ha poco la Palestina, hablando de estos monumentos, hace las reflexiones siguientes: «Es imposible determinar si estos sepulcros sirvieron realmente a aquellos a quienes han sido atribuidos. La mezcla de arquitectura griega que en ellos se nota, es causa de que se les suponga de una época menos remota. La última parte del cap. 23 del Evangelio de San Mateo me suscitó una idea que podría servir para conciliar la contradicción manifiesta que existe entre su estilo y la época que la tradición les asigna. Nuestro Salvador, echando en cara a los fariseos, el que, a pesar de su afectación hipócrita a reverenciar la memoria de los profetas, se hallaban animados del mismo espíritu de persecución y de incredulidad que había arrastrado a sus padres a derramar la sangre de aquellos servidores de Dios, emplea estas palabras: «Desgraciados de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que construís los sepulcros de los profetas y adornáis las tumbas de los justos»; después añade que sobre ellos volvería a caer toda la sangre de los justos que ha sido derramada en la tierra, desde la sangre de Abel hasta la de Zacarías, hijo de Barraquías; como si la tumba del último estuviese presente a su memoria en el momento en que les dirigía este reproche. En virtud de esta suposición, las basas cortadas en la roca y que afectan el carácter de aquella maciza arquitectura sepulcral que los israelitas habían tomado de los egipcios, podrían muy bien haber sido los sepulcros de aquellos a quienes se han atribuido; mientras que las pilastras jónicas y los demás adornos que pertenecen a un período posterior, son probablemente los ornatos puestos a los sepulcros de los justos a que Nuestro Salvador alude, y habrán sido añadidos en sus días o poco tiempo antes, cuando la reducción de la Judea a provincia romana y el ejemplo de Herodes introdujeron un estilo diferente.» (*Tres semanas en Palestina*, pág. 47, 48 y 49.»)

profundo. Una capilla construida en conmemoración de la cura del ciego de nacimiento a quien Nuestro Señor volvió la vista, se alzaba en otro tiempo en este sitio. Hoy se baja a la fuente por una escalera de diez y seis escalones que conduce a una plataforma, desde donde se llega hasta el borde del agua por una segunda escalera de trece; de ahí procede que algunas veces se la llame la fuente de las Escaleras. El acueducto que atraviesa la montaña es evidentemente obra del hombre, e inclinándose un poco se puede ver hasta una distancia bastante grande. En algún tiempo el agua, desbordándose de la piscina superior, caía por un acueducto subterráneo en la inferior, situada un tanto al Mediodía; pero hoy está completamente seca. Yo noté que muchos peregrinos, después de haber bebido del agua, se lavaban también los ojos, lo que supongo harían en conmemoración del milagro de que acabo de hacer mérito. «Id a lavaros en la piscina de Siloé.» (San Juan, IX, 7).

De allí subimos por un sendero escarpado que nos condujo a Jerusalén, donde entramos por la llamada Puerta de la Basura. Supónese que este nombre le viene de que la inmundicia de los animales sacrificados en el templo, era transportada fuera de la ciudad por esta puerta. (Ureh. XII, 31). Está abierta en el muro oriental, al Mediodía de la gran mezquita, que está contigua. Por ella sólo pueden pasar los que van a pie. Seguimos la calle que lleva al Santo Sepulcro, y habiendo llegado, manifestamos el deseo que todos teníamos de pasar la noche en el interior de la iglesia. Al entrar, hallamos a los monjes reunidos en la capilla de la Aparición. Cada uno de nosotros tomó una vela encendida, y todos seguimos la procesión que diariamente se hace al anochecer alrededor de las diferentes estaciones[69], recordatorias de la pasión de Nuestro Señor. En cada una de ellas se cantó un himno particular[70]. Concluida la ceremonia (se nos dispensó un lavatorio de pies), nos dirigimos al refectorio para cenar. Los monjes, ordinariamente en número de doce, son los guardias particulares del Sepulcro; otros monjes los relevan por intervalos. Haciendo abstracción de todo lo que se refiere a la parte religiosa, es preciso convenir en que semejantes funciones son poco agradables, porque están encerrados en unas celdas bajas y húmedas, no teniendo, como lo observa Maundrell, otra ocupación que la de «rezar y cuidar las lámparas.» Dícese que son enviados allí por castigo, y que su reclusión no sólo dura muchos meses sino muchos años. Si fuera cierto, la disciplina de la orden sería más severa de lo que generalmente se cree. Semejante género de vida, si se le añaden las numerosas vejaciones y el indigno trato a que se hallan expuestos los monjes, no es seguramente para excitar la envidia de nadie. Es pues razonable suponer que los que se consagran al cuidado de las almas en aquel país, son movidos por motivos más elevados y más nobles que los que les atribuyen sus adversarios. En un país en que la apostasía proporciona tantas ventajas temporales, es bastante difícil al pastor espiritual conservar en el redil el rebaño confiado a su custodia. Ahorrémosles, pues, todo ultraje gratuito.

Agosto 23.—Poco después de media noche vinieron a buscarnos para asistir a maitines. Como no habíamos hecho más que echarnos sobre la cama, inmediatamente estuvimos listos, por muy desagradable que fuese levantarse a una hora tan inoportuna. Yo había visto las imponentes ceremonias de la Semana Santa en la iglesia de San Pedro en Roma, y había asistido a la celebración del oficio divino en la catedral de Sevilla, los dos más bellos templos cristianos de arquitectura griega y gótica; pero jamás he sentido esta especie de emoción religiosa que experimenté al oír desde lo alto de las galerías que circundan el Santo Sepulcro, los himnos cantados por los monjes, en el silencio de la noche, alrededor de la tumba misma de Nuestro Señor. Como efecto escénico, era un asunto verdaderamente digno del pincel de un Rembrandt. Algunas antorchas encendidas proyectaban apenas una débil luz; de suerte que en medio de la oscuridad en que se hallaba sumergida la basílica, los toscos detalles de su arquitectura, el pavimento de mármol

69 Para recordar estas estaciones, véase la descripción detallada del Santo Sepulcro, cap. III.

70 A todo peregrino se le da a su llegada al convento una colección de los himnos y oraciones que se recitan en cada uno de los parajes más notables, tanto del interior como del exterior de la ciudad. Estas estaciones principian en la puerta de Jaffa, y concluyen en las inmediaciones de Belén. Aunque dictada por un sentimiento piadoso, esta colección no es en manera alguna notable por la elegancia del estilo.

blanco, los ángulos de algunas columnas, las figuras rugosas y los cabellos blancos de los monjes, encerrados en una aureola luminosa, eran los únicos objetos que aparecían en relieve.

Esperando que el guardián viniese a abrirnos las puertas de la iglesia, examinamos algunas de las curiosidades que contiene la cámara de las antigüedades. Entre aquellas reliquias, se distinguen sobre todo la espada y las espuelas de Godofredo de Buillón. La espada consiste en una hoja larga y derecha, gastada y cubierta de orín por ocho siglos de reposo. No se usa más que cuando se recibe alguno caballero del Santo Sepulcro[71]. En el vestíbulo de la grande iglesia del Sepulcro, se nos manifestó el sitio donde en otro tiempo se hallaba la tumba de este ilustre defensor de la religión cristiana, así como el de su hermano Balduino. Como consecuencia de algunas alteraciones que los griegos verificaron en esta parte del edificio, después del grande incendio de 1808, estos dos sepulcros fueron sacrílegamente arrancados por espíritu de partido. A juzgar por un grabado de estos monumentos que he visto, no eran notables más que por las cenizas que encerraban: título sobrado para que los respetasen los cristianos de todas sectas.

Últimamente, hacia las seis de la mañana, vinieron con gran satisfacción nuestra a sacarnos de aquella especie de encierro, y pudimos volver a posesionarnos de las habitaciones más cómodas que ocupábamos en la Casa-Nova.

9.
Visita a los lugares que recuerdan la infancia de Jesús.

Salida para Belén.—Valle de Rephraim o de los Gigantes.—Fisonomía del país.—Mar-Elías.—Estrella de los Magos.—Casa de Simón el Justo.—Sepulcro de Raquel.—Ramla y los Santos Inocentes.—Primera vista de Belén.—Llegada al convento de San Juan.—Vista de la azotea.—Aldea de Belén.—Iglesia de Santa María.—Gruta de la Natividad.—Excursión a los depósitos de Salomón.—País al Sur de estos depósitos.—Regreso a Belén.

Agosto 23.—Después de mediodía nos pusimos en camino para Belén. La semana anterior la habíamos consagrado a visitar los lugares que fueron testigos de los milagros y de los padecimientos de Nuestro Señor; ahora, con el corazón menos contristado, dirigimos nuestros pasos hacia el lugar de su nacimiento. Este sitio dista de Jerusalén unas seis millas o dos horas de paseo próximamente, porque, verdaderos peregrinos, fuimos allí a pie, y aun podré decir que casi descalzos habíamos hecho nuestras excursiones por espacio de diez días en el montañoso país de la Judea, habiendo usado nuestros zapatos hasta el punto de que parecían verdaderas sandalias, y nos había sido imposible proporcionarnos otros, al menos tales como los deseábamos, en las miserables tiendas de Jerusalén.

Belén se halla al sur del valle de Refraim o valle de los Gigantes, así llamado a causa de la estatura gigantesca de sus habitantes. Está situada en los confines del territorio que cayó en suerte a las tribus de Judá y de Benjamín: es además muy célebre por haber sido teatro de numerosos combates entre los filisteos y los judíos, bajo el reinado de David y sus sucesores. Al salir de la ciudad atravesamos el valle de Gihon, y después de haber subido, por un áspero sendero, la montaña que hay en frente, descendimos a una llanura de una grande extensión. Del mismo modo que sucede en los alrededores de Jerusalén, esta llanura es pedregosa y apenas ofrece acá y allá algunas pequeñas porciones de tierra rojiza y ligera, pero enteramente desnuda de árboles; y a pesar de que antiguamente haya sido notable por su numerosa población, en la actualidad difícilmente se

71 La orden del Santo Sepulcro fue instituida en 1099, poco tiempo después de la toma de Jerusalén por los cristianos. Tenía por objeto 1. Ponerlos en posición de permanecer siendo dueños de los Santos Lugares que habían arrancado al poder de los infieles; 2. Proteger y asistir a los peregrinos que visitaban dichos lugares; y 3. rescatar los prisioneros cristianos. El que necesite consultar detalles más circunstanciados respecto a esta orden, puede ver el *Resumen histórico de la orden real, hospitalaria y militar del Santo Sepulcro de Jerusalén*, por el conde Allemand, un vol. en 12.º, 1815.

ofrecía a la vista una sola casa. A cosa de la mitad del camino llegamos al convento de Mar-Elías, a cuya inmediación hay un pozo que dicen ser en donde apareció la estrella a los Magos del Oriente.

Al oeste de la vía, sobre un ribazo poco elevado, hay una torre en ruinas que llaman la casa de Simón, apellidado el Justo, el mismo que había vivido mucho tiempo y con gran impaciencia esperando el consuelo de Israel. Un día, habiendo encontrado en el templo al Niño Jesús, «le cogió entre sus brazos y bendijo a Dios diciendo: Ahora es, Señor, cuando dejaréis morir en paz a vuestro servidor, puesto que he visto con mis propios ojos al Salvador que nos enviáis.» (San Lucas, II, 28, 29 y 30). De la misma manera, el israelita de nuestros días suspira durante muchos años por la dicha de ver la ciudad de sus padres, y cuando en su ancianidad ha podido realizar sus deseos, parece decir a su Criador: «Señor, estoy pronto a partir.»

A corta distancia del convento llegamos a un sepulcro situado en la margen del camino alrededor del cual había muchas judías orando. Yo pregunté de quién era aquel sepulcro y me respondieron que de Raquel, mujer de Jacob y madre de José y de Benjamín. A la vista de aquellas hijas de Israel, así reunidas alrededor de tan modesto monumento, no pude menos de creer que por esta vez al menos no había engaño y que aquel era el sitio donde Raquel había sido enterrada, de la misma manera que se lee en el Génesis, XXXV, 19, 20[72]. Todavía me aseguré más en esta opinión al ver un oratorio turco levantado muy cerca de allí, y me pregunté a mí mismo: ¿Los pobres cristianos de la Palestina no son igualmente indígenas de esta tierra? ¿No pueden tener también sus afecciones? ¿Por qué, pues, las tradiciones locales en que ellos creen han de excitar la indignación de casi todo viajero que visita la Tierra Santa? ¿Son justos los epítetos poco caritativos con que se califica a unos religiosos que tan poderosamente han contribuido a preservar del olvido las tradiciones locales? ¿No son indignos de un cristiano? El monumento es moderno, y tiene la apariencia y la forma del sepulcro de un santón árabe. Es cuadrado y está adornado con cuatro pilastras que sostienen una media naranja pintada de blanco, debajo de la cual se alza un catafalco de tosca albañilería: todo él se encuentra circundado de una pared poco levantada.

A dos millas de este sepulcro, hacia el oeste, está la aldea de Ramla, donde, como lo había dicho el profeta Jeremías, se oyó «un gran ruido, plañidos y gritos lamentosos, Raquel llorando sus hijas, y negándose a recibir consuelo porque no existen.» (San Mateo, I, 18). En todas las ciudades y en todas las aldeas de este país, así como a lo largo de sus confines, las madres han llorado a sus hijos asesinados, rehusando todo consuelo, «cuando la espada de Herodes se enrojeció de sangre, sangre derramada por derramar la de una víctima inocente.» A medida que uno se acerca a Belén, por sobrenombre Efrata o la Fértil, los olivos y las higueras se encuentran en mayor abundancia; las vertientes de la montaña en que está edificada la aldea, se hallan cultivadas en porciones de terreno.

El convento latino situado sobre una eminencia en la extremidad oriental de la montaña, se distingue desde aquí perfectamente, y tiene un aspecto que impone; pero sus fuertes murallas, flanqueadas de torres alineadas, le dan más bien el aire de una fortaleza que de una pacífica estancia de monjes. Apenas se había disipado esta ilusión cuando ya lo vimos de más cerca. Una parte de la portada que servía originariamente de entrada se ha tapiado: la sola puerta que hoy existe es baja y estrecha, de suerte que es preciso encorvarse para entrar. Llamamos a grandes golpes y pedimos se nos permitiera pasar adelante. Inmediatamente apareció un fraile en una ventanilla que había encima, y después de haberse asegurado de que nada tenía que temer, bajó y quitó la barra que cerraba la puerta por dentro. Esta puerta abre hacia el interior sobre un patio abovedado que hace las veces de vestíbulo de la iglesia del convento. Allí esperamos que uno de los monjes llevase al padre guardián la carta de recomendación que para él se nos había dado. Al cabo de algunos minutos volvió el mensajero y nos condujo por un pasadizo tortuoso a la azotea del convento, donde encontramos a toda la comunidad reunida y respirando la brisa de la tarde, porque el calor había sido excesivo casi todo el día. El sol empezaba a bajar al horizonte, pero aun quedaba día bastante

72 Raquel murió, pues, y fue sepultada en el camino que conduce a la ciudad de Efrata, llamada posteriormente Belén. Jacob alzó un monumento de piedra sobre su tumba; es el monumento del sepulcro de Raquel que se ve hoy todavía.

para ver los distintos parajes interesantes de las inmediaciones a medida que los monjes nos los iban indicando.

En un paraje de lo profundo de este valle que corre del este al oeste, y donde se ven aun pastores que guardan los rebaños confiados a su custodia, se presentó un ángel del Señor, hace diez y ocho siglos, a otros pastores que habitaban los campos cuidando también de sus rebaños, para anunciarles «una dichosa nueva que debía ser objeto de grande alegría. Hoy en la ciudad de David (aquí donde estamos) ha nacido para vosotros un Salvador, que es Cristo, el Señor.» Como si nosotros mismos hubiésemos oído la voz melodiosa de los celestes mensajeros cuando anunciaron al mundo el nacimiento del Salvador por medio de un cántico cuyo coro decía: «Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad», permanecimos algún tiempo absortos en nuestros pensamientos, y no salimos de aquel desvarío sino cuando se nos indicó la gruta donde José ocultó a la Virgen María y al Niño Jesús antes de huir con ellos a Egipto. «Levantaos, tomad al niño y a su madre y huid a Egipto.» (San Mateo, II, 13). En esta misma dirección, pero mucho más lejos, está la caverna donde David cortó secretamente el vestido de Saúl. Esta caverna está situada al este de la aldea, hacia el Mar Muerto. En la falda de la montaña que mira al Norte está el pozo de Belén: se halla cerca de la puerta por donde los tres valientes servidores de David entraron a despecho de los filisteos que estaban en Belén, y sacaron el agua que necesitaba; pero «David no quiso beberla, y con ella hizo una libación al Señor, porque aquella agua era la sangre de aquellos hombres, y la habían comprado poniendo en peligro su vida.» (II, Sam. XXII, 16, 17). Sucesivamente se nos fueron indicando otros sitios de menor interés, y cuyas tradiciones son menos auténticas. Evocando entonces a nuestra memoria el recuerdo de lo pasado, nos trasportamos con el pensamiento a la época en que aquellos alrededores eran el teatro de acontecimientos tan interesantes, referidos con tanta sencillez en el libro de Ruth.

Bajo la puerta de Belén era donde Bootz se hallaba sentado en ocasión en que pasando por allí uno de sus parientes, le gritó: «Venid aquí un rato y sentaos, etc., etc.»; y «entonces, en presencia de diez ancianos de la ciudad, compró la posesión de Noim, y recibió la mano de Ruth., etc.» Sobre estas colinas era donde el divino bardo de Israel apacentaba sus rebaños; aquí también donde resonaron los armoniosos acordes de su harpa y los dulces acentos de su voz, cuando convidaba al universo a celebrar la gloria del Criador. En el espacio comprendido entre esta montaña y las que limitan el Mar Muerto hay una colina aislada, de forma cónica, llamada vulgarmente montaña de los Francos, sin duda porque estuvo en posesión de estos últimos en tiempo de sus guerras con los sarracenos. Algunos viajeros juiciosos creen que este es el sitio de la antigua Betharea de que habla el Profeta, como un paraje a propósito para levantar un faro; otros por el contrario pretenden que allí estaba situada la Massadea de Josefo, construida sobre una escarpada roca que Jonatás el Asmoneo había fortificado y que Herodes hizo inexpugnable.

Agosto 24.—La aldea de Belén se halla agradablemente situada sobre la pendiente de una colina, al sur de un profundo valle que corre del este al oeste. Sus inmediaciones, aunque montañosas, no ofrecen sin embargo ninguna altura de gran elevación y están generalmente cultivadas. Los belemitas son casi todos agricultores; sus casas son miserables construcciones. Como se alzan sobre un terreno en declive, sus moradores taladran la parte inferior de la roca que de ordinario sirve de cuadra para las caballerías. Siendo la roca porosa y deleznable, se corta con facilidad, y proporciona en invierno (estación que en este país, es muy dura) un mejor abrigo que el que podrían hacer con piedra sola. Este sistema de construcción no es particular a los belemitas; lo he visto empleado en muchos países del Oriente, y como en ellos las costumbres no están sujetas a los mismos cambios que en Europa, se puede suponer razonablemente que esta misma sería la manera de vivir hace diez y ocho siglos.

En esta época fue en la que María vino a Belén, donde era extranjera, con arreglo al empadronamiento general, y con esta cualidad vivió allí. Ademas, la situación particular en que se

encontraba, debía hacerla desear el permanecer separada del trato de las gentes[73]. Esta circunstancia es bastante a explicar por qué el lugar del nacimiento de Nuestro Señor se halla bajo tierra. Demoled los muros formidables y despojad a los lugares consagrados de los adornos que les son extraños, y encontraréis en medio de las ruinas las excavaciones practicadas ordinariamente en las faldas de la montaña para encerrar en ella los ganados, de la misma manera que se ve aun hoy día en la vecina cabaña. Por lo que respecta a la identidad de este lugar, el suceso de que fue teatro era demasiado importante para que los primeros cristianos hayan podido perderlo de vista. Los mismos que se han mostrado mas escépticos en cuanto a la identidad de los Santos Lugares, reconocen en esta circunstancia la autenticidad de la tradición. Como nuevo argumento en su apoyo, la historia nos enseña que Adriano, en su odio contra los cristianos, edificó sobre este lugar consagrado un templo que dedicó a Adonis. Un siglo después, una emperatriz romana, madre del primer príncipe cristiano, hizo una peregrinación a los lugares donde había nacido su nueva fe. La casa donde la Virgen Santa había encontrado un asilo temporal, y el sitio donde «Dios despojándose de su gloria, revistió una forma humana», no podían menos de excitar su entusiasmo. El magnífico edificio que hoy vemos fue debido a su magnificencia y a su piedad. La tradición atribuye igualmente a esta princesa otros muchos monumentos; pero si se considera la avanzada edad que tenía cuando visitó la Tierra Santa y el corto tiempo que en ella permaneció, se debe más bien suponer que, habiendo sido la primera en dar un noble ejemplo, se le atribuyeron los monumentos levantados por otras personas después de su partida, y todos se acostumbraron a mirarla como la sola fundadora.

Deseando visitar el monasterio y conocer todos sus detalles, nos reunimos en la capilla dedicada a Santa Catalina; en ella se celebra ordinariamente el oficio divino; es excesivamente grande y en estado ruinoso. De allí, habiéndose provisto cada peregrino de una vela encendida, bajamos procesionalmente por una escalera a los subterráneos. En la parte inferior de esta escalera hay una pequeña cueva abierta en la roca. La bóveda está sostenida por una columna colocada en el centro. En ella se encuentra el mausoleo de los Inocentes degollados por orden del bárbaro Herodes. Siguiendo un pasadizo estrecho y oscuro, llegamos a la capilla subterránea de la Natividad, que es la gruta o establo primitivo; pero agrandado para las necesidades del servicio religioso: tiene cerca de doce pasos de largo por cuatro de ancho. Estaba alumbrada por lámparas constantemente encendidas. La bóveda que han dejado en su estado natural, habiéndola apuntalado con un pilar, se halla toda ennegrecida por el humo de las lámparas. Las paredes interiores y el pavimento están adornados con mármol. En la extremidad oriental, y precisamente frente a un altar adherido a la roca, que en esta parte está cortada en forma de arco, hay un círculo de jaspe y ágata, rodeado de un disco de plata en forma radiante. Alrededor del círculo han grabado estas palabras: *Hic de Virgine Maria Jesús Christus natus est*[74]; inscripción muy sencilla pero no menos elocuente, muy a propósito para excitar los sentimientos piadosos entre los peregrinos cristianos.

Algunos pasos mas allá está el pesebre donde fue colocado el Niño Jesús. El verdadero pesebre, que los italianos llaman *Presepio,* fue arrancado de aquí y trasportado a Roma en tiempo del papa Sixto V[75]. El que le reemplaza es una especie de artesa de albañil parecida a las que comúnmente usan en el país para echar de comer a los animales y en particular a los bueyes de labor. En frente de este pesebre está el altar de los Magos.

Volviendo a la capilla de los Santos Inocentes, de que hemos hablado, y casi en frente de esta capilla, se encuentra una cámara funeraria en la que hay dos altares. El de la izquierda cubre las tumbas de Paula, dama romana, y de Eustaquia, su hija, que después de haber vivido tres años en Belén, murieron allí en olor de santidad. El actual monasterio, así como también un convento de religiosos, al que hoy se ha dado otro destino, son los testimonios que esta señora ha dejado de su

73 «José partió también de la ciudad de Nazaret, que está en Galilea: y como era de la casa y de la familia de David, fue a Judea, a la ciudad de David, llamada Belén, para hacerse empadronar con María, que se hallaba encinta.» (San Luc. II, 4 y 5.)

74 Aquí nació Jesucristo de la Virgen María.

75 La capilla donde se ve ahora este pesebre, se halla en la iglesia de Santa Maria Maggiore: esta capilla es notable por sus riquezas y bellos ornamentos.

munificencia. También fundó un hospital para los extranjeros. San Jerónimo refiere estas diversas pruebas de su piedad. En el siglo IV, este gran padre de la Iglesia, habiendo hecho una peregrinación a Belén, le impresionó de tal manera la particular distinción que Nuestro Señor había concedido a esta ciudad, que sin embargo de que no era entonces más que una pobre aldea sin recursos[76], se fijó en ella y allí permaneció hasta el día de su muerte, habiendo alcanzado la avanzada edad de noventa y un años. Su sepulcro está en un hueco muy cerca de allí. La celda que ocupaba el santo se halla a la izquierda: en ella es donde, retirado del mundo, se consagró por espacio de cincuenta años al estudio de las Sagradas Escrituras, hasta entonces escritas sólo en hebreo y en caldeo. El resultado de sus sabias meditaciones fue la traducción de la Biblia en latín, llamada comúnmente la *Vulgata*. Cerca de su tumba se muestra igualmente la de San Eusebio, que le ayudó en sus trabajos.

De allí volvimos a subir la escalera para ir a visitar la grande iglesia, denominada Santa María de Belén. Su forma es la de una cruz latina. La nave está dividida en alas por cuarenta columnas de mármol de orden corintio, colocadas dos líneas a cada lado. Estas columnas, cuyos cuerpos son de una sola pieza, tienen dos pies y medio de diámetro y diez y ocho de altura, incluso el capitel. La distancia entre cada serie de columnas es de cerca de treinta pies, y la de columna a columna de siete. El techo que sustentan, parece haber sido destruido en parte, o que no se concluyó de hacer; porque es de madera descubierta, así como el arquitrabe y el entablamento. Sin embargo me inclino a adoptar la última suposición, porque este edificio fue principiado bajo un plan demasiado dispendioso para los débiles recursos del país. El pavimento era originariamente de mármoles preciosos, y los muros estaban interiormente adornados de bellos mosaicos hasta la altura de la techumbre. Los mármoles han sido arrancados y trasportados a la gran mezquita de Jerusalén; los mosaicos están muy deteriorados a falta de restauración, o han sido destruidos en parte por los infieles. La nave está separada de los otros tres brazos de la cruz por una pared, en medio de la cual han abierto una puerta, de manera que ha desaparecido la unidad del edificio. Hoy día esta iglesia no tiene ningún destino religioso. Un viajero del siglo XVI refiere que, a su llegada a Belén, halló esta parte del monasterio ocupada por el *chaique* o jeque de la aldea: sin duda, por ponerse a cubierto de las violencias de sus rebeldes súbditos, escogió este vasto alojamiento para sí y para su *harem*. En otras ocasiones los habitantes han encontrado en él un asilo seguro contra la tiranía de sus jefes. Y ciertamente el convento, protegido como lo está por sus formidables murallas, puede resistir a todo ataque que no sea hecho con artillería. El coro, situado al oriente, así como los dos brazos de costado terminan en forma de herradura y están abovedados en su extremidad. Nada notable hay allí. A cada lado del altar mayor existe una escalera que conduce a la capilla de la Natividad, descrita anteriormente.

Belén, 24 de agosto.—La tarde de hoy la hemos empleado en una excursión a los tres inmensos depósitos de agua conocidos bajo el nombre de Piscinas de Salomón. Están situados en la extremidad sur de un valle estrecho y aislado, que se halla cerca de una hora al mediodía de Belén. Al salir del convento encontramos a la puerta multitud de belemitas que nos asaltaron con sus mercancías consistentes en rosarios, crucifijos y obras de nácar que representaban pasajes religiosos. La mayor parte de los habitantes son católicos. Parecen ser una raza atrevida y robusta, poco dispuesta a someterse servilmente a los turcos o a los árabes. Se asegura que son de un carácter inquieto y revoltoso. Cuando se les imponen nuevas contribuciones, o cuando creen tener algún motivo de queja, mahometanos y cristianos se unen contra sus opresores, y desgraciados entonces de sus enemigos.

Cerca de media milla antes de llegar a las Piscinas, atravesamos un valle estrecho y pedregoso, encerrado por escarpadas montañas. Un delicioso arroyuelo serpentea por en medio y riega en su curso algunos vergeles y numerosas plantaciones. Este lugar es el llamado *Deliciæ Salomonæ*, por otro nombre el *Jardín Cerrado*, donde Salomón se retiraba ordinariamente. «Yo he

76 «Tú, Belén *Ephratha*, aunque seas pequeña entre todas las poblaciones de Judá...» (Gén. X, 19; XV, 9; XVII, 6; II Sam. VII, 12).

formado jardines y cercas, donde he plantado toda clase de árboles frutales: he mandado construir depósitos de agua para regar las plantaciones de los tiernos arbolillos» (Eccles. II, 5, 6).

Las piscinas o depósitos que se atribuyen a Salomón, hijo y sucesor de David (y su aire de antigüedad confirma en cierto modo la verdad de este aserto), son en número de tres. Estas cisternas, que tienen la forma de un cuadrilongo, están en parte abiertas en la roca viva y en parte construidas de mampostería, y revestidas de una espesa capa de yeso. Han sido hechas en un terreno inclinado, de manera que el agua del receptáculo superior cae en el de más abajo, y la de este segundo en el tercero. El depósito de la parte del oeste es el más próximo al manantial del arroyo que trae el agua: su longitud es de cerca de cuatrocientos ochenta pies; el segundo tiene unos seiscientos, y el tercero seiscientos sesenta poco más o menos: su anchura vendrá a ser de unos doscientos setenta pies próximamente, y contienen un gran caudal de agua que un pequeño acueducto lleva a Jerusalén. Este acueducto está construido sobre base de piedra. El agua pasa por unos tubos de barro cocido de unas diez pulgadas de diámetro, encerrados entre dos piedras taladradas interiormente para recibirlos: estas piedras están cubiertas por otras sin tallar, pero unidas entre sí perfectamente con cemento. Del lado de la montaña, a cuyo alrededor corre, el acueducto está de tal modo bajo tierra que en muchos parajes no se le ve.

La fuente que suministra el agua a los depósitos, dista de ellos unos ciento cuarenta pasos. Se llega a su origen por una escalera que conduce a una estancia abovedada de cuarenta y cinco pies de largo por veinte y cuatro de ancho; al lado tiene otra pieza algo más pequeña: las dos están cerradas por magníficos arcos de piedra, que parecen ser de una antigüedad muy remota. El agua sale por tres o cuatro manantiales diferentes, cayendo en una especie de receptáculo, de donde pasa a los depósitos por un ancho canal subterráneo. Créese que esta es la fuente *Signatus*, o fuente Sellada, a la cual Salomón compara su futura esposa (Salomón, Cant. IV, 12).

A distancia de algunos centenares de pasos de allí, al Norte del depósito superior, se encuentra un vasto parador fortificado, cuyas ventanas dan a un patio interior. A juzgar por su extensión y por la solidez de su construcción, ha sido evidentemente edificado en una época en que el país, al mediodía de Jerusalén era más frecuentado que hoy, porque ninguna de sus habitaciones parecía haber estado habitada desde hace mucho tiempo.

La única ciudad de la Judea importante hoy día, y que se encuentran en esta dirección, es Hebrón, antiguamente Arba y Herjath-Arba, situada a veinte y siete millas sudoeste de Jerusalén, una de las más antiguas poblaciones del mundo. Abraham, después de haberse separado de Lot, vino a habitar la llanura de Mambré, cerca de Hebrón, y compró un campo que tenía una caverna, con objeto de ser allí sepultado. Además de Abraham y Sara, su hijo Isaac, su nieto Jacob, con sus mujeres Rebeca y Leah, así como también su biznieto, fueron enterrados en él. La emperatriz Elena hizo levantar sobre sus sepulcros una magnífica iglesia; pero andando el tiempo los turcos la convirtieron en mezquita, y sólo los mahometanos pueden entrar. El fingido Ali-Bey, que la visitó en 1807, ha dado una descripción detallada de su interior. Las salas donde se hallan los sepulcros están guarnecidas de ricos tapices; la entrada protegida por verjas de hierro y por puertas de madera chapeadas de plata, con cerrojos y cerraduras del mismo metal. En el servicio del templo hay más de cien personas empleadas. Hebrón se denomina hoy El-Khalil, «la muy amada», nombre por el cual Abraham es conocido en Oriente. Tiene cerca de cinco mil habitantes y es capital de quince o diez y seis pequeñas aldeas, entre cuyos territorios viven tranquilamente en sus tiendas muchas tribus nómadas de árabes.

Veinte millas al sur de Hebrón estaba Beersheba, «el pozo del Juramento o el pozo de los Siete», porque allí fue donde Abraham ajustó su alianza con Abimelec, rey de Gerar, a quien dio siete corderos en testimonio del pacto que habían jurado (Génesis XXI, 28). En tiempo de Jerónimo y de Eusebio, los romanos tenían en ella una guarnición. Los límites de la Tierra Santa están a menudo indicados en la Escritura con estas palabras: «de Dan a Beersheba»: la primera de estas

poblaciones determinaba la frontera septentrional, la segunda la frontera meridional de la Judea por la parte de la Idumea o de Idom[77].

Nosotros hubiéramos deseado ir por lo menos hasta Hebrón; pero este viaje nos pareció peligroso a causa de que los belemitas que componían nuestra escolta estaban en pugna con sus habitantes; por lo cual nos decidimos a volver al convento de Belén.

Como es cosa rara que los extranjeros se detengan aquí más de dos o tres días, no se les dan celdas separadas como se acostumbra en los demás conventos. Por la noche el refectorio se convierte en dormitorio, para lo cual se ponen colchones sobre los divanes qué hay arrimados a las paredes: de esta manera fue como pasamos la noche.

10.
La Jerusalén de la Escritura y la ciudad moderna.

Salida de Jerusalén.—Nos despedimos de los monjes.—Último paseo alrededor de la ciudad.—La Jerusalén de la Escritura.—La ciudad moderna.—Descripción del camino de Nazareth que pasa por Nablons.—Shichem o Sychar.—Montes Hebal y Garisim.—Nablons.—Pozos de Jacob.—Sabousto, la antigua Samaria.—Djenin, la antigua Jezreel.—Convento de San Juan en el Desierto. Convento de la Santa Cruz.—Antigua fertilidad de la Judea.—Su aspecto actual.—Lydda.—Sepulcro de San Jorge.—Volvemos a Ramla.—Noche pasada con el padre Tomás.

Jerusalén, 27 de agosto.—Habiendo visto todo lo que Jerusalén y sus inmediaciones ofrecen de más notable, partimos después de mediodía para regresar a la costa. Antes de nuestra marcha, hicimos una visita a los superiores del convento con objeto de despedirnos y de darles las gracias por la hospitalidad que nos habían dispensado, habiéndoles remitido ante todo, por conducto del *drogman* o intérprete, una suma bastante a indemnizarles de los gastos que les habíamos ocasionado. En semejantes casos es costumbre no exigir retribución alguna; cada viajero paga con arreglo a sus facultades. En los primitivos tiempos cuando Jehováh escogió a Jerusalén para constituir en ella su morada y el lugar donde debía levantarse su templo, esta ciudad fue considerada como la metrópoli de la Judea y como la propiedad común de los hijos de Israel. De aquí procede que las casas no se alquilaban, y que todo judío extranjero podía reclamar un alojamiento gratis por derecho de hospitalidad. Lo mismo sucede hoy: todos los cristianos, cualquiera que sea la nación a que pertenezcan, son igualmente bien acogidos, con tal que su viaje tenga un motivo religioso; y si, al partir, carecen de medios para reconocer la hospitalidad que se les ha concedido, la despedida de su huésped no es por eso menos cordial y sincera. Habiéndonos facilitado los Padres latinos cartas de recomendación para los superiores de los demás establecimientos de la Tierra Santa, les dimos el último adiós y nos retiramos.

Mientras nuestros criados se ocupaban en disponer todo lo necesario para la marcha, volvimos a la Ciudad Santa, siguiendo la línea de los muros exteriores. No se sabe nada relativo a las fortificaciones de Jerusalén, antes de la destrucción total de la ciudad por los caldeos. Libres de la cautividad de Babilonia, los judíos reedificaron a Jerusalén, y en la historia de su reconstrucción se lee cuál era la dirección de sus murallas, así como el lugar que ocupaban sus puertas. En el tiempo que medió entre su primera destrucción por Nabucodonosor y la segunda por Tito, Jerusalén fue

77 La Idumea, a la cual se ha dado después el nombre de Arabia Pétrea, a causa de lo pedregoso de su suelo, fue la cuna del género humano. En ella fueron muy cultivadas las artes y las ciencias: allí fueron llevadas a cabo con buen éxito grandes empresas mercantiles, antes de que los comerciantes de Tiro y de Sidón soñasen en ser más que pobres pescadores; allí fue adorado el verdadero Dios, y sus obras fueron celebradas en un idioma que todavía no ha tenido igual, cuando los judíos gemían en el cautiverio y cuando la idolatría y la ignorancia reinaban por todas partes. Pero una terrible maldición ha sido pronunciada contra esta tierra tan favorecida en otro tiempo: del más alto grado de prosperidad humana, ha sido condenada a caer en el estado de la más abyecta miseria, estado de abatimiento de que jamás se levantará.» Laborde, *Translator's preface.*

tomada cuatro veces sin ser arrasada; estas fueron: por Shislack, rey de Egipto, que hizo en ella destrozos, de que jamás se rehízo enteramente; por Antíoco, conocido con el sobrenombre de Epifanio; por Pompeyo, que hizo a los judíos tributarios de Roma, y por Herodes, al frente de un ejército romano, bajo las órdenes de Sosio.

Josefo dice que antes de las funestas guerras de los judíos contra los romanos, Jerusalén estaba edificada sobre dos colinas colocadas una en frente de la otra y separadas por un valle. Sobre la más elevada (Sion) estaba construida la ciudad alta, y sobre la otra, denominada Acra, estaba la ciudad baja, que parece haber sido la parte más considerable de la población. Por el valle es necesario entender la especie de hondonada en que se encuentra hoy el barrio de los judíos, porque la elevación relativa de una montaña con respecto a la otra no es muy considerable. Todavía existía una tercera colina menos elevada que Acra, y que se hallaba separada de ésta por una ancha cañada, que fue nivelada después, con objeto de encerrar el templo en el recinto de la ciudad. Como la población se aumentaba de día en día, y la ciudad se extendía fuera de sus antiguos límites, Agrippa le agregó una cuarta colina que había al lado Norte del templo, y que se llamaba Bezetha. De este modo Jerusalén se ensanchó considerablemente. En aquella época su circunferencia era de cerca de cuatro millas y media.

Nada queda hoy de las murallas descritas por Josefo; pero el sitio de la antigua ciudad está indicado de una manera tan precisa por los tres lados donde se encuentran los barrancos que le sirven de límites naturales, que, exceptuando su extensión hacia el Norte, no puede haber ninguna dificultad en conocerlo. El solo punto cuestionable que existe entre los que quieren admitir la tradición y los que se muestran dispuestos a rechazarla, es saber si el actual Monte Calvario estaba o no comprendido en el recinto de los muros de la ciudad. El historiador Josefo dice que el muro occidental no se extendía al norte más que hasta la torre *Psephina*, y que a partir, de allí, se prolongaba hacia el este en forma circular. Si se admite que la torre, reemplazada hoy por la ciudadela gótica edificada cerca de la puerta de Belén, formaba el ángulo noroeste de la ciudad, y que el muro describía una ligera curva en dirección al este, se puede concebir fácilmente cómo podía suceder que el Monte Calvario se hallase fuera de la ciudad, sin que por esto Jerusalén perdiese nada de aquella forma compacta a que hace alusión el salmista. Su primitiva forma parece haber sido la de un cuadrilongo, forma que con corta diferencia conserva hoy todavía, a pesar de que la ciudad ha perdido mucho de su extensión.

Después de la destrucción de Jerusalén por Tito, el emperador Adriano edificó una nueva ciudad sobre una parte del sitio ocupado por la antigua población, y la denominó Elia Capitolina. Constantino el Grande la ensanchó considerablemente y le devolvió su primer nombre[78]. Pero, después de su destrucción por los romanos, no ha sido gobernada jamás por los judíos, y ha permanecido continuamente bajo el yugo y la dependencia de señores extranjeros, tales como los romanos, los sarracenos, los francos, los mamelucos y últimamente los turcos, que la poseen en la actualidad.

La moderna Jerusalén contiene dentro de su recinto muchas de las colinas sobre las que se cree que descansaba la antigua ciudad; pero estas colinas no se reconocen sino por las calles que forman cuesta. Una alta muralla almenada, construida en gran parte con piedra caliza que el mismo suelo suministra, y flanqueada de trecho en trecho por torres salientes, rodea la población por todos lados. Por la parte del este, la muralla sigue la antigua línea de circunvalación que se extendía a lo

78 Salem o Paz era el nombre mas antiguo que tuvo esta ciudad (Gen. XIV, 18). Jerusalén significa la visión o la herencia de paz, y es probable que sea a esta significación a la que Nuestro Salvador aludía en su bella y patética lamentación acerca de esta ciudad (Luc. XIX, 41.) También se llamó en otro tiempo Jebus, de uno de los hijos de Canaam (Jos. XVIII, 28.) Después que Josué se apoderó de ella (Jos. X), fue habitada por los judíos juntamente con los jebusitas (Jos. XV, 63) por espacio de unos quinientos años, hasta el tiempo de David, que arrojó de ella a los jebusitas y la hizo su residencia (2 Sam. V, 6-9.) Construyó en ella un hermoso palacio, y de allí tomo el nombre de ciudad de David (Chon. XI. 5.) El profeta Isaías (XXIX, 1), llama a Jerusalén Ariel, o el león de Dios, tal vez por alusión a la fuerza de la plaza, que ponía a sus habitantes en estado de resistir a sus enemigos y de vencerlos; del mismo modo que los persas llaman a una de sus ciudades Schiraz, o león devorador.

largo del valle de Josafat. Al sur, deja fuera el *Tyrapeion* y una gran parte del Monte Sion, que antiguamente se hallaba dentro de la ciudad. Hacia el oeste, sigue exactamente la dirección de los antiguos muros, prolongándose en dirección norte hasta la torre *Psephina*, donde, después de haber encerrado una considerable porción de terreno situado al oeste del Calvario, a cuatrocientos pasos de la torre, se dirige al este hacia el valle Josafat, y forma por este lado los límites norte.

La circunferencia de la ciudad es hoy de dos millas y media de extensión. Le dan entrada cinco puertas. La del oeste se llama la puerta de Jaffa o de Belén, porque de ella parte el camino que conduce a estos dos lugares. La que cae al norte, conduce a Damasco, y por lo tanto se la denomina *Bad-es-Sham* o puerta de Damasco. La tercera se halla por la parte de la hondonada que cae al este, y la llaman puerta de San Esteban: está situada en frente del Monte de los Olivos. Cerca del centro de la muralla está la puerta Santa o puerta Dorada, que conduce a la mezquita de Omar: hoy día está tapiada, porque una supersticiosa preocupación esparcida entre los musulmanes les hace creer que por esta puerta es por donde entrarán los enemigos que deben causar su ruina. Esta creencia positivamente debe su origen a la tradición según la cual por esta puerta, o mejor dicho, por la que allí se encontraba, hizo Nuestro Señor su entrada triunfal en Jerusalén. Al mediodía hay dos puertas, la una llamada puerta de Sion o del profeta David; la otra más pequeña, por la que sólo pueden pasar los que van a pie, llamada en otro tiempo la puerta de la Basura.

Hallándose todo dispuesto para nuestra marcha a cosa de las tres de la tarde, montamos a caballo, y saliendo por la puerta de Jaffa, dimos un adiós postrero a la Ciudad Santa.

Los viajeros que se dirigen a Nazaret, pero más particularmente los peregrinos, toman por lo común el camino directo que pasa por Nablons y atraviesa la llanura de Esdraelon. El primer objeto de interés que se encuentra en esta dirección es Beer, situada a tres horas y media de Jerusalén. Créese que esta es la antigua Micmas de la Escritura (I Sam. 1, 5, 14). Su nombre actual le viene de una palabra árabe que significa «pozo.» Y en efecto, hay uno muy cerca de allí, en la falda de la montaña, sobre la que se halla situada la población. Allí es donde se retiró Jotham huyendo de la venganza de su hermano Abimelec (Juec. IX, 21). Igualmente se cree que este es el lugar donde los padres de Jesús, que volvían de hacer la Pascua, se apercibieron de que su hijo, que tenía entonces doce años, se había quedado en Jerusalén, y volviendo en su busca, «le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, escuchándolos y cuestionando con ellos.» A alguna distancia de Beer, se encuentran dos caminos que se cruzan el de la derecha conduce a Nablons. A ocho horas de Jerusalén se encuentran las ruinas de un parador donde se alojaban las caravanas (khan Leban), así llamado a causa de la aldea de este nombre, situado en un delicioso valle. Maundrell, que le designa de esta manera, dice: «O el khan o la aldea ocupan el sitio de la antigua Lebna de que se hace mención en el libro de los Jueces, X, 19.» Pero el lugar preciso se desconoce. «No busquéis a Bethel, Bethel será reducida a la nada.» Bethel o la casa de Dios, era el nombre que le fue dado por el patriarca Jacob, después de su memorable visión descrita en el Génesis XXXIII, 12, 19.

A treinta y cuatro millas de Jerusalén, en dirección norte, se encuentra Nablons (corrupción de Neápolis o ciudad nueva), la Shichem del Antiguo Testamento y la Sychar del Nuevo, una de las antiguas ciudades de Palestina, y en otro tiempo capital de la Samaria. Está agradablemente situada en un estrecho valle, entre el monte Hebal y el monte Garisim, el primero al norte y al mediodía el segundo. Estas dos montañas son de la misma altura y tienen cerca de seiscientos pies de elevación. Ninguna de ellas está cultivada; pero la de Garisim es la más agradable de las dos. «Allí fue, según refiere un viajero moderno, donde tuvo lugar la patética ceremonia prescrita por Moisés, y ejecutada por Josué, pero que no ha sido repetida desde entonces. Seis de las tribus colocadas de pie cerca del monte Garisim bendijeron al pueblo, mientras que las seis restantes, sobre el monte Hebal, le maldijeron. Josué leyó todas las palabras de la ley, y los levitas repitieron en alta voz las bendiciones y las maldiciones, a las que el pueblo respondió: *¡Amén!*[79] Hubiera sido difícil escoger un lugar más a propósito para semejante ceremonia. Las dos montañas están a tal distancia una de

79 Josué, VIII, 33, 34.—Deut. XXVII, 11.

otra, que los hijos de Israel podían reunirse en el espacio comprendido entre ellas, y era fácil a la muchedumbre allí amontonada oír la voz del uno al otro lado en un día tranquilo.

Este espectáculo debió ser verdaderamente imponente. Figurémonos, en efecto, el arca de la alianza colocada en el centro y rodeada de los ancianos, de los oficiales y de los jueces, teniendo a su cabeza al venerable Josué: cada tribu con su bandera particular, puesta en el orden que Dios le había asignado, y que por la última vez debía ocupar; todo el pueblo de Israel extendido, hasta perderse de vista, como una inmensa y numerosa falange. Necesario es no olvidar que cada individuo de aquella vasta multitud había sido recientemente testigo de muchos milagros asombrosos, verificados en su favor, como la caída de los muros de Jericó y la separación de las aguas del Jordán; así, cuando hombres, mujeres, niños y extranjeros, evocando estos recuerdos, repitieron con voz unánime: «¡Amén!» este grito debió resonar con una sublimidad imponente sobre aquellas montañas, y elevarse majestuosamente hacia el empíreo. Sería una bella escena para el pincel de Martin.

«Todavía hay en Nablons un pequeño número de samaritanos que adoran a Dios sobre esta montaña, y que han permanecido fieles a la fe de sus padres. Observan religiosamente los preceptos de la ley que reconocen, y esperan la venida del Mesías. Según su versión del Pentateuco, versión adoptada por Kennicot, es sobre el monte Garisim y no sobre el monte Hebal donde Josué levantó el altar sagrado en ciertas épocas del año se dirigen al lugar donde suponen se hallaba el templo, a fin de ejecutar en él diferentes actos de devoción. Su sinagoga es sencilla, pero decente, y entre otros libros antiguos, poseen una copia del Pentateuco, que veneran muy particularmente: afirman que fue escrita por el nieto mismo de Aarón. Creen que hay gran número de samaritanos establecidos en Inglaterra y en otros muchos países de Europa. También se encuentran algunas familias judías que habitan un pequeño patio, cerca del bazar.»[80]

La moderna ciudad de Nablons se compone de dos largas calles que ocupan el centro del valle y están atravesadas por otras más pequeñas que las cortan en ángulo recto. Se asegura que encierra una población numerosa y su situación es floreciente. Las cercanías están muy bien cultivadas. Los habitantes son gobernados por magistrados que eligen ellos mismos, pero cuyo nombramiento debe ser confirmado por el bajá de Damasco, en cuya jurisdicción territorial se halla comprendida la ciudad. Ninguna antigüedad se encuentra en ella; pero todavía se manifiestan a los viajeros los sepulcros donde fueron depositados los restos del patriarca José, del gran sacerdote Eleazar y de Josué. El cuerpo del patriarca, que sin duda había sido embalsamado por el procedimiento egipcio, fue traído de Egipto por los israelitas para ser enterrado en la tierra de Canaán (Heb. XI, 22). Sobre este pretendido sepulcro se alza un pequeño oratorio turco, coronado por una media naranja blanca, semejante a al que cubre la tumba de Raquel, que hemos visto en el camino que conduce de Jerusalén a Belén. Este sitio se llama *Maschehad Sidiny Yusuf.* Josué era natural de Efraim, y fue sepultado «en la tierra que le pertenecía en Tamnathsary, situada sobre la montaña de Efraim», pero el principal objeto de veneración de aquel paraje es el pozo de Jacob, así llamado por hallarse cerca del pedazo de tierra que Jacob dio a su hijo José. Este pozo ofrece un interés particular a causa de la conversación que Jesucristo tuvo con la Samaritana, y que refiere San Juan, IV, 5, 25.

A la salida de Nablons, el camino se dirige al través de un valle muy poblado, y a cosa de tres cuartos de hora de marcha se llega a un abundante manantial de agua denominado Beer Scheba, y un cuarto de hora después a la cúspide de la colina, desde donde se descubre el valle de Sebasto. De allí se ve la antigua Samaria, capital en otro tiempo de diez tribus, situada en la pendiente de una bella y ancha colina que se alza solitaria en medio de un valle admirablemente cultivado. La aldea actual, que llaman Sabusto, es pequeña y los habitantes están sumamente pobres[81]. Sin embargo, aun conserva algunos restos de su antiguo esplendor. A cada paso se encuentran muchas columnas

80 *Hardy's Notices of the Holy-Land.*

81 Después de haber sido destruida por Hyrcanna (219 antes de J. C.,) fue reedificada y considerablemente aumenta la por Herodes, apellidado el Grande, que le dio el nombre de Sebasto, y levantó en ella un templo en honor del emperador Augusto (Sebastos) César.

de piedra, todavía en pie, pero que han perdido los capiteles. La ciudadela estaba positivamente edificada en la cima de la montaña. Entre las ruinas modernas, las más notables son las de un convento que se levantaba sobre la gruta donde, según dicen, cortaron la cabeza a San Juan Bautista. Sabusto se encuentra a ocho horas de distancia de Jerusalén en dirección al norte.

Djenin es el segundo lugar notable que se encuentra en seguida. Creese que es la Jezereel de la Escritura. Los reyes de Jerusalén tenían allí un palacio, donde fue despedazado Naboth, y donde Jezabel fue arrojada por una ventana. Allí se ven muchas ruinas, pero ninguna es de época muy remota. Djenin se halla a la entrada de la inmensa llanura de Esdraelon. En otro tiempo era la ciudad fronteriza de la Samaria, y separaba a esta provincia de la Galilea. Cuando llega a este sitio, ya el viajero ha atravesado el territorio que pertenecía a la media tribu de Manasés y que se extendía al oeste hasta el mar, y ha entrado en el de Isachar. De Djenin a Nazareth hay todavía una jornada.

Nosotros no seguimos este camino, porque se nos dijo que era poco seguro en razón a que los habitantes de Nablons, raza turbulenta y quisquillosa, había incurrido en el desagrado de Abdallah, bajá de Acre. En casos semejantes son por lo regular víctimas los que no tienen culpa; por otra parte los nablosienses, casi todos turcos o judíos, se distinguen por su odio a los cristianos[82], extraños a la ciudad; ¡y sin embargo, Nablous era antiguamente una de las ciudades de asilo! Así pues, nos vimos obligados a volver a la costa por el mismo camino que habíamos traído.

Algunas personas de la caravana se dirigieron a San Juan del Desierto. Esta aldea, que se halla al Norte de Jerusalén, de donde dista una hora, está situada en una comarca que, aunque la llaman «Desierto», ofrece sin embargo, un aspecto muy romántico, cubierta de viñas y olivares. Dicen que el convento es un edificio fuerte, bien conservado, habiendo sido reconstruido del todo sin economizar gastos hace cosa de un siglo. Es admirable particularmente la iglesia por sus buenas proporciones: la adornan hermosas columnas que la dividen en galerías y que sostienen una cúpula. Una escalera de mármol en la parte superior de la iglesia conduce a un suntuoso altar levantado en el sitio mismo donde, según una inscripción latina que se ve muy cerca de él, nació San Juan Bautista, el precursor de Cristo[83]. Los habitantes de la aldea y de los alrededores son casi todos musulmanes. En esta misma vía (la de Jerusalén) a la mitad del camino del convento poco más o menos, hay otro santuario denominado la capilla de la Santa Cruz. En ella se enseña debajo del altar mayor el sitio ocupado por el árbol que sirvió para construir la verdadera cruz. Esta capilla pertenece a los griegos.

Habiendo dejado el camino que conduce a los dos lugares de que acabo de hablar, tomamos la derecha, y llegamos en poco tiempo al paraje desde donde quince días antes habíamos visto por la primera vez a Jerusalén. Allí echamos pie a tierra, y descansamos un rato antes de despedirnos, quizá para siempre, de aquellos lugares que habían despertado en nosotros sentimientos llenos de un interés hasta entonces desconocido.

Queriendo explicarnos las causas particulares de la esterilidad del país que acabábamos de cruzar, esterilidad que forma un gran contraste con las brillantes descripciones que muchos escritores, tanto sagrados como profanos, nos han trasmitido de su antigua fertilidad, no pensamos en poner en duda la veracidad de sus asertos por muy exagerados que parezcan en vista de un suelo hoy tan árido y triste. Ya hace largo tiempo que el profeta había pronosticado la impresión dolorosa que este contraste debía producir en el ánimo del viajero: «El que pase por él se estremecerá.» (Ezech. XVIII, 16). La antigua fertilidad de la Judea y la numerosa población que cubría su suelo son hoy hechos incontestables. Moisés, poco tiempo antes de morir, dirigiéndose a los israelitas, les

82 «Es muy notable la diferencia de trato que los turcos dan a los cristianos en algunas partes de la Siria. En determinados lugares se les despojaría de su último maravedí, y aun se les asesinaría si les ocurriese hablar mal de la secta de Mahoma en disputa con un turco, mientras que en otros puntos distantes sólo algunas horas de allí, pueden impunemente dirigir a los mahometanos tantas invectivas como estos contra la religión cristiana. En Szaffaad, donde hay una pequeña comunidad de cristianos, los turcos son muy intolerantes. En Tiberíades, por el contrario, he visto a los cristianos golpear a los turcos en los parajes públicos. Esta diferencia parece provenir únicamente de la naturaleza del gobierno local.» (Burchardt, 322.)

83 *Hic præcursor Domini natus est.*

pintaba el país que iban a habitar como una «buena tierra, llena de arroyuelos, de estanques y de fuentes, de donde los ríos reparten sus aguas en abundancia por las llanuras y a lo largo de las montañas.» Y añadió en seguida que «era una tierra que producía trigo, cebada y viñedo, donde crecían las higueras, los granados y los olivos; una tierra de aceite y de miel, cuyas piedras eran de hierro, y de cuyas montañas se extraía el cobre.» Asimismo se asegura que excedía a la rica Egipto por la abundancia de sus producciones.

Tácito, después de haber dicho que el clima de la Palestina era de una sequedad y de un calor extremados, añade: «los habitantes son robustos, sufridos y laboriosos; el suelo es fértil y notable por la variedad de sus producciones.» Josefo dice, hablando de las provincias de la Judea y de la Samaria: «Las dos se componen de valles y montañas; la humedad del terreno basta para la agricultura, y son muy fértiles; abundan en árboles y producen una gran cantidad de frutas de otoño, ya en estado salvaje, ya en estado de cultivo; a la verdad las riegan un pequeño número de ríos, pero la lluvia mantiene allí la tierra en un grado de humedad suficiente; el agua de los ríos que poseen es extremadamente dulce, y la excelente calidad de sus pastos hace que las vacas y las ovejas suministren anualmente mayor cantidad de leche que las otras comarcas.»

La Tierra Santa tenía fama particularmente por sus bestias que constituían la fuente principal de la riqueza de sus habitantes. Los israelitas poseían todas las especies de animales que sirven para el alimento y para el vestido del hombre, o que se emplean en diversos trabajos útiles, tales como bueyes, carneros, cabras, caballos, etc. Las montañas suministraban con abundancia no sólo gran variedad de forrajes, sino también considerable número de arroyuelos que llevaban la fertilidad a las llanuras y a los valles. Leemos que en la partición de las tierras, la suerte que cupo a la tribu de Judá no contenía menos de ciento doce ciudades amuralladas: por esto se puede formar una idea de la población que en otro tiempo cubría aquel suelo. Josefo, hablando de esta provincia y de la de Galilea de donde era natural, dice positivamente que «estaban muy pobladas», y consigna este hecho como una prueba de su fertilidad.

Siendo hoy un hecho conocido la numerosa población de la Judea, es fácil explicarse cómo era que estas rocas calizas y los picos de estas montañas áridas que veíamos alrededor de nosotros, se habían hecho fértiles y productivas en aquella época. En efecto, no es de suponer que en la división por suertes de un país notable principalmente por la gran variedad del clima y la desigual fertilidad del suelo, todos los habitantes hubiesen obtenido partes iguales. Aquellos a quienes tocaron los valles fértiles eran ampliamente indemnizados por el poco cuidado que exigía el cultivo de las tierras; al contrario, aquellos menos favorecidos de la suerte, tuvieron necesidad de emplear toda su actividad y toda su industria para igualar la prosperidad de sus dichosos vecinos. Todavía se encuentran en todas partes señales de esta mayor actividad, y de un estado de agricultura mas avanzado que hoy, y esto en parajes por donde parece casi imposible que haya podido pasar jamás el arado. Pero entonces como hoy en muchas partes del Líbano, las vertientes de cada montaña se hallaban dispuestas en terrenos artificiales que, a partir de la base hasta la cumbre, estaban cubiertos de higueras, de viñas y de olivares. Ya se sabe que la higuera, y particularmente la vid y el olivo, agradecen el terreno seco y pedregoso, y que el trigo y la cebada, favorecidos por las lluvias de la primavera, crecen allí admirablemente; y de este modo se justifica también la exactitud de los escritores sagrados, aun en lo que concierne a las descripciones locales.

Tales son las pruebas que se encuentran en la Sagrada Escritura, relativas a la antigua fertilidad y a la población de la Judea, y que confirman igualmente el testimonio de muchos escritores profanos. Lo dicho anteriormente da una idea de los trastornos que han tenido lugar en este país otro tiempo tan favorecido. Sin embargo, no entra en el plan de esta obra el examen minucioso de todos estos trastornos, ni el discutir las causas que los han producido: nos basta saber que un «Dios justo ha convertido una tierra fértil en una mar salada, a causa de la malicia de los que habitaban en ella.» Tampoco entra en las intenciones del autor determinar hasta qué punto se han cumplido las profecías que hacen referencia a la Judea. Ninguna duda puede quedar en el ánimo del hombre imparcial, ya sobre la veracidad de los historiadores que hablan de su pasada grandeza, ya

sobre la autenticidad de las profecías que han predicho su ruina; este último asunto ha sido extensamente tratado por una pluma mas hábil y mas versada que la suya.

La única cuestión que se propondrá será esta: ¿cuáles fueron los agentes más inmediatos que han servido para el cumplimiento de una revolución tan espantosa? La respuesta se halla en la historia. Aunque la Tierra Santa hubiese sido asolada sucesivamente por los asirios, los caldeos, los sirios y los romanos, sin embargo, esta prosperidad no se extinguió ni se despobló la Judea, sino después que los judíos dejaron de formar una nación distinta; y como la fertilidad del suelo era debida principalmente a la numerosa población que lo habitaba, sucedió que cuando la tierra fue (según se había profetizado) «enteramente despoblada y devastada, y sus habitantes dispersos por los países extranjeros», sucedió, repito, que esta tierra «se cubrió e luto y decayó.» Durante los diez y ocho siglos que han transcurrido desde aquella época, la Palestina ha sido alternativamente devastada por los sarracenos, los cruzados, los turcos y los árabes vagabundos; y este estado de cosas subsistirá tal vez hasta el entero cumplimiento de la maldición lanzada contra ella y hasta el día del rescate que le ha sido prometido. ¡Plegue al cielo que esta época no esté muy lejana! No hay ningún israelita que desee ver llegar este momento afortunado con más ardor que yo, que he sido testigo de los horribles sufrimientos de este pobre pueblo. Aparte del sentimiento cristiano, el corazón se oprime al considerar esta tierra que lleva la marca de la cólera celeste, escrita en caracteres espantosos, y sobre todo los que vemos a nuestro alrededor.

Agosto 28.—Principiaba a apuntar el día cuando salíamos de la hondonada entrando en la rica llanura de Ramla. Sin embargo, en vez de continuar mi camino en línea recta, me separé de mis compañeros de viaje, y volviendo un poco a la derecha me dirigí a Louch, antiguamente Lydda. Esta ciudad, después de haber sido destruida al principio de la guerra de los judíos, fue reedificada y tomó entonces el nombre de Diospolis[84], legando a ser muy pronto una plaza importante. Hoy no es más que un montón de ruinas, cuyos restos más bellos y notables son seguramente una magnífica iglesia[85] edificada, según dicen, o más bien reparada por Ricardo Corazón de León, en honor de San Jorge, patrón de Inglaterra, por ser el lugar de su nacimiento y donde, por lo que se dice, sufrió el martirio. Esta última noticia no satisface tanto como la primera. En esta iglesia se me indicó me arrodillara mientras un sacerdote griego rezaba una oración para atraer sobre mí la intercesión del Santo cuyo nombre llevo. San Jorge es tenido en gran veneración en todo el Oriente. No me ha ocurrido jamás entrar en una iglesia griega sin que haya visto en ella algún cuadro donde se le represente en actitud de vencer al dragón; y a fin de que no pueda caber equivocación en el particular, tienen buen cuidado de escribir en uno de los ángulos del cuadro estas palabras Αγιος Γιοργιος. También los turcos le veneran mucho. Ellos poseen un oratorio en la extremidad oeste de la iglesia, cuyo techo se halla arruinado, pero la bóveda que cobija el altar subsiste todavía. Un hecho curioso y que han observado muchos viajeros es que en todas las iglesias arruinadas, de las que se encuentra alguna a cada paso[86], el altar se halla siempre más o menos conservado. Los cristianos piadosos de Oriente infieren de aquí (y este pensamiento es para ellos un consuelo) que algún día serán libertados del yugo del islamismo y que sus iglesias volverán a tributar libre culto al Dios del mundo cristiano; el judío desgraciado y perseguido aguarda también con impaciencia el momento del rescate prometido mientras que el turco cree que el islamismo ha tocado a su mayor altura, y encuentra pocas personas que no prevean como él un revés de fortuna. Ya es tiempo de que el opresor sea oprimido a su vez.

A consecuencia de la milagrosa cura del paralítico en Lydda, hecha por San Pedro, los habitantes de Sharon recibieron el Evangelio. (Act. IX, 35). Este lugar dista de Ramla unas cinco millas: el camino es de arena y expuesto al sol continuamente. A cosa de la mitad bajé a una especie de parador edificado para comodidad de los viajeros: al lado hay una hermosa fuente de excelente

---

84 Los nombres griegos, introducidos en tiempo de los reyes macedonios, fueron difícilmente conservados por el pueblo: así por ejemplo: Ptolemais (Acre), Scythopolis (Bisan), Heliópolis (Balbec).

85 «Vuestras ciudades serán desoladas y vuestros templos no serán más que ruinas.»

86 «Los santuarios sagrados de Israel serán destruidos.»

agua a la sombra del frondoso ramaje de un soberbio sicomoro. Estas construcciones, cuya fundación y conservación se deben a la caridad y a la piedad de algún particular, son muy comunes en Oriente. En las ciudades y lugares muy frecuentados se cuentan a veces en el número de los monumentos mas notables. En otros parajes no hay más que un simple cobertizo, donde se encuentran grandes cuencos de tierra llenos de agua, a cuyo lado aparece una pequeña vasija para uso de aquellos que quieren apagar la sed: pero el viajero experimenta el mismo reconocimiento hacia la mano invisible que ha provisto a sus necesidades.

Al llegar al convento supe que mis compañeros de viaje habían continuado su camino hasta Jaffa; y en este caso pasé la noche en la azotea conversando con el padre Tomás acerca de las diferentes cosas que había visto desde nuestra separación, y de la impresión que me habían causado los santos lugares.

No tenía yo necesidad a la sazón de visitar los lugares de que la historia nos habla, en términos que conmueven el corazón, para afirmar mi fe con la realidad de los acontecimientos memorables de que habían sido teatro: la semilla santa que en mi alma había germinado desde mis primeros años, era ya una planta robusta y fuerte que no temía el aliento de la incredulidad o del escepticismo moderno. Pero la mayor ventaja que he reportado familiarizándome con los Santos Lugares es que el libro en que con más detenimiento se refieren los grandes sucesos que en ellos han ocurrido, tiene hoy para mí más encanto que nunca. El conocimiento que tengo de las localidades me hace encontrar en su lectura, sobre todo en la parte histórica, un nuevo interés[87].

El idioma de que se sirvieron los profetas divinos para trasmitir al mundo entero las santas revelaciones que del cielo habían recibido y que arreglan nuestra conducta y nuestra instrucción, era sin duda el del país en que vivían: las expresiones y las perífrasis usadas por ellos eran familiares al pueblo, y al alcance de todas las inteligencias y de las personas de todas clases. Pero la multitud de tropos y figuras que ofrecen sus escritos (expresiones figuradas que la ardiente imaginación de los orientales les suministra en abundancia) hace muchos pasajes del texto oscuros y embarazosos para todo el que no conoce los lugares ni los usos del país a que se refieren. Sin embargo, como estas formas exteriores y estos usos han sufrido pocas modificaciones, todavía se abre un vasto campo a las investigaciones del escritor bíblico que visite la Tierra Santa. A cada paso, y por decirlo así, en cada uso ordinario de la vida, hallará la confirmación de lo que dicen las Sagradas Escrituras; y para esto le bastará comparar el texto con lo que se presenta a sus ojos. Felicitándome por mi buena estrella que me ha facilitado visitar estos lugares, no puedo menos de experimentar un amargo disgusto porque mis débiles medios de observación no me han permitido añadir nada a la suma de conocimientos que se posee ya sobre esta interesante materia. A pesar de todo, mi testimonio podrá tal vez contribuir a confirmar la verdad de lo que se ha dicho sobre este asunto.

Agosto 29.—Inmediatamente después de oír misa partí para Jaffa. La mañana estaba hermosa: una brisa del mar templaba deliciosamente el calor de la atmósfera. Estaba solo, y podía por consiguiente abandonarme con toda libertad a los dulces recuerdos que despertaban en mi ánimo los objetos que se ofrecían a mi vista a lo largo del camino.

La llanura en este sitio presenta ligeras ondulaciones y está enteramente abierta: no se ven en ella ni tapias ni cercados. Acá y allá se dejan ver algunos labradores ocupados en sus faenas. El arado de que se sirven es de una construcción muy sencilla; es tan ligero que un hombre puede con facilidad llevarlo al brazo; la reja es de madera herrada en la punta; no tiene mas que una flecha atravesada en su parte superior por un pequeño trozo de madera semejante al mango de una azada y del cual se sirve el labrador para dirigirlo. Con tal arado éste se ve en la necesidad de apretar con

87 Para comprender el sentido de un gran número de pasajes de la Sagrada Escritura; para concebir la fuerza y la belleza del idioma en que está escrita y la admirable precisión de las alusiones que contiene; en una palabra, para sacar de este divino libro todo el fruto y la utilidad que debe producir, es preciso familiarizarse con la condición moral y física de las regiones en que fue escrito; es preciso examinar la situación geográfica del país de Canaán y de los Estados que le rodean, conocer la situación de las principales ciudades y tener algún conocimiento de su historia. A esto hay que añadir todavía algunas nociones de la historia natural del Oriente y algunos datos sobre los usos y costumbres de sus habitantes. (*Paxton's Illustrations of the Holy Scriptures*, vol. I, pág. 5.)

toda su fuerza para hacerle penetrar en la tierra, pues de otro modo se deslizaría arañando la superficie; los surcos son necesariamente muy profundos; pero de cualquier longitud siempre muy derechos. A este arado va uncida una vaca, algunas veces dos, y con frecuencia un asno solo. Para dirigir los animales se sirve el labrador de un aguijón de ocho o diez pies de largo, con una punta acerada en un extremo; en el otro extremo lleva una pequeña azada que utiliza en limpiar el arado de la tierra que no le deja funcionar algunas veces. Con una máquina de esta especie, es fácil al campesino conducir a la vez los bueyes y dirigir al arado.

Al aproximarse a Jaffa, se ven a uno y otro lado del camino inmensos tablares de sandías. Como estaban maduras a la sazón, eran guardadas por hombres armados que se albergaban en chozas construidas temporalmente para este efecto[88]. Se las llama *pastecas*; son muy estimadas en todo Levante; y a la verdad, es necesario haber probado esta deliciosa fruta para formarse una idea justa de su bondad. Independientemente de su sabor particular, una raja de sandía, cuando se la acaba de sacar de la cueva, es tan refrigerante como un vaso de agua helada, sin ofrecer los inconvenientes que éste cuando se tiene calor. Estas *pastecas* son una producción peculiar del terreno, y se cree que pierden cuando se las trasplanta a otra parte. Se las envía de regalo a los diferentes puntos del país, y a fin de evitar toda equivocación, se tiene cuidado de escribir con la punta de un cuchillo sobre la corteza el nombre de la persona a quien van destinadas.

11.
Visita a las ruinas de Carea, el Monte Carmelo y otras célebres localidades.

Nos embarcamos para Acre.—Aspecto de la costa.—Apolonia.—Antipatris.—Kanah o el arroyo de los rosales.—Kaiserich, antiguamente Cesarea.—Tortura, la antigua Dora.—Castillo Pelegrino.—Caiphas, el antiguo Calamon.—El torrente Cison.—Monte Carmelo.—Convento de carmelitas.—Llegada a Acre.—Abdallah bajá.—Vista panorámica de la ciudad.—Modo de construir las azoteas.—Camino de Nazaret.—Río Belus.—Descanso.—Eclipse total de luna.—Llegada a Nazaret.

Jaffa 30 de agosto.—Habíamos fletado un buque (o mejor dicho, una barca descubierta del país) para que nos condujese a Acre, y debíamos embarcarnos a la caída del sol; pero siendo demasiado débil el viento para dejar salir del puerto a la nave, nos vimos obligados a permanecer en tierra con nuestros amigos y esperar a que se nos llamase. Sin embargo, a media noche sopló la brisa de tierra, y el patrón se apresuró a dirigirse a bordo con objeto de aprovecharla para hacerse a la vela.

Navegando a lo largo de la costa, nos quedamos tan cerca de tierra, que nos era fácil a la claridad de la luna distinguir perfectamente los caracteres generales del país. Es llano, y aunque en lontananza, se percibía una cadena de montañas poco elevadas de aspecto monótono. Estas montañas son probablemente las de Israel, o mas bien de Ephraim, que corriendo del norte al mediodía, dividen la Tierra Santa en dos partes casi iguales.

Toda la costa que se extiende del Nilo al monte Carmelo, era antiguamente llamada *la llanura del Mediterráneo*. La parte comprendida entre Gaza y Joppé, se denominaba simplemente la «llanura.» En esta parte era donde se hallaban las cinco satrapías de los filisteos. El país, situado entre el monte Carmelo y Joppé, se llamaba Saron o Sharon; en este paraje, hacia el mar, es donde estaba edificada la ciudad de Apolonia. Más adelante, en el interior, estaba Antípatris, pequeña ciudad, construida sobre el camino de Jerusalén a Cesarea. En otro tiempo se la llamaba *Capha Selma*; pero Herodes el grande, habiéndola reedificado y embellecido considerablemente, le dio el nombre de Antipatris, en honor de su padre Antipatro. A ella fue conducido San Pablo después de haber sido preso en Jerusalén (Act. XXIII, 31). Sus ruinas se hallan positivamente a las márgenes

88 «Y la hija de Sion está sola como un guarda en medio de un jardín de melones.» (Isaí. 1, 8.)

del antiguo Kanah «o torrente de los rosales» que, descendiendo de las montañas de la Judea, corre a arrojarse en el mar cerca da Cesarea. Este torrente separaba en otro tiempo la tribu de Ephraim de la de Manassés, y el canton se encuentra igualmente atravesado por otros muchos arroyos que bajan de las montañas; pero no llevan agua mas que en invierno; y un país, tan afamado antiguamente por su fertilidad, se halla hoy poco poblado y mal cultivado.

Agosto 31.—Al amanecer nos hallamos en frente de Kaiserich, antiguamente Cesarea, y como vimos una porción de ruinas, manifestamos deseos de tomar tierra. El viento principiaba a aflojar, y el patrón consintió en ello voluntariamente, pero tuvo buen cuidado de que nos acompañaran muchos marineros, porque aquel lugar parecía abandonado del todo.

Hallándose esta parte de la costa expuesta a la furia de los huracanes que soplan del oeste, y no ofreciendo el puerto de Cesarea ningún abrigo natural a las embarcaciones, se había construido una especie de muelle con grandes trozos de piedra, sumergidos en el mar a muchas toesas de profundidad. Por lo que resta hoy, parece que, partiendo del mediodía y describiendo un medio punto hacia el oeste, formaba un muelle semicircular, cuya abertura estaba al norte. En la extremidad se observan los restos de una vieja fortaleza, cuya construcción debió ocasionar mucho trabajo y gastos considerables, que suponen una civilización muy avanzada y un comercio muy extenso.

Luego que hubimos desembarcado, recorrimos una vasta extensión de terreno ocupado por las ruinas de la antigua ciudad. Un muro poco elevado, construido de piedra de cantería y limitado por un foso seco, rodea enteramente estas ruinas. Los escombros y las yerbas que los ocultan, impiden distinguir su naturaleza y caracteres. La guerra y sus terribles consecuencias parecen haber tenido una parte más activa en su destrucción que la mano lenta del tiempo. Sin embargo, se conservan todavía los restos de dos acueductos que corren del norte a mediodía. El que se halla más cercano al mar está sostenido por arcos de grande elevación; el otro, situado al oeste, lleva sus aguas a lo largo de una muralla poco levantada por un conducto abovedado de unos cinco a seis pies de anchura. El agua es abundante y de excelente calidad, y me dijeron que los pequeños barcos del país se detienen allí con frecuencia para tomar la necesaria. A pesar de todo parece que este paraje no ha de ser muy frecuentado, porque se halla distante de la actual ruta.

Estas ruinas no son hoy habitadas sino por serpientes, escorpiones y lagartos en gran número, y aun se nos aseguró que por jabalíes[89]. No encontramos en ellas ni un solo ser humano que pudiera dirigir nuestros pasos, y no obstante esta ciudad fue en otro tiempo la metrópoli de la Palestina y la morada de un procónsul. Fue edificada veinte y dos años antes de Jesucristo, por Herodes el Grande, que la llamó Cesarea en honor del emperador Augusto, su protector. Se la denominaba Cesarea de Palestina para distinguirla de *Cesarea Philippi*, conocida antiguamente bajo el nombre de Paneas. Mas tarde se la tituló Colonia Flavia, a consecuencia de los privilegios que le concedió Vespasiano, que hizo de ella una colonia romana. Antes de ser fundada por Herodes, existía en este sitio una fortaleza poco importante apellidada la «Torre de Estraton», del nombre del personaje griego que la había edificado. En esta ciudad es donde Pedro convirtió a Cornelio y su pariente, los dos primeros gentiles que abrazaron la fe de Cristo: aquí es también donde San Pablo se defendió con tanta elocuencia y de una manera tan admirable contra los judíos y Tértulo que llevaba la palabra en su nombre (Act. XXIV). Aquí estuvo en prisión dos años, y por aquí pasó muchas veces al ir y volver de Jerusalén. Durante la persecución de los cristianos, se cometieron aquí más atrocidades y mayores que en ningún otro punto de la Palestina. Esta ciudad dista cerca de cincuenta y cinco millas de Jerusalén, treinta y cinco de Jaffa, y otras tantas de Acre.

Septiembre 1.—Cerca de tres millas y media al norte de Cesarea, corre el río Zerka[90]. Según algunos viajeros se encuentran en él pequeños cocodrilos provenientes de los que fueron traídos de

89 «La ciudad sin defensa será desolada, y serán abandonadas las habitaciones. El buey vendrá a pacer en ellas y en ellas descansará.»

90 El *flumen croco-dilon*, de Plinio.

Egipto, y a los que se prestaba adoración como si fueran divinidades. Pero ninguno de los marineros de la tripulación a quien pregunté sobre el particular, tenía conocimiento del hecho.

Por la noche pasamos a Tortura, aldea situada en la costa. Ocupa el sitio de la antigua Dora, y tiene un pequeño puerto, donde se embarca la mayor parte de la producción de los países circunvecinos, que consiste en granos y en un poco de algodón. Diez millas más allá, en dirección norte, hay una ciudad y un castillo edificado sobre un pequeño promontorio que se introduce dentro del mar. Los indígenas llaman a este paraje Athleta, los europeos Castel Pelegrino. Se asegura que el castillo está sólidamente construido, y que sus muros se hallan en un estado excelente: hay aquí asimismo una hermosa iglesia gótica, y algunos otros edificios bien conservados. Su historia es imperfectamente conocida; pero se cree que fue edificada en tiempo de los emperadores griegos: sólo la habitan algunos campesinos indígenas.

Hacia el medio día doblamos el cabo que forma el monte Carmelo y desembarcamos en *Caipha*, pequeña ciudad, situada al Sur de la bahía de Acre, sobre una lengua de tierra que, descendiendo de la montaña, avanza dentro del mar. El muelle es excelente y las embarcaciones pueden permanecer en él con toda seguridad. Esta es la rada de Acre, hablando con propiedad. Todavía se ven en la playa las ruinas de un viejo castillo y las de dos fuertes que sin duda fueron construidos para defender la ciudad de los ataques de los piratas. Al sudeste de la bahía hay un torrente considerable llamado Makatham: es el antiguo Cison, inmortalizado en el Cántico de Débora y de Barak. Nace en las montañas de Esdraelon. Al acercarse al mar, se divide en algunos arroyos que riegan en su curso un sinnúmero de jardines. En invierno, cuando las lluvias aumentan sus aguas, se hincha de manera que es imposible atravesarlo, y los viajeros que han int ntado hacerlo, han sido con frecuencia víctimas de su temeridad. La Escritura refiere muchos acontecimientos que han tenido lugar acerca de este antiguo torrente, «el torrente de Cison.» «Entonces Elías les dijo: Coged a los profetas de Baal y que no se escape ninguno, y habiéndose apoderado de ellos el pueblo, Elías los llevó al torrente de Cison, donde los hizo morir.» (I. Rey, XVIII, 40.) Otro torrente que tiene su origen en el mismo sitio que este, corre hacia el oriente y va a arrojarse al mar de Galilea.

En Caipha tomamos guías, y trepando el monte Carmelo, nos encaminamos al convento que lleva su nombre. A él se sube por un sendero escarpado y tortuoso, abierto en la roca. Casi al pie del monte hay un oratorio turco que cubre la gruta donde vivió, según dicen, el profeta Elías. Habiendo llegado a una grande elevación, pero que no es sin embargo la cumbre de la montaña, encontramos el monasterio de los Carmelitas, hoy enteramente arruinado; en este convento es donde probablemente se establecieron los primeros monjes de esta orden. Fue destruido por el bajá en 1821, al principio de la insurrección de los griegos, que amenazaban entonces bajar a la costa. Después los monjes obtuvieron el permiso de reconstruirlo bajo un plan más vasto. Los materiales del antiguo edificio ocupan un espacio inmenso, y uno de los padres carmelitas, con el hábito de su orden, se distingue en medio de los trabajadores, dando órdenes como pudiera hacerlo un arquitecto.

De allí, por entre los escombros, se conduce al viajero a una pequeña gruta, donde se encuentra un altar dedicado a San Elías, que vivió allí, según se cree. La historia Sagrada dice que los profetas Elías y Eliseo, habitaron en el monte Carmelo; y se sabe que en la edad media los eremitas vivían en grutas o cavernas abiertas en la falda de las montañas. El monte Carmelo tiene un gran número de ellas, en particular por la parte de oeste; pero es absurdo indicar cual haya habitado un determinado profeta, porque todas ellas pueden revindicar este honor. Un antiguo monje de la orden de Carmelitas, que me servía de guía, me aseguró con el acento de la sinceridad y de la convicción, que él había visto en realidad al profeta Elías, paseándose una noche por la azotea del convento. Ya me había hecho una exacta y minuciosa descripción de su traje, cuando me reveló la palabra del enigma, añadiendo que en la época de su visión, se hallaba enfermo y en la cama.

No se puede imaginar una cosa más bella que la situación del convento: domina el mar, y desde su cúspide se descubren las demás partes de la montaña. El aire, que en la llanura de Acre es

malsano, es aquí extremadamente puro. No hay por lo tanto que admirarse de que un lugar que tiene tales ventajas, haya sido desde los primeros tiempos escogido por las personas dedicadas a la vida contemplativa para vivir en él. Abdallah, actual bajá de Acre (o más bien de Sidón, que es el verdadero título de su bajalato) ha sabido apreciar debidamente las excelencias de este sitio; y en efecto ha edificado en las inmediaciones del convento un kiosco o casa de recreo, donde se retira en verano, cuando puede desprenderse de los cuidados del gobierno.

El monte Carmelo forma el último eslabón de la cadena de montañas que partiendo de la llanura de Esdraelon hacia el Sudeste, se prolonga todavía unas ocho millas. La cumbre más elevada que se halla inmediatamente detrás del convento, mide, según afirman al unos viajeros, mil ochocientos pies sobre el nivel del mar. La Sagrada Escritura hace mención de ella con frecuencia. Según la tradición, desde esta cumbre es desde donde el profeta Elías, pidiendo a Dios enviase las benéficas lluvias, vio alzarse las nubes del fondo del mar. Pero «las viñas y los plantíos de olivos» que en otro tiempo cubrían sus flancos y formaban la «riqueza del Carmelo» han desaparecido de él casi del todo, y hoy no merecen la atención del viajero. Sólo cubren su pedregosa superficie algunos arbustos achaparrados.

Descendimos de la montaña y regresamos a nuestro buque: nos hicimos a la vela inmediatamente, y navegando al través de la bahía, en menos de una hora llegamos al puerto de Acre. Un muelle arruinado, a cuya extremidad hay una torre aislada y un faro, indica la entrada. Nos fue preciso esperar algún tiempo antes de obtener el permiso de desembarcar. El bajá se ocupaba entonces en los preparativos de una vigorosa defensa: pero quién fuera el enemigo, cuyos ataques se aprestaba a rechazar, no lo pudimos saber. Dijeron que su influencia cada día creciente en este país, es origen de vivas inquietudes para el sultán, que no se atreve sin embargo a hacer nada para destruirla por temor de aumentar el poder de su más dichoso rival Mehemet-Alí, bajá de Egipto, que rige, como es sabido, la Siria. De esta suerte los europeos que vienen del norte o del mediodía, son recibidos aquí con desconfianza, hasta que se tiene completa seguridad de su verdadero carácter. La mediación de nuestros respectivos cónsules, fue bastante para desvanecer toda sospecha con respecto a nosotros. Después de haber hecho desembarcar nuestros equipajes, entramos en la ciudad por una puerta baja y estrecha que da al puerto, y nos dirigimos al convento Latino que es una sucursal del de la Tierra Santa. Ocupa una parte de un vasto *khan*, especie de mercado público, semejante a los de Alejandría. Las demás partes del edificio están habitadas por los comerciantes europeos.

Acre, 2 de setiembre.—Desde la azotea del convento se descubren como un magnífico panorama la ciudad, la bahía y sus inmediaciones. Por la parte de tierra, hacia el norte y el este, se extiende la vista sobre una inmensa y fértil llanura; al oeste, los muros son bañados por el Mediterráneo, y al mediodía por una playa magnífica de tres leguas de ancho y dos de longitud, que se extiende desde la ciudad hasta el monte Carmelo. El puerto, a causa de su poca profundidad, no puede admitir sino buques de bajo porte; pero el lado opuesto de la bahía, ofrece, como he dicho anteriormente, un excelente muelle. Con tales ventajas no es de extrañar que en todo tiempo haya tenido una grande importancia la posesión de Acre, y que esta ciudad fuese teatro de numerosas cuestiones entre los cristianos y los infieles. En un principio se llamó Accho; pero habiendo sido en adelante, embellecida y agrandada por Tolomeo I, se la tituló Tolemaida. Más tarde cayó en poder de los sarracenos, y tomó un nombre muy poco parecido a su antiguo nombre hebreo, el de Akka, que es bajo el que todavía hoy se la conoce[91]. Los sarracenos se apoderaron de ella por primera vez en 636, y los cristianos en 1104. Saladino se hizo dueño de ella en 1184 y la conservó hasta 1191; en esta época la volvieron a tomar los cruzados; pero después de haberla poseído durante un siglo, les fue definitivamente arrebatada por los sarracenos, que permanecieron siendo dueños de ella hasta 1517, época en la cual estos se vieron obligados a su vez a ceder la plaza a los turcos. Desde entonces, Acre permaneció abandonada; pero hacia mediados del siglo anterior, el jeque o caudillo

91 «Es de notar que este nombre no tiene análogo ni en hebreo ni en siriaco, que es claramente de origen árabe, y debe derivarse de Ak, que significa sofocante».—(Drummond.)

árabe Daher, se apoderó de ella por sorpresa. Durante su sabia administración, recobró parte de su antigua prosperidad. El famoso o mejor dicho, el infame tirano Djezzar bajá[92], su sucesor, embelleció y fortificó esta ciudad de modo que en 1799 adquirió cierta celebridad por la valiente y feliz resistencia que sus habitantes al mando de nuestro bravo compatriota Sir Sidney Smith, opusieron a las armas de Bonaparte.

Después de la rápida ojeada que acabo de echar por la turbulenta historia[93] de esta desventurada población, no se debe esperar encontrar en ella ningún edificio de una antigüedad remota. Por todas partes aparecen indicios de los grandes males de la guerra, algunas columnas de granito gris y rojo derribadas, y algunas esferas de piedra esparcidas acá y allá en las calles, son las únicas ruinas que allí se ven pertenecientes a los tiempos antiguos. Entre las ruinas de arquitectura

---

92 Para conocer más detalladamente este monstruo en forma humana, puede verse La Siria por Volney. Su historia es la de un gran número de gobernadores turcos, con la sola diferencia de que él tuvo la suerte de morir tranquilamente en su cama en 1808, a la edad de ochenta y ocho años. Todavía se ven las víctimas mutiladas por sus atroces crueldades, esparcidas en gran número por las calles de san Juan de Acre.

93 La desventurada ciudad de Acre se ha convertido en un montón de ruinas, «en un desierto triste y abandonado». En la época de nuestra visita, se nos refirió que el bajá Abdallah había dicho, señalando a una torre de la ciudadela que se hallaba sobre el polvorín: «Si un poder europeo me atacase, haría volar el fuerte; pero si los agresores fueran turcos, antes que rendirme, preferiría ver los muros de la ciudad desplomarse sobre los habitantes.» Y fue fiel a su palabra. Habiendo sostenido un vigoroso sitio de cinco meses y veinte y un días, durante los cuales cayeron en la plaza más de treinta y cinco mi bombas, no quedó ni una sola habitación intacta. Todas las calles están llenas de casas medio demolidas, y otras muchas cubiertas hasta el piso principal de escombros de los techos. Las puertas y ventanas han sido arrancadas quemadas como leña. Arcos grieteados y murallas que se desmoronan, parecen amenazar ruina, y estrechos pasadizos al través de montones de escombros, son los únicos senderos que conducen a las diferentes partes de la ciudad. Hay uno de los principales bazares donde sería muy expuesto penetrar, y otro establecimiento de igual clase, de grandes proporciones, debió a su techo abovedado escapar de una destrucción completa. Cerca de la magnífica mezquita, edificada por el atroz Djezzar, se ha salvado venturosamente una hermosa fuente encerrada en una especie de pabellón chinesco y protegida por un soberbio enrejado de bronce. En este sitio se encuentra una bajada de escalera que conduce a un patio rodeado de una galería medio demolida, que descansa sobre pequeñas columnas de mármol de colores. El pavimento, ricamente incrustado, estaba en otro tiempo cubierto por la sombra de multitud de palmeras y plátanos, y dos fuentes monumentales están sepultadas bajo los fragmentos de soberbias medias-naranjas. El interior, revestido de una distribución armónica de mármol de colores, sostenía una espaciosa y alta cúpula que hoy está cascada y hendida en todas direcciones. Hallábase adornada de sublimes pinturas y de inscripciones árabes, y todavía se encuentra sostenida por los fragmentos de una bella serie de columnas. A un lado, cerca de una galería, hay un alto pupitre de mármol de Chipre, y el piso de mosaico cruelmente mutilado, y esparcidos acá y allá forros de libros, está cubierto de pedazos de pórfido y de granito, en medio de los que se halla una enorme media luna que ha caído de lo alto de la cúpula. La bomba y la metralla han causado un daño espantoso en este sitio: los libros se los llevaron como trofeos y el patio se convirtió en cuerpo de guardia. Dos fosos profundos, guarnecidos de fuertes rampas y bastiones, rodean la ciudad; y las baterías de los sitiadores fueron levantadas sobre el glacis, pero no en la posición más ventajosa. Estaban en disposición de reparar la ancha y practicable brecha por la que los enemigos penetraron en la ciudad. Fue defendida con bravura, pero se rindió antes de que pasaran el segundo foso. Cinco mil hombres de tropa escogida y de ingenieros formaban la guarnición, bajo el mando de Kiahia, bey: porque, al contrario de nuestra primera opinión, nos aseguraron aquí repetidamente que Abdallah, desde el principio del sitio, se puso en seguridad con su harem en una habitación subterránea, y que en toda su duración, hasta este último asalto, no se dejó ver en la población más que una vez sola. Esclavo georgiano de nacimiento, criado en el serrallo, obtuvo con facilidad un grande ascenso. Pérfido, fanático y egoísta, infiel a su soberano, su gobierno, sin haberse señalado con grandes atrocidades, fue sin embargo concusionario e insoportable. Cuando su poderoso vecino le amenazó porque había protegido abiertamente la emigración egipcia, cuando le echó en cara el olvido de los servicios anteriores, y cuando le acusó de falta de integridad en sus relaciones comerciales y políticas, rehusó toda reparación, y fundando su esperanza en los sospechosos celos del sultán que le eran muy conocidos, precipitó sin necesidad su pequeño estado en todos los horrores de la guerra. Más tarde, siendo sitiada su capital y reducida de día en día a un montón de ruinas, Abdallah, sin valor y sin compasión por los sufrimientos de los desgraciados habitantes, se retiró a lugar seguro, y dejó los cuidados de la defensa a su lugarteniente más bravo que él. Dícese que una pequeña parte de la guarnición sobrevivió al asalto, y se cree que sólo el último ataque costó a Ibraim la vida de mil doscientos hombres por lo menos. A su entrada en Siria, se habían apoderado desde luego de Gaza y de Jaffa, y durante el sitio se posesionaron de la costa. En Acre desplegaron ambas partes un valor heroico. La ciudad, estrechamente bloqueada por mar, había sido antes bien abastecida: durante algún tiempo adelantaron poco los sitiadores. Un asalto dado con intrepidez fue

gótica están los restos de la iglesia catedral de San Andrés, cerca del mar; pero hoy no es más que una modesta capilla. Del mismo modo se manifiestan las ruinas de la iglesia de san Juan, patrón de la villa, que fue edificada por los caballeros de Malta. El más notable de los edificios modernos es la bella mezquita construida por Djezzar bajá. Es cuadrada, y termina en una cúpula sostenida por antiguas columnas. Un airoso torreón de una altura considerable se alza al lado y forma un contraste armónico con los negros cipreses que se agrupan alrededor. El patio interior está completamente embaldosado de mármol blanco. La ciudad es también deudora a este príncipe de una bella fuente, situada a la entrada del serrallo o palacio. Los materiales empleados en su construcción, así como los de la mezquita, han sido traídos de Cesarea[94]. El interior del palacio no puede verse desde fuera a causa de la elevación de sus paredes. Los bazares son hermosos, abovedados y bien abastecidos; pero sus calles son generalmente muy estrechas. En las ciudades fortificadas, come Acre, no pueden ser de otro modo, porque en ellas tiene mucho precio el terreno. La mayor parte de las casas son de piedra, y con una solidez que indica la necesidad de la defensa. Todas terminan en un techo llano, o mejor dicho en una azotea que sirve de paseo agradable cuando hace buen tiempo. Estas azoteas están construidas de la manera siguiente: al través de las vigas que forman la superficie plana del último piso de cada casa, se colocan tablas de abeto, bien unidas y ensambladas; sobre estas tablas se tienden cabriales, en sentido contrario; los espacios que quedan entre uno y otro, se llenan de heno o paja cortada, mezclada con cal y arena. Se cubre todo con una capa de carbón molido, después otra de cal y arena mezclada con ceniza y carbón, y allanada con un rodillo. Se golpea todo perfectamente con un mazo, hasta que la superficie adquiere cierta lisura y se hace impenetrable a las aguas.

Al anochecer partimos para Nazaret; pero como hacíamos ánimo de volver, confiamos todos nuestros efectos más embarazosos a los cuidados del superior del convento. Salimos de la ciudad por la puerta Oriental, única que tiene en la llanura, y después de haber seguido durante media hora el camino que se prolonga a lo largo de la bahía de Acre, llegamos a un sitio donde describe una curva en dirección al Sur. Allí encontramos el Kardakah, el antiguo Belus, que lleva al mar un pequeño volumen de agua sobre un lecho de arena la más preciosa que jamás he visto[95]. Sale de una laguna que se halla a seis millas de allí, al sudeste, y que los antiguos llamaban *Palus Cendivia*. En la estación de las lluvias se convierte en un torrente impetuoso, lo cual por otra parte acontece con la mayor parte de los ríos que bajan al mar desde las montañas de la Siria. Entonces sale de madre e inunda los campos que le rodean. Durante cuatro meses del año, la llanura permanece más o menos bajo las aguas. Los calores del estío la desecan; pero se notan en la tierra anchas hendiduras, del mismo modo que en Egipto, después que el Nilo se ha retirado. Las exhalaciones ocasionadas por esta desecación producen con frecuencia enfermedades contagiosas; pero lo que es dañoso para el hombre es favorable a la vegetación. Muchas plantas acuáticas agradecen este suelo: el algodón particularmente crece en él de una manera asombrosa. Se le siembra en el mes de mayo, y se hace su recolección en setiembre. El país produce igualmente cereales aunque pocos. El tributo anual,

---

rechazado con igual bravura, y la escuadra experimentaba graves averías, mientras que las tropas de la guarnición se debilitaban con las frecuentes salidas que, por muy felices que fueran, les eran funestas por los hombres que en ellas perdían. Se dio permiso a muchos habitantes para abandonar la ciudad, pero muchos quedaron aplastados debajo de las casas que se desplomaban, o fueron víctimas de los proyectiles que se les arrojaba sin cesar. Cuando fue tomada la ciudad, se la entregó a un saqueo general: muchos soldados hicieron allí una fortuna considerable, y un bazar establecido fuera de las murallas para la venta del botín, ostentaba con profusión las preciosas mercancías de Levante. (*Visita a Damasco, por el doctor Hogg*, etc., p. 160-166).

94 Los recintos de las antiguas poblaciones y particularmente de aquellas que están en la costa, sirven hoy de canteras para las modernas ciudades que se alzan en su vecindad, a causa de los materiales que en ellas se encuentran fácilmente. La mayor parte de las bellas construcciones de la antigüedad que han sido destruidas por los bárbaros señores del terreno, y otras muchas que han escapado a los temblores de tierra, no deben su conservación sino a su posición aislada y a la dificultad del trasporte en un país montañoso.

95 Según Plinio, el arte de hacer el cristal fue descubierto por unos marineros que hacían cocer una marmita sobre la arena de este río. De aquí es de donde las manufacturas no solamente de Sidón, sino también de las poblaciones vecinas, sacan la arena que necesitan. Creo que la Escritura no hace mención de este río.

que se debe al sultán, se paga en este artículo, barcos europeos encargándose todos los años de trasportarlo a la sede del gobierno. En la llanura, a cosa de media milla al este de la ciudad, hay un otero o pequeña eminencia que parece ser evidentemente obra de la mano del hombre. Todo indica, en efecto, que en época determinada, un ejército acampado allí levantó sus reductos.

Tres horas de camino nos llevaron a un pozo situado al pie de una montaña sobre la cual descansa una aldea llamada Peré. Los *monkeris* o conductores de mulas, llenos de celo siempre por sus animales, pero que se inquietan poco por los que en ellos cabalgan, nos rogaron echar pie a tierra y descansar un rato. Accedimos a su demanda tanto más voluntariamente en esta ocasión, cuanto que nos hallábamos un poco fatigados del calor que había hecho en todo el día. Tendimos pues en tierra nuestras mantas, y después de haber tomado algún refrigerio, nos entregamos al sueño, encargando sin embargo que se nos despertara al cabo de un par de horas.

Septiembre 3.—Esta mañana, al despertarnos, nos ha sorprendido grandemente ver la luna, que brillaba con un resplandor extraordinario cuando atravesamos la llanura, totalmente eclipsada. La vista de este eclipse produjo en todos nosotros un efecto tanto mayor, cuanto que no lo esperábamos, y digo todos, porque independientemente de nuestra propia reunión, hallamos que durante nuestro sueño, se nos habían unido muchas personas que iban de Nazaret a Acre. Este magnífico fenómeno fue para nosotros un espectáculo interesante; pero los árabes lo vieron con inquietud, y parecían considerarlo como una señal de funesto presagio.

Subiendo la colina, a cuya falda habíamos hecho alto, llegamos en poco tiempo a los límites de la antigua tribu de Zabulón. De allí, en media hora llegamos a la aldea de Abylena, situada en un valle cercado de colinas de poca elevación y muy cubiertas de matorrales. Una hora más de marcha nos llevó a la pintoresca llanura de Zabulón. La vía se divide en dos ramas, de las que la una se dirige a la derecha y la otra a la izquierda. La ignorancia del guía que llevábamos para cuidar de los caballos, fue causa de que en vez de tomar el camino recto a Nazaret, que es el de la derecha, volviésemos a la izquierda y siguiésemos por espacio de muchas horas el camino de Canaán. A muy corta distancia de este último lugar nos hallábamos cuando reconoció su error; pero, como era de noche, no era fácil repararlo inmediatamente. En fin, después de haber pasado algún tiempo en la margen del camino esperando encontrar alguno que pudiera ayudarnos a dirigir nuestros pasos, acertó a pasar por allí un labriego, e informado del suceso, nos indicó inmediatamente el lugar adonde deseábamos volver. Pero el camino que a él conducía pasaba por un país montañoso y por en medio de campos recientemente labrados; además, nuestros caballos estaban fatigados y era dudoso que pudieran llevarnos hasta allí. Dudábamos, pues, si debíamos seguir nuestro camino, o detenernos en la primera aldea que se nos presentase; sin embargo, el deseo que teníamos de llegar al punto de nuestro destino lo venció todo, y nos determinamos a continuar adelante.

Llegamos por fin a Nazaret, pero a las seis de la mañana; de suerte que habíamos empleado once horas en recorrer un camino que ordinariamente se hace en siete, siendo la distancia de veinte y una millas. A la entrada de la aldea vimos una fuente abundante, protegida por la sombra de hermosos árboles: la denominan la «Fuente de la Virgen.» En aquel momento muchas jóvenes iban y venían por el agua necesaria para el día, en jarras de barro cocido, que llevaban sobre la cabeza según la antigua costumbre. Atraídos por el nombre de esta fuente, detuvimos los caballos para considerar la escena que pasaba a nuestra vista, y que nos recordaba de una manera tan viva las costumbres de los siglos más remotos, y la ocupación probable de la que fue elegida entre todas, en esta aldea humilde, para ser la madre del Mesías.

Al llegar al convento, iba yo tan fatigado, que mientras preparaban nuestras habitaciones, me dormí sobre el pavimento del patio donde desmontamos, de tal manera que costó trabajo despertarme. Mi amigo Mr. de Cadalvene se hallaba con una recaída de la fiebre que le había acometido en el Alto Egipto, acceso que había ocasionado sin duda el abundante rocío de la noche. Mr. de Brenvery había recibido fuertes contusiones de una caída de caballo; nuestro criado mismo se hallaba aquejado de una oftalmia; de manera que esta noche había sido para nosotros una noche

de infortunio, y entramos en el convento más bien como inválidos que como peregrinos bien portados.

El convento de Nazaret pertenece a los misioneros de la Tierra Santa: se halla situado en la extremidad este de la aldea. Es un edificio sencillo, fuerte y rodeado de murallas elevadas. Contiene una iglesia, celdas para los religiosos y numerosas habitaciones para los peregrinos y los viajeros. La iglesia ocupa el sitio, donde, según la tradición, se levantaba en otro tiempo la casa que habitaban José y María, antes de ser ella trasportada milagrosamente a Loreto. La llaman la iglesia de la Anunciación, en memoria de la encarnación de Nuestro Señor: no es recomendable más que por el sitio que ocupa; sus proporciones son irregulares, y está adornada con más fausto que gusto. Detrás del altar mayor hay una escalera, por la que se baja a una cueva abierta en la roca, donde se ven dos columnas de granito; la de la entrada indica el lugar donde estaba sentada la Virgen María, cuando el ángel Gabriel la saludó como madre del Mesías; la otra determina el sitio donde se hallaba el ángel cuando cumplió su mensaje. La que se encuentra más adelante, ha sido, según dicen, rota por los sarracenos encima de su zócalo: la parte fracturada se la han llevado, mientras que la parte superior de la columna permanece sostenida del techo. En cualquier otro país, un hecho semejante, que se explica sin embargo con facilidad, no hubiera sido notado; pero aquí donde el pueblo, naturalmente crédulo e inclinado a lo maravilloso, tiene un respeto religioso a la santidad del lugar, se le mira como el efecto de un poder sobrenatural e invisible. Es deplorable que tomen fuerza creencias tan absurdas, que no han podido nacer sino en un siglo de ignorancia: alimentarlas en los ilustrados tiempos en que vivimos, es exponer gratuitamente nuestra santa religión a censuras inmerecidas.

Septiembre 4.—Aquí, del mismo modo que en Jerusalén, se muestran al peregrino diversas localidades que van unidas a la infancia de Nuestro Señor y a la vida de sus padres:

1. El lugar donde José, esposo de la Virgen y tutor del niño Jesús, ejerció la profesión de carpintero, está cerca del convento, y determinado por una capilla pequeña, aunque bien conservada.

2. La Sinagoga donde Cristo explicó el texto de Isaías, que hace relación a él; lo cual escandalizó grandemente a todo el pueblo judío.

3. Una habitación que contiene un enorme trozo de piedra (nueve pies por seis y cuatro de altura), llamado «Mensa Christi,» donde Jesucristo cenó la última vez con sus discípulos, antes de su salida de Nazaret para Jerusalén.

Asimismo pretenden señalar el precipicio donde el pueblo quiso lanzar a Jesús (S. Lucas, IX, 29), pero se halla a una distancia de la población demasiado grande, para que se pueda tener como cierta su identidad. Este lugar es sin embargo el más a propósito para la ejecución de un proyecto tan criminal, porque las rocas que limitan el precipicio están encadenadas las unas a las otras formando enormes picos de la manera más confusa. Este llamamiento continuo hecho a nuestra credulidad, muy debilitada ya por nuestra peregrinación a Jerusalén, fue la causa de que nos retirásemos a una eminencia que domina la aldea, donde pudimos abandonarnos tranquilamente a recuerdos, si no más agradables, que descansan por lo menos en una tradición mas auténtica.

La aldea de Nazaret o Nassera, como se denomina hoy, está situada en un ribazo que termina al oeste un delicioso valle rodeado por todas partes de ásperas montañas, poco elevadas, pero que se unen en su base como para ponerla a cubierto de toda invasión enemiga. En este recinto formado por las montañas todo sonríe a la vista del que lo contempla, todo es verdor y encanto; aquí es donde fue concebido el Salvador del mundo; aquí es donde volviendo a una edad todavía tierna, pasó los primeros años de su juventud[96]. Estos hechos son tan incontestables, aun bajo el punto de vista puramente histórico, que todavía hoy se da en todo el Oriente, por burla, el nombre de Nazareno o sectario del hombre de Nazaret a todos los que creen en la misión divina de Jesucristo.

96 «Él ha crecido delante del Señor como un débil arbolillo y como un tallo que brota de una tierra seca: él ha permanecido sin brillo y sin belleza; nosotros lo hemos visto, y nada había que pudiese atraer nuestras miradas.» (Isaías, LIII, 2).

¿Qué falta, pues, para tener este lugar como uno de los más interesantes a los ojos de todo viajero cristiano?

12.
Visita al monte Tabor. Lago de Genezareth. Ciudad de Tiberíades y otros lugares interesantes.

Camino del Monte Tabor.—Subimos a la montaña.—Vista que se descubre desde su cúspide.—Monte Hermón.—Nain-En-Dor.—Llanura de Esdraelon.—Llanura de Saphet.—Calor excesivo.—Nos acogemos a la sombra de un puente ruinoso que pasa por el Jordán.—Bisan o Scythopolis.—Monte Gilboa.—Lago de Genezareth.—Paseo a lo largo de sus playas.—Manantiales minerales.—Tiberíades.—Judíos de Tiberíades.—Szaffaad.—Era para trillar el trigo.—Monte de la Beatitud.—Fertilidad de la Galilea.—Canaán.—Volvemos a Nazaret.

Setiembre 5.—Esta mañana, Mr. de Brenvery y yo marchamos a visitar el monte Tabor, Tiberíades, Canaán y algunos otros lugares interesantes situados en esta parte de la Galilea. Mr. de Cadalvene, atacado de la fiebre, no pudo acompañarnos. Se nos había permitido dejar durante la noche en el patio del convento el guía y los caballos que habíamos alquilado la víspera; a las dos de la madrugada un hermano lego vino a abrirnos las puertas, y nos pusimos en marcha para el monte Tabor, situado al este de Nazaret. La oscuridad de la noche no nos permitió ver más que los terrenos colindantes al camino, que nos parecieron estar cubiertos de leña; los árboles que vimos eran chaparros.

Después de dos horas de camino llegamos al pie de la montaña, cerca de la aldea de Débora, situada en su flanco occidental, y principiamos a subir a su cima, siguiendo un sendero que atraviesa un bosque de encinas y de arbustos, de que se halla cubierto este lado de la montaña. La subida es bastante suave al principio; pero a la mitad se hace demasiado rápida, en términos que tuvimos que echar pie a tierra y conducir de la brida nuestros caballos, los cuales a pesar de todo tenían dificultad en subirla, porque la roca pelada no ofrecía ningún punto de apoyo a sus herrados cascos. Últimamente, después de una penosa subida de cerca de una hora, durante la cual nos vimos obligados a descansar muchas veces, llegamos a la cúspide más elevada de la montaña. Vista desde abajo, parece terminar en punta; pero una vez sobre ella, encontramos una llanura en forma de óvalo, de cerca de una milla de circunferencia. El sol se mostró allí con todo el resplandor del Oriente, y presentó a nuestra encantada vista uno de los más bellos e interesantes espectáculos que ha podido concebir la imaginación más creadora.

En la dirección este-nordeste se extiende como a nuestros pies un magnífico lienzo de agua, rodeado de montañas inaccesibles; es el lago de Genezareth. En su extremidad norte aparece la nevada cima del monte Hermón. Al este se abre el valle del Jordán, más allá del que se pierde la vista en los desiertos[97] de Hauran. Al sur se presenta la inmensa llanura de Esdraelón, que corre en dirección a Jerusalén, donde se halla limitada por las montañas de Israel, y al este por las de Gilboa. El monte Carmelo se opone a la vista hacia el sudeste. La gigantesca montaña situada al nordeste, y que los hebreos llaman Hermón, los sidonios Sirión, y los amoritas Shenir, es conocida de los habitantes del país bajo el nombre de Gebel-essehikh. Es la cumbre más elevada de la cadena del Anti-Líbano. Los vapores blanquecinos que flotan por su base, y que cubren la parte de sus faldas no expuestas aun a los rayos del sol, me recordó aquellos «rocíos abundantes» de que habla el salmista, y que compara al «perfume precioso que fue esparcido sobre la cabeza de Aarón, y que se extendió por su barba y por sus vestiduras.» (Salmo CXXXIII). A sus pies se levantan las ciudades

97 Nombre que aquí dan a todo lugar despoblado, ya sea árido ya fértil, y algunas veces también a prados inmensos. Por lo que respecta a la descripción de este país, llamado por Josefo Auranicia, y por San Lucas Ituria, véase la obra del autor titulada La Siria.

de Nain y de En-Dor. En la primera de estas poblaciones es donde Nuestro Señor resucitó al hijo único de la viuda (San Lucas, VII, 14), y en la segunda es donde vivía la hechicera consultada por Saúl poco antes de la fuerte batalla de Gilboa (I Sm. XXVIII, 21).

En su falda, al lado norte, se extiende el lago cuyo nombre solo despierta los recuerdos más interesantes, lago que fue teatro de muchos milagros de Cristo, y cuyas márgenes habitaban la mayor parte de sus apóstoles. El Jordán recuerda el bautismo de Jesús, sacramento augusto que abre hoy las puertas de la celeste Canaán a sus hijos adoptivos. La Llanura de Jezrel o de Esdraelon, llamada también Gran llanura (el Armagedón del Apocalipsis), era la parte más fértil de la tierra de Canaán. En la división hecha por Josué, cayó en suerte a la tribu de Isacar, «que la disfrutaba en sus tiendas de campaña» (Deut. XXXIII, 18). Muchas tribus de árabes pacíficos, atraídos por la riqueza de sus pastos, y pertenecientes todas a la numerosa familia de Ismael, se han esparcido por su inmensa superficie, donde viven dispersas acá y allá bajo tiendas, en medio de sus rebaños. De la misma manera los antiguos patriarcas iban en otro tiempo apacentando sus rebaños, errantes por las aldeas y ciudades del país de Canaán, como también por los distritos más poblados, sin que jamás se les inquietase. En los primeros siglos de la historia de los judíos, bajo la dominación romana, en la época de las cruzadas, y también en los tiempos posteriores, este valle ha presenciado memorables batallas; quizá ninguna otra tierra en el mundo ha sido tan frecuentemente regada con sangre, como la llanura que se extiende a nuestros pies[98]. Allí es donde Barak, bajando del monte Tabor, derrotó a Sisra con todos sus carros, sus novecientos carros armados de hoces y todas sus tropas.» (Véase Juec. IV y siguientes). Allí fue también donde Josías, rey de Judá, presentó la batalla a Necao, rey de Egipto, y de allí, atravesando un país hermoso, cuyo suelo, sucumbió a la bravura de su antagonista (Rey. XXIII, 29).

Un viajero moderno, que ha recorrido en toda su extensión esta llanura, cree que mide por lo menos quince millas cuadradas, contando algunas aparentes irregularidades. Aunque tiene el nombre de llanura, está sin embargo sembrada de numerosas colinas que, vistas desde las montañas próximas, casi se confunden con el suelo. Desde la altura en que nos hallamos no se observa a la simple vista ni ciudad ni aldea, y sólo se descubre algo de esto con ayuda del anteojo. En la dirección de Nablús, situado en medio de las montañas de Efraím, nos parece descubrir a Hebal y Grizin, que no pudimos visitar cuando volvimos de Jerusalén a la costa. Nos es imposible alcanzar a ver el Mediterráneo. Contemplábamos hacia largo rato el paisaje que nos rodeaba, y que excita un interés tan vivo, cuando el suelo bíblico y clásico que pisábamos vino a su vez a llamar nuestra atención. Allí fue donde Débora y Barak reunieron su ejército antes de presentar la batalla a Sisra (Juec. IV). Durante la guerra romana que terminó con la conquista de la Judea, el monte Tabor fue fortificado por Josefo, después historiador de su pueblo.

A algunos pasos de nosotros están las ruinas de una capilla que recuerda la transfiguración del Señor. «Seis días después Jesús tomó a Pedro, Santiago y Juan, su hermano, y los llevó separadamente a una alta montaña, y se transfiguró delante de ellos, etc., etc.» (San Mateo, XVIII)[99]. En este sitio se levantaron tres altares en conmemoración de los tres tabernáculos que San Pedro propuso erigir: «Uno para ti (Nuestro Señor), otro para Moisés, y el otro para Elías.» Esta montaña, casi aislada, tiene la forma de un cono truncado, y se levanta mil quinientos pies sobre la

98 «Josefo hace mención con frecuencia de esta parte notable de la Tierra Santa, y siempre bajo el nombre de la Gran Llanura. Eusebio y San Jerónimo también la citan bajo la misma denominación. Ha sido el sitio preferente para sentar los reales en todas las guerras que han tenido lugar en este país desde Nabucodonosor, rey de Asiria (la historia de la guerra de este príncipe con Arphaxade, la designa con el nombre de Gran Llanura de Esdrelon,) hasta la expedición desastrosa de Napoleón, que ha tenido lugar en nuestros días, yendo de Egipto a Siria. Judíos, gentiles, sarracenos, cruzados cristianos y franceses anti-cristianos, egipcios, persas, drusos, turcos y árabes, guerreros de todas las naciones del mundo, han sentado sus tiendas en la llanura de Esdraelon, y han visto sus banderas humedecidas por el rocío del Tabor y del Hermón.» (*Viaje de Clarke*, tomo IV, p. 255.)

99 Se ha suscitado una especie de controversia acerca del significado propio de la expresion ιδιαν. Unos quieren que esta palabra se refiera a la situación de la montaña; los otros, por el contrario, que se la entienda en el sentido de en particular, o sobre ellos mismos. Mientras los críticos disputan entre sí, creeríase que la autoridad de San Jerónimo, que no tenía ningún interés en este punto, es rechazada por ciertos escritores como sospechosa.

llanura en que se halla asentada. En todos tiempos ha debido ser una posición militar muy fuerte. Por los restos de muros y fosos que la rodean, en particular al Norte y al Nordeste, se infiere evidentemente que tal fue su destino en otro tiempo. Asimismo se ven muchas cisternas, que debieron servir antiguamente para recoger las aguas pluviales, pero que al presente no prestan semejante uso. Hoy día el monte Tabor solo está habitado por algunos *fellahs* o campesinos, que cultivan una pequeña parte, lo que les basta precisamente para la subsistencia. Estos se mostraron sorprendidos e inquietos con nuestra visita; tan raras veces es turbada su soledad por personas extrañas.

Después de encargar a nuestro guía que condujese los caballos por el mismo sendero por donde había subido, bajamos la pendiente rápida de la montaña a la llanura de Safet, y ganando la carretera que conduce de Acre y de la costa a Damasco, llegamos en pocos minutos a un vasto parador, bien fortificado, llamado *Khande Gebel Thor* (monte Tabor). En él tiene lugar una vez a la semana un mercado muy concurrido principalmente por los traficantes de Tiberíades, que van allí a cambiar sus géneros por caballerías. Se nos invitó a descansar en él hasta que el calor del día cediese; pero, no inspirándonos confianza la traza de los habitantes, no quisimos aceptar su ofrecimiento.

De allí, atravesando un país hermoso, cuyo suelo, aunque fértil, sólo está cultivado en parte, llegamos al Jordán, distante del Khan unas cuatro horas. En este trayecto sufrí mucho las fatigas del calor; porque no encontramos ni un árbol, ni un arbusto que nos ofreciese la más ligera sombra contra los abrasadores rayos del sol. Felizmente había llevado yo un *keffié* beduino (pañuelo), que me puse en la cabeza sobre el turbante. De esta manera llegué al Jordán. Allí descansamos bajo el arco de un puente medio arruinado que atraviesa el río un poco más abajo del pueblo de Szammagh[100], cerca del sitio donde desemboca en el lago. En la margen opuesta hay una llanura de mediana extensión, célebre por las frecuentes incursiones de los árabes. Hacia la temporada de la siega envían allí de Tiberíades guardas encargados de asegurar la recolección de los frutos de la tierra[101].

A ocho o diez millas más allá en dirección sur, está Bisan, la Bethshan de la Escritura y la Scythopolis de los escritores griegos y romanos. Esta era la ciudad más considerable de la Decápolis, y la única que se hallaba a este lado del Jordán. Después de la derrota de los israelitas y de la muerte de Saúl y de sus hijos, los filisteos colocaron el cuerpo de Saúl en las murallas de esta ciudad, de donde fue sacado por los habitantes de Jabesh-Gilead. Todavía se ven allí los restos de un teatro romano, cubierto en parte por crecidas yerbas, así como vestigios de una fortaleza, tal vez la antigua Acrópolis, construida en la cumbre de una colina de forma cónica. Al nordeste de esta colina se encuentran muchos sarcófagos, y al sudeste un camino embaldosado que conduce a la antigua Tolemaida (Acre). La aldea misma no es otra cosa que un montón de miserables chozas donde viven cerca de doscientos campesinos pobres En el estado actual de la Palestina está excluida de toda participación en su comercio. Hállanse en los alrededores de la aldea algunos trozos de lava, y las montañas que la rodean presentan el aspecto de volcanes apagados. El monte Gilboa está próximo a Bisan, y limita al oeste la llanura del Jordán. Los indígenas le llaman aun hoy día Gebel Gilbo. Es una larga cortina de montañas, cuyas diversas escotaduras forman picos que se elevan a quinientos pies de la superficie del camino y a cerca de mil sobre el Jordán. Al este la llanura está terminada por una cadena de montañas, prolongación del monte Gilead. En el intervalo comprendido entre este sitio y Bisan, el Jordán está atravesado por un puente de piedra, que forma un arco principal y otros dos más pequeños. Cerca del puente hay un espacioso khan para los viajeros.

Luego que hubimos descansado suficientemente, nos desnudamos para bañarnos. El Jordán por esta parte tiene de treinta a cuarenta pies de anchura, pero muy poca profundidad. En este punto sus aguas son completamente cristalinas, mientras que en su embocadura, cerca de Jericó, presentan

100 Palabra árabe que significa pescado.
101 Ellos mismos comerán vuestro trigo y beberán vuestra leche. (Ezeq XXV, 4)

un blanco turbio, color de que se impregnan evidentemente a consecuencia de hallar en su paso un lecho de tierra arcillosa.

Con el fresco de la tarde volvimos a montar a caballo. Al acercarnos al lago Tiberíades por su extremidad oeste, notamos una antigua construcción de mampostería que nos pareció ser un dique, hecho sin duda para evitar las inundaciones. Se dice que en la estación de las lluvias, cuando crece a beneficio de los torrentes que descienden de las montañas, se eleva a tres o cuatro pies sobre su nivel ordinario. Una llanura estrecha separa las márgenes del lago de una cadena de colinas ásperas que corren paralelamente con él y que lo limitan hacia el oeste. El sol acababa de ocultarse un poco detrás de su cúspide, de suerte que, al reflejarse en el fondo del lago, ofrecía una multitud de formas tan variadas como agradables. La margen opuesta se encuentra limitada por rocas áridas, escarpadas, de rudos contornos y por colinas de piedra gris. En suma, es un hermoso lienzo de agua: pero el aspecto uniforme de sus playas, la total ausencia de árboles en toda su extensión, unido a que no se ve en él ni una sola barquilla[102], le comunican un aspecto sombrío y monótono que no presentan nuestros lagos de Europa. Su superficie, en general, es tersa como un espejo, lo cual se debe a la naturaleza del terreno que lo rodea; pero del mismo modo que todos los mares encerrados dentro de tierra, está expuesto de tiempo en tiempo a las sacudidas de los huracanes, a las ráfagas y borrascas que de improviso descienden de las montañas[103], y que son poco duraderas. En lo antiguo se le llamaba mar de Chinnereth, a causa de la proximidad a la ciudad de este nombre. La Escritura lo denomina mar de Galilea, porque se hallaba en efecto en el confín occidental de esta antigua provincia de la Palestina, lago de Genezareth, del país de este nombre que le es vecino, y en fin, mar de Tiberíades, del nombre de la ciudad de Tiberíades situada en sus cercanías. Hoy sólo se le conoce por lago Tabaria, única ciudad considerable que en sus márgenes se encuentra. Su longitud es de unas quince milias, y su latitud de seis a nueve. Los judíos acostumbraban decir, hablando del lago de Genezareth, que «Dios amaba a este mar más que a ningún otro»; y en cierto modo este aserto está bastante justificado, porque Nuestro Divino Redentor, ya antes ya después de su resurrección, lo honró con su presencia más que a ningún otro lugar. Hizo de Cafarnaúm, edificada en las riberas del lago, el lugar de su residencia ordinaria. De aquí procede que se la llamaba «su ciudad» (San Mat. IX, 1). En las márgenes de este lago fue donde encontró muchos de sus apóstoles, ejerciendo la humilde profesión de pescadores, y donde los llamó para dar testimonio de sus milagros y anunciar su reino. En este lago es asimismo donde Jesús, para evitar que la multitud se apiñase a su alrededor, subió a una barca y desde allí enseñó al pueblo reunido en la playa. ¡Qué espectáculo tan imponente! Una multitud inmensa de gente colocada en orden sobre la pendiente de las alturas vecinas que se reflejaban en las cristalinas aguas del lago, escuchando con atención al que les hablaba como jamás hombre alguno ha hablado. El carácter del orador, el lugar, el silencio solemne que reinaba, todo contribuía a aumentar el efecto de esta escena majestuosa. En este mar fue donde Jesús «a la hora cuarta de la noche» marchó como un espíritu a pesar de la «borrasca que se había levantado» y de la agitación de las olas. A estas mismas olas fue a las que «habló con imperio» y dijo: «¡Calla tú, cálmate! y el viento cesó y sucedió una gran calma» (San Marc. IV, 39). En las márgenes de este lago fue en fin donde Jesús se apareció a sus discípulos tres días después de su resurrección; y donde, habiendo echado en cara a Pedro su falta de fidelidad, y obtenido de su boca la confesión de su falta por tres veces, le restableció en sus funciones de apóstol, e hizo de él una de las columnas de su Iglesia.

Después de dos horas de un agradable paseo a caballo por las riberas del lago, durante las cuales tuvimos el placer de ir recordando los sucesos de que acabo de hablar así como otros muchos de que fueron teatro aquellos lugares en la época de Nuestro Señor, llegamos a la ciudad de Tiberíades, situada en la margen occidental del lago, pero más al norte que al sur.

102 Bajo el reinado de Vespasiano, este lago fue teatro de una batalla en que perecieron millares de hombres.

103 «Entonces, un violento torbellino vino a caer de repente sobre el lago, y llenándose de agua su barca, corrieron peligro. Jesús, habiéndose levantado, habló con imperio al viento y a las agitadas olas: todo se apaciguó y sucedió una completa calma.» (San Lucas, VIII, 23, 24.)

Cerca de una milla antes de llegar a la ciudad y casi en las playas del lago, encontramos varios manantiales de agua mineral contenidos dentro de un edificio de piedra, de forma cuadrada, y terminado por una media naranja. La primera pieza sirve de antesala para los criados y de gabinete de tocador para los señores. El baño, o mejor dicho, el depósito que contiene el agua caliente está en la pieza interior y se halla colocado un poco más bajo que el nivel del pavimento. Forma un cuadrilátero de unos diez pies. Según mi compañero de viaje contiene una fuerte disolución de muriato de sosa en una cantidad considerable de hierro y de azufre. Estos baños son excelentes para los reumatismos y para los casos de debilidad prematura; a ellos concurren enfermos de todos los países de la Siria. Una especie de esqueleto, completamente desnudo, estaba en el baño, y parecía de tal manera absorto en sus pensamientos que no fijó su atencion en nosotros cuando entramos: quizá se consideraría como ajeno a este mundo, y por consecuencia exento de todas las consideraciones y deberes que impone la cortesía. El agua, al retirarse de la cisterna al lago, forma una corriente considerable que deposita sobre las piedras que encuentra al paso gran cantidad de sustancias de un color amarillento. Hállanse en los alrededores muchos otros manantiales minerales, de los que hasta ahora no se ha sacado ningún partido. Yo me abrasé la mano al sumergirla imprudentemente en uno de los manantiales para asegurarme del grado de calor, y para conocer el sabor que tenían. Este sitio se llama El-Hammam, nombre genérico que se da a todos los manantiales de agua caliente. Su antiguo nombre hebreo *Emmaus* tiene, en mi sentir, la misma significación.

A contar de un poco mas allá de estos manantiales hasta Tiberíades, se encuentra gran número de cavernas abiertas en los lados de las colinas situadas al oeste. La hora avanzada del día no nos permitió examinar su naturaleza. Posible es que sirviesen de albergue a los monjes de la edad media. A los viajeros se les dice que son los «sepulcros» de que hace mención el Evangelio, y que habitaban los endemoniados, de los que uno fue instantáneamente curado por Jesucristo.

Poco antes de llegar a la ciudad pasamos por en medio de algunas ruinas que sirven hoy de cementerio a los turcos, y entre las que se observan una multitud de columnas de granito rojo y gris, que yacen esparcidas acá y allá. Estos son indudablemente los restos de la antigua ciudad que había edificado Herodes Agrippa, tetrarca de Galilea, y a la que dio el nombre de Tiberíades en honor del emperador Tiberio que reinaba entonces. Los sarracenos se apoderaron de ella bajo el califato de Omar: en la época de las cruzadas cayó en poder de los cristianos; pero los mahometanos se hicieron dueños de ella definitivamente hacia el principio del siglo XIV.

Era de noche cuando llegamos a las puertas de Tiberíades. El ruido de los herrados cascos de nuestros caballos sacó de su adormecimiento a algunos soldados albanos que estaban allí de guardia, por pura forma. Nuestra llegada a esta aislada ciudad causó desde luego una gran sorpresa, a la cual sucedió bien pronto la desconfianza. Satisfechos con la pobre suma de conocimientos que poseen y que consideran suficientes para sus necesidades, los orientales no pueden concebir que los europeos se decidan a abandonar una patria donde viven felices únicamente por curiosidad, o por amor a la ciencia. Mediante la exhibición de nuestros *teskerés* o pasaportes, se nos permitió pasar adelante, y se nos condujo a casa de un católico llamado Saba, para el cual nos habían dado en el convento de Nazaret cartas de recomendación. Ejercía las funciones de secretario del gobernador, y era considerado como un personaje de importancia en un país donde muy pocos saben leer y escribir. Este buen hombre se mostró en extremo envanecido con nuestra visita, y en seguida se impuso el deber de prepararlo todo para recibirnos dignamente. A pesar de nuestras instancias hizo añadir otros muchos platos a la modesta cena que se preparaba a dividir con su familia. Preciso es haber viajado por países donde no es siempre el dinero un recurso contra las privaciones, para poder apreciar debidamente los encantos que encierra una recepción franca y cordial como la que se nos hacía. Estas pruebas de desprendimiento son en general muy raras; pero cuando se encuentran, honran al que las da, tanto más cuanto es difícil volver a ver al viajero que pasa, y que de seguro se espera no encontrarle de nuevo en la vida. Dispusieron nuestras camas en la azotea que protegía un

enrejado formado por una hermosa parra. Una vez acostados empezamos a disfrutar del aspecto maravilloso que al través de aquel follaje presentaba la bóveda celeste.

Septiembre 6.—Nos levantamos muy temprano a fin de aprovechar la frescura de la mañana para visitar la ciudad y sus alrededores. La moderna ciudad de Tiberíades o de Tabaria, como la llaman los indígenas, sólo ocupa una parte del área de la población antigua. Por todas partes, excepto por el lado del mar, se encuentra rodeada de una muralla fuerte y sólidamente construida, de unos veinte pies de altura, con un parapeto; pero sin artillería. Tiene troneras abiertas y se halla flanqueada por veinte torres redondas. Estas torres presentan a primera vista un aspecto imponente; pero un detenido examen hace conocer inmediatamente su insignificancia. Sin embargo, se considera a esta ciudad en disposición de resistir cualquier asalto dado por soldados sirios[104]. Al norte de la población y sobre una eminencia que la domina, se observan las ruinas de la ciudadela, destruida hace algunos años por un temblor de tierra, que derribó asimismo la mayor parte de las casas de la ciudad. La mitad del recinto contenido dentro de los muros se halla todavía yermo de casas y de toda clase de edificios. En los arrabales de la ciudad, hacia la orilla del lago, hay una pequeña capilla que, según la tradición, ocupa el solar de la casa de Simon, hijo de Jonás (el apóstol San Pedro), y en la cual ejercía la humilde profesión de pescador, ignorando el glorioso destino que le esperaba. Es un edificio de forma oblonga, abovedado, y a cuyos costados han abierto dos pequeñas ventanas para recibir la luz exterior. Generalmente sirve de *han* o parador para los viajeros que no tienen en la ciudad otro sitio donde hospedarse. Muy cerca de allí había algunos pescadores ocupados en retirar del lago sus redes, y el pescado que sacaron era del tamaño de la pértiga y se le parecía mucho. Es indudable que en el lago existen otras muchas especies de pescados y que viven en él con la mayor tranquilidad.

Aquí, como en todas partes, los judíos habitan un barrio separado. Hállase este casi en el centro de la población, y está rodeado de un muro con muchas puertas que se cierran al anochecer: sin embargo, disfrutan una completa libertad religiosa, y un gran número de ellos son judíos de Europa que se han retirado allí para concluir sus días pacíficamente. Tiberíades es una de las cuatro ciudades santas del Talmud (las otras tres son Saphat, Jerusalén y Hebrón), y se halla situada a la orilla del lago Genezareth de donde, según creen, debe salir el Mesías. Al mezclarnos con ellos, unos nos dirigieron la palabra en alemán y otros en castellano. Nos llevaron a visitar su sinagoga así como también una especie de colegio que tienen. En la biblioteca de este último establecimiento, vimos tres o cuatro rabinos que parecían estar muy abstraídos sobre gruesos volúmenes encuadernados en badana y escritos en hebreo, siendo para ellos de gran satisfacción el ver que nosotros conocíamos muchos hechos relativos a los primeros tiempos de su historia. El primitivo establecimiento de sus antepasados en Tiberíades, se remonta a la época de la destrucción de Jerusalén por Vespasiano. Después del aniquilamiento de la monarquía de los judíos, Tiberíades fue la residencia de una serie de patriarcas que ejercían cierta autoridad sobre los israelitas dispersos en diferentes puntos de la Palestina. Esta ciudad se hizo con facilidad célebre por su academia, que presidieron sucesivamente muchos doctores judíos hasta el siglo IV. Asegúrase que la última asamblea del Sanhedrim se verificó aquí: el *Mishna* o el *Talmud* fue redactado en ella, y aquí en fin fue donde los célebres Massoritas se entregaron a unos estudios que exigían las más minuciosas investigaciones.

Tabaria es quizá la población más triste de toda la Siria. Los beduinos del Ghor, que están al sur del lago, y los habitantes del cantón del Szaffard, al norte, son los únicos con quienes hace algún comercio. Las caravanas que van de Acre a Damasco se detienen allí de tiempo en tiempo; pero, a pesar de esto, los bazares parecen desiertos, y la mitad de las tiendas están cerradas por falta de compradores. Si no fueran los judíos, la antigua metrópoli de la Galilea estaría positivamente abandonada ya hace mucho tiempo, a causa de la insalubridad de su situación, rodeada como lo está de ásperas montañas que no dejan libre paso al viento del oeste (viento que reina en toda la Siria

104 Bajo la dominación del jeque árabe Daber, resistió durante ocho meses el ataque de ochenta mil sitiadores (Burkhardt.)

durante el estío), y que hacen subir el calor a un grado insoportable algunas veces. Las fiebres intermitentes son aquí muy comunes. El temor de ser víctimas de este azote de los viajeros, y la idea de que habíamos dejado en Nazaret un amigo (Mr. Cadalvene) enfermo de esta misma fiebre, fueron causa de que nos detuviéramos en Tabaria menos tiempo del que sin esta circunstancia hubiéramos empleado.

Hállanse en los alrededores diversas localidades de que se hace mención en el Evangelio, y que hubiéramos visitado con placer porque en ellas fue donde Nuestro Señor pasó una gran parte de su vida pública. Sobre la playa occidental del lago estaba Cafarnaún, donde vivió en casa de la suegra de Simón a quien curó de la fiebre (San Marc. I, 29, 30, etc.). Cerca de Cafarnaúm estaba Betsaida de Galilea, residencia de los apóstoles Andrés, Pedro y Felipe (San Juan, 1, 44). No lejos de allí se hallaba situada Corozain, a la cual, así como a las otras dos ciudades de que acabo de hablar, dirigió Nuestro Señor enérgicos reproches por la indiferencia con que habían visto sus milagros (San Mat., XI, 21). Otra Betsaida, llamada también Julias, se hallaba asimismo en la margen nordeste del lago. El desierto donde Jesús alimentó a la muchedumbre con cinco panes y dos peces se encuentra a corta distancia de este lugar al volver de Cafarnaúm fue cuando atravesó el lago andando por la superficie del agua, y donde puso a prueba la fe de Pedro permitiéndole seguir su ejemplo. Muy cerca de allí estaban Dalmanatha y Magdala. Probablemente es de esta ciudad de donde era natural aquella María de que se habla en el Nuevo Testamento bajo el nombre de María Magdalena. En la dirección norte se descubre la ciudad de Safet, situada en una de las montañas más altas de Galilea. Se cree que esta sea la Citron de la Escritura, que se hallaba en el país de Zabulón, y de la cual no pudieron apoderarse los israelitas. A una gran distancia se la distingue, y en este concepto es muy posible que sea «la ciudad edificada sobre una colina» a la que alude nuestro Salvador en el sermón que predicó sobre la montaña.

Después de habernos refrescado bañándonos en el lago, cuya agua es en extremo dulce, fresca y cristalina, nos volvimos a poner en marcha hacia el mediodía para regresar a Nazaret. Nuestro amable huésped, que no nos había perdido de vista ni un minuto, nos acompañó hasta cierta distancia de la ciudad, y al separarnos de él nos fue imposible hacerle aceptar ningún regalo.

A medida que subíamos la montaña situada al oeste del valle, el viento que había sido sofocante en la hondonada, fue refrescando poco a poco: la vegetación era vigorosa y se revistió de un tinte más subido. A la izquierda del camino, sobre un terreno un poco elevado, vimos algunos bueyes empleados en trillar el trigo: iban sin bozal y se les dejaba comer libremente todo el grano que querían, conforme a este precepto de Moisés: «No atarás la boca al buey que trilla tu grano en la era» (Deut. XXV, 4). Cuando el grano está separado de la espiga, se le limpia lanzándolo contra el viento con una pala de madera. Esta operación se repite hasta que el grano está completamente separado de la paja, después de lo cual se le reúne en montones, y se lleva a la casa misma del propietario, porque en estos países no se ven en ninguna parte trojes aislados. De la paja, así triturada, se hace uso para apacentar a los animales y para la construcción de ladrillos. La era donde se practican estas operaciones está comúnmente descubierta; se aplana bien con un gran rodillo, y para endurecerla se mezcla cal con la tierra a fin de que la yerba no pueda crecer, ni abrir en ella grietas el calor. Sin embargo, a pesar de todas estas precauciones, se encuentra siempre un poco de tierra interpuesta en el grano, lo que hace que el pan sea arenoso y malo.

Al cabo de una hora de camino, llegamos a Ayn-el-Raham, nombre que se da a un bellísimo manantial de agua. Echamos pie a tierra en este sitio y nos desayunamos con pan y fruta. Dos horas y media después, llegamos a un paraje donde se ven seis enormes piedras negras que se alzan de la superficie del suelo a corta distancia de camino. Se las denomina *Hadjarel Nassara* o «las piedras de los cristianos.» Créese que estas son las piedras mismas sobre las cuales Jesucristo se apoyó cuando enseñó a la muchedumbre que se había reunido para oírle, y que este es el lugar donde se verificó la multiplicación de los panes y de los peces.

A una hora de distancia de este sitio, en una llanura muy igual se levanta una colina de forma oblonga, en cuya extremidad se alzan dos cimas o cúspides agudas. Los indígenas la llaman *Kerun*

Hottein (los cuernos de Hottein): los cristianos le han dado el nombre de *mons Beatitudinis* (monte de la Beatitud). Casi a la mitad de la falda de este monte, en un terreno algo mas igual que lo demás, se encuentran los fundamentos de una pequeña iglesia edificada en el sitio mismo donde Nuestro Señor pronunció el admirable «Sermón de la montaña», discurso en el cual se hallan reconcentrados el espíritu y la sustancia de todas las virtudes cristianas. «Y Jesús iba por toda la Galilea», «y una gran muchedumbre de pueblo le seguía.» Jesús, viendo todo aquel pueblo, subió sobre una montaña, desde donde le enseñó diciendo: «Bien aventurados los pobres, etc.» (Véase San Mateo, cap. V y siguientes).

El país que hoy hemos atravesado se compone de una serie de llanuras estrechas que, a partir del Jordán, se alzan sucesivamente las unas sobre las otras, formando a manera de escalones. El suelo es por todas partes un terreno negro, profundo y enteramente limpio de piedras; y el clima pareció a nuestros inexpertos ojos, capaz de las producciones más variadas, si una mano industriosa tomase el trabajo de cultivarle. Lo que parece cierto por lo menos es que el producto sería más que suficiente para recompensar con creces al labrador de los cuidados que emplease. Luego que hubimos entrado en la Galilea, nos sorprendieron particularmente la maravillosa fertilidad del suelo y los encantadores paisajes que se encuentran, y que contrastan de una manera admirable con las áridas rocas de la Judea. Como ya lo he notado en otro lugar, no parece sino que «el soplo de la cólera de Jehovah ha caído de un modo extraño sobre esta última comarca, y que ha desecado el territorio de la hija de Sion.» Pero aquí donde los favores de Dios están tan multiplicados nadie viene a utilizarlos. Esta región está inculta y casi desierta. El historiador del pueblo judío, después de haber descrito la natural fertilidad del suelo, hace de este país un cuadro muy diferente de su estado actual. La Galilea contaba entonces una población numerosa, intrépida e industriosa: «estaba admirablemente cultivada, y hubiera costado trabajo encontrar una pulgada de terreno improductivo.» Hallábase cubierta de villas y ciudades, y el más pequeño de sus pueblos contenía una población de quince mil almas. En las dos pequeñas provincias de la Alta y de la Baja Galilea, se pudo reunir un ejército de cien mil combatientes. ¿A qué causa ha de atribuirse el cambio que se ha verificado en este sentido, sino a la conducta opresora de sus gobernantes respecto a los que habitan esta parte de la Palestina?

Al descender de la montaña a la llanura, cruzamos un vasto campo donde crecen varias especies de cardos, algunos de los cuales tenían de cuatro a cinco pies de altura. El calor todavía muy fuerte hoy, nos impidió coger un ejemplar de ellos; pero creo han sido descritos por el sabio naturalista Haselquist, que ha visitado este país.

Un poco antes de llegar a la aldea de Turón, atravesamos por un rastrojo que los monjes llaman «Degle Spine:» según ellos, es donde los discípulos de Jesús cortaron las espigas el sábado (San Luc. VI, 1-5). Pero a la sazón la siega había concluido, y no pudimos ni coger ninguna espiga para comer el grano después de haberla «restregado entre las manos», ni llevarlo a nuestro país para hacerlo ver a los amigos.

Cinco horas y media después de nuestra salida de Tiberíades, llegamos a Keffer Kenna, la Canaán de Galilea, así llamada para distinguirla de otra ciudad del mismo nombre situada en la tribu de Asher. Los mahometanos dan el nombre de Keffer, que significa infiel, a las ciudades habitadas principalmente por cristianos. Allí es donde Jesucristo hizo el primer milagro, que refiere el Evangelio, convirtiendo el agua en vino en las bodas de Canaán[105]. Es una linda y pequeña aldea agradablemente situada en la pendiente de una colina que mira al Sudoeste, y que se alza en medio de vergeles de olivos y otros árboles frutales. El propietario de uno de estos vergeles nos invitó a descansar en él durante las pocas horas que nos habíamos propuesto pasar en la aldea, y aprovechando el permiso, extendimos nuestros tapices a la sombra de una soberbia higuera, a cuyos pies corría un pequeño arroyuelo. Los habitantes nos abastecieron de pan, fruta y queso, comida muy modesta seguramente, pero que el hambre nos hizo encontrar excelente. No teníamos ni una gota de vino; pero el agua era deliciosa. Venía de la única fuente abundante que había en aquellos

105 Así es como Jesús hizo en Canaán de Galilea su primer milagro. (San Juan, II, 11.)

alrededores (cerca de veinte pasos del sitio donde estábamos), y había sido sacada del manantial mismo que suministraba agua a la población cuando nuestro Señor la visitó. Esta fuente está circundada de una pared de mampostería. Muchas jovencitas van a ella a buscar el agua en cántaros para la cena. Estas ánforas tienen cerca de dos pies de alto, y están hechas de una especie de piedra caliza muy molida, que es muy común en el país[106]. Se nos enseñaron las ruinas de una casa que se cree ser donde tuvo lugar el milagro; pero no nos interesó tanto como la fuente, porque ésta, menos perecedera que aquella, no necesitaba la tradición popular para atestiguar su identidad a nuestros ojos. Nataniel, que después se llamó el apóstol Bartolomé, nació en Canaán. A esta aldea es adonde uno de los magnates de Cafarnaúm vino a buscar a Jesús para rogarle curase a su hijo que estaba enfermo, y recibió esta consoladora respuesta: «Vete, tu hijo está bueno.»

De aquí hasta Nazaret el camino serpentea al través de una serie de colinas cretosas, cubiertas de arbustos; y en todo este espacio no se encuentra más que una sola aldea. Como nos habíamos detenido algún tiempo en Canaán, era tarde cuando llegamos a las puertas del convento. Hallábanse estas cerradas; pero habiéndonos conocido el guardián, las abrió inmediatamente, y nos apresuramos a visitar a nuestro amigo Mr. de Cadalvéne, que habíamos dejado enfermo; pero su salud había mejorado notablemente durante nuestra ausencia.

Setiembre 6.—Mientras estábamos sentados esta tarde en una de las colinas que circundan el valle de Nazaret, la Biblia en la mano, y abandonados sin distracción a las dulces emociones que nos hacía experimentar su agradable lectura, un mensajero del Convento vino a anunciarnos los grandes acontecimientos que habían tenido lugar en París. La noticia había sido traída de Acre por un correo que trajo al mismo tiempo a Mr. Cadalvéne cartas donde se le daban algunos detalles a la ligera. A su salida de París ocupaba este excelente amigo un empleo en la corte del rey. La caída del gobierno destruía en gran parte sus esperanzas de engrandecimiento, y se hallaba demasiado distante del teatro de los sucesos, para juzgar de las consecuencias que pudiera tener una revolución tan completa. Todos nosotros habíamos vivido también largo tiempo en la capital de Francia, y habíamos dejado en ella muy buenos amigos por cuya suerte empezamos a experimentar naturalmente serias inquietudes.

13.
De Nazaret a Acre.

Volvemos a la costa.—Camino de Nazaret a Acre.—Saffura o Zippor.—Llanura y ciudad de Zabulón.—Valle de Abilena.—Llegada a Acre.—Saludo de las baterías.—Convento Latino.—Salida de Tiro.—Camino a lo largo de la costa hacia el norte.—Zib.—Escala de Tiro.—Ras-el-Abiad, o promontorio blanco.—Antigua Fenicia.—Ras-el-Ayn.—Antigua Tiro.—Ciudad moderna de Tsur.

Nazaret, 8, 9, 10 y 11 de septiembre.—La enfermedad de Mr. de Cadalvéne nos obligó por su prolongación a permanecer aquí algunos días. Como la mudanza de aires nos parecía la única cosa capaz de producir algún alivio en su salud, deseábamos ardientemente trasladarle a la costa; pero su estado de debilidad no le permitía emprender este viaje, y nos fue imposible encontrar un carruaje, ni aun una litera llevada a lomo por caballerías. Sin embargo, léese en la Biblia que en otro tiempo «esta tierra apacentaba numerosos caballos, y que había en ella multitud de carros» (Isaias).

A la sazón habíamos concluido de visitar los diversos lugares notables de la Tierra Santa, y en su virtud cada uno de nosotros recibió un diploma escrito en latín, expedido por el superior del convento, para que lo pudiéramos atestiguar, caso de necesidad, Este diploma nos da el derecho de añadir a nuestros nombres el título tan ambicionado en otro tiempo de *Hadji* o peregrino[107].

106 Allí había seis grandes ánforas de piedra.

107 Mientras duró mi viaje a Oriente, tomé el nombre de Hadji Djorjos (el peregrino Jorge). He aquí una copia literal del documento. «In Dei nomen (sic) Amen. Ea est sane Christi Fidelibus felicissima conditio, qui, divina inspirante

Septiembre 12.—Habiendo mejorado la salud de Mr. de Cadalvéne lo bastante, para que yo pudiese, sin inconveniente, dejarle al cuidado de Mr. de Breuvery, partí para Acre, acompañado del superior del convento y de otro monje. El primero era alemán y tenía vasta instrucción y maneras muy afables. Su avanzada edad le había obligado a dimitir sus funciones, y se encaminaba al lugar que había elegido para su retiro. Este era el convento de Harissa, en el Kesruan, agradablemente situado en la cúspide de una eminencia que domina el mar. A fin de evitar el calor, viajábamos de noche.

Después de haber doblado las colinas que limitan al Norte el valle de Nazaret, nos dirigimos al oeste al través de un país montañoso y áspero, y al cabo de unas tres horas llegamos a la muy arruinada aldea de Saphory, cuyo nombre y situación indican suficientemente el sitio de Sapphura o Sapphoris, la antigua Zippor o Tsippor. Era la ciudad más numerosa de la Galilea, y durante algún tiempo se llamó Diocesarea. Así, la denominación misma bajo la cual este paraje es aun hoy día conocido de los habitantes, es una nueva prueba de que conserva su primitivo nombre. El Talmud hace mención de ella con la importancia de una ciudad donde había una universidad judía, célebre por la ciencia de los rabinos. Aquí es donde radicaba uno de los cinco sanedrines o tribunales de justicia de la Palestina: los otros se hallaban establecidos en Jerusalén, Jericó, Gadara y Asnathona. Su situación hacia su defensa tan fácil, que se la consideraba inexpugnable. Los habitantes se levantaron muchas veces contra los romanos.

Pero lo que la hace en particular interesante a los ojos del viajero cristiano, es que se la mira como el lugar del nacimiento de Joaquín y Ana, padre y madre de la Virgen. Todavía se observan los restos de una iglesia edificada en el lugar que se supone ocupaba la casa que aquellos habitaron. A pesar del estado ruinoso en que se halla, presenta algunas señales de una gran magnificencia, y los materiales empleados en su construcción debieron costar sumas enormes. La ciudad que no es hoy mas que un montón de ruinas, fue saqueada por los romanos en el siglo IV; y parece que la iglesia misma no escapó de la destrucción general. Nada indica que haya sido reedificada. Su proximidad a Nazaret explica naturalmente por qué causa ha permanecido tan largo tiempo en ese estado de olvido y de abandono.

Un castillo redondo, que probablemente sería la Acrópolis de la antigua ciudad, ocupa la cumbre de la colina donde se levanta la aldea: presenta un aspecto imponente; visto a esta hora y a la luz del brillante resplandor de la luna, es una ruina muy pintoresca. Aquí principia la llanura de Zabulón, que atravesamos en dirección opuesta cuando íbamos a Nazaret. Admiramos por segunda vez la asombrosa feracidad del suelo, y los hermosos busques que lo terminan en lontananza. Tiene de tres a cuatro millas de longitud por una de ancho. En la lista de las aldeas, situadas en los alrededores, ningún nombre encontramos que pareciese corresponder al de la antigua Zabulón, ciudad fuerte y de una belleza admirable, que, según Josefo, separaba la provincia de Tolemaida de la Judea.

El valle de Avilena es el primero que se encuentra al dejar la llanura de Zabulón, yendo hacia la costa. Es más estrecho y menos profundo que esta última: pequeños montecillos, cubiertos de encinas en gran parte, limitan sus costados. En un paraje apartado, tendimos en tierra nuestros tapices y descansamos.

---

gratia, et Sancti Spiritus adjuvante virtute, per longa periculisque plena itinera, in sacra Palestinæ loca se conferunt visitaturi pretiosa nostræ Redemptionis monumenta. Quapropter ad hæc sacrosanta loca revisenda accessit dilectus in Ch. D. G. Robinson, et post suam sanctam visitationem a nobis postulasset litteras testimoniales suæ peregrinationis. Nos infra scriptus Missionarius Aps. et Parochus hujus sanctæ et sacerrimæ domus Annuntiationis Bmæ Mariæ Virginis, ejus piæ et rationali petitioni anuentes, præsens chirographum eidem concessimus, omnibus et singulis inspecturis fidem facientes, prædictum D. G. Robinson singulari devotione et spectabili pietate visitasse Judæam et Galilæam, nempe Bethlemiticum, diversorum ubi natus est Christus Doms, et omnia alia colenda monumenta in illa Davitica civitate, cum omnibus locis quæ visitari solent, Hierosolymis, gloriosum Christi Domini Sepulchrum. In hac sancta civitate Nazareth, sacratissimam domum ubi Verbum caro factum est. Quæ, ut sint majoris roboris et fidei, manu propia subscripsimus et nostro sigillo munivimus. Datum die 11 7bris. Nazareth, 1830. Fr. Johannes a Macarsia. Miss. Aps. et Paro hus.»

Septiembre 13.—Al amanecer volvimos a montar a caballo y bajamos a la llanura de Acre. Como estábamos cerca de la ciudad, el estruendo de numerosos cañonazos, vino de repente a herir nuestros oídos. El fuego se sostuvo durante algún tiempo, muy vivo, aunque irregular, de tal manera que al ver las nubes de humo que se levantaban, se hubiera podido creer que era una ciudad en acción de rechazar un asalto. Sin embargo, yo estaba intranquilo, porque tenía como consecuencia de la incuria natural a los soldados turcos, que hubiesen cargado con bala los cañones para aumentar el ruido. Al llegar a las puertas de la ciudad supimos la causa de todo aquel alboroto. Se nos dijo que el bajá acababa de recibir un *firman* de la Puerta que le ponía en posesión de Jerusalén y de un vasto territorio, situado al oeste del Jordán, que hasta entonces había formado parte del bajalato de Damasco.

Acre 14 de septiembre.—Pocas veces hay en el convento de esta ciudad más de tres o cuatro monjes[108] al mismo tiempo. Este número se considera suficiente para las necesidades de este sitio, y los viajeros están seguros de encontrar aquí siempre un alojamiento cómodo. Los extranjeros que llegan a él, no son servidos en sus aposentos: comen en el refectorio a las mismas horas que los monjes en mesas largas y estrechas, colocadas alrededor de la sala, teniendo como los religiosos la espalda vuelta a la pared. Se les sirve en platos de estaño, y las viandas son de antemano distribuidas por raciones en la cocina. Como he dejado dicho anteriormente, no se exige nada por alojamiento y manutención, y el descanso que hacen aquí los extranjeros, es ilimitado en cierto modo: pero, según he llegado a entender; algunos viajeros han abusado tristemente de la hospitalidad que se les ha concedido.

Septiembre 15.—MM. de Cadalvene y de Breuvery se han embarcado esta mañana para Beirut, y con tal motivo he mandado disponer mi bagaje para dirigirme a esta ciudad por tierra.

Septiembre 16.—A las tres de la tarde me puse en camino con dirección a Tiro, Sidón y Beirut. Había alquilado dos caballos para este viaje, a razón de un dólar por día. Hadji Muza (Moisés), que era su dueño, montaba uno y debía servirme de guía y de intérprete.

A corta distancia de los muros de la ciudad, en dirección norte, y muy cerca del mar, hay un modesto sepulcro erigido en memoria de Daer baja. A la derecha del camino, sobre un terreno en declive, está la casa de Abdallah bajá. Dicen que se halla dispuesta con gusto, pero no la visité a causa de la decidida aversión de mi acompañante hacia los extranjeros, aversión que proviene sin duda de un sentimiento de desconfianza. Este paraje se llama Aboualy, del nombre del jeque que en él se halla enterrado. Al cabo de una hora llegamos a una fuente de excelente agua, llamada Semars, con referencia a la Virgen. Muy inmediatas a esta fuente se encuentran las ruinas de un convento, situado sobre una colina poco levantada, cerca de la cual surge una pequeña aldea; y a las dos horas de haber salido de este último punto llegamos a Zib, pueblo edificado en una eminencia cercana al mar. Indudablemente es esta la antigua Aezibah (manantial de agua caliente), que se hallaba situada en la tribu de Asher. A partir de aquí, la llanura ofrece un aspecto sombrío y triste: falta de cultivo, no produce más que plantas parásitas; sin embargo, atravesada como está a cortas distancias por corrientes de ricas aguas, sería susceptible de la fecundidad mas grande. Pero el despotismo turco hace que las más fértiles provincias de la Siria estén hoy desiertas de habitantes, principalmente cristianos, que buscando su seguridad se han retirado a las montañas; ¡triste y melancólica prueba de que, bajo un mal gobierno, los favores mismos del cielo dejan de ser un beneficio!

Una hora después llegamos a una montaña escarpada que se supone ser el primer eslabón del Anti-Líbano, y *la escala de Tiro*. La noche nos sorprendió en este paraje, pero no dejamos de continuar avanzando por un camino excesivamente pedregoso, hasta que llegamos a Bourge-

108 Poco tiempo después de mi salida de Acre, el superior, dos monjes y un hermano lego, que yo había conocido, murieron allí de la peste, sin que se declarase ningún otro caso en la ciudad. Parece que cerca de un año artes un extranjero, que había muerto de esta enfermedad en el convento, había dejado algunos baúles en su cuarto. El hermano lego, queriendo cerciorarse de lo que contenían, tuvo la imprudencia de abrirlos: inmediatamente se vio atacado de la peste y contagió a los otros.

Nakkora, así llamada a causa de una torre cuadrada, donde se ha establecido un *caphar* para la protección de los viajeros. A lo largo de esta costa se encuentran frecuentemente torres parecidas a ésta, y se cree hayan sido construidas para rechazar a los piratas. Los soldados que la custodiaban nos permitieron cocer nuestra cena en su lumbre; en cambio les invitamos con un plato de *pilan*, que comieron con buen apetito, fumando después de mi tabaco, de tal modo que me hicieron temer me faltase para el resto del camino. Este artículo es más que una cosa superflua para el viajero en Oriente; es un objeto de necesidad absoluta; y si bien es fácil encontrarlo en cualquiera parte, solo en las ciudades de primer orden es posible hallarlo de primera calidad como era el que yo llevaba.

Septiembre 17.—Yo no quería permanecer entre aquellos hombres sucios y groseros más tiempo que el preciso para descansar; y en efecto, al amanecer volvimos a montar a caballo, y bajando la ladera norte de la montaña, llegamos en una hora a Scanderon, castillo ruinoso, situado hacia el mar, y que trae su nombre de Alejandro Magno, su presunto fundador. A su lado hay un hermoso manantial de agua.

Cerca de media hora mas allá empezamos a subir el promontorio conocido bajo el nombre de Ras-el-Abiad, o cabo Blanco, así llamado a causa del aspecto que presenta por la parte del mar. El camino que le atraviesa parece ser el que siempre se ha seguido, porque está considerablemente estropeado, y si bien hoy día no se hace uso de carruajes en él, todavía se notan señales de haber pasado ruedas. Se prolonga por la falda misma de la montaña, y está abierto en la roca caliza de que se forma el promontorio. De tiempo en tiempo se han desprendido por la parte del mar enormes trozos de piedra, de suerte que la vía está muy angosta por determinados parajes. Un pequeño parapeto de piedra, es lo único que en estos sitios separa al viajero de un precipicio de muchos pies de profundidad, terminado por un mar sin fondo. En uno de estos parajes eché pie a tierra, y me atreví a mirar abajo. ¡Qué espectáculo tan terrible! y sin embargo, el mar está tranquilo en este momento. En invierno, cuando el Mediterráneo se halla embravecido por los violentos huracanes del oeste, las olas vienen a estrellarse con furor contra la costa, y según me han asegurado, se elevan a la altura en que nos encontramos ahora. Millares de palomas torcaces que tienen sus nidos en las hendiduras de las rocas, espantadas por la detonación de la escopeta que acabo de descargar al aire, a fin de observar el efecto del eco, que es notable en este sitio, vuelan en todas direcciones. Al volverme, la especie de vértigo que se había apoderado de mí, mientras miraba la extensión del derrumbadero, se acrecentó aun mas al ver la montaña que, a partir de mis pies, surgía perpendicularmente a una altura todavía más considerable. Hadji-Muza vino felizmente a mi socorro, y me ayudó a separarme del sitio en que me hallaba. Este paraje tiene cerca de una milla de largo. Una tradición popular atribuye su construcción al mismo Scander o Alejandro Magno. La vista de este sendero abierto en forma de escalera, me hizo desde luego suponer que era la antigua *Scala* de los tirios; mas parece que debe restringirse esta denominación a las montañas limítrofes de Tolemaida (Acre).

Al llegar a la ladera norte del promontorio, entramos en la antigua Fenicia, propiamente dicha, y cuya capital era Sidón o Zidon. Cuando, por derecho de conquista, fue incorporada al reino de Siria, añadió a su antiguo nombre de Fenicia el de Siria, y se llamó desde entonces Siro-Fenicia. El país conocido de los griegos bajo el nombre de Fenicia, estaba limitado al oeste por el Mediterráneo y al este por las montañas de la Judea y de la Siria. Al norte reconocía por limites el Eleuthero, hoy el Nahr-el-Djebir o gran río, mientras que al mediodía se extendía hasta Accho (Acre), o mejor dicho hasta el río Cison, situado al sur de la ciudad. La distancia de Accho a la isla de Arad, casi en la embocadura del Eleuthero, de norte a mediodia, es de cerca de ciento cincuenta millas inglesas. La latitud media del territorio fenicio no puede extenderse a más de treinta de estas mismas millas. Herodoto dice que los fenicios descendían de los eritreos, esto es, de los edomitas, que fueron los primeros que intentaron atravesar el mar en naves. Así es que cuando los eritreos, edomitas o fenicios, pues bajo estos nombres se designaba a un solo y mismo pueblo, se establecieron en Sidón y en Tiro, bien pronto se hicieron célebres por su habilidad en la navegación y por su prosperidad en el comercio. Mientras que sus vecinos estaban empeñados en continuas guerras los unos con los

otros, los fenicios cultivaban las artes en paz; y la palmera emblema de la victoria, entre las demás naciones, era pintada en la proa de sus buques y grabada en su moneda como la imagen de la abundancia y el símbolo de la paz. No se parecían en nada a los sirios indolentes, a los rudos cananeos, ni a los filisteos mas bárbaros todavía.

Al cabo de hora y media llegamos a unos depósitos que los viajeros de la edad media llamaban los «Estanques de Salomón», pero que en el país sólo se conocen bajo el nombre de Ras-el-Ayn «la cabeza de la fuente.» Consisten en tres receptáculos de mampostería tosca, pero revestidos interiormente de una capa de cemento muy duro. Se elevan de quince a veinte pies sobre el nivel del territorio que los rodea y que es una llanura de cinco a seis millas de circunferencia. El receptáculo mayor, distante del mar cerca de un cuarto de milla, es de forma octógona, y tiene veinte y dos toesas de diámetro. El terraplén forma una especie de- azotea circular de ocho veinte pies de ancho, por debajo de la cual hay otra que mide pies. El agua, en vez de estar al nivel de la llanura circunvecina, se eleva hasta los bordes del receptáculo con fuerza y en forma de hervidero, como podría hacerlo expuesta al fuego. El manantial es tan abundante, que el agua, después de salir por un conducto que hay al oeste, forma un arroyo que hace andar tres o cuatro molinos en el trayecto que recorre al encaminarse al mar. El antiguo conducto, obstruido ahora, estaba hacia el oriente, por encima de un acueducto que comunicaba con dos cisternas más pequeñas, distantes de-la grande unos ciento veinte pasos. Una vez llenos estos depósitos, se llevaba a Tiro el agua por un acueducto, que se puede seguir todavía en toda su extensión.

Atravesando la llanura en dirección oblicua, avanza cerca de tres millas al norte, hasta llegar a un montecillo, sobre el cual se encuentra el sepulcro de un santón árabe; entonces vuelve hacia el oeste, y atraviesa el istmo para entrar en la ciudad. En muchos parajes, se observan a los lados y bajo los arcos pedazos de una materia informe, parecidos a trozos de piedra. Este producto es del agua que se rezume y petrifica al destilarse por encima. Como una obra de esta importancia denota un estado de gran prosperidad, hay motivo para creer, además de lo que se sabe de la historia de Tiro, que fue construida en una época muy remota, pero sin embargo, menos apartada que la que le asigna la tradición. Por lo mismo que las aguas se elevan sobre el nivel de la llanura, es de presumir que tienen su origen en las montañas, situadas a cosa de una media legua hacia el oeste. Es de notar que al principio del equinoccio de invierno, las aguas se enturbian y se coloran de un tinte rojizo; pero al cabo de algunos días vuelven a adquirir su transparencia ordinaria. El mismo fenómeno se puede observar en algunos pozos que hay hacia la parte occidental del istmo, en el lugar que ocupaba la antigua ciudad llamada Palæ-Tyrus, o la vieja Tiro, para distinguirla de la que estaba situada en la isla adyacente, bien que en realidad esta última fue la más antigua de las dos (véase Josué). Los pozos se hallan cubiertos con un viejo edificio o torre cuadrada; y se cree que han sido abiertos en la época del sitio de la ciudad por los asirios, y cuando estos cortaron toda comunicación con las cisternas por fuera de las murallas[109]. El agua es en ellos no solo abundante, sino de una excelente calidad.

La antigua ciudad de Tiro, la mas célebre de las ciudades de la Fenicia, y en otro tiempo la factoría del mundo entero, fue fundada por una colonia de sidonios[110]. Formaba parte del distrito

109 Josefo, *Antigüedades*, lib. IX, cap. 14.

110 La hija de Sidón (Isaías). «Tradunt historiæ, dice san Gerónimo, quod Tyrus colonia Sidonis sit.» «Hay diversas opiniones acerca del origen de Tiro y de la fecha de su fundación. Herodoto (lib. II, cap. 44) dice que los sacerdotes de Tiro le refirieron que el templo de Hércules era tan antiguo como la ciudad que tenía ya dos mil trescientos años de existencia. Siguiendo este cómputo, Tiro habría sido fundada hacia el año 2760, antes de la era cristiana, cuatrocientos sesenta y nueve años antes del Diluvio, conformé a la cronología de los LXX.» «Si se da crédito a algunos antiguos mitologistas, Tiro fue fundada por Agenor, hijo de Neptuno y de Libia, y padre de Cadmo, Siro, Cilix, Fénix y Europa. La hija de Agenor era notable por su belleza, y Júpiter se enamoró de sus gracias. El dios tomó la forma de un toro y se presentó delante de la princesa, en ocasión en que se hallaba ocupada en coger flores en un prado. Encantada de la mansedumbre de aquel hermoso animal, Europa tuvo deseo de montar sobre él; pero apenas lo hubo verificado, cuando el toro la llevó hacia la playa y ganó a nado la isla de Creta con su preciosa carga. Sin embargo, los hermanos de Europa persiguieron en vano a su raptor. Siro, Cilix y Fénix, volvieron al Asia, y dieron los nombres de Siria, Cilicia y Fenicia a los países en que reinaron. Cadmo viajó por Beocia, donde mató

que cayó en suerte a la tribu de Asher, pero jamás fue subyugada del todo por los israelitas. Hízose justamente célebre por su preeminencia en las artes y las ciencias, en el comercio y la navegación. El extenso poder de los tirios en el Mediterráneo y aun en el Océano, es muy conocido. Fundaron numerosas colonias en países remotos, y llevaron de este modo los beneficios de la civilización a las comarcas consideradas entonces como los países más atrasados del mundo habitable. Entre estas colonias, Cartago y Cádiz son seguramente las que ofrecen mas interés, bajo el punto de vista histórico. La primera fue la enemiga y la rival de Roma. De la segunda salió una expedición para descubrir el Nuevo Mundo. Gran número de establecimientos sobre la costa arábiga y también en el Océano índico tienen un origen semejante.

La completa destrucción de Tiro, predicha por los profetas con grande exactitud, fue llevada a cabo por los asrios, bajo Nabucidonosor (573 a. de C.), después de trece años de sitio, uno de los más largos de que se hace mención en la historia. Por el tiempo en que tuvo lugar esta profecía, un siglo antes de su cumplimiento, los asirios sólo eran entonces un pueblo de poca consideración, mientras los tirios habían que llegado al apogeo del poder y de la riqueza. La causa asignada a los formidables decretos que debían alcanzarles, era «el orgullo y la perversidad, la alegría que manifestaron incultando las desgracias de los israelitas, la crueldad que tuvieron de venderlos como esclavos.» Aquella parte de la profecía que anunciaba la reconstrucción de Tiro (170 años después), y en fin, su caída definitiva, se ha verificado por la fundación de una nueva ciudad que los habitantes levantaron en la isla adyacente, mientras que la ciudad antigua o la que se hallaba situada en el continente, permanece hoy todavía sepultada bajo las arenas. «Tú no volverás a ser reedificada, y cuando se te busque, jamás se te encontrará.» (Ezec XXVI, 4, 12, 21.)

La caída de la Tiro insular no ha sido menos notable. Alejandro el Grande se había hecho dueño de toda la Siria y de una gran parte de la Fenicia, sola Tiro (la ciudad insular)- presentaba una obstinada resistencia a sus armas victoriosas. Irritado de la inutilidad de sus esfuerzos para apoderarse de ella por mar, concibió el atrevido proyecto de cegar el estrecho que la separaba del continente, y lo ejecutó sumergiendo en el agua gruesas vigas, llenando el intervalo con enormes trozos de piedra. Las ruinas de la antigua ciudad le ofrecían materiales a mano para este efecto[111]. Toda la obra fue en seguida cubierta de tierra[112]. Sobre el muelle facticio estableció arietes y otras máquinas de guerra, usadas en aquel tiempo. Pero era necesario sin embargo, a pesar de todo, que el éxito coronase inmediatamente su empresa. A los siete meses de un sitio riguroso, los habitantes de Tiro, atacados a la vez por mar y por tierra, y habiendo prendido fuego a la ciudad, se rindieron al rey de Macedonia[113]. Tiro recobró en lo sucesivo su importancia comercial, y fue bajo los sucesores de Alejandro, y aun después de la conquista de los romanos, una ciudad muy floreciente. El emperador Adriano reparó sus fortificaciones, y después de haberla hecho capital de una provincia, le concedió los privilegios de colonia romana. De la dominación de Roma pasó bajo el yugo de los sarracenos, que la conservaron largo tiempo. En 1124, después de cinco meses de sitio, cayó en

un dragón que había devorado a sus compañeros; y habiendo sembrado los dientes de aquel dragón en la tierra, salió de ella una muchedumbre de hombres armados que se destruyeron unos a otros, menos cinco que le ayudaron a edificar a Tebas, en Beocia, excepto aquella parte de la ciudad que se levantó a los acentos de la lira de Amphion.» «Los fenicios designan los países que están al oeste del suyo, y al otro lado de los mares, con una palabra hebrea que puede pronunciarse Arab, Ereb u Orob; o por otro que se articula Araba o Erabah. Por medio de esta palabra, que significa oeste, es por la que los babilonios indicaban los países al Oeste del suyo, y que nosotros llamamos hoy Arabia, sin prestar gran atención al origen de la palabra. Los fenicios llamaban también con el mismo nombre, y por idéntica razon, la parte del globo que nosotros habitamos; pero los griegos cambiaron Araba o Eroba en Europa; y en el espíritu de su caprichosa mitología, representaron una colonia fenicia por una joven princesa que fue robada de su país natal y conducida a Creta por Júpiter, bajo la forma de un toro. (Orígenes de Drummond, pág. 79, 81 y 84).

111 Magna vis saxorum ad manum erat, Tyro vetere præbente. (Quint. Curc. LIV, c. 9).

112 «Ellos pondrán tus piedras y tu madera, y tu polvo en medio de las aguas. Yo traeré también su polvo y lo haré semejante a una piedra seca.» (Ezec. 4, 1, 21, XXVI).

113 332 a. de C. Porque ella ha levantado fuertes murallas; porque ha hecho montones de plata, como se harían de polvo, y montones de oro como se harían del lodo de las calles, el Señor va a despojar a esta ciudad de todo lo que posee; él destruirá la fuerza que ella sacaba del mar; ella será devorada por el fuego.» (Zaq. II).

poder de los Cruzados, que fueron obligados a su vez a rendirla a los mamelucos de Egipto, en 1289. Habiendo sido entonces destruida la ciudad, a fin de que los cristianos no pudiesen en adelante establecerse en ella, los habitantes se retiraron a Acre.

Todavía permanece hoy poco más o menos en el mismo estado que tenía al tiempo de ser abandonada, si se exceptúa sin embargo, que fue aumentada con un centenar de casas de piedra que ocupan al norte de la Península un pequeño espacio continuo al puerto. Este último es un receptáculo estrecho, de forma circular, enteramente obstruido hoy por las arenas y por cuerpos de columnas que apenas dejan paso libre a las pequeñas embarcaciones. A la entrada se levantan dos torres entre las cuales indudablemente se tendía una cadena. El pequeño número de barcos pescadores que pertenecen a los habitantes, son abrigados por las rocas situadas al Occidente de la isla. A la vista de sus mallas tendidas al aire para secarse, me hallé vivamente afectado del triste cumplimiento de esta parte de la profecía concerniente a Tiro, donde se dice: «Yo la haré como una roca seca y lustrosa; ella vendrá a servir en medio del mar para secar las redes.» (Ezec. XXVI, 5). Todavía se ven algunos restos del doble muro que rodeaba la isla, y que testifican de la solidez de las antiguas fortificaciones[114]. No había mas que una sola puerta que daba al istmo. De este lado la isla estaba defendida por una triple muralla, El istmo se halla tan completamente cubierto por las arenas que a sus lados ha depositado el mar, que sería imposible a cualquiera que ignora la historia de Tiro, suponer haya sido obra del hombre. La península tiene cerca de una milla de longitud y media de latitud. Toda la superficie está cubierta de antiguos edificios que en su mayor parte no son hoy más que ruinas. En la parte occidental, donde el terreno está un poco menos elevado que en otras, se halla la ciudadela moderna, que positivamente ocupa el lugar de la antigua.

Al oriente se ven los restos de una iglesia gótica. Como los cristianos tenían costumbre de consagrar los templos paganos al culto del verdadero Dios, podría muy bien suceder que esta iglesia hubiese sido edificada en el sitio y con los materiales ya del antiguo templo de Júpiter Olímpico, destruido por Constantino el Grande, ya del de Hércules, que los tirio honraban de un modo particular. El interior está dividido en tres naves, separadas por una serie de columnas de granito. En la extremidad de cada uno de los dos brazos de la cruz, había una torre, a la que se subía por una escalera en espiral, que existe entera todavía. Esta es indudablemente la catedral de que habla Eusebio, y que este escritor llama el templo más bello de la Fenicia. Guillermo de Tiro fue su primer arzobispo. Esta silla, exenta del patriarca de Antioquía, tenía bajo su dependencia catorce obispos sufragáneos[115]. En ella fue enterrado Federico I, apellidado Barbaroja, que murió en 1199. Tiro fue patria y morada de muchos personajes célebres en la historia. Hiram, uno de sus reyes, era amigo de David y de Salomón. Contribuyó a la construcción del gran Templo, enviando a Jerusalén cedros del Líbano, oro y operarios. Es probable que en reconocimiento de este servicio, Salomón restaurase los depósitos y el acueducto de Tiro, que hoy lleva su nombre.

Muchos concilios y diversos sínodos se han celebrado en esta ciudad: el mas importante fue el que condenó las herejías de Atanasio. Los indígenas sólo la conocen hoy por su antiguo nombre de Tsur[116], sin dudar sin embargo del origen clásico de este nombre, del cual los griegos han hecho por corrupción *Tyrus*, y los romanos *Sarra*. Yo estaba muy incómodo al verlos agruparse alrededor de mí por donde quiera que iba, y descontento de su negativa a proporcionarme un alojamiento algo decente, abandoné bruscamente la ciudad. Su falta de hospitalidad con respecto a mí debía reconocer por causa las dudas que habían concebido acerca de mi verdadero carácter, al verme tomar notas mientras visitaba las ruinas.

114 Josué la llama «la ciudad fuerte de Tiro», y en otro lugar «la fortaleza de Tiro».

115 Quizá en esta época fue cuando las predicciones más favorables de los profetas recibieron su cumplimiento.

116 Tsor o Tsur. Este nombre escrito en caracteres caldeos, generalmente significa una roca, y en hebreo tiene ciertamente este sentido. Los árabes han llamado siempre Tyr, Al-Sur a la palmera. (Gol. in voce). De aquí procede quizá, que los griegos han dado a este árbol el nombre de phoinix, como originario de Fenicia y el emblema común de los fenicios y de sus colonos. Puede si ceder que la antigua Tiro, que se hallába situada en una llanura, hay sido llamada Al-Sur, por ser el lugar donde florecía la palmera. (*Orígenes* de Drummoud, pag. 77).

14.
Tiro y Sidón.

Camino de Sidón.—Púrpura de Tiro.—Nahr Kasmia o Casamiah.—Bella ruina.—Khan cerca del mar.—Sarepia.—Cementerio turco.—Lloronas de profesión.—Tsaida o Sidón.—Mar-Elías, residencia de Lady Hester Stanhope.—Camino de Beirut.—El profeta Jonás.—El río Tamyrus.—Viñedos de Damur.—Plantíos de moreras blancas.—Bosque de abetos.—Llegada a Beirut.

Tiro, 17 de septiembre.—A las seis monté a caballo, después de haber tomado algunas provisiones en una tienda, y continué mi camino para Sidón. Mientras caminaba por la orilla del mar, fui buscando cuidadosamente alguna de esas conchas purpurinas (*murex*) que se encuentran, según dicen, en estos parajes, y de las que sacaron los antiguos la célebre tintura de Tiro. Mi guía tampoco había visto jamás el testáceo, objeto de mis investigaciones. He aquí como refieren los mitólogos el descubrimiento de esta bella tintura. Paseábase un día por la playa la ninfa Tiro, a quien Hércules amaba, y su perro partió con los dientes una pequeña concha tiñéndose inmediatamente la boca de un un color tan brillante que, admirada la ninfa, declaró a su amante que si no le proporcionaba un vestido del mismo color, jamás le amaría. Hércules reunió, pues, cierto número de conchas, y después de haber empapado un vestido en la sangre del *murex*, lo presentó a su señora, que fue la primera en llevar aquella púrpura brillante, reservada en lo sucesivo para los príncipes y los reyes[117].

El mar estaba tranquilo, y el agua tan pura y cristalina, que cedí al deseo de bañarme. El objeto más pequeño se puede ver a muchas brazas de profundidad, y nada podría igualar la belleza de la arena que las olas han amontonado en aquella parte de la costa. Después de haber caminado por la playa durante hora y media, nos hallamos de repente detenidos por un río considerable llamado el Nahr-Kasmia o Casamiah, que los escritores de la edad media han tomado equivocadamente por el Eleatero[118]. Este río que se arroja en el mar a cosa de dos leguas de Tiro, nace en las montañas situadas cerca de Balbek. La longitud de su curso no puede apreciarse en menos de setenta u ochenta millas. Es bastante notable que los antiguos no hayan hecho mención del nombre de este río. Intentamos vadearle por diferentes partes; pero la profundidad y la rapidez del agua nos obligaron siempre a retroceder. Volviendo, pues, un tanto sobre nuestros pasos, descubrimos un sendero que se dirige tierra adentro, el cual nos condujo a un puente de un solo arco, echado sobre el río por su parte más estrecha, y muy cerca del lugar por donde sale de las montañas. El camino de Damasco costea sus márgenes, que me parecieron muy pintorescas.

Un viejo castillo arruinado, evidentemente resto de la edad media, ocupa una fuerte posición a la entrada del desfiladero, y añade cierta belleza al aspecto romántico de aquellos alrededores. Eché pie a tierra para hacer a la ligera un croquis de sus almenadas torres, coronadas de hiedra; pero avanzando la noche, no pude acabar mi dibujo. En aquellas latitudes, la noche sucede casi inmediatamente a la caída de la tarde; y el delicioso crepúsculo del norte es por consiguiente de corta duración. Poco tiempo después de haber atravesado el puente, llegamos a un pequeño khan, situado sobre una montaña que termina en el mar. Estos lugares de parada, que con frecuencia no consisten más que en una estera en que se sientan los viajeros, y en otra que extendida a cierta altura en un armazón de puntales sirve para librarlos del sol, son muy comunes en esta costa. El dueño del khan cultiva algunas plantas de tabaco que desmenuza a su modo. Algunas veces proporciona también a los viajeros pescado, carbón y el agua necesaria para cocerlo. Yo tuve la suerte de llegar precisamente cuando acababa de hacer una pesca muy abundante. La noche era hermosa, y acompañado de Hadji Muza, me eché sobre mi tapete al borde de un precipicio a unos veinte pasos del khan. La fatiga del viaje, el aire pesado y sobre todo el dulce y continuo murmullo de las olas

117 Drummond's, *Orígenes*, tom. III, p. 117.

118 Su verdadero nombre parece derivado del verbo árabe kasam, que significa partir, dividir: y en efecto, el Casamiah (como le llaman ordinariamente,) a lo que yo creo, separaba el territorio de Tiro del de Sidón, al norte. (Drummond's, *Orígenes*, tom. III, p. 117.)

que venían a morir a una playa de arena fina, me pusieron muy pronto al sueño, a pesar del peligro evidente de nuestra situación y los recuerdos que, agolpándose en tropel a mi espíritu, me traían a la mente los diversos acontecimientos del día.

Septiembre, 18.—El camino que hemos seguido esta mañana cruza por un país estéril, sin interés y muy poco habitado. Al cabo de dos horas llegamos a un promontorio llamado por los indígenas Ras-Sarfa, nombre que es positivamente una corrupción del de la antigua Sarepte, ciudad célebre por haber sido la residencia de Elías. Este profeta vivió allí, todo el tiempo que duró la escasez, en casa de una viuda, a quien bendijo el tonel de la harina y el frasco del aceite, de suerte que ni el uno ni el otro se desocuparon hasta el día en que el Señor volvió la abundancia a la tierra. El hijo de esta misma mujer fue igualmente resucitado por el profeta.

Ciertas excavaciones abiertas en la roca, por la parte del camino, de las que cada una contiene tres o cuatro celdas, y además las ruinas de una ciudad considerable esparcidas acá y allá, entre el mar y estas excavaciones, atestiguan que en este sitio hubo una antigua población. A corta distancia de las ruinas, pasamos por delante de una torre, donde se nos pidió el *caphar* o peaje. Poco tiempo después llegamos a un sitio llamad El-Boreck, donde se encuentra un abundante manantial de agua rodeado de un muro revestido interiormente de una capa de cemento, y protegido por la sombra de frondosos árboles. Allí nos detuvimos para descansar, y desayunarnos con leche que Muza se había proporcionado de algunos pastores de aquellas cercanías. De esta fuente parte un acueducto que lleva el agua a Sidón. Cerca de una milla de la ciudad, pasamos al lado de una columna de granito derribada, en la cual se lee una inscripción que indica ser una piedra miliaria del tiempo de los romanos.

Hacia las nueve de la mañana llegamos a Sidón, distante de Tiro unas veinte y tres millas. Algunos minutos antes de entrar en la ciudad, pasando junto a un cementerio situado a la derecha del camino, llamaron nuestra atención los gemidos de una multitud de mujeres turcas, que sentadas sobre una tumba reciente, parecían abandonarse a la desesperación más violenta. Estaba a punto de afectarme con sus gritos desgarradores, cuando me ocurrió que podrían ser algunas lloronas de profesión que por todas partes se encuentran en el Oriente, y que, hábiles en el arte de fingir el dolor, son pagadas por los amigos o los parientes del difunto, para que les ayuden a expresar su pena. Hadji Muza desvaneció todas mis dudas sobre este punto, y me rogó continuase mi camino por temor de que una mayor curiosidad me atrajese algún insulto. La costumbre de alquilar lloronas parece, según el siguiente pasaje de Jeremías, perderse en una antigüedad muy remota: «Llamad esas lloronas, para que vengan, y mandad a las mujeres que saben fingir que vengan también. Que se den prisa y que pronuncien en alta voz una lamentación sobre nosotros, y que nuestros ojos se derritan en lágrimas, y que nuestros párpados se conviertan en un río de lágrimas también.» (Cap. IX, 17 y 18.) Ordinariamente mientras se lava el cuerpo, se le perfuma y se le deposita en tierra, son más violentas las demostraciones de dolor y duran más largo tiempo. Cuando el cortejo fúnebre está en marcha, los hombres cantan himnos piadosos; y es de notar que durante estas profundas manifestaciones de disgusto los parientes del muerto no vierten ni una sola lágrima.

La moderna ciudad de Tsaida o Sidón que ha sustituido a la antigua capital de Fenicia, una de las ciudades más florecientes y más ilustres, se halla situada en la pendiente de una colina que baña el mar. La antigua ciudad se extendía algo más al oeste de la población actual, a lo largo de la costa. Algunos viajeros suponen que debe su nombre al hijo mayor de Canaán, su pretendido fundador. Otros lo hacen derivar de Tsaida, palabra siria que significa «*piscatio*». Si los primeros habitantes vivían de la pesca, es fácil conciliar las dos versiones[119]. Durante la administración de Josué y

119 «Yo no puedo menos de sospechar que la ciudad llamada Tsidon por los hebreos, Tsaid o Tsaida por los sirios y Said o Saida por los árabes, debió originariamente su nombre a la lengua de estos últimos. Los sidonios eran celebres por sus conocimientos en metalurgia, y por el arte con que trabajaban el oro, la plata y el cobre. Había mucho cobre y hierro en Fenicia, y habiendo sido destinada la posesión de este país a la tribu de Aser, le dijo Moisés: Bajo tus zapatos habrá hierro y cobre (Deut. XXXXII); esto es, el suelo bajo tus pies abunda a en hierro y en cobre. Siendo esto así, considero a Sidón, o mas bien Saida, como debiendo su nombre a lo que en ella abundaba, Saidi o Saidan, cobre.» (*Orígenes* de Drumond, pág. 97.)

posteriormente Sidón fue gobernada por reyes. El jefe del pueblo de Israel la llama «Sidón la grande» aludiendo a su importancia. En la división de la Palestina, tocó en suerte a la tribu de Asher; pero esta tribu jamás pudo tomar posesión de ella (Jueces I, 31). Dícese que sus habitantes ayudaron a Salomón a reconstruir el templo[120]. A pesar de haber sido madre de Tiro, esta última la sobrepujó bien pronto en fama, en poderío y en riquezas. Después de haber seguido las vicisitudes de su rival por espacio de muchos siglos, concluyó por sobrevivirla, y hoy es todavía una plaza de comercio considerable.

Su situación es buena y sus aires saludables. La fertilidad de sus inmediaciones, favorables en particular al cultivo de la morera blanca, ha contribuido poderosamente a su prosperidad. En la alta ciudad, situada en un terreno inclinado, las calles son estrechas, sombrías, y atravesadas en muchos parajes por arcos como lo están las de Jerusalén: la parte baja de la misma es más alegre. En ella hay un vasto parador o *khan*, bien construido, situado a corta distancia del puerto. En otro tiempo estaba exclusivamente habitado por los comerciantes de una sociedad francesa, comprometidos en el comercio de sederías, principal industria de esta plaza. Estos comerciantes fueron aquí muy numerosos hasta el principio de la revolución francesa, época en que los expulsó Djezzar bajá. La forma de este edificio es cuadrangular: en cada uno de sus lados hay una doble galería que conduce a las habitaciones, y que abre al interior sobre un patio agradablemente plantado de árboles con una fuente en medio. En el lado nordeste hay una pequeña capilla donde se dice misa. Los cristianos que habitan en Sidón pertenecen casi todos a la iglesia católica griega. Los bazares se hallan bien provistos: aquellos en que se venden botines, zapatos y pantuflos a lo marroquí, son los más notables.

La población de esta ciudad se regula de cuatro a cinco mil almas, de cuyo número algo más de la cuarta parte son cristianos. Los habitantes se dedican principalmente al comercio de sedería, o ejercen el oficio de tintorero. Sobre una montaña que domina la ciudad al sur, se alza un viejo y hermoso castillo en ruinas: fue edificado por San Luis, rey de Francia, que reparó asimismo la ciudad en tiempo de las cruzadas[121]. En la extremidad norte de la población hay un fuerte que avanza dentro del mar, y que fue edificado con objeto de defender el puerto: se comunica con la tierra por medio de un puente muy largo formado por muchos arcos. Su puerto se halla obstruido por las arenas. En el siglo XVI, de la misma manera que otros muchos situados entre Acre y Beirut, fue arruinado intencionalmente por Fakr-ed-Din, célebre emir de los drusos, que a la sazón era señor de estos países, e intentaba hacerse independiente de la Puerta. A fin de que estos puntos no pudiesen en lo sucesivo recibir las galeras turcas, los hizo cegar por medio de barcos que se echaban a pique después de haberlos cargado de pedazos de columnas antiguas. Los navíos se ven hoy obligados a echar anclas en la rada, al abrigo de una pequeña cadena de rocas a corta distancia de la playa.

El palacio que este príncipe se había hecho construir al gusto de Italia, donde había pasado muchos años está hoy en un estado ruinoso. Cerca de la puerta del Norte se hallan los sepulcros de los emires muertos en Tsaida, durante el tiempo que la poseyeron. Cerca de allí, en la playa, hay un trozo de pavimento en mosaico, compuesto de mármoles de diferentes colores, que sólo es notable porque atestigua las invasiones que ha hecho el mar por esta parte de la costa. Los jardines de Tsaida, o por mejor decir, los plantíos de árboles frutales, se extienden hasta una milla alrededor de la ciudad, y están separados unos de otros por medio de pequeñas pedrizas. Como estos plantíos son cultivados más bien bajo el punto de vista de la utilidad que del recreo, no se ocupan de su mejora o embellecimiento sino en cuanto puede resultar de ello un mayor producto. Sin embargo, ofrecen una deliciosa sombra durante los fuertes calores de la siesta, y su hermoso verdor es en todo tiempo un objeto agradable donde la vista descansa dulcemente.

---

120 Los sidonios eran hábiles constructores: sobrepujaban a las demás naciones en el arte de trabajar y de pulir la madera. «En mi pueblo no hay quien sepa cortar la madera como los sidonios.» (I Reyes, V, 6.) También se les atribuye el arte de hacer el cristal.

121 Durante las guerras de las cruzadas, Sidón cayó en poder de los cristianos; pero les fue arrebatada en 1111. La volvieron a tomar a los sarracenos en 1250, y por fin estos últimos se posesionaron de ella en 1289.

Tsaida, 19 de septiembre.—Una mujer de nacimiento y familia distinguida, y no menos notable por el rango que ocupaba en su patria que por la singularidad de su actual manera de vivir en una tierra extranjera, habita en las inmediaciones de Tsaida. La que había sido adulada por los grandes a causa de la influencia que se le suponía en el ánimo de un ministro, no vaciló en abandonar su país natal, luego que la muerte de este último la hizo perder esta influencia, y cuando vio que la ingratitud y el olvido eran el precio de sus beneficios. Hoy, desterrada voluntaria, habita una provincia turca, viviendo en un completo aislamiento del mundo. Aunque era portador de una carta para esta mujer extraordinaria, no me sentí con ánimo de ir a turbar su soledad, sin otro motivo que satisfacer mi curiosidad, tanto mas cuanto que no ignoraba que las visitas de los ingleses no le eran agradables, a causa de la conocida propensión que tienen a escribir sus viajes. Sin embargo, no pude resistir al deseo de visitar la morada de una persona acerca de la cual se han dicho y escrito tantas cosas. Así pues, resolví hacerlo al dirigirme a Beirut, ciudad para la cual me he puesto en marcha esta tarde.

Mar-Elias, tal es el nombre del paraje habitado por Lady Hester Stanhope; ocupa la plataforma de una montaña que forma parte de una cadena de otras montañas, donde parece tener sus raíces el monte Líbano, y que corren en dirección paralela a la costa, de la que distan poco menos de una legua. Cuando se llega a ella por este lado, la idea que se forma uno de su situación es poco favorable; la vista se extiende en efecto sobre una serie de colinas desnudas, de igual altura y forma, que avanzan por el interior de las tierras. Pero cuando el viajero ha llegado a la cúspide de la montaña por un sendero tortuoso y áspero, cuya última parte solo se puede andar a pie, un espectáculo encantador le aguarda. En efecto, si entonces vuelve la espalda y dirige sus miradas hacia el oeste, una llanura admirablemente cultivada se desenvuelve a sus pies. Delante de él, en línea recta, está Tsaida sentada en medio de sus jardines encantadores, y a la otra parte de la ciudad un mar de color azulado que se pierde en el horizonte.

La casa, que en su origen era un convento, se halla circundada de un bajo muro destinado a protegerla; de suerte que desde fuera sólo se descubre una parte. El patio interior está guarnecido todo alrededor de emparrados, y acá y allá macetas de flores que han sido evidentemente mejoradas por los cuidados asiduos de una mano europea. Las habitaciones son necesariamente pequeñas, porque en otro tiempo servían de celdas a los monjes: todas están en piso bajo. Se hallan amuebladas a la oriental, pero con la diferencia de que un gusto más exquisito ha precedido a su decoración. En los establos vi caballos muy hermosos. El atractivo principal de estos lugares, la que era su señora, no se encontraba en ellos entonces: había salido para hacer una excursión a las montañas. Cerca del convento de Mar-Elias está la aldea de este nombre, habitada por *fellahs* o campesinos. Ellos me dijeron que en invierno las hienas y los chacales de las montañas vecinas, andan frecuentemente alrededor de las casas para ver si cogen alguna presa, y que sus aullidos salvajes en el silencio de la noche ban hecho desertar a muchos criados europeos que habían entrado al servicio de la *Bintel-Sultan* (la hija de un rey) nombre bajo el cual Lady Hester es conocida en Siria.

De allí regresé por el camino de Beirut hasta el río El-Awali, que pasamos por un ancho puente de piedra. Dos horas después llegamos al río Nahrel-Khadí, el antiguo Tamyrus, sin haber encontrado ninguna otra aldea importante más que la de Ire, cerca de la cual la ballena arrojó al profeta Jonás, según se cree. Asegúrase que este río es muy peligroso en la época en que las nieves se funden y después de los aguaceros repentinos. En la estación en que estamos se desliza de las montañas de un modo bastante tranquilo. Se halla situado cerca de la mitad del camino de Beirut. A la derecha de la vía está Damour, aldea grande, cuyas casas se encuentran diseminadas en muchas colinas plantadas de viñas. Las uvas que principiaban a madurar eran las más hermosas que jamás he visto. Cada racimo podía pesar dos o tres libras, y los granos eran del tamaño de una ciruela. Ellos trajeron a mi memoria los magníficos racimos que los espías de Eschol llevaron al campo de los israelitas cuando estaban en el desierto (véase el libro de los Números), y seguramente luego que hube comparado su tamaño y sabor con las uvas que había visto en Egipto, me fue fácil

concebir la sorpresa y alegría que debió experimentar el pueblo de Dios, al ver por la primera vez en medio de un desierto de arenas, los frutos que producía el país que le estaba prometido en herencia. En esta aldea hicimos alto para comer. Los habitantes son drusos. Esta era la primera vez que había visto individuos pertenecientes a este pueblo notable, y mi curiosidad me hizo detenerme en este lugar, que por otra parte no ofrece interés ninguno. Por la tarde dejamos a Damour para continuar nuestro camino hacia el Norte; pero al cabo de una hora el caballo de mi guía empezó a cojear, y nos fue preciso hacer alto de nuevo. Así pues, bajamos a un *caphar* u oficina de peaje, para pasar allí la noche.

Septiembre 20.—Un poco antes de amanecer abandonamos el *khan*, y llegamos a Beirut en menos de dos horas. Al dejar la costa, doblamos una serie de pequeñas colinas cubiertas de moreras blancas que se cultivan para la producción de la seda. El terreno donde crecen es profundo, rojizo y abierto en surcos, para que la lluvia pueda penetrar hasta las raíces de una manera más igual. Se hace la recolección de la hoja dos veces al año, en la primavera y en el otoño. A este fin se cortan las ramas más pequeñas, dejando solamente el tronco del árbol, que presenta entonces, después de la recolección, un aspecto bastante triste. A distancia de milla y media al sur de la ciudad, entramos en un pequeño bosque de pinos piñeros de un grueso y de una edad considerables, situado en una eminencia desde la cual se extiende la vista sobre el mar, el promontorio y la población de Beirut. Sus anchas copas dan una sombra impenetrable, y el murmullo de las suaves brisas del mar que juegan al través de su follaje, parece convidan al reposo al fatigado viajero. En estío, y cuando hace buen tiempo, éste es un lugar de paseo favorito para los habitantes de Beirut. Le llaman la arboleda de Fakr-ed-Din, porque se cree ha sido plantada por el emir de este nombre.

SEGUNDA PARTE
SIRIA.

1.
Beirut

Antigüedades de Beirut.—-Excursión a las montañas.—Brumana.—Deir-el-Kalat.—Los Drusos.—Mar-Hannah.—Repentina indisposición del autor.

El *20 de setiembre de 1830* llegamos a Beirut, la antigua *Berytus*, situada en la extremidad occidental de una punta de tierra, en forma de triángulo, y construida sobre una pequeña elevación, cerca de la orilla del mar. Sus calles, generalmente hablando, son estrechas e irregulares, y en los sitios donde no hay tiendas, su aspecto es muy triste. Tienen a cada lado una acera para los que van a pie, y por el medio corre un arroyo que contribuye esencialmente a la limpieza de la ciudad, dándole cierto aire de frescura, sobre todo, durante los calores del verano. No encierra ningún edificio público importante, y el corto número de los que la adornaban en otro tiempo, están hoy ruinosos. Los bazares, en especial aquel en que se vende la seda, son vastos y muy frecuentados por los habitantes de las montañas vecinas. La mayor parte de la población es maronita; compónese el resto de cristianos-griegos, de judíos y de algunos turcos.

Encontré en Beirut, contra lo que esperaba, una posada excelente, cuyo dueño era un maltés, llamado Giuseppe; y aunque a la sazón no extrañaba ya las privaciones inseparables de la vida errante que había abrazado por mi gusto, sin embargo, al volver a mis antiguas costumbres, no pude menos de conocer sus ventajas. Lo eran, en efecto, un salón, adornado de divanes, en lugar de la tierra desnuda, al pie de un árbol; un blando lecho, con sábanas de rico hilo, en vez del duro suelo, con un saco de noche por almohada; una buena comida sobre manteles de alemanisco en comparación de la simple hortera y la cuchara de palo.

A poco de llegar me dirigí a casa de M. Abbott, cónsul británico, que tiene su residencia oficial en Beirut, aunque su jurisdicción se extienda a toda la Siria. Las demás potencias europeas están representadas también, porque la ciudad hace bastante comercio, y puede considerarse como el puerto de Damasco, de donde dista noventa millas. Las exportaciones consisten en vinos, agalla, rubia, goma, seda cruda e hilada que se cosecha en las montañas, y aceite que suministran los olivos de la llanura entre Beirut y Sidón. Las importaciones son muselinas, telas blancas y de color, estaño, quincalla, paños y artículos de la India oriental. El comercio se desarrolla más cada día, y las casas europeas se aumentan.

En Beirut no queda, aunque ocupe el terreno de la antigua *Berytus*, casi ninguna huella de los siglos pasados. El puerto está formado por una pequeña bahía, cuya entrada defienden dos torres, una de las cuales, construida sobre una roca aislada, aparece a modo de pintoresca ruina. La otra está unida a la tierra por un muelle de arcos desiguales, que dan paso al mar. En la orilla, hacia el oeste, se notan los restos de un enlosado de mosaico, y en varios puntos de la ciudad hay cisternas, pozos y otras construcciones subterráneas. Al norte se ven algunas ligeras muestras del teatro que edificó Herodes Agripa.

Beirut ha sufrido mucho a causa de los terremotos y más aun de las guerras. En 1111 fue quitada a los sarracenos por Balduino I, rey de Jerusalén, y recobrada en 1187. Diez años más tarde los cristianos se apoderaron nuevamente de ella, y durante las Cruzadas sus males crecieron. Posteriormente cayó en poder de los drusos, despojados a su vez por los turcos. En época más feliz

sus habitantes se consagraron al estudio, sobre todo al de la jurisprudencia, y Justiniano la llamó «madre y nodriza de la ley.»

Todavía es hoy una ciudad bastante agradable. Su hermosa situación, la salubridad de su clima y la rica vegetación de sus alrededores, incitan al viajero a detenerse en ella más tiempo del que se había prefijado. En cuanto a mí, habiéndome invitado M. Abbott a pasar unos días en su casa de recreo, situada en las montañas, dejaré hasta la vuelta el cuidado de estudiar y conocer mejor sus recursos.

Salimos por la tarde en mulas de alquiler hacia Brumana, nombre de la aldea donde habita M. Abbott durante el verano. El capitán de ingenieros Chesney, que conocía de poco tiempo, era de la partida. Dejando la ciudad por la puerta del sur, se presentan a la vista muchas casitas, cada una con su jardín, aisladas en medio de un plantel de moreras, y que forman un bonito barrio. Los dueños se dedican principalmente a la cría de los gusanos de seda.

A la hora y media de marcha, llegamos al pie de la cadena de montañas que corren paralelamente con la costa y bajan por aquel lado a la llanura. Íbamos, según he dicho, montados en mulas, que es la manera más común y cómoda de viajar en aquella montuosa región; pues, entregándose a su instinto, es muy raro que suceda una desgracia, y no lo es yendo en caballos, sobre todo de alquiler. Dos horas más, y estábamos en Brumana. Este pueblecito se halla situado sobre una de las altas montañas que guarnecen aquella parte de la costa, y en el centro del cantón habitado casi exclusivamente por los drusos. Mr. Abbott disfruta allí de las frescas brisas que soplan del mar y de la deliciosa vista que ofrecen la llanura de Beirut y la costa al sur y al norte.

El 25 fuimos a Deir-el-khalat, «el convento del castillo», que dista una hora y veinte minutos de Brumana, en la dirección del sur. Es probable, a juzgar por su nombre y posición, que fuese en otro tiempo un puesto militar de importancia. En el centro de un vasto espacio, cubierto de ruinas, se eleva un convento maronita, habitado sólo por dos monjes. Frente a la puerta de la iglesia hay cuatro columnas groseramente talladas, que tienen diez y seis pies de circunferencia. Pertenecían a un templo que ha desaparecido, obra sin duda de los fenicios.

El 26 visitamos al emir de Brumana: su palacio o *serai*, que es como le llaman, es un vasto edificio, bien construido y agradablemente situado al borde del valle que se extiende al este de la ciudad. Se nos recibió sin ceremonia y del modo más cordial. El traje de las mujeres drusas se parece al de las personas de su sexo en Turquía, sólo que llevan en la cabeza un singular adorno, llamado *tantur*, especie de tubo cónico, de diez y ocho pulgadas de longitud, hecho de plata o de cobre plateado, y con gran variedad de dibujos. De este adorno pende, hasta las caderas, una mantilla de muselina, que sirve a las mujeres para taparse el rostro cuando salen. Una de las hijas del emir parecía estar triste, aunque en vísperas de casarse; y habiendo preguntado la causa, me dijeron era porque su novio no quería llevarse el *tantur*.

A la salida de Brumana hay un pequeño edificio de piedra, aislado, coronado de una cúpula, y cerca de él se eleva un árbol añoso. Viendo franca la puerta iba a entrar; pero los presentes me advirtieron que me alejase. Referí esta circunstancia a M. Abbott, el cual me dijo era un oratorio druso (*Khalués*), y que había hecho bien en marcharme, pues los sectarios son más recelosos que los mismos musulmanes, y sus ceremonias y ritos religiosos están envueltos en un misterio profundo. Todo lo que se sabe de su religión, y esto por conjetura, es que es un resto de una herejía del islamismo, obra de algún audaz impostor e inventada con un objeto político. Evidentemente no es creencia que debe su origen al fanatismo, pues los drusos son un pueblo muy tolerante, sobre todo en materia de religión, y sus dogmas, tales como nos las pintan, denotan más bien ignorancia que vicio. Parecen tener con los mahometanos la misma relación que los samaritanos tenían con los judíos, y se les acusa precisamente de la misma idolatría que los judíos imputaban a aquellos, a saber, la adoración del becerro de oro.

Los drusos se dividen en dos clases: *akul* o inteligentes, y *djadels* o ignorantes. Los *akul*, en número de diez mil, constituyen la orden sagrada, y se les conoce por sus turbantes blancos, emblema de pureza, y por el modo particular de formar los pliegues. Les está prohibido fumar

tabaco, no juran jamás, y son muy reservados en su conducta y en sus palabras. Pueden, sin embargo, casarse. El jefe de la orden reside en una aldea, llamada El-Matna. Los títulos y privilegios de los *akul*, no pasan necesariamente de padres a hijos. Cuando ha llegado a cierta edad, todo druso que lo desea, con tal que su conducta no haya sido deshonrada por algún vicio vergonzoso, puede después de las ceremonias preliminares, entrar en la orden. Los *djadels*, o no iniciados, forman, con mucho, la clase más numerosa del pueblo. No observan ningún rito religioso, a no ser que las circunstancias les obliguen a hacerse pasar por mahometanos, pues entonces entran en las mezquítas y recitan las oraciones con los turcos. Entre los drusos hay gran número de escuelas públicas. Los maestros son, en general, *akul*, y enseñan a sus discípulos a leer y escribir[122], sirviéndose para ello del *Corán*. En las aldeas donde no existen sino escuelas cristianas, los drusos envían también a sus hijos, que aprenden a leer los salmos de David.

El 30, con motivo de haber hablado de los drusos, de sus costumbres, de su religión, M. Chesnay y yo partimos de Brumana para hacer una excursión a las montañas vecinas, habitadas por este singular pueblo, con el que acabábamos de relacionarnos. Estas montañas, que forman una de las regiones inferiores del Líbano, están cubiertas, hasta sobre sus cimas, de una cantidad de tierra vegetal, suficiente para el cultivo. Son en particular notables por su numerosa población, no cesando de presentarse a la vista casas y pueblecillos. Se calcula el número de los drusos en setenta mil, y una tercera parte se encuentra en estado de llevar las armas. Ignórase en qué época se establecieron allí; *min kadin* (hace mucho tiempo) es lo único que responden a cualquier pregunta que se les dirige en este asunto. Los drusos no habitan sólo el Líbano; extiéndense también al Hauran, comarca situada al sudeste de Damasco. La primera aldea con que tropezamos al norte, fue Bugfaya, en una altura, de donde se ve el mar. Allí se encuentran algunas tiendas; hicimos provisiones para dos días y tomamos una persona que nos guiase.

La segunda aldea, continuando en la misma dirección, fue Mar-Elias (San Elías), llamada así a causa de dos conventos contiguos, colocados bajo la invocación del santo de este nombre; uno maronita y otro perteneciente a los católicos griegos. La situación es deliciosa. Al extremo de un largo corredor, en el de los maronitas, hay una ventana, desde donde se descubre el Mediterráneo, y allí se ha elevado una plataforma guarnecida de esteras y cojines, que es el punto de reunión de los monjes en las horas de recreo. Acababan de comer y estaban tomando el café. Entre ellos un religioso, que había permanecido algunos años en Roma, hablaba muy bien el italiano, y pudimos comunicarnos sin necesidad de intérprete.

Bajamos luego a un valle profundo y pedregoso, en cuya pendiente occidental, casi en el fondo, se halla situado el célebre convento de Mar-Hannah-Shuair adonde llegamos cuando los monjes, en número de cuarenta o cincuenta, iban a cenar en una cueva baja y húmeda, que servía de refectorio; los manjares se reducían a raciones de pescado salado, aceitunas y mal queso. Es el principal establecimiento que los católicos griegos poseen en Siria, y su patriarca reside en el monasterio de Mar-Mikail (San Miguel), cerca de Antura, Su traje, su fisonomía y su manera de vivir, me recordaron a los monjes griegos de la orden de San Basilio. Visten una camisa de color azul oscuro, calzon y chaleco; encima un manto de paño pardo y tosco, como el de los demás religiosos; pero, de en vez capucha, llevan en la cabeza un gran gorro de fieltro cilíndrico, detrás del cual flotan sus cabellos y les caen sobre los hombros. La regla de la orden es la de San Basilio; los monjes se levantan a las cinco y se acuestan a las nueve; pasan la mayor parte del día en oración; pero, en los intervalos que les dejan los ejercicios piadosos, todos, a excepción del superior, del ecónomo y del vicario, se ocupan, de un modo u otro, en beneficio del establecimiento. Quién hace o compone los hábitos de la comunidad; quién los zapatos; éste es panadero, aquel cocinero, esotro estrujador; hasta las reparaciones del edificio se ejecutan por individuos de la congregación. Cada cual lava su ropa, y al efecto se ha construido en el patio una pila de lavadero de piedra. A pesar de esta constante actividad, comen de viernes todo el año, y sólo les es permitido comer carne cuando

122 La lengua vulgar de los drusos es el árabe.

están enfermos. Tienen, como los griegos cismáticos, gran número de ayunos, que observan rigurosamente.

Mar-Hannah, 1 de octubre.—Hemos visitado hoy la imprenta árabe, a que debe gran celebridad este convento. Fue establecido a mediados del último siglo, por el hermano del superior, que era grabador y se llamaba Abdallah. No solo fundió caracteres imitando la más bella escritura, sino que adquirió reputación como autor por la elegancia de su estilo. Su cráneo está colocado en una de las salas del convento, sobre un estante, para estimular a los discípulos que dejó. Pero, *Quantum mutati ab illo!* El establecimiento se encuentra ahora casi abandonado; porque los gastos no guardan proporción con los recursos. Y sin embargo, ¡cuán útil no sería para extender la civilización, si estuviese en manos hábiles! ¡Cuánto no ayudaría su admirable situación en los valles del Líbano, en el seno de una población cristiana, para reportar de él todas las ventajas de que es capaz!

Los monjes, en su cualidad de cristianos, no pueden poseer tierras; pero han arrendado varias heredades al emir del distrito, que es el de Mitayne, situado en la parte más septentrional del Líbano, y habitado por drusos.

Dejando el convento de Mar-Hannah, visitamos las aldeas drusas de Shuair, Mitayne, Zebdy, Kornaille, Solima y Ras-el-Mitayne, donde pasamos la noche. Todas estas aldeas se encuentran unas cerca de otras, y en cada cual hay un edificio, llamado *serai* o palacio, que pertenece al emir. El país está poblado de árboles, y lo habita una raza de aldeanos robustos, bien formados, y cuya fisonomía anuncia un atrevimiento e independencia raros en Turquía. Pero la rudeza de las maneras no es siempre inconciliable con la bondad. Cuantos drusos encontrábamos, nos saludaban del modo más amistoso y se detenían con gusto para indicarnos el camino, cuando creíamos habernos extraviado. Muchas veces, al pasar junto a un jardín o un huerto, venían corriendo los chicos con cestos de higos o de uvas, y nos instaban que comiésemos, sin querer recibir nada en cambio.

El traje de los hombres es muy sencillo. Compónese de una blusa negra, con listas blancas, de paño burdo, sin mangas y que les baja hasta las rodillas. Debajo visten una túnica larga (*kombaz*) de lienzo, con mangas hasta el puño. Los calzones son de lo mismo, pero menos anchos que en las demás comarcas de Levante. Un cinturón blanco o encarnado les sirve para sujetar sus armas defensivas, que consisten en un par de pistolas, un puñal y un frasco de pólvora; en la bandolera llevan un fusil y una caja de cartuchos.

En Ras-el-Mitayne nos dirigimos, según el uso, a casa del emir, que nos acogió perfectamente; y después de una buena cena, al estilo turco, nos acostamos en el diván colocado en el salón de recibo, pues es sabido que en las casas de los orientales, son raros los dormitorios. No debo dejar pasar esta ocasión de decir que los drusos de la clase común gustan mucho de carne cruda. Cuando se mata un carnero, el hígado, el corazón etc., se consideran así crudos bocados tan apetitosos, que los niños buscan medio de colocarse en las cocinas y robar un pedazo. Me han asegurado que las jóvenes de las clases elevadas de la sociedad tienen igual capricho; pero no he podido cerciorarme por mí mismo de ello. El plato favorito de los drusos, el *Kobbes*, que he probado varias veces, se compone casi enteramente de carne cruda.

Llegamos a Deir-el-Kammar el 2 de octubre, al ponerse el sol, y nos apeamos en el convento maronita. A poco me sentí repentinamente indispuesto, atribuyéndolo al sol de los dos días anteriores; hice llamar al médico europeo del emir y me metí en cama con un principio de fiebre.

2.
El valle de Nahr-el-Kadhí.

Deir-el-Kammar.—El emir Beshir y su palacio.—Descripción del camino de Damaso.—Nahr-el-Khader.—El Mediterráneo.—Ayn Aauali.—Ayn Besaba.—Valle de Ghadiry.

El 3, aunque poco aliviado, pude oír la misa que en la capilla del convento dijo el legado del papa, monseñor Losanna, que hacía a la sazón la visita pastoral de esta parte de la Siria, y al salir me encontré en disposición de juzgar de la hermosura de aquellas mujeres. Son altas y robustas, y su tez tiene la frescura que se nota entre los suizos y demás pueblos de las regiones montuosas del norte. En lugar del *tantur* que llevan las mujeres drusas, se contentan con un velo de muselina o de lienzo blanco.

La ciudad de Deir-el-Kammar, cuyo nombre significa «monasterio de la luna» está construida a la entrada de un estrecho valle que desciende al mar, de donde dista unas seis horas de camino, en el distrito de El-Shuf; y aunque su población no pasa de cinco o seis mil almas, es la capital del principado de los drusos. Las casas son todas de piedra, y generalmente anuncian el bienestar de sus habitantes. Los bazares son espaciosos y abundan en objetos fabricados en el país.

Merecen llamar la atención los sepulcros de los cristianos. Cada familia posee un pequeño edificio de piedra de unos cuarenta pies cuadrados, coronando una cúpula los de las más ricas; y allí colocan los muertos, tapiando la entrada después de cada inhumación. Esta costumbre privativa de Deir-el-Kammar, es debida probablemente a la dificultad de abrir sepulturas en la peña viva, donde la ciudad está edificada. Los alrededores abundan en moreras y vides. El príncipe reside actualmente en una aldea, situada a media milla de Deir-el-Kammar, al otro lado del valle, y cuyo nombre es Beteddein, voz siria que significa «los dos pechos» a causa de la forma de dos montañas vecinas, sobre una de las cuales se encuentra la aldea.

El palacio del emir no es accesible sino por el lado del este, pues por los demás la montaña parece cortada perpendicularmente. La puerta da a un patio, cuyo suelo lo forma la roca misma, y en medio hay una fuente de mármol, que recibe el agua de un manantial distante cosa de seis leguas, y la distribuye, por medio de tubos, a las diferentes partes del palacio. Las habitaciones de la familia del príncipe están al mediodía, y se componen de un edificio oblongo que ocupa todo aquel lado del patio; en los otros dos están las habitaciones destinadas a los extranjeros y a los criados, las caballerizas, perreras, etc. El centro del edificio principal es cuadrado y tiene encima una cúpula apoyada sobre arcos en ojiva, sostenidos por elegantes columnas. Allí está el gran salón de recibo, adornado alrededor de divanes, con ricas telas y cojines para descansar. En el ángulo del sudeste hay un pabellón pequeño, pero lujoso. El suelo es de mármol; y tanto en las paredes como en el techo lucen arabescos del mas exquisito gusto. Los baños están a la otra parte. Paralelamente, pero algo mas al mediodía, hay otra hilera de habitaciones destinadas, cuando se concluyan, al *harem*, es decir, a la familia del príncipe. Las separa del edificio principal un patio plantado de árboles.

Mientras esperaba que me presentasen al emir, me sentí de repente atacado de la fiebre, y como el día antes había estado bien, ya no dudé que había caído en las garras de la encarnizada enemiga de los que van a Oriente. El temblor me duró una hora, y tan luego como pude montar a caballo, me trasladé a Deir-el-Kammar.

Al día siguiente volví a Beteddein, y cuando entre en el patio del palacio, el emir, objeto principal de mi curiosidad, se estaba paseando de arriba a bajo en el espacio comprendido entre la fuente y el parapeto que mira al valle. Rodeábanle muchos oficiales vestidos de diferente manera, con más o menos lujo; pero era fácil conocerle por el respeto que se manifestaba hacia él. Me pareció hombre de más de sesenta años. La barba blanca le descendía casi hasta la cintura. A su lado se veía un joven obeso, de fisonomía poco inteligente, hijo suyo, según me dijeron. El emir me dirigió algunas preguntas sobre Mehemet-Alí, bajá de Egipto, cuyos estados acababa de visitar, y en

cuanto le satisfice me retiré, no queriendo importunarle más tiempo. Cuando le dejé, dio orden de que se me tratase bien en su palacio.

9 de octubre.—Mi amigo, Mr. de Breuvery, salió hoy de Deir-el-Kammar para dirigirse a Damasco, y le acompañé hasta cierta distancia. Las caravanas cuentan tres días de marcha de Deir-el-Kammar a Damasco; pero, en un buen caballo, pudiera irse en dos. A dos leguas de Deir-el-Kammar está Baruk, aldea principal del distrito de este nombre. Desde allí el camino sube por la pendiente de la región más elevada de la montaña, Gebel-Baruk, imposible de pasar en invierno, a causa de la nieve. Desde el pie de la montaña, al este, donde principia la gran llanura de la Bekaa, hasta el Lietani, que la riega, hay una hora de camino. Veinte minutos después de cruzar este río, por un puente de piedra, se llega a Djobel-Djennein, una de las principales aldeas de la Bekaa, en la pendiente del Anti-Líbano. De Damasco a Djob-el-Djennein, se cuentan ordinariamente catorce horas de marcha. Una vez en la cima del Anti-Líbano, el viajero baja a un agradable valle, bañado por el Wadi-Halué, y encuentra a su extremo a Khan-Dumas, y luego a Szakhret-el-Sham, meseta elevada, desigual y de una extensión considerable. De allí desciende al Ghuta o llanura de Damasco, no lejos de la aldea de Mezza, en medio de los jardines de la ciudad, que, por este lado, se extiende lo menos una legua, a partir de las llanuras.

El 10 emprendí mi vuelta a Beirut. Saliendo de Deir-el-Kammar, seguimos el camino que serpentea alrededor de la montaña, hasta llegar a la aldea de Kefernuta, en medio de un plantío de nogales, y rodeada de viñedos. Luego bajamos a un profundo valle, donde corre el Nahr-el-Kadhi «río del Juez» (el antiguo Tamyrus) que habíamos atravesado antes, yendo de Sidón a Beirut. El camino era rápido y pedregoso, y la oscuridad lo hacía aun más difícil; de suerte que tuve que apearme y conducir el caballo de la brida. Pasamos el río por un puente de piedra, llamado Djisr-el-Kadhi. Antes de llegar al puente, el río hace girar varios molinos; y precipitándose por entre las rocas que obstruyen su cauce, forman diferentes cascadas, corre bajo los arcos del puente, y se arroja, en fin, con ímpetu en un barranco que va a parar al mar. Es un sitio singularmente romántico, y agradaría sobre todo a un artista, pues se reúnen allí bosques, rocas y aguas, en una palabra, todos los elementos del más agreste paisaje.

El camino atraviesa en seguida, durante media legua, muchas colinas pequeñas y bastante pobladas de encinas y cedros; subiendo luego otra media legua de pendientes rápidas y de difícil acceso por las rocas de que está sembrado el terreno. Pero, ya en la cima, nos indemnizó de la fatiga el espectáculo que se presentó ante nosotros. Cuando menos lo esperábamos, vimos desarrollarse a nuestra vista el Mediterráneo con su tranquila hermosura. Deslizábanse sobre su azul superficie algunas de las pintorescas embarcaciones del país, con sus blancas velas infladas por el viento, y que, sin embargo, parecían inmóviles. A nuestros pies, durante muchas millas de norte a sur, se extendía una magnífica llanura, bien arbolada y cubierta de verdes praderas. Las orillas del mar, en especial las del Océano, son estériles generalmente; pero no sucede así en las costas de Siria, donde abundan tanto los árboles y es tan rica la vegetación como en lo interior de las tierras.

Bajando de aquella elevación, en una hora estuvimos en Ayn-Aanab. *Ayn*, en la lengua del país, significa manantial o fuente, y se encuentran a menudo de estas fuentes o manantiales en la montaña, como lo indican los nombres de varias aldeas vecinas, formando algunos encantadoras cascadas. Cerca de Ayn-Aanab hay un grupo de palmeras, cosa rara a tan grande altura sobre el nivel del mar. En media hora llegamos a Ayn-Besaba, donde resolvimos, almorzar; y cuando menos lo esperábamos, pues no podíamos figurarnos nada semejante a una posada en aquellos parajes, nos sorprendió que viniesen a ofrecernos un plato de becafigos de una casa próxima a la fuente. Este sabroso bocado no nos costó arriba de veinte paras o céntimos, y por precios igualmente moderados obtuvimos frutas y café.

Después de dormir la siesta sobre la espesa yerba que crece a orillas de la fuente, bajamos al *wady* o valle de Ghadiry, cuya aldea más notable es Kefr-Shyna. El convento de Mar-Hannah-el-Shoeyffat está sobre una colina, a tres cuartos de legua al Norte del sitio donde el Ghadiry desemboca en el mar. Habiendo pasado el *wady* y gastado tres horas en atravesar una deliciosa

llanura llamada Ard-el-Beradjene, cubierta de olivares, llegamos por último a Beirut, y yo me dirigí a la misma fonda donde había estado alojado anteriormente.

3.
El Kesruan.

San Jorge y el dragón.—Nahr-el-Leban.—Ras Nahr-el-Kelb.—Antiguas esculturas en la roca.—Un pedestal sin estatua.—El antiguo Lycus.—Entrada en el Kesruan.—Antura.—Bekerke.—Harisa.—Bezomar.—Ayn Warka.—Shadsir.—Nahr Ibrahim.—Un eco.—Djebail.—Batrun.—Camino de Trípoli.—Distrito de El Kura.—Amiun.—Templos antiguos.—Llegada a Trípoli.

Mi amigo, el capitan Chesney, impaciente por llegar a Damasco, desde donde una caravana se disponía a salir para Bagdad, pasando por Palmira y el desierto, se embarcó el 14 de octubre en un buque mercante con dirección a Trípoli. En cuanto a mí como deseaba visitar antes la parte del Líbano, llamada el Kesruan, o cadena castravana, me fue imposible ir con él. Espero sin embargo volverle a ver en Damasco.

Necesitando un compañero de viaje, invité a un maronita, hijo de un mercader al por menor de Beirut, joven amable, inteligente, de carácter jovial, y animado del deseo de instruirse, muy raro entre sus compatriotas. Llamábase Hannah (Juan). Tenía que arreglar algunos negocios en Trípoli y Damasco y aceptó. Partimos de Beirut a las tres de la tarde, y al cabo de una hora llegamos a un sitio donde mi amigo el maronita, aficionado a las leyendas, me dijo que el valeroso San Jorge había matado al dragón. En conmemoración de esta victoria se erigió allí antiguamente una capilla dedicada al héroe cristiano, y que fue convertida luego en mezquita.

Continuando al Este, no tardamos en llegar al Nahrel-Leban o «río de leche», así denominado por el color blanco de sus aguas cuando éstas se aumentan con las lluvias que descienden de las montañas. Lo pasamos por un puente de seis arcos, que parece obra de los romanos. En sus orillas cortamos algunas de las cañas de que se hacen en Oriente los *calami* o plumas de escribir; las mejores son las del Tigris, cerca de Bagdad. Cuando alcanzamos la extremidad oriental de la llanura de Beirut, torcimos hacia el Norte y seguimos, durante hora y media, un arenal que nos condujo al pie del promontorio Ras-Nahr-el-Kelb.

Como no existía ningún paso natural entre este promontorio y el mar, se ha construido uno haciendo desaparecer las desigualdades de la roca y reduciéndola a una superficie lisa, cuyas grietas se han tapado con piedras y argamasa. El camino no tiene más de seis pies de ancho y se encuentra a considerable altura sobre el nivel del mar. Una inscripción grabada en la roca indica es obra del emperador Antonino. Entre los rocas suspendidas al Este y que se elevan a cincuenta o sesenta pies de altura, se perciben señales de otro camino mas antiguo. Allí, sobre la faz desnuda de la roca que mira al mar, hay varias esculturas, cuyo estilo, así como el asunto y las dimensiones, son diferentes, pero que parecen todas de la más remota antigüedad. En Beirut había visto ya el croquis de estos monumentos, y subí para examinarlos de más cerca. Aunque maltratados por el tiempo y por la espuma del mar, se conoce que son esculturas de un mérito superior, y que pertenecen a dos distintos pueblos y a diferentes épocas. Una, por ejemplo, presenta jeroglíficos egipcios; y en el marco que la rodea encontré el mismo género de decoración que había notado ya en el Ramseium de Tebas. Las esculturas de otro orden son fáciles de conocer, porque están sobrecargadas de inscripciones en caracteres cuneiformes, hoy casi borrados, y terminan en arcada por arriba. La escultura más notable y mejor conservada, a causa sin duda de su elevación, representa un hombre de pie, en bajo relieve, vestido como los persas modernos, con túnica y gorro, y una barba larga que concluye en punta. En el ángulo izquierdo se ven muchos signos simbólicos, entre ellos una media luna y un globo; y toda la superficie de la escultura, de medio abajo, está cubierta de inscripciones como las ya referidas.

A corta distancia de la extremidad septentrional de este promontorio, surge al borde del camino un pedestal que, según dicen los indígenas, sostenía en otro tiempo la estatua de un perro. En el mar a algunas varas de la orilla, muestran un enorme trozo de piedra negra, que afirman es el ídolo en cuestión; pero lo más probable es que fuese la estatua del emperador que mandó construir el camino.

Esta montaña forma el límite meridional del distrito de Kesruan, que se extiende, hacia el Norte, casi hasta Nahr-Ibraim. Tiene de largo unas tres leguas y media, y de dos a tres de ancho. Aunque habitado casi exclusivamente por cristianos, está bajo la jurisdicción del jeque Beshir, druso de la familia de Khasan. La principal producción del país es la seda, y la morera el único o casi el único árbol que se cultiva. El *miri*, o impuesto territorial, se paga en especie con las hojas de este árbol, y los jeques de las aldeas cuidan de hacerlas coger y las reciben. Estos mismos jeques fijan la parte que debe satisfacer cada aldea, cuando una contribución extraordinaria se reparte a toda la provincia.

El paso del promontorio dura como un cuarto de hora. Bajando del lado septentrional, llegamos pronto a Nahr-el-Kelb «río del perro», que salía con ímpetu de entre dos montañas escarpadas. Es el Lycus de los griegos, llamado también a veces *Canis*. Lo atravesamos por un hermoso puente de piedra, con seis arcos, recientemente construido, a poca distancia del sitio donde el río desemboca en el mar. Allí dejamos la costa y nos dirigimos a lo interior.

Al cabo de una hora estábamos en Zuk-Mikayl (Miguel), principal aldea del Kesruan, donde reside el jeque Beshora, de la familia de Khasan, gobernador de la provincia. Hay allí un pequeño bazar, donde los habitantes del Kesruan compran los vestidos necesarios y los objetos de lujo. Las tiendas de silleros y zapateros abundan mucho y son muy útiles en aquellas comarcas montañosas.

A un cuarto de hora de Zuk-Mikayl está Deir Beshara, donde existe un convento de monjes, y a una legua de Deir Beshara está Antura. Cuando llegamos los monjes iban a cenar, y me condujeron al refectorio para que cenase con ellos. Me quedé sorprendido al oírme saludar en varias lenguas de Europa por jóvenes que habían ido allí a aprender el árabe. Recordé la vida de colegio; algunos de aquellos jóvenes se proponían permanecer en el país, otros tenían intención de volver al seno de sus familias, otros, por último, eran simples viajeros. Las horas se pasaron como minutos, excitando no poco nuestras disposiciones comunicativas los frecuentes tragos de vino de oro del Líbano, así llamado por su color, y que los griegos y romanos alababan mucho. Es, en efecto, un vino delicioso.

El convento de Antura, como el de la Visitación, que es de monjas, fue fundado por los jesuitas. Cuando se suprimió la orden en 1759 los reemplazaron los lazaristas, que han seguido poseyéndolo. El edificio no tiene nada de notable; pero su situación es excelente, y desde él se disfruta una deliciosa vista, que abraza el valle que lo separa del mar y toda la bahía de Kesruan. Al este, limitan el horizonte las áridas alturas de Sannin, una de las cimas más elevadas del Líbano. La capilla es pequeña, pero sus adornos son de buen gusto.

Después de almorzar salimos de Antura para ir al vasto convento de Bekerke, y empleamos una hora, pues hubo que dar un rodeo a fin de evitar un barranco profundo. Entonces empecé a sentir los inconvenientes de viajar en países montañosos, donde a cada instante hay que bajar y subir, por caminos malos, atravesados de torrentes y al borde de precipicios. El punto que se llama El-Kurket es una cadena de colinas al noroeste de Antura, que domina la mar al oeste y desde donde se descubre la ciudad y la rada de Beirut, situadas al mediodía, a unas dos leguas.

El gran monasterio maronita de Bekerke, en que el patriarca reside por lo regular durante el invierno, se eleva en una de las cimas de esta cadena. Allí, o mejor dicho en los alrededores, vivió a mediados del último siglo Khazen, la joven maronita cuya vida y extravagancias nos ha contado Volney. De Bekerke nos dirigimos a Hariza, a tres cuartos de legua, donde hay un hermoso convento perteneciente a los franciscanos de Tierra Santa, construido en una eminencia cónica que baña el mar. Desde la azotea se disfruta una magnífica vista que se extiende por toda la costa hasta Djebail y por toda la bahía de Kesruan, en el lado opuesto.

A la tarde salimos para el convento de Bezommar, en la cúspide de la más alta montaña del Kesruan, y tardamos en llegar una hora, dejando a la derecha y a la entrada de un valle el convento de Es-Sharfe, que pertenece a la iglesia siriaca ortodoxa; que al otro lado de este valle, se prolonga hasta la aldea de Deir-Aun. se encuentra el convento maronita de Mar-Shalleitta. Un violento chaparrón nos sorprendió en aquellos parajes, y entramos en Bezommar calados hasta los huesos. Después de mudarme de ropa apresuradamente, fui a ofrecer mis respetos al patriarca armenio, y le hallé sentado delante de una gran ventana, que dominaba el valle de Kesruan, contemplando los imponentes efectos de la tormenta. Cerca de él, sobre un diván, estaban cuatro obispos, uno de los cuales hablaba italiano, habiendo residido mucho tiempo en Roma. Se me recibió muy bien, obsequiándome con sorbetes, pipas y café.

Bezommar es la sede del patriarca, o jefe espiritual de todos los católicos armenios de Oriente. Le acompañan varios obispos y unos veinte o treinta monjes. Es el convento más hermoso y rico del Kesruan. Posee rentas considerables, que en parte provienen de tierras suyas, y en parte de donativos que le envían de Constantinopla, del Asia Menor y de Siria, y recibe un número ilimitado de jóvenes que se destinan al estado eclesiástico.

A media hora de Bezommar principia un pintoresco valle, abierto solo por el oeste, desde donde se alcanza a ver el mar. Tuve que apearme, pues la bajada se verifica por un sendero en zigzag, muy pendiente y peligroso, y el cultivo aparece de lejos como en anfiteatro. Si nos volvíamos para buscar con la vista nuestras cabalgaduras, estas parecían suspendidas a veces sobre nosotros, vacilando al borde de un precipicio.

Casi en el fondo del valle está el convento maronita de Ayn-Warka, en un cerro poblado de árboles. Al entrar en el patio, vi siete u ocho jóvenes sentados, con sus libros, a la sombra de un sicomoro. Estaban estudiando para recibir las órdenes. Desde el valle de Ayn-Warka, se sube una montaña muy fatigosa, y luego se baja a otro valle, donde se suceden las aldeas y los conventos. En hora y media llegamos a los de Kereim y de Baklus, construidos sobre alturas que dominan el mar. El primero, parecido a los monasterios de Europa, pertenece a los católicos armenios, y contiene gran número de monjes y estudiantes. Al pie del convento se encuentra la aldea de El-Basha.

A mediodía estábamos en Ghadsir, una de las aldeas más comerciales y mejor situadas del Kesruan, y por la tarde salimos para Djebail, trayecto de unas seis horas. Yendo hacia la costa, llegamos en poco tiempo a un puente medio arruinado, que llaman Djissr-Maammiltein, y atraviesa un *wady* o barranco profundo, cuyas orillas forman los límites de los bajalatos de Tsaide y de Trípoli, y sirven al mismo tiempo de línea de demarcación entre los distritos de Kesruan y de El-Fetueh. Este último, que se extiende hasta *Wady-Medfun*, algo al sur de Batrun, se compone de una serie de colinas bajas y desnudas, que constituyen la región menos elevada del Líbano, hacia el mar. La ribera septentrional del Wady es una lengua de tierra bastante alta que forma, pór aquel lado, la punta de la bahía de Kesruan. Surge en su cima una vieja torre llamada Berdj-el-Koszeir, y al pie hay un pequeño puerto, el de Meinet-Berdja, a donde suelen ir buques desde Chipre, cargados principalmente de trigo y sal.

A una legua del puerto está el río Nahr-Ibrahim, antiguamente Adonis. El país es agreste, y aun teníamos dos horas de camino antes de llegar a Djebail. Los jabalíes, según se dice, abundan en las montañas vecinas, y los turcos los matan emboscándose cuando hace luna detrás de las rocas. A un tiro de escopeta de Djebail pasamos junto a una torre que sirve de atalaya; los indígenas le dan el nombre de Berj-um-Heish. El guía, que iba delante, parecía hablar con una persona situada en la torre; pero recibía por única respuesta un *eish*, en lengua vulgar *que*. Admirado de tal laconismo, pregunté a Hannah qué significaba aquello, y me contestó que el conductor se divertía en interrogar un eco que existía en aquel paraje, cuidando de concluir cada palabra con la sílaba *eish*.

Entramos en Djebail bastante de noche, y el guía me condujo a un convento maronita, donde se nos acogió perfectamente. Djebail o Gebile, la antigua Byblus, ciudad marítima considerable bajo los reyes de Antioquia, está circuida de un muro de mediana altura y de milla y media de circunferencia, con torres cuadradas de trecho en trecho. Fue una de las primeras ciudades que

cayeron en poder de los cristianos, y en las crueles guerras subsiguientes compartió la suerte de las demás poblaciones de la costa. Su puerto está hoy cegado, y así no se hace ningún comercio. La decadencia es palpable, y los pocos habitantes que quedan son casi todos maronitas que cultivan en las cercanías de la ciudad algunos campos, donde se da muy bien el tabaco.

Casi todas las antigüedades que se ven en Djebail son romanas. La puerta de la ciudad, única que existe por la parte de tierra, parece, según los restos de una inscripción grabada sobre una piedra introducida en la pared de una casa que está al lado, restauración del emperador Adriano. Algo al sur de la puerta hay un antiguo castillo, de construcción rústica, y cuyas piedras son enormes. De lo alto de este castillo se disfruta una hermosa vista. Cerca del convento maronita están las ruinas de un iglesia, que parece de época muy remota. Las paredes tienen esculturas y en algunas se leen inscripciones griegas.

Djebail dista de Trípoli un día de marcha; pero, antes de dirigirme a esta última, quise visitar el distrito do El-Kura, habitado exclusivamente por una población cristiana, al nordeste de Djebail. Seguí, sin embargo, hasta Batrun, en el camino de Trípoli, aunque un poco al oeste.

Se cree que esta ciudad es la antigua Bostrys, si bien no hay allí ninguna huella de muros o edificios antiguos, y sí solo los restos de un monasterio de la edad media. Es la sede de un obispo, y, lo mismo que Djebail, da su nombre a un prelado maronita. Casi todos los habitantes pertenecen a esta secta. Como no tiene más fondeadero que uno artificial, abierto en la roca, donde un corto número de barcos pescadores pueden abrigarse durante el mal tiempo, el comercio es nulo y los recursos escasísimos. No encontré quien vendiese pan, carne ni pescado; y al cabo de una hora volví a emprender mi marcha, proponiéndome dormir en Amiun, si llegaba a tiempo.

El camino directo de Batrun a Trípoli atraviesa el Gebel-Nurie, situado algo al norte de la ciudad, y que forma el promontorio de Ras-el-Shakka, sobre cuya cima está el célebre convento griego de Belmont, fundado por uno de los condes de Trípoli. Al otro lado, siguiendo siempre la costa, se encuentra, a dos horas y media de Ras-el-Shakka, la aldea de Kelemon, probablemente la antigua Calamos.

Dejando la costa y caminando al través de la llanura en la dirección del nordeste, llegué en media hora a un valle estrecho, llamado Wady-Massabeha. El Gebel-Nurie forma el límite septentrional de este barranco, mientras que, por el mediodía, lo limita una montaña menos elevada. Al pie del Gebel-Nurie está la aldea de Kobba, y cerca de esta una antigua torre.

Atravesamos el riachuelo que da nombre al valle por un puente de piedra, y al cabo de una hora llegamos a Kalaat Maasaheba, castillo de construcción moderna, sobre una roca aislada, en la parte más estrecha del barranco que domina enteramente. La roca es inaccesible a los cuadrúpedos.

Cuando hubimos dejado atrás el castillo, empezamos a subir la montaña situada al norte. El sendero es áspero, y aunque apenas podía andar, por no haber tomado nada en todo el día, tuve que apearme, y al cabo de una hora llegamos a Ayn-el-Khowedj, hermosa fuente, donde nos detuvimos a fumar una pipa, lo que, en Oriente equivale, para el viajero fatigado, casi a comer.

Prosiguiendo nuestra marcha, vagamos algún tiempo en medio de estériles montañas y tristes ruinas, sin que se presentase a la vista una habitación ni una persona quien preguntar dónde nos hallábamos. Gritamos todos a un tiempo para atraer la atención; pero sólo nos respondían los ecos de los valles. Después de dos horas y media, guiados por algunas luces que percibíamos a lo lejos, llegamos a Amiun, principal aldea del distrito de El-Kura y residencia del gobernador de la provincia, costándonos mucho encontrar alojamiento, hasta que al fin se nos permitió entrar en una casa desamueblada. Como los habitantes de Amiun son casi todos griegos cismáticos, atribuí esta falta de hospitalidad a la circunstancia de acompañarme un maronita.

En cuanto se encendió fuego y tomé una taza de café, envié al guía por provisiones, volviendo dentro de una hora con media docena de huevos, manteca, un poco de pan moreno y un jarro de leche. En cualquiera otra ocasión hubiera maldecido mi suerte, al tener que encontrarme con aquel mezquino sustento después de tan fatigoso día; pero no me pareció oportuno ponerme a disputar con la gente del país. El 19 muy temprano partimos. A media hora de Amiun, al sudeste, se

encuentra la aldea de Bethiza, y cerca de ésta, aunque aislado, surge un templo ruinoso que los naturales llaman *Kenisat-el-Awamid* «iglesia de las columnas.» Como era el primer monumento de arquitectura griega que veía desde que había dejado la Grecia, le examiné con particular interés.

Es cuadrado, e interiormente tiene diez pasos de largo y ocho de ancho. El techo y la pared oriental yacen por tierra. Las otras tres paredes están aun en pie; pero, la del mediodía algo inclinada, lo cual induce a suponer que el edificio ha sufrido la violenta sacudida de un terremoto. El pórtico se componía de cuatro columnas jónicas, de unos diez y ocho pies de altura, y cada una de una sola piedra. Tres subsisten aun. En la puerta y su plinto hay ricas esculturas. En el centro del edificio se eleva una añosa y copuda encina, que cubre el templo; todo lo cual forma una ruina de aspecto singularmente pintoresco y extraño.

De allí nos dirigimos a las montañas del nordeste, que constituyen una de las regiones inferiores del Líbano, y al cabo de una hora contemplábamos las ruinas de una ciudad que los indígenas llaman *Naus*, por corrupción, sin duda, de la voz griega ναος, que significa templo. Vénse allí, en efecto, los restos de dos edificios de esta clase; uno de ellos, el más considerable, estaba construido sobre una plataforma, y se halla hoy reducido a un montón de escombros, por los cuales se infiere era de orden corintio.

El más próximo paraje habitado es Deir Demitry, convento erigido a San Demetrio, uno de los santos más venerados del calendario griego, en la pendiente de la montaña y al extremo oriental de la llanura. Sólo había allí dos monjes que viven en la soledad y la pobreza; sin embargo, compartieron con nosotros su almuerzo, consistente en huevos fritos, pan y *yagourt*.

A mediodía salimos del convento, y costeando la montaña, no tardamos en llegar a Kesben, aldea considerable, y a poco de dejar esta, atravesamos inmensos olivares que cubren todo el espacio comprendido entre Gebel Kella, al Sur, y el río Kadisha. Entonces observé que se cultivaba allí el olivo con tanto cuidado y esmero como en Corfú y en los demás países civilizados de Europa. El distrito situado a la otra parte del profundo barranco que sirve de cauce al Kadisha, se llama Zawie, y es igualmente rico en aceite y en granos. Los habitantes son casi todos maronitas.

A las tres horas de haber atravesado la aldea de Beserma, estábamos en Deir Keistein, que toma su nombre de un pequeño convento griego, situado en las cercanías. Hasta Trípoli, el camino no cesa de cruzar entre olivares, y el viajero que viene de lo interior disfruta una magnífica vista, que se extiende por una verde llanura, de forma triangular, cuyo punto más alto es un promontorio; y al pie de este promontorio aparece la linda y compacta ciudad de Trípoli, con su ceñidor de naranjos y moreras, sus jardines pegados a las casas, su puerto, sus islotes...

Bajando de la altura que ocupábamos, a los diez minutos entramos en Trípoli, dirigiéndonos a casa de Mr. Katziflis, agente consular de la Gran Bretaña, para quien nos había dado cartas de introducción Mr. Barker, de Alejandría, y que nos recibió de la manera mas benévola y afectuosa.

4.
Trípoli

Origen de la palabra Trípoli.—El río Kadisha.—El Myna.—Sepulcro del jeque El-Badawi.—Camino de Latakia.—Los Anzeyrys.—Djumi.—Sgarti.—Subida del Líbano.—Campamento árabe.—Ebden.—Convento de Kasheya.—Kanobin y su valle.—Bshirran.

Trípoli, 20 de octubre.—Créese que la palabra Trípoli, que significa tres ciudades, se deriva de tres colonias distintas, procedentes de Tiro, Sidón y Arado, que se establecieron en tres diferentes puntos del promontorio. Al principio no formaron una sola ciudad; pero, habiéndose aumentado progresivamente sus barrios, acabaron por confundirse, de suerte que los tres nombres primitivos se redujeron a uno, y los indígenas, por corrupción, llamaron a la ciudad Tarábolos[123]. Está edificada al

123 Se la llama Tarabolos-el-Sham, para distinguirla de la de Berbería, denominada Tarabolos-el-Gharb.

pie de las colinas mas bajas del Líbano, a cosa de media hora de camino de la orilla del mar, y el río Kadisha (santo), por otro nombre Nahr-Abu-Ali, la atraviesa y divide en dos porciones iguales, siendo mas considerable la del Sur. Circúyela una muralla poco elevada e incapaz de oponer gran resistencia. Las afueras están cubiertas de jardines plantados de naranjos, limoneros y moreras que se extienden a alguna distancia en la llanura. Apenas ha penetrado el viajero en la ciudad, cuando le sorprende el aseo y la elegancia que nota donde quiera, en comparación de las demás poblaciones de la costa. Las casas son casi todas de azotea, y allí suben por las tardes los habitantes, en especial las mujeres, para respirar la brisa del mar.

Los bazares son espaciosos y están bien provistos de mercancías del extranjero y del país. Los principales objetos de exportación consisten en sedas de calidad inferior, que se venden a los mogrebinos de Berbería, los cuales importan géneros coloniales que traen de Malta; esponjas, que se pescan a lo largo de la costa; agalla, que se saca de las montañas de Anzeiry; cera amarilla de buena calidad, que se recoge en el Líbano; rubia de Homs y de Hamah, y algún tabaco que se envía a Egipto, donde es muy estimado. Por todas partes se ven enormes montones de jabón en venta, y existe un *khan* donde se le fabrica para la exportación, enviándolo principalmente a las costas de Caramania y Anatolia, así como el álcali que se emplea en la elaboración y se saca del desierto situado al Oriente.

Hay en Trípoli muchas mezquitas, que se pretende fueron en lo antiguo iglesias, y los modernos bazares, a juzgar por las arcadas góticas que los cubren, parecen haber pertenecido en otro tiempo a monasterios y conventos de religiosos. Entre los muchos restos de la época de las Cruzadas, noté cruces esculpidas en relieve sobre la puerta principal de algunas casas y cálices en otros sitios.

El Kadisha suministra, en su paso al través de la ciudad, el agua necesaria, no sólo para los conductos de las calles, sino también para el consumo particular de las casas que, en su mayor parte, tienen una fuente en el patio, y a veces hasta en el salón de recibo. Suministra igualmente el agua de los baños, de manera que bien merece el nombre de santo, pues contribuye a la salud, al aseo y a los atractivos de la ciudad. La población de Trípoli se eleva a unas diez y siete mil almas, contándose sólo tres mil cristianos (griegos católicos).

En la puerta que conduce a la marina hay siempre chicos con asnos ensillados para llevar a la llanura a los que lo deseen, y en menos de media hora nos trasladamos a El-Myna, nombre que se da al puerto de Trípoli, en el ángulo más saliente del promontorio por el lado del norte. Lo forma una serie de rocas pequeñas que, desde la punta del Myna, avanzan en el mar. La rada es poco segura, pues el fondo gasta y corta los cables de los buques. En el puerto habitan principalmente marineros griegos y constructores de barcos. De El-Myna a la embocadura del Kadisha existe una línea de seis torres cuadradas, distantes entre sí como diez minutos de camino, y que parece se edificaron para defender el puerto. A su alrededor yacen esparcidas muchas columnas de granito, de unas quince pulgadas de diámetro.

El Kadisha no es navegable, ni aun para los buques pequeños, y tampoco se puede vadear por aquella parte. Nosotros lo atravesamos algo más arriba, por un acueducto apoyado en arcos y que sirve de puente. El agua que nace al pie del monte Líbano, a ocho millas de Trípoli, va en un canal hasta el valle y cruza éste por un acueducto de cuatro arcos, llamado Kontaret-el-Brins.

Continuamos nuestro paseo durante media hora, siguiendo el camino de Latakia, a fin de visitar el sepulcro del jeque El-Bedawy, o mejor dicho, la fuente que ha dado su nombre. Esta fuente rodeada de un muro, contiene muchos peces que los turcos de Trípoli miran como sagrados. Dista dos millas al norte de la ciudad. Hay allí una vasta llanura que se extiende hasta Tortosa, y que, abierta por el lado del mar al oeste, se halla limitada al este por los montes Anzeiry, ramificación del Líbano inferior, donde habita una raza de hombres turbulentos, no sometidos nunca enteramente. Existe gran divergencia de opinión entre los autores acerca del origen de este pueblo. Su religión, supuesto tenga alguna, está envuelta en un misterio profundo. Es posible sean, como los

drusos, una secta de mahometanos, y que, subdividiéndose luego entre sí, hayan llegado a no saber ellos mismos lo que son.

La llanura a que acabo de aludir se llama Djumi, esto es, llanura por excelencia. Debe su fertilidad a un gran número de riachuelos que bajan de las montañas y la atraviesan dirigiéndose al mar. En otro tiempo había buenos puentes para pasarlos; pero, destruidos casi todos, no se les vadea sin peligro en la estación de las lluvias. El primero es el Nahr-el-Bered, o «Río Frío», a tres horas lo menos de Trípoli; siguen luego el Nahr-Akkar y el Nahr-Abresh, o «el río del Leproso», y a media hora de este último el Nahr-el-Kebir, o Gran Río, que se supone es el antiguo Eleutherus. Una vez pasado el Nahr-el-Kebir, se llega, al cabo de una hora, a Ayn-el-Hye, o «fuente de la Serpiente», junto a la cual se notan señales de antiguos edificios, como también ruinas y sepulcros, lo que prueba existía allí antiguamente una ciudad, quizá la Enydra de Estrabon. Algo más lejos, y a cosa de una legua de la orilla, está la isla de Ruad, que se supone ser el Arvad, el Arped, o el Arfad de la Escritura, el Aradus de los griegos y de los romanos, en otro tiempo poderosa república marítima. Hoy no contiene más que un corto número de habitantes.

A una hora de Ayn-el-Hye, después de atravesar un torrente considerable, se encuentra a Tortos, que los naturales llaman Tartus, antiguamente Ortosa, a orillas del mar; a hora y media de Tortosa está Nahr-Hussein y a cuatro y media de Nahr-Hussein el sitio donde surgía Baneas, probablemente la Balanea de Estrabón y la Valania de la edad media. De allí a Jebilea cuatro horas de camino. A esta última, la antigua Gebala, la rodea una vasta y fértil llanura que produce principalmente algodón y tabaco; sus más notables ruinas son los restos de un hermoso teatro romano.

De Jebilea a Latakia hay cuatro horas de camino, y a juzgar por las muchas ruinas de castillos y de ciudades, particularmente entre Tortosa y Jebilea, este distrito debió estar cubierto en lo antiguo de una numerosa población. Hoy es casi un desierto, y lo cultivan solo los anzeyris, que habitan las montañas vecinas. Por la tarde volví a Trípoli.

El 22, después de almozar, salí para Damasco, proponiéndome seguir el camino que atraviesa el Líbano y la llanura de Balbec. Me acompañaban el guía maronita y un criado de la misma secta; el arriero era musulmán. Subimos por el Wady Kadisha, o valle que riega el río de este nombre. En la cima de una colina, al norte del camino y en el sitio mismo por donde el Kadisha entra en la ciudad, está el sepulcro de Abu-Naszer; en frente el castillo o ciudadela, y un poco más arriba el célebre convento de dervises, ceñido de árboles y en la posición más agradable y pintoresca. A las dos horas y media llegamos a la aldea de Sgarti, al pie del Líbano. En invierno, las personas acomodadas bajan a Sgarti, y permanecen allí hasta la vuelta del buen tiempo.

La subida del Líbano es fatigosa para hombres y animales; y sin duda nos extraviáramos, a no divisar las tiendas de algunos árabes, a cierta distancia del camino. Eran del mismo color que el suelo, y sin la lumbre que encendimos no hubiéramos advertido en ellas. Tratamos de acercarnos; pero los perros empezaron a ladrar y nos enseñaron los dientes. Aquellos árabes, menos en el traje, en todo lo demás me hicieron acordar de los gitanos que había visto en mi país. No estuvimos en Ehden hasta las dos de la madrugada. El jeque Butros (Pedro) cristiano, a cuya familia pertenece la aldea, se disponía a acostarse cuando llegamos.

Es difícil figurarse una mansión más deliciosa que Ehden durante el verano, por sus frescas sombras, por el buen aire que allí se respira, por sus excelentes aguas. En ninguna parte he visto nogales como los de Ehden. Es el asilo favorito de las personas ricas de Trípoli en los meses de calor, y muchas fiebres intermitentes se han curado con sólo trasladarse allí los enfermos.

Desde Ehden a los cedros la distancia es poco más de cinco millas, inclusos los rodeos del camino, que es muy desigual y pasa por montañas y valles; pero, deseando ver los conventos de Kasheya y de Kanobin, situados en las cercanías, seguí una dirección algo más extraviada. A mediodía me despedí del jeque y de su familia.

Al norte de Ehden se encuentran las fuentes del Abu-Ali. El agua brota de la tierra con mucha fuerza y vuelve a caer, formando cascadas, en el Wady del mismo nombre, que es un brazo colateral

del valle de Kadisha. Habiendo tomado el camino entre los dos valles, llegué al cabo de tres horas al barranco en cuyo fondo está situado el convento maronita de san Antonio, por otro nombre Kasheya. No se concibe nada más romántico que el sitio elegido por aquellos anacoretas al alejarse del trato del mundo. Elévase el convento sobre una estrecha lengua de tierra, en un precipicio donde la más rica vegetación sale por todas partes de entre las rocas. Ante sus muros se precipita un torrente, queriendo impedir al curioso extranjero que se aproxime. Decidido, sin embargo, a acercarme, dejé el caballo al borde del barranco, y bajé solo al romántico valle de Abu-Ali, llamado así a causa del torrente que le riega. Encontrando francas las puertas del convento entré, pero no vi un alma a quien dirigir la palabra.

Después de vagar algunos minutos en el sombrío edificio iba a retirarme, cuando el sonido de voces humanas me atrajo a un punto que resultó ser la iglesia. La comunidad, en número de veinte o treinta personas, se había reunido allí para decir la oración de la tarde. Concluido el servicio, me presenté a uno de los monjes, que tuvo la complacencia de enseñarme todo el establecimiento. Poco hallé en él digno de atención; la iglesia no es más que una gruta ensanchada; las celdas son pequeñas, y tan húmedas que no se concibe habiten allí criaturas humanas.

A la izquierda del convento hay una espaciosa gruta que se extiende bajo de tierra a considerable distancia. Entré en ella; pero, a los pocos pasos, hirieron mi oído dolorosos gritos que parecían proceder del extremo opuesto. Pregunté qué era aquello, y me contestaron que allí se encerraba a los locos; luego he sabido que en el número de estos se contaba también a los apóstatas.

Los monjes, en el intervalo de sus ejercicios religiosos, se ocupan, ya en cultivar las tierras del convento, ya en confeccionar el corto número de objetos que exigen sus modestas necesidades y que el retraimiento en que viven no les permite comprar. Cuando mueren, se les coloca vestidos en un subterráneo.

Para los habitantes de Kasheya el día debe ser corto, pues el sol no penetra en su retiro sombrío hasta cerca de las doce, y cuando llegué al sitio donde había dejado el caballo, hallé, con gran sorpresa, que era mucho menos tarde de lo que me figuraba.

De Kasheya me dirigí al convento de Kanobin, con intención de pasar allí la noche. Era ya oscuro cuando llegamos a lo alto del profundo valle donde se encuentra situado; y sirviéndonos de guía la luz que brillaba al través de una de las ventanas del edificio, nos acercamos hasta la puerta. Estaba cerrada; pero, en consideración a mi compañero maronita, nos abrieron a pesar de lo avanzado de la hora, dándonos de cenar y una buena cama.

El valle de Kanobin no se parece a ningún otro; pues si bien sus rocas perpendiculares, su rica vegetación y sus torrentes son comunes a los parajes montañosos, posee encantos exclusivamente suyos, debidos sobre todo a la profunda soledad que allí reina. No pudiendo conciliar el sueño, me levanté, y el espectáculo que se ofreció ante mí no cabe explicarse. La luna había salido, y esparcía una luz dudosa por el vasto abismo. Unido esto al murmullo del Kadisha, me sumió en una larga y profunda meditación, interrumpida sólo de tiempo en tiempo por el melodioso canto del solitario ruiseñor, o por el lúgubre sonido de la campana del monasterio.

Al siguiente día fui a presentar mis respetos al patriarca maronita, que pasa el verano en Kanohin, y le acompañé a la iglesia. Esta no tiene nada que merezca llamar la atención.

El camino de Bshirrai es una suave cuesta con deliciosas vistas, y la aldea se compone de unas cien casas, construidas al borde de un precipicio, y habitadas por familias maronitas que se ocupan casi todas en el comercio de la seda. Hay cinco o seis capillas, cuyas campanas estaban tocando a vísperas cuando entré en la aldea.

5.
Los cedros del Líbano. Balbec.

Esperanza frustrada.—La cima del Líbano.—Vista magnífica.—Comparaciones.—Aineta.—Un arriero musulmán.—Desaliento.—Deir-el-Akmar.—Llegada a Balbec.—Sus grandiosas ruinas.

Dejando a Bshirrai al salir el sol, empecé la subida del Líbano, y al cabo de hora y media llegué a una meseta poco extensa, que me pareció en parte cultivada, aunque no se descubría ninguna habitación. Regábala un riachuelo cuya agua era excelente, y a la izquierda, a cosa de media legua del camino que conduce desde Bshirrai, por la montaña, al valle de Balbec, se encuentra el famoso bosque de los cedros, de esos árboles notables, no sólo por su altura y antigüedad, sino también porque descienden de los que tan a menudo se mencionan en la Sagrada Escritura.

El lugar donde están es tan retirado, que a no ser por mi guía, hubiera pasado sin verlos, pues no apartaba los ojos de la cima del Líbano. Crecen en una hondonada, al pie de la parte más alta de la montaña, que forma en aquel sitio un anfiteatro natural. Desde el camino parecen un grupo de encinas que se han librado del hacha; pero en cuanto me acerqué, conocí su especial mérito. Pertenecen a distintas generaciones; de los más viejos quedan pocos. Estos patriarcas del mundo vegetal tienen una estructura notable; cuatro o cinco troncos gruesos salen de una sola base y se elevan juntos a la altura de diez o doce pies, comenzando luego a extenderse horizontalmente. Medí la circunferencia de uno de estos cedros y hallé que subía a unos treinta pies. Hay además cuarenta o cincuenta, si no tan grandes, muy hermosos, y muchos pequeños. Los troncos de los más antiguos están cubiertos de nombres de viajeros, y algunos llevan la fecha de 1640.

Si he de decir la verdad, el efecto no correspondió a la idea que me había formado de tan famosos árboles; lo cual, unido a la pérdida de ilusión relativamente al lugar que ocupan, me convenció más y más de lo ventajoso que es ver las cosas por sí mismo. Los cedros del Líbano se elevan en un terreno desigual, cubierto de rocas y piedras, que tiene una milla de circunferencia, y en ninguna otra parte del Líbano son tan considerables sus grupos. Mientras que mi guía recogía del suelo algunas ramas para encender lumbre y preparar el desayuno, me senté bajo un venerable cedro, abandonándome a las gratas ideas que sugiere este país celebrado por la Sagrada Escritura, y cuyas imágenes se mezclan a los primeros cuadros de la infancia.

Impaciente de llegar a la cima del Líbano, escalé a pie la parte más escarpada, y a la hora de marcha me encontré en una meseta, desde donde se disfruta un espectáculo magnífico. A la derecha la calva frente del Líbano superior; en su base, el bosque de Cedros; a mis pies los valles de Kanobin y de Abu-Alí... Mientras contemplaba esta escena, los arrieros habían llegado a la cima de la montaña. Adelantéme algunos pasos al nordeste, y descubrí otro punto de vista muy extenso, pero menos agradable que el anterior. Se desarrollaba en el gran valle que separa al Líbano del Anti-Líbano, y comprende el distrito del Bekaa y el Belad Balbec, llamado en otro tiempo Cele-Siria. Los habitantes de estos distritos dan al Anti-Líbano el nombre de Gebel es Sharke, o la «montaña del Este», en oposición al Gebel el Gharby, la «montaña del Oeste», llamada también Gebel el Leban, denominación con que se designa a veces toda la cordillera desde el Mediterráneo al Jordán. El Líbano superior se distingue del inferior por ser más estéril, si bien la vegetación se extiende casi hasta la cúspide. Ambas montañas se parecen, por su forma y aspecto, a los Apeninos, y en particular a la cadena que corre al norte de Génova y de la Spezzia.

Descendimos al valle de Balbec por un camino tortuoso y rápido, y al cabo de hora y media llegamos a la aldea desierta de Aineta, donde hay varios manantiales, y uno que cae por encima de un peñasco, forma una bonita cascada. Se reúnen en un *wady* paralelo a la montaña superior, y van a desembocar en el lago Liemun. Naturalmente quise ver este lago; pero Mustafá, el arriero musulmán, se opuso, al principio con palabras y luego con hechos; pues llevó su insolencia hasta atravesarse ante mí, y coger al caballo de la brida, mientras que con la mano que le quedaba libre

sacó una pistola del cinto y la apoyó en mi pecho, gritando que iba a descargarla si insistía en mi idea. También yo tenía pistolas; pero la prontitud de su acción me impidió hacer uso de ellas. Hube, pues, de resignarme a escucharle, y sólo colegí de sus palabras que estaba resentido de mí, en su calidad de musulmán, por algunas expresiones que se me habían escapado durante el viaje. El guía y mi criado, llenos de terror, no me servían de nada; y así juzgué prudente desistir del objeto de la disputa y continuar directamente hacia Balbec. En Aineta empieza un país más llano, aunque todavía con ligeras ondulaciones, que separa el Alto del Bajo Líbano. Allí me entregué a una serie de tristes reflexiones que ni el sitio ni la hora, pues se aproximaba la noche, eran a propósito para disipar. Ya no estaba en los dominios del emir Beshir o de otro gobernador dispuesto a castigar cualquier insulto o injusticia que se me hiciese; me hallaba completamente en poder de mis guías.

A las tres horas de solitaria marcha, habiéndose puesto ya el sol, llegamos a Deir-el-Akinar, aldea situada al pie de la cadena del Bajo-Líbano, casi desierta, y donde tuve que contentarme con un poco de leche y un montón de paja para pasar la noche. Partimos antes de amanecer, y atravesando la llanura en la dirección del nordeste, nos encontramos al cabo de tres horas en Balbec, la antigua Heliópolis o «ciudad del Sol». Por el camino no se divisa ninguna aldea, y el solo objeto que llama la atención es la columna aislada, descrita por Pococke y otros, y que los naturales nombran Hamudiade.

Los pocos pero magníficos restos del gran templo, brillantemente iluminados por los rayos del sol que empezaba a mostrarse sobre las montañas del Anti-Líbano, nos permitieron concebir el admirable espectáculo que debía ofrecer el aspecto de esta ciudad, cuando sus suntuosos monumentos permanecían aun intactos. Al entrar por la puerta del Oeste, se presentó a mi vista una triste escena de ruina y desolación. En cada calle no había más que una o dos casas en pie, y estas desiertas u ocupadas momentáneamente por pastores árabes con sus rebaños. Después de buscar durante algún tiempo el que era antiguamente barrio de los cristianos, me apeé al fin en casa de un obispo armenio católico que, no obstante su alta dignidad eclesiástica, revelaba gran miseria en su habitación y vestido.

Comimos frugalmente, y en seguida, acompañado de un muchacho árabe, me dirigí al gran templo y los edificios vecinos, situados al extremo occidental de la ciudad y cerca de los nuevos muros. Por fuera del antiguo períbolo había antes un foso de defensa, debiéndose inferir que hubo un tiempo en que formaba parte de las fortificaciones, o mejor dicho, hacía veces de ciudadela. Un muro de mediana altura, flanqueado de torres cuadradas, circuye el resto de la ciudad. El espacio interior, en especial el del templo, está cubierto de ruinas de edificios públicos y particulares.

La principal entrada del templo consistía en una gran columnata de orden corintio y una hermosa escalera de piedra. Hoy está cortada por un muro y flanqueada en las extremidades por dos torres cuadradas y almenadas, obra de los que convirtieron al edificio en fortaleza. En este muro se ha abierto una brecha, la cual da a un patio hexagonal u octógono, en tal estado de degradación, que es imposible descubrir la naturaleza de los edificios que lo rodeaban. Tiene ciento cuarenta y cuatro pies en todos sentidos. De allí subimos a otro patio de forma cuadrangular y cuyas dimensiones son considerables. Antiguamente había en él arcadas; algunas, que eran cuadradas, con cuarenta y tres pies de abertura, y las demás semicirculares, con treinta pies de diámetro. Los techos de estas arcadas se han desmoronado; pero las paredes exteriores de donde partían las columnas, subsisten y dan al viajero idea de aquellos inmensos trabajos. A lo largo de estas paredes hay una hilera de nichos para las estatuas, adornados de ricas molduras y separados por pilastras; multitud de plantas silvestres que han nacido en lo alto, producen el más pintoresco efecto. En el centro del patio el suelo tiene más elevación, debida tal vez a una simple aglomeración de escombros.

Continuando hacia el oeste llegamos a una explanada que forma un paralelogramo de doscientos treinta pies de largo y ciento diez y ocho de ancho, y en el lado del sur, había una hilera de magníficas columnas corintias, coronadas por un hermoso arquitrabe. Sólo seis quedan en pie. La explanada está dividida por un muro de otro patio más bajo, donde existe un santuario, al que la ciudad debe mucha parte de su fama.

Este templo, aunque el más antiguo, según parece, de aquellos edificios, es el mejor conservado de todos. Su construcción, de orden corintio, no pertenece a la época más pura del arte entre los griegos. Su pórtico de columnas no existe; las piedras que lo componían yacen en confuso montón a la entrada. La puerta que conduce a lo interior del templo tiene veinte y cinco pies de alto y veinte de ancho. Las molduras y adornos de este vestíbulo son de un trabajo singularmente bello. Lo interior del templo mide ciento diez y ocho pies de longitud y sesenta y cinco de anchura, y en la extremidad occidental, a veinte y cinco pies de distancia de la pared, parece haber existido una bóveda o tabernáculo sostenido por dos hermosas columnas corintias. Las de los lados están a seis pies de distancia unas de otras, con un nicho circular en el remate. Todo el techo ha venido a tierra. De las columnas que rodeaban el templo exteriormente sólo restan nueve al norte, cuatro al sur y seis al oeste, habiéndose desprendido algunas de sus pedestales y quedando apoyadas en la pared.

Mediodía era cuando volví a mi alojamiento. En seguida me condujeron a un precioso, aunque pequeño templo, situado a cosa de ciento cincuenta varas al sudeste del ángulo del grande edificio, cuya descripción acaba de hacerse. Es una obra maestra del arte, y parece haber sido sacudido violentamente por un terremoto, que le causó graves daños, reparables con tal que se acuda pronto a su remedio; pues si no, al menor soplo de viento, en el estado en que se encuentra, se convertirá en un montón de ruinas.

6.
De Balbec a Damasco.

Alrededores de Balbec.—Zahle.—Por qué el autor no la visita.—Un firman inútil.—Zebdeni.—Comida en casa del jeque.—Wady Barrada.—Suk.—Kabat-el-Nasr.—Delicioso aspecto del país.—Salahié.—Fanatismo musulmán.—Llegada a Damasco.—El arriero castigado.

Balbec contiene unas cien familias ocupadas en el cultivo de su rico territorio, y que poseen rebaños considerables. Las tres cuartas partes de los habitantes son mahometanos de la secta de Alí; los demás cristianos. Hace algunos años se notaba cierta industria en esta ciudad; pero los terremotos y las disensiones civiles han impreso definitivamente en ella el sello de la desolación. El Emir habita un edificio ruinoso, llamado el Serai. Un riachuelo la atraviesa; y al pie del Anti-Líbano, y a unos veinte minutos al mediodía de la ciudad, hay una cantera donde se distingue todavía el sitio que ha suministrado parte de la piedra con que se construyó el muro de la ciudadela. En la llanura, hacia el Bekaa, existe un pequeño edificio octógono, probablemente un templo, circuido de ocho hermosas columnas de granito, casi todas en pie, aunque el techo se ha desmoronado. Los naturales lo llaman Kubet-Durís.

Me había propuesto visitar, en mi viaje a Damasco, la ciudad de Zahle, edificada en una garganta del Líbano sobre una altura, y habitada por cristianos (griegos católicos). Forma parte del territorio de los Drusos, y a media legua de Zahle, al sur de la aldea de Kerak, se encuentra el supuesto sepulcro de Noé. Es una piedra de diez pies de largo, tres de ancho y dos de alto, con un baño de yeso en toda la superficie. Los turcos pretenden que allí está realmente enterrado Noé. A dos leguas de Zahle y a media legua de la aldea de Fursul, se ve el templo ruinoso de Hermes-Nieha.

Mucho deseaba visitar todos estos parajes; mas se opuso a ello el arriero musulmán, sin ninguna razón plausible. El verdadero motivo debió ser el temor al castigo que merecía su conducta, pues Zahle está bajo la autoridad del emir Beshir, conocido por su predilección en favor de los europeos. De consiguiente, tuve que emprender el camino en derechura, por Zebdeni, consolándome con la idea de que así me vería más pronto libre de un compañero de viaje tan desagradable como peligroso.

Cuando iba a ponerme en camino, cinco o seis hombres armados se apoderaron de la rienda de mi caballo, y me pidieron un *cafar* de doce piastras, en nombre del jeque El-Beled, o gobernador del distrito. Quise eximirme, mostrando mi *firman*; pero se desentendieron, so pretexto de que estaba escrito en turco y que no comprendían el sentido. Además, añadió uno de ellos, lleváis el traje del país, y no podéis creeros autorizado a ser dos cosas a un tiempo. Cedí, pues, y si no pagué desde luego, tratándose de tan miserable cantidad, fue por no sentar malos precedentes para los viajeros que me sucedan.

La primera parte del camino que conduce de Balbec a Damasco sigue la vertiente occidental del Anti-Líbano. El país es completamente árido, sin pastos ni árboles, y su población escasa. Según nos acercábamos a Zebdeni, las aldeas estaban a menos distancia y se veían las colinas cubiertas de arriba abajo de viñedo. Antes de entrar en Zebdeni se pasa junto a grandes plantíos de moreras.

Me llevaron a casa del jeque, y lo encontramos sentado en un diván, al pie de un inmenso sicomoro, que extendía sus ramas a veinte metros lo menos en todos sentidos. Deslizábase junto a él un riachuelo, comunicando frescura y vida al paisaje. El jeque tenía un halcón en la mano, y parecía hablar a su numeroso auditorio de caza. Me invitó a que me sentase a su lado, y mandó me trajesen una taza de café. Nuestra conversación giró sobre los viajes que yo había hecho y sobre los que me restaba emprender, permitiéndome retirar en seguida.

Zebdeni está situado a la mitad del camino de Balbec a Damasco, y a ocho horas poco más o menos de cada una de estas dos ciudades. Es también un puerto de tránsito para ir de Damasco al Anti-Líbano y viceversa. La concurrencia de extranjeros le da cierto aire de movimiento y vida, raro en aquellas comarcas. Los habitantes, cuya cuarta parte se compone de cristianos, crían rebaños y gusanos de seda; hay además entre ellos tintoreros. Todas las casas tienen un jardín abundantemente surtido de agua que desciende de la montaña.

Al dejar a Zebdeni atravesamos otros plantíos de moreras, y a la media hora de marcha estábamos en Barudji, entrando luego en un país llano y abierto, cuyo nombre es Ard-Zebdeni, con tres leguas de largo y una aproximadamente de ancho. Limítalo al Oeste una prolongación del Anti-Líbano. Me pareció inculto, no obstante la bondad del terreno y el riego que le suministra el Barrada y varios otros riachuelos. Al fin de esta llanura hay un descenso de media legua, que conduce a un valle mas bajo, llamado Wady-Barrada, a causa del río que lo corta, y que, en sus caídas, forma bonitas cascadas. A un cuarto de legua del puente está Es-Suk, lugar considerable, con un mercado o feria semanal.

Después de andar una hora y tres cuartos, desde que dejamos a Wady-Barrada, se presentó a nuestros ojos la aldea de Djadida, en la pendiente de una colina. El Barrada serpentea en medio de los wadys que se suceden, formados por la prolongación más baja del Anti-Líbano; y habiendo perdido de vista y atravesado varias veces este río, llegamos por fin al Djisr-Dumar, hermoso puente de dos arcos, y nos detuvimos allí a descansar.

La afluencia de viajeros nos advirtió que la capital estaba cerca. Por todas partes oía que me saludaban con el «Salem aleik» (la paz sea con vos) no recelando que fuese cristiano; y para no ser conocido, me apresuraba a responder con el «Alei Kum es selam» (con vos sea la paz). Desde el puente, dejando el Barrada a la derecha, el camino conduce al través de un suelo pedregoso y desigual, a la cima de la prolongación inferior del Anti-Líbano. No lejos del sitio en que el Barrada sale de las montañas, sobre una colina, hay un Kubbé o sepulcro de un santón musulmán. Llaman aquel paraje El Kabat-el-Nasr, o «el Arca de la Victoria» y es muy frecuentado a causa de su santidad, de la pureza del aire y del hermoso punto de vista que proporciona la espaciosa llanura de Damasco, con la ciudad en el primer plano y el barrio de Salahié a los pies del viajero.

Cuando llegamos al Arca de la Victoria la hora era avanzada, y el sol, al desaparecer en occidente, esparcía sobre la escena una luz suave y grata que, con ayuda de la diáfana pureza de la atmósfera, me permitió distinguir los objetos más distantes. Rigurosamente hablando, la llanura está limitada por una cadena de pequeñas colinas; mas para el hombre que sale de entre las montañas, parece un vasto océano de tierra, principio en cierto modo de un nuevo mundo. La ciudad está

situada a unas dos millas al este de las montañas, ocultándose en medio de los jardines que la rodean. Del seno de aquella espesa masa de verdura, cuyos tonos varían según los efectos de un sol otoñal, surgen mezquitas y minaretes sin número, luchando en la gracia y elegancia de sus formas con las obras más bellas de la naturaleza.

El río Barrada, el Chrysorrhoas, o «río de oro» de los antiguos geógrafos, se divide en tres brazos, y el principal, que es el del medio, va directamente a la ciudad, distribuyéndose entre las distintas fuentes públicas, baños y cisternas, mientras que los otros dos, corriendo a derecha e izquierda, contribuyen a la rica vegetación de sus alrededores. Este país ha recibido, y lo merece, el nombre de Sham-es-sherif «noble y bello» y es excusable el árabe entusiasta que lo designa con el de «Edén» o «Paraíso terrenal»; porque, en verdad, es un punto de vista raro y delicioso.

Bajé del Kubbé a la aldea de Salahié, magnífico barrio de Damasco, al pie de las montañas del oeste y a una milla de la ciudad, uniéndosele por medio de jardines, huertas y casas de campo de la clase opulenta.

No ignoraba yo que Damasco se cuenta entre las pocas ciudades del imperio turco donde el fanatismo religioso ha conservado una línea de demarcación bien trazada entre la parte mahometana y la cristiana de los habitantes. Esta última se halla expuesta a muchas humillaciones; por ejemplo, no se permite a un cristiano penetrar a caballo en la ciudad.

Iba sumido en hondas reflexiones, cuando me sacaron de ellas dos o tres turcos, de siniestros rostros, que se lanzaron sobre mí, y cogiendo la rienda del caballo me preguntaron insolentemente si era *djaur* o infiel, «Ana nazeran, djaur deyil» (soy cristiano y no infiel) contesté. Apenas hube dicho estas palabras, cuando fui arrancado con violencia del caballo y saludado con una descarga de imprecaciones. En un instante se reunieron a mi alrededor un centenar de personas, y empecé a temer seriamente un motín; para evitarlo, me retiré a un lado del camino y aparenté resignación; pero, mi actitud pacífica los irritó más. Buscando un pretexto a su conducta, descubrieron en la tela de mi turbante algunas pintas verdes, color privilegiado, y me lo quitaron. Un chico, animado por este ultraje, se acercó y me escupió en la barba. Iba a perder ya mi sangre fría; pero me contuvo la certeza de que cualquier movimiento mío sería seguido de una muerte inmediata. Todos estaban armados de pistolas y puñales y les hubiera costado poco emplearlos en mí. Así, después de pedir auxilio inútilmente a algunos jeques o ancianos, me levanté y dirigí como pude a las puertas de la ciudad, seguido de una nube de mujeres y niños que me arrojaban piedras.

Durante tan terrible escena, el encarnizamiento de las mujeres, *horresco referens*, era mayor que el de los hombres. Un momento creí que iba a perecer a las puertas de Damasco, apedreado como san Esteban; pero el conflicto cesó pronto, aunque tuve la mortificación de cruzar a pie las calles y los bazares llenos de gente, cubierto de lodo y de otras inmundicias. Mustafá se había puesto mi turbante.

Se me condujo al convento de Franciscanos de la Tierra Santa, único sitio para poderse alojar un extranjero en Damasco; sin embargo, no hallando en él la acogida que esperaba, fui a habitar con una familia cristiana de la vecindad. Al siguiente día visité a Mr. Bodin, solo agente de las potencias europeas que había en Damasco, y después de contarle el indigno modo como se me había tratado la víspera en Salahié, le rogué lo comunicase al bajá, para que los fautores de tan injusto ataque recibiesen, si era posible, el condigno castigo. Mr. Bodin consintió, el resultado fue que Mustafá, como instigador de todo, recibió en la planta de los pies desnudos doscientos palos tan bien dados que no es probable volviese a Trípoli como vino. También se le condenó a tres meses de cárcel; pero, por intercesión mía, se les dispensó de esta segunda parte de la pena. En Damasco me reuní con mi amigo Chesney, y nos referimos mutuamente nuestras aventuras, desde que nos separamos en Beirut.

7.
El Hauran.

Antiguas y modernas divisiones políticas del país.—Preparativos de marcha.—El Kesué.—Deir Ali.—El Merdjan.—Misemka.—Un campamento árabe.—Shaara.—El Ledja.—Khabeb.—Ezra.

El capitan Chesney me propuso acompañarle en una excursión que pensaba hacer a las comarcas al sur de Damasco, y en particular a la gran llanura del Hauran, al desierto del Ledja y al distrito montañoso, situado al este del Jordán. Acepté con gusto, persuadido de que bajo la dirección de una persona tan amable e inteligente, me reportaría placer e instrucción.

Estas provincias formaban el país subyugado por los israelitas antes de conquistar a Canaán, y que se dio a las tribus de Ruben, de Gad, y a la semi-tribu de Manasé. Bajo los romanos, casi toda esta parte fue comprendida en el distrito de Perea, dividido en los seis cantones de Abilena, Traconitis, Hurea, Gaulonitis, Batanea y Perea propiamente dicha, a los cuales ciertos geógrafos han añadido el de Decápolis.

Abilena era de todas estas provincias la más al norte; y estaba situada entre el Líbano y el Anti-Líbano. Traconites, limitado al este por el desierto, oeste por Batanea, por Iturea al sur, y por la provincia de Damasco al Norte, contenía al distrito peñascoso, llamado hoy el Ledja. Iturea, al este de Batanea y al sur de Traconites, tomaba su nombre de Ictur, hijo de Ismael, y el de Auranites de Hauran que conserva Gaulanites era un distrito al Sur del lago de Genesaret y el Jordán. Todos estos países son poco conocidos de los europeos, pues en sus viajes los han visitado rara vez, hasta los descubrimientos hechos por Mr. Seetzen, de las ruinas de Djerash (Gerasa) y de Amman (Filadelfia) en la antigua Decápolis.

Como era probable que nuestra ausencia se prolongase, sobre todo si conseguíamos extender nuestra excursión según deseábamos, empleamos algunos días en los preparativos de la marcha. Mr. Bodin nos buscó un guía, especie de empírico ambulante llamado Warfa, que conocía perfectamente las comarcas que íbamos a visitar; y el patriarca griego de Damasco nos presentó uno de sus fieles, Constantino, joven que hablaba, ademas del árabe, el griego moderno.

Hasta entonces había usado la bata larga con que se cubren los mercaderes de Levante, pero, aconsejado por mis amigos, prescindí de ella y adopté el traje del pueblo a donde iba, y que se parece mucho al de los beduinos del desierto. Saqué de mi cantina una sopera, media docena de platos y algunas tazas, todo de metal inglés, y añadí una cafetera, tazas de porcelana (*findjans*) y una máquina de hierro para llevar manteca, ingrediente indispensable en la cocina de los beduinos. Metimos esto en un saco llamado *kurdge*. Nos armamos también de escopetas de caza y de dos pares de pistolas, consiguiendo de la bondad de Mr. Bodin que el gobernador nos diese un *buyurdi* o pasaporte general dirigido a todos sus oficiales en el Hauran.

Salimos de Damasco el 1 de noviembre, por la puerta del Sur, «puerta de Dios» (*bab Ullah*) llamada así porque la atraviesan los *hadji* cuando marchan a la Meca. Conduce al Meidhan, campamento destinado al ejercicio de las tropas y a las maniobras militares. Al cuarto de hora llegamos a la aldea de El-Kadem (*el pie*) donde se supone que Mahoma, a su vuelta de la Meca, se detuvo sin entrar en Damasco. En frente y al otro lado del camino, hay una mezquita con un kiosco, cuyo nombre es Kubbet-el-Hadj, donde el bajá que va a la cabeza del *hadj* o peregrinación, pasa la primera noche de su viaje. Media legua más lejos se encuentra un puente echado sobre un riachuelo. Las cercanías de Damasco por aquella parte son verdaderamente majestuosas, pues el camino tiene más de ciento cincuenta pasos de ancho y lo limitan a cada lado bosquecillos de olivos. A la izquierda están Zebeine y Zebeinat; a la derecha Deir Raye, aldeas notables por sus cúpulas de arcilla de forma cónica.

Después de cruzar varios riachuelos, entramos en un distrito pedregoso, llamado War-ed-Djamus (el War, o distrito de los Búfalos), donde me sentí indispuesto, no tardando en conocer a mi antigua enemiga la fiebre intermitente. Mi primer impulso fue volver a Damasco; pero,

acordándome que me había provisto de un poco de sulfato de quinina, me decidí a seguir, convencido de que respiraría mejor aire en el desierto que en la ciudad.

En cuanto las fuerzas me permitieron montar a caballo, bajamos a la llanura al este del War, y pronto estuvimos en El Kesue, a tres leguas y media de Damasco, en la dirección del sur-sudeste. Consiste en un bazar, o doble línea de tiendas, que conduce al río Aawadj (*tortuoso*). Alrededor hay un plantel de esos árboles que denominamos álamos de Italia, pero que me han asegurado proceden de Siria. Aquí duermen los peregrinos la segunda noche; para nosotros era la primera y la pasamos en el suelo húmedo de un café que acababan de dejar algunos turcos.

Al día siguiente, seguro de no tener fiebre, traté de que adelantáramos todo lo posible, y así partimos una hora antes de que amaneciese. Dejando a la derecha el camino de la caravana, entramos a las dos horas en Deir Alí, aldea situada al pie del Gebel Mane. Al sur se abre un valle rodeado de una doble cadena de montañas, paralelas entre sí; las del oeste son el Djebel Khiara, y las del este el Gebel Mane, soliéndose comprenderlas bajo la denominación común de Gebel Kesue. Al sur empieza el país del Hauran. La aldea ruinosa de Merdjan parece haber estado habitada hace poco, y el suelo de las cercanías es fértil y lo riegan muchos manantiales.

A dos leguas de Merdjan y en la dirección este-sudeste se encuentra Berak, donde hay dos salitrerías, y el salitre se obtiene haciendo hervir la tierra que se saca de las ruinas de la ciudad. A una legua de Berak está el Wady Lowa, torrente que baja del Gebel Hauran y corre a lo largo de las fronteras del Ledja, desaguando en el Bahret-el-Merdj, o país pantanoso, siete u ocho leguas de Damasco.

Del Merdjan pasamos a través de una llanura desierta que nos condujo en tres horas y media a Misemsa, donde se entra por en medio de un laberinto de rocas. Era en otro tiempo la capital de los fenios, y está situada en el distrito del Ledja. Las ruinas tienen tres millas de circunferencia, siendo la principal un templo pequeño y muy elegante en el centro de la ciudad bastante bien conservado. El pórtico consistía en seis columnas dóricas, de las cuales sólo tres quedan de pie. El techo interior, hoy derruido, se apoyaba en cuatro columnas corintias colocadas en el centro, con pilastras correspondientes a lo largo de la pared. En Misemsa no hay mantiales, pero sí muchas cisternas; y aunque recorrimos las ruinas en busca de un habitante, todo estaba desierto.

No atreviéndonos a dormir allí, continuamos en la dirección de Shaara; pero nos sorprendió la noche. Felizmente una luz que vimos a cierta distancia nos guió a un campamento árabe de tres o cuatro tiendas. Pronto los ladridos de los perros pusieron en alerta a sus amos, y uno de ellos, informado de la naturaleza de nuestra visita, nos llevó a la tienda del jeque, su padre, venerable anciano, a quien encontramos sentado con algunos de sus compañeros junto a una buena lumbre. Como no se nos esperaba, se arregló del mejor modo posible un plato de *burgul*[124] para nosotros, que se nos sirvió con pan (*khubz*) sin levadura, amasado y cocido a nuestra vista, sobre la ceniza, en una plancha de hierro convexo.

Ante aquel grupo patriarcal de descendientes directos de Ismael, se me representó el gran fundador de la nación israelita, dirigiéndose de las comarcas allende el Eufrates al país de Canaán; y como en el Oriente, sobre todo en el desierto, las costumbres experimentan pocas variaciones, es probable que aquel cuadro no se diferenciase en su conjunto de los que se veían hace cuatro mil años.

Dejamos el campamento de los árabes antes de ser de día, y vagamos, a la claridad de la luna, en medio de las rocas hasta Shaara, que dista legua y media de Misemsa. Shaara, en otro tiempo importante, está construida en un profundo valle, a media legua de la llanura cultivada. El Ledja, en toda su extensión, es realmente un país igual, cubierto de montones de piedras negras, sin un solo objeto agradable que recree la vista. Encierra las ruinas de varios edificios espaciosos, pero de mal gusto. En la parte alta hay un antiguo monumento, de cuarenta pies de largo y treinta y seis de ancho, con arcadas y columnas, que sirve hoy de mezquita. Encima de la puerta occidental se lee

---

124 Trigo molido que se hierve con levadura y se seca luego al sol. Preparado de esta manera dura un año, y se le cuece con manteca.

una inscripción árabe. Las casas generalmente están bien conservadas y las calles abiertas en la roca. No encontramos un solo habitante, si bien su abandono parecía reciente.

De allí nos dirigimos a Khabele, otra ciudad considerable, cuyos pobladores son en gran parte cristianos católicos. El jeque es un druso que conoce muy bien el país. A dos leguas de Khabele está Mehadj y después Keratha o Geratha con una hermosa fuente, llamada Raud, adonde muchos pastores llevan sus rebaños para darles de beber. Una hora más, y entrábamos en Ezra, donde nos apeamos en casa del sacerdote griego que había acompañado a Buckardt y a Seetzen en su excursión a algunas partes del Hauran. Se cuentan allí como ciento cincuenta familias turcas drusas, y unas cincuenta familias cristianas (griegas.)

A la mañana siguiente (5 de noviembre) salimos a visitar las antigüedades de Ezra, en otro tiempo Zarava. Ocupan las ruinas un espacio de tres a cuatro millas de circunferencia, y las más considerables se encuentran al sudeste de la población actual. Primeramente nos condujeron a una hilera de edificios que, a juzgar por su tamaño y solidez, parecen haber pertenecido a personas de distinción. Los habitantes de Ezra les dan el nombre de Serai o palacio. En el centro de la parte de la ciudad hoy habitada se ven las ruinas de otro grande edificio cuadrangular, destinado evidentemente al culto cristiano. La iglesia en que los griegos celebran el oficio divino es de forma redonda, carece de techo, y solo le quedan las paredes exteriores. Está dedicada a San Elías.

Al acercarnos a Ezra vimos muchos sitios donde se fabrican ruedas de molino, que se sacan horizontalmente de la roca, dejando allí cavidades de cuatro a cinco pies de profundidad y otro tanto de circunferencia.

8.
De Ezra a Ammán

Buser.—Shohba.—Su teatro.—Su acueducto.—Aatyl.—Sueida.—Sus ruinas.—Shems Keia.—Draa.—Almuerzo en un campamento árabe.—Nahr-ez-Zerka.—Amman.

El 6 de madrugada nos pusimos en camino, y antes de llegar a Shohba pasamos por varias ciudades y aldeas que carecían de interés local y que estaban desiertas en su mayor parte; lo cual debe atribuirse a la enormidad de los impuestos y exacciones. A dos leguas de Ezra se encuentra Buser, aldea habitada por drusos, y en el *war* vimos un sitio de peregrinación para los turcos, llamado Meziar-Elia-Shaa, así como también bandadas de aves, que nos parecieron de la familia de las palomas, y a las que nuestros guías daban el nombre de *kattas*.

Entramos en Shohba por la puerta del Este, y me dirigí a la casa de una familia cristiana donde Chesney, que me había precedido, estaba aguardándome, Shohba es la residencia de los principales jeques drusos, en otro tiempo una de las ciudades importantes del distrito, como lo prueban sus murallas y ruinas. A cien pasos del centro de la población, en un terraplén próximo a la calle que se dirige al Sur, hay cinco hermosas columnas corintias, y cerca de allí están los restos de un edificio.

La principal curiosidad de Shohba es un teatro bien conservado y construido en terreno que forma declive. El hemiciclo está cercado de una pared que tiene cerca de diez pies de grueso, habiéndose abierto en él nueve puertas con bóveda, las cuales conducen a lo interior. La arena es una media elipse, cuyo diámetro más corto cuenta treinta y seis pies, y el más largo cuarenta y seis; la longitud de todo el edificio es de setenta pies. Tiene diez hileras de gradas que parten casi desde el suelo, y a la mitad hay un espacio, al que se llega de lo exterior por una galería de doce pies de elevación. Más abajo hay otra galería al nivel de la arena.

Al nordeste se encuentra el extremo de un acueducto que traía antiguamente el agua a la ciudad, y aun quedan cinco arcadas, pudiéndose seguir sus huellas durante dos millas hasta el pie de

la montaña (el Zinhi) donde está el manantial proveedor. A unos cuantos pasos del acueducto estaban los baños, edificio considerable con una fachada de cincuenta y nueve pies de ancho.

El 8 de noviembre dejamos a Shohba por la puerta del Este, y después de bajar a Ayn-Murduk y seguir las sinuosidades del camino costeando la montaña, llegamos a Saleim, donde nos detuvimos un instante para ver las ruinas de un templo, llamado Hur-Meraf. De Saleim a Kanuat hay hora y cuarto de marcha, y la campiña es hermosa comparativamente al resto del país. En la parte superior de la ciudad, hacia el sur, se encuentran las principales ruinas, y aun se ven grandes habitaciones adornadas de columnas.

Bajando la montaña en la dirección del oeste, llegamos al cabo de una hora a Aatyl, pequeña aldea drusa, en medio de un bosque, cuyas ruinas tienen una milla de circunferencia, y entre ellas se ven arcadas, fragmentos de columnas, de frisos, molduras etruscas etc. Al sur, ya fuera de la ciudad, hay un templo con un pórtico de cuatro columnas y en los ángulos pilastras de orden corintio.

A media hora de Aatyl está Sueida en un terreno elevado sobre el declive del Gebel-Hauran. El Kelb-Hauran, el pico más alto, está al sudeste de la ciudad, y al Norte desciende el profundo wady Esueda, procedente de las montañas donde otros muchos se le reúnen, que hace girar cinco o seis molinos; para pasarlo se ha construido un puente bastante sólido.

Considérase a Sueida como la primera ciudad drusa del Hauran, y es la residencia del jeque principal. Este título, aunque hereditario en la familia de Hamdan, no se halla sometido a la ley de primogenitura. Cuando muere el jefe se elige a aquel de la familia que goza de mejor reputación por sus riquezas y carácter personal, y confirma su elección el bajá; sin embargo, los drusos parecen buscar la protección de los árabes más bien que la de éste. Sueida era en lo antiguo una de las mayores ciudades del país; sus ruinas no tienen menos de cuatro millas de circunferencia. Entre otras hay una calle que se prolonga en línea recta cerca de un cuarto de milla, y las casas están aun en pie. El espacio intermedio es muy estrecho y lo mismo las aceras. Junto a una fuente vimos un elegante edificio, y alrededor del techo hay una inscripción griega que no pude copiar, porque el sol me daba en los ojos.

Fuera de la ciudad surge una torre de ochenta pies de elevación, con ventanas en lo alto, cuyo estado ruinoso parece obra de un temblor de tierra. Cerca de la casa del jeque, en la cima de la montaña, hay un vasto templo del que quedan ocho hermosas columnas corintias. Otro edificio, no menos importante, es el que los habitantes denominan El-Keniset (la iglesia). Tiene ciento treinta pies de largo y ochenta y nueve de ancho. La entrada principal mira al poniente, y en lo antiguo una galería de columnas, con hojas de acanto en sus capiteles, circuía el edificio. Hoy el techo ha venido a tierra.

Nuestra intención era dirigirnos de Sueida a Boszra antigua capital de la provincia y principal ciudad del Hauran; pero se nos aseguró que el país que la rodea es muy peligroso, y el jeque no quiso darnos escolta alegando que, como personas recomendadas a él se consideraba moralmente responsable de las desgracias que pudieran sobrevenirnos. Salimos, pues, para Shemskein, siguiendo las fronteras del Ledja, hasta Ezra, y pasando por Rima, Medjel y Sedjen. Al sur teníamos la gran llanura del Hauran, que, a causa de la igualdad del terreno, dominábamos en toda su extensión. ¡Qué agradable e imponente aspecto debió ofrecer a los ojos del viajero, en la época en que la cultivaban las numerosas colonias romanas, cuya industria era tan productiva!

En Ezra torcimos al Sudoeste, y a las dos horas estábamos en Shemskem, una de las principales aldeas del Hauran, situada en el camino de la peregrinación, sobre un terreno algo elevado, a cuyo pie corre et Wady Herein. El jeque de Shemskein, en la época del Hadj, reúne algunos centenares de camellos y acompaña a los peregrinos que van a la Meca. Su renta es muy considerable. Nos costó trabajo para hallar donde pasar la noche, pues el jeque decía que tenía su casa llena, y como era el camino del Hadj, los habitantes estaban peor dispuestos que nunca contra nosotros. Sólo la promesa de una buena remuneración pecuniaria, hizo que no durmiésemos al raso.

El 11 por la mañana bajamos a la llanura donde estaba acampado el jefe árabe que debía escoltarnos en nuestra excursión al sur. Warfa, el guía druso, no quiso seguir con nosotros, so pretexto de que el peligro era cada vez más inminente; pero ofreció disponer lo que creyésemos necesario al logro de nuestro objeto. Deseábamos visitar a Djerash, Om Keis, Ammán y todas las interesantes ruinas que se extienden hasta Om-el-Reszasz al sur y el Jordán al oeste. El jefe árabe nos pidió por ello cuarenta duros españoles o seiscientas piastras turcas, comprendiéndose en esta suma nuestra manutención y el alimento de nuestros caballos.

En Daol el jeque nos recibió bien; y el 12 atravesamos el centro de la gran llanura del Hauran, donde no se descubre un solo árbol a muchas millas a la redonda. Antes de entrar en Draa, la antigua Edrei, situada en un profundo valle al sudoeste de Daol, y a dos leguas sudeste de Mezareib, pasamos por un puente turco de cinco arcos, perfectamente construido y conservado. En la extremidad meridional de la ciudad hay un inmenso edificio rectangular que tiene ciento treinta pies de largo y noventa y seis de ancho, una doble columnata alrededor y en medio una cisterna. Las columnas están reducidas ya a la tercera parte de su primitiva longitud, y son de orden jónico y corintio mezclados sin ninguna regla. No cabe duda de que fue en otro tiempo iglesia cristiana, y luego mezquita. En el patio se ve un hermoso sarcófago con cabezas de león en relieve, y en uno de los ángulos una torre o campanario.

Después de comer dormimos un poco, y en seguida continuamos nuestra marcha hacia el sur, por un país desierto. Antes de salir el sol nos detuvimos en un campamento árabe, donde experimentamos la satisfacción de calentarnos a una buena lumbre de malezas recogidas en las cercanías. Almorzamos con *fiftita*, pasta hecha de harina sin levadura y agua, que se cuece en cenizas de estiércol de camello, y luego se le añade manteca.

El 13 al amanecer, apareció de repente a nuestra vista el Kaluat-ez-Zerka, una de las estaciones del Hadj de Siria (la sexta desde Damasco), ocupando una posición elevada a la derecha, y pronto descubrimos el Nahr-ez-Zerka, el Jabbock de la Sagrada Escritura. Reúnense primero sus aguas al sur del Gebel Hauran; allí entra en el Gebel-Belka, y después de serpentear al través de los *wadys* en la dirección del oeste, se arroja en el Sheriat-el-Kebir (el Jordán). Donde lo vimos no era mas que un triste riachuelo, aprisionado entre cañaverales, notable sin embargo por la limpidez y buen gusto de sus aguas.

Al mediodía del Zerka empieza el país habitado antiguamente por los Ammonitas, hoy desierto. Encontramos un rebaño guardado por un joven que, en lugar del cayado llevaba una lanza pequeña, y no quiso vendernos a ningún precio un carnero; entonces los beduinos lo tomaron sin su permiso, dejaron en el suelo el dinero, y retirándose a cierta distancia, lo mataron, y a medio asar sobre lumbre de estiércol de camello, lo distribuyeron entre todos. A eso de las doce avistamos las ruinas de la ciudad de Ammón. Ammón, capital de los Ammonitas, hoy Ammán, es una de las ciudades más antiguas de que hace mención la historia de los judíos. Llamábase igualmente Rabath y Osterath y mas adelante Filadelfia, del nombre de Tolomeo Filadelfo que la había reedificado. Las principales ruinas se extienden a orillas del Moyet (agua) Ammán, que atraviesa un valle limitado por áridas montañas de sílice.

Lo primero que atrajo nuestra atención fue un gran teatro abierto en el costado de la montaña oriental, cuyo diámetro es de ciento veinte y ocho pies y la profundidad de ochenta y ocho en todos sentidos. Tiene cuarenta y dos hileras de gradas de piedra, con catorce pulgadas de alto y veinte de ancho, divididos en tres partes por dos galerías descubiertas. La primera división, que es la más próxima a la escena, cuenta doce gradas con cinco escaleras (*cunei*); la segunda quince y en las alas hay pasos subterráneos que dan a las galerías de comunicación.

Delante del teatro, y entre este y el río, están las ruinas de una hermosa columnata; aun quedan de pie ocho columnas, con quince pies de alto, capiteles corintios y entablamentos intactos. Más abajo del gran teatro hay otro más pequeño, cuya forma exterior es cuadrada, y la interior semicircular. El techo ha venido a tierra, y los escombros impiden el paso. Al otro lado del río se

ven los restos de una *stoa* o paseo público, y a corta distancia los de un templo completamente derruido.

En la cima de una colina, al oeste, está el castillo de Ammán, cuyas murallas subsisten aun en su mayor parte. El espacio entre el río y las montañas al oeste se encuentra enteramente cubierto de ruinas de casas particulares, que no sirven hoy más que de abrigo a los camellos y carneros.

8.
De Ammán a Damasco.

El Hamman.—Conducta del guía.—Fastidio.—Las ruinas de Omel-Reszasz.—La escolta abandona al autor.—Quién es Yahia.—Madeba.—-Hesban.—El monte Nebo.—El mar Muerto.—Szalt.—Yahia ladrón.—Su castigo.—Djerash.—Sonf.—Basan.—Om Keis.—Mezareib.

Dejando las ruinas de Ammán, nos dirigimos al sudeste, y al cabo de muchas horas topamos con otro campamento, donde hicimos alto para almorzar, proveyéndonos de agua en un valle, nombrado Rayindé, donde hay una cisterna abierta en la roca. Reúne todas las aguas pluviales de las montañas vecinas, y parece muy frecuentada, a causa de los senderos que van a parar allí de todos lados.

Continuando nuestra marcha durante dos o tres horas al este, llegamos por fin al campamento de nuestro jefe, en el valle El Hamman, pedregoso y sin agua. Los camellos, con sus arrieros, se encaminaban al sitio donde debían pasar la noche, y los últimos entonaban un canto melancólico, cuyas palabras no pude comprender, pero que me llenó el alma de tristeza. A Chesnay y a mí se nos condujo a la tienda del jeque, y la felicidad relucía en todos los semblantes, excepto en los nuestros, pues aquel cuadro nos trajo a la memoria el hogar, la familia, los amigos. Contribuía también a disgustarnos la mala fe de los guías, que de intento nos alejaban de las ruinas que tanto interés teníamos en visitar; y esto, añadido a la avaricia de Hatib, quien nos declaró que no montaría a caballo si no le dábamos más dinero, indujo a Chesney a aprovecharse de la primera oportunidad para emprender la fuga. En vano me esforcé en disuadirle, pues a la tarde, mientras todos dormían, menos yo, saltó sobre su caballo, y echó a andar sin más guía que su brújula.

A la media hora despertó Hatib, y no viendo a Chesney me preguntó colérico dónde estaba. Le contesté que no sabía, y se levantó, salió de la tienda, montó en su yegua y acompañado de dos hombres marchó en su seguimiento, alcanzándole en breve. Chesney trató de resistir, y con su pistola de dos cañones contuvo a sus enemigos por algún tiempo; pero el jefe, que llevaba su escopeta, le apuntó, y entonces Chesney hubo de capitular y volver a la tienda.

Reiteramos nuestras instancias de partir, y fueron acogidas con una nueva exigencia de dinero. El fastidio se apoderó de nosotros; pues los atractivos de la novedad habían pasado, y nos resentíamos de la uniforme vida del beduino, sin disfrutar sus pasajeras emociones. A veces subíamos a la cima de las colinas vecinas, y por todas partes el aspecto era triste y monótono. Hatib estaba convencido de que nos quedaba algún dinero; pero robarnos en su tienda hubiera sido un ataque a la hospitalidad, cosa inaudita en el desierto. De consiguiente, so pretexto de mostrarnos las ruinas de Om-el-Reszasz, que Chesney tenía tantas ganas de ver, nos sacó del campamento, para cometer así más fácilmente una acción indigna de la decantada buena fe de los árabes.

Después del almuerzo nos invitó a partir y aceptamos con grande alegría. En el camino tuvimos ocasión de ver rebaños de gacelas, aunque son demasiado salvajes para permitir que nadie se les acerque. Los árabes las comen cuando consiguen matarlas. Las ruinas de Om-el-Reszasz (la madre del plomo) nos dejaron burlados completamente, pues se reducían a casas particulares, sin un solo edificio notable que nos indemnizase de la fatiga. Levantamos muchas bandadas de perdices, tan gordas que apenas podían volar; los árabes las cogen a la carrera.

Cuando nos unimos a la escolta, compuesta de Hatib y de cuatro hombres, aquel nos dijo terminantemente que no nos acompañaría mas lejos; pero añadió que uno de los suyos nos conduciría a Damasco. Su perfidia no paró aquí; le constaba que el resto de nuestro dinero estaba en poder de Constantino, y registrándole se lo quitó del cinto. En seguida se marchó a su campamento.

Yahia, el hombre a quien nos encomendó Hatib, era uno de los que habían preso a Chesney cuando quiso fugarse, verdadero bandido, el cual nos llevó a un campamento árabe de cinco o seis tiendas, en el fondo de un valle, a corta distancia de Om-el-Reszasz. Nos advirtió que pasaríamos allí la noche, y sus miradas siniestras nos hicieron temer por nuestras vidas. Al entrar en una de las tiendas, habló en voz baja con el árabe que la ocupaba, y clavando en mí sus ojos desenvainó el sable e imitó el gesto de cortar la cabeza a un hombre, al mismo tiempo que, con satánica sonrisa, designaba al pobre Chesney, sentado entonces junto a mí.

En el primer momento habíamos decidido no comer, por temor de que se nos envenenase; pero el hambre y la convicción de que semejante crimen era extraño a las costumbres de los beduinos, nos redujeron a abandonar una resolución insostenible bajo todos conceptos. Es fácil imaginar la noche que pasaríamos.

Al día siguiente continuamos nuestra marcha hacia el norte; a eso de las doce nos detuvimos en un sitio llamado Deleila; y a las tres de la tarde llegamos a Madeba, la Medaba de la Escritura. Sus ruinas ocupan media legua de circunferencia y se encuentran principalmente en la cima de una colina de forma redonda y en la llanura a sus pies, donde se extiende en la dirección del oeste. No queda en pie ni un solo edificio.

Dejando a Madeba, tomamos el camino de Ammán, y subimos a una llanura que se prolonga al oeste, y que limitan las montañas de Heshbon. Allí nuestro guía clavó en tierra su lanza y nos amenazó con abandonarnos si no prometíamos darle una recompensa en llegando a Damasco. No obstante el modo violento de exigirla, las circunstancias me forzaron a acceder al instante. Mi palabra pareció satisfacerle y continuamos hacia Hesban o Hesbou, capital del reino de Sion, que fue dado a la tribu de Ruben. Las ruinas comprenden un espacio considerable en los costados de una montaña aislada; pero todo se reduce a escombros.

Desde la cima de la montaña no se divisan más que ruinas de ciudades, a corta distancia unas de otras y con nombres parecidos a los que se mencionan en las Escrituras; por ejemplo: Miun, probablemente Baal Meon; El Aal (lugar elevado) tal vez Elealé; El Teim, la antigua Keryath-Aim. Al sudoeste surge un pico llamado Gebel-Atarus, el Nebo de la Escritura que forma parte de la cadena del Abarim, y donde murió el legislador de los hebreos, al descubrir por primera vez la tierra prometida, en la que la estaba vedado entrar. (Deut., XXXIV, 5-6.)

Pasamos la noche en un campamento situado en un valle tortuoso, a orillas de un riachuelo llamado Zerka Main y distante dos leguas de Hesban. Antes de salir el sol estábamos otra vez en marcha, y siguiendo el valle, que describe en aquel punto una curva hacia el Norte, distinguimos de repente la estremidad setentrional del Mar Muerto, con su orilla occidental limitada por una hilera de estériles montañas. Su aspecto era aun mas inhospitalario que cuando le había visto la última vez desde las llanuras de Jericó; lo que debe atribuirse en parte al estado nebuloso dé la atmósfera, y en parte a la irritacion de nuestro espíritu. Penetramos luego en el distrito montañoso denominado el-Belka, prorogacion del Gebel-es-Sheik, que forma el límite oriental del Gor o valle del Jordán, y es famoso como en lo antiguo por sus excelentes pastos.

Al cabo de dos horas de marcha nos detuvimos en una aldea de tiendas (Tusoni), y tomamos uno de sus habitantes para que nos guiase al través del laberinto de desfiladeros que conducen a Szalt, y que sólo ellos conocen. A mediodía continuamos nuestra marcha al nordeste, y después de atravesar muchos *wadis* que daban al Mar Muerto, hicimos alto de nuevo en un campamento árabe llamado Rayolomein, pues nuestros conductores se negaban a caminar durante el día, so pretexto de que era poco seguro. Consistía el campamento en diez o doce tiendas colocadas circularmente, y en el centro los carneros, con los cuales se pusieron nuestros caballos. Antes de amanecer nos

despertaron los ladridos de los perros, era que se habían aproximado algunos ladrones, logrando huir en medio de la oscuridad de la noche.

Al día siguiente atravesamos una montaña al norte del campamento, y bajamos a un valle aislado, abundante en yerba y árboles de varias especies, lo que formaba grato contraste con las llanuras estériles de los días anteriores. Nos felicitábamos con la perspectiva de un viaje agradable, hasta Szalt, y con la esperanza de ver pronto el término de nuestras penas; cuando distinguimos tres árabes que se escondían entre los árboles, a la izquierda y como a veinte varas más arriba del camino. Llevaban escopetas y su aspecto imponía. A cada instante creía que iban a disparar; pero, sin duda conocieron que nuestro guía era de la tribu terrible de los Beni-Szakbr, y pudimos pasar sin que nos inquietasen. A cosa de media legua encontramos otros dos árabes en igual actitud, y esto aumentó nuestra alarma y la de los guías, que nos obligaron a ir con toda la rapidez de que eran capaces nuestros caballos.

En la extremidad septentrional del barranco que daba a un bosquecillo de encinas enanas, Yahia, calculando probablemente que, si habían de robarnos, valía más que fuese él quien se aprovechase de nuestros despojos, se paró de repente y se puso a registrarnos de nuevo y a buscar el poco dinero que llevásemos encima. Desnudaron a Constantino, y en el cinto le hallaron unas cuantas monedas de oro que había conseguido ocultar la vez primera; Yahia y su camarada se miraron, y decidieron hacer lo mismo con nosotros, sin apartar las pistolas de nuestro pecho. La pesquisa fue inútil.

Saliendo del bosque, se presentó a nuestra vista la ciudad de Szalt sobre una colina de forma cónica y en el centro de un valle rodeado de montañas. Estábamos abatidos, viendo el poco dinero que nos quedaba para volver a reunirnos con nuestros amigos; pero al acercarnos a Szalt, se reanimó nuestro espíritu. Trescientas familias musulmanas y unas ciento cristianas se entregan allí al cultivo de la agricultura, y viven ¡cosa rara! en perfecta unión e igualdad. Cada religión tiene su jeque nombrado por los respectivos miembros e independiente del bajá. Yo sabía esto de antemano, y así encargué a Constantino que refiriese al primer cristiano que encontrásemos la infame escena que había tenido lugar en el camino. Verificólo así, y se dispuso que nosotros y nuestros guías compareciésemos ante sus jeques; los cuales, luego que nos oyeron, obligaron a Yahia a devolver el dinero tan ilegalmente adquirido. El árabe me juró venganza por haberle denunciado, y a la verdad nuestra conducta fue imprudente; pero no lo era menos confiarse por más tiempo a tan pérfido guía. Fuimos a habitar a casa de una familia cristiana.

La ciudad de Szalt está situada en la pendiente de una colina o lengua de tierra, que se extiende en un romántico valle; rodéanla por todas partes montañas escarpadas. Es, digámoslo así, el solo punto habitado de la provincia de Belka. Los habitantes se dedican a la agricultura y hacen algún comercio con los beduinos. Sus casas son pequeñas, tienen una puerta, pero carecen de ventanas; y se suceden a modo de anfiteatro en la colina, cuya cima ocupa un castillo.

El 23 de noviembre salimos para Djerash con una escolta de doce hombres, seis musulmanes y seis cristianos. El jefe se llamaba Mustafá. Pagamos a los primeros 12 piastras por cabeza, y dimos setenta y cinco al último. Todos iban armados de escopetas.

Hasta el momento de partir nada se habló del camino que debíamos emprender. Habíamos dado a entender que pasaríamos por Yadjush y Szaffut, como pensamos al principio; precaución necesaria, considerando el espíritu de venganza que animaba al pérfido Yahia. A poco de dejar a Szalt, comenzamos a subir la cadena de montañas que se encuentra al Nordeste de la ciudad y se llama Gebel Djelaad, el Gilead de las Escrituras. Su dirección es de este a oeste, y su extensión de dos leguas y media. Nuestros guías nos condujeron a corta distancia del camino para visitar a Mezar Osha, supuesto sepulcro de Neby Osha, o el profeta Oseas, igualmente venerado de cristianos y turcos. Lo mismo que el de Noé en el valle de Colosiria, sus dimensiones son prodigiosas; tiene de treinta a cuarenta pies de largo y tres de ancho. La cima de Gebel Osha domina todo el Belka. Al cabo de seis horas estábamos en la aldea de Djezazi, donde dormimos, y al amanecer continuamos al través de un profundo valle, que riega el Zerka o Jabbock de la Escritura. Hicimos alto en Anani,

aldea de tiendas, donde nos sirvieron café, y luego *ftita*. Después proseguimos al Nordeste, de cubriendo por último a Djerash, tan deseada hacia tiempo.

Antes de entrar en la ciudad pasamos bajo un arco de triunfo, apoyado en columnas corintias. Casi contiguos a la parte oeste del arco se ven los restos de un grande estanque destinado a los juegos naumáquicos, y al nordeste las ruinas de un hermoso templo. Las columnas del perístilo tenían tres pies y seis pulgadas de diámetro en la base.

Saliendo del templo por la puerta del Oeste, llama la atención un gran teatro construido en el costado de la montaña, de manera que la parte cóncava del edificio, cuyo diámetro es de unos ciento veinte pies, mira a la ciudad. Cuenta ocho filas de gradas, divididas en dos mitades por una galería circular, con pasillos para entrar y salir los espectadores.

En Djerash hay aun en pie magníficas columnas, y la vista de sus ruinas, tomada del pórtico del templo que acabamos de mencionar, es admirablemente bella. Mientras estaba sentado allí, contemplando la escena de desolación cuyo efecto crecía con la falta total de habitantes en la ciudad, divisé cuatro o cinco árabes a caballo, envueltos en sus *abbas*, y que se dirigían poco a poco hacia nosotros. Lo puse en conocimiento de nuestra escolta, suplicando a los que la componían que se mantuviesen de pie, a fin de imponerles respeto si pensaban atacarnos. Esta maniobra salió a las mil maravillas, pues habiéndonos considerado un instante desde la otra orilla del río, se retiraron sin atreverse a nada.

La ciudad era casi cuadrada; cada lado tenía poco menos de una milla, y las murallas cortaban el río en ángulos rectos por dos sitios diferentes. Hay varias alturas en lo interior; y desde una, a corta distancia del teatro, la serie de columnas parece interminable, y el aspecto de las demás ruinas es encantador; se diría un verdadero museo de objetos artísticos.

Necesario fue abandonar al fin aquellos interesantes lugares. La ciudad mas próxima era Souf, situada en la dirección oeste-nordeste; y al subir la montaña occidental, pasamos por un sitio curioso, probablemente la necrópolis o el cementerio de Gerasa. La cima de la montaña estaba cubierta de elegantes sarcófagos, hechos de la piedra calcárea que forma la base de las montañas circunvecinas. Eran de distintos tamaños y abiertos la mayor parte, con adornos esculpidos en bajo-relieve, tales como festones, genios, etc. No hubo tiempo para copiar las inscripciones que había en algunos.

Una hora después entrábamos en Souf, sobre la pendiente de una montaña, en la orilla occidental de un *wady*, llamado El-Deir, cuyo curso alimentan tres manantiales que salen de una roca próxima a la aldea. Sus aguas reunidas toman el nombre de Keruan, y riegan la llanura de Djerash. Al este se eleva el Gebel-Kafkava, montaña altísima. Encontramos allí un centenar de familias árabes, que viven bajo el gobierno de un jeque, independientes del bajá. No se les ocultaba que teníamos necesidad de guías para conducirnos fuera del peligroso país adonde la curiosidad nos había llevado; y el jeque parecía alegrarse de nuestra apurada situación, y toda la noche estuvo discurriendo con su familia sobre los medios que habrían de emplearse para sacar el mejor partido posible sin usar de violencia. De consiguiente, nuestra recepción fue poco cortés, no teniendo la esposa y demás mujeres de nuestro huésped ningún escrúpulo en pedirnos cuanto se les antojaba. A duras penas conseguimos una escolta de seis hombres, con obligación de pagarles individualmente cinco piastras diarias mientras necesitásemos de sus servicios.

Partimos a mediodía, y durante una hora nuestra marcha fue al través de un espeso bosque de encinas, madriguera de ladrones. De repente, cuatro o cinco árabes a caballo galoparon, lanza en ristre, hacia nosotros; y como se acostumbra entre ellos matar al enemigo que no opone resistencia, eché pie a tierra; pero eran de la misma aldea que nuestros guías, y no traían otra intención que la de asustarnos; así mi prisa en apearme provocó repetidas burlas. Al cabo de cuatro horas llegamos a la aldea de Tebney, donde fuimos muy bien recibidos e hicimos conocimiento con un joven israelita de Damasco que nos prestó grandes servicios, y nos instruyó acerca del verdadero estado del país en que acabábamos de entrar, de su posición y del carácter de sus habitantes.

El 26 partimos en su compañía, deteniéndonos en Tayebi, donde aumentamos cuatro hombres más a nuestra escolta para ir a visitar las ruinas de Om-Keis. El distrito que atravesábamos, el antiguo Basan, conserva aun toda su hermosura, y sus magníficas encinas son tan famosas hoy como en otro tiempo. A no ser el turbante de mis compañeros y la falta de casas de campo, me hubiera creído a menudo en Europa. Al ponerse el sol llegamos a Faur, donde cenamos en casa del jeque. Los habitantes son todos musulmanes, y se portaron poco cortésmente con nosotros.

El 27, después de dos horas de marcha al través de un país montañoso y de pobre aspecto, visitamos a Om-Keis, la antigua ciudad del Gadara, en la cima de la cordillera que limita el valle del lago Tabaria y tiene el Jordán al este. Vense allí las ruinas de dos grandes teatros, construidos de piedra negra, y todavía subsisten las paredes y gradas de uno de ellos; el otro está completamente derruido. Mientras contemplábamos aquel sitio de desolación, uno de los guías robó y ocultó bajo la silla de su caballo parte de los vestidos de Chesney. Habiendo éste a su vuelta descubierto el robo, recobró lo que era suyo, y en el arrebato de su justa cólera aplicó al árabe el epíteto de *harami* (ladrón). Inmediatamente la escopeta del guía fue dirigida contra su pecho, y sin mi interposición acabara allí la vida de mi amigo. Los demás musulmanes estaban también furiosos, y atendida la soledad del lugar en que pasó esta escena, es admirable que no llevasen a cabo sus amenazas.

Al norte de Orus-Keiss hay un profundo *wady*, llamado Sheriat-el Mandhur; es el Hieromax de los giegos y el Yarmuck de los israelitas. En su orilla derecha existen muchas fuentes termales que deseábamos visitar; pero los guías se negaron a acompañarnos, por temor de encontrar a los árabes del Gor o del valle del Jordán. Para volver a Tayebi cruzamos un valle menos elevado y extremadamente fértil.

Chesney no quiso ir a Damasco por el camino directo, temiendo tropezar con algún individuo de la tribu de los beni-szakhr; y así buscó dos guías que le condujesen a Tabaria, y nos separamos. A mediodía me reuní a una caravana de ochenta a cien camellos, que iba al Norte, y al ponerse el sol nos detuvimos en Hebras, principal aldea del distrito de Kefarat, y una de las mas importantes de aquellos países. Fui tratado cordialmente por una familia cristiano-griega. A legua y media nordeste de esta aldea, se encuentran las ruinas de Abil, la antigua Abila, una de las ciudades de la Decápolis.

A las dos de la madrugada la caravana se puso de nuevo en movimiento, creyendo prudente viajar por la noche, a fin de evitar a los árabes que infestaban las cercanías. Rayando el día estábamos en Mezareib, primer castillo en el camino del Hadj de Damasco, construido por el gran sultán Selim. En un patio interior hay una hilera de almacenes donde se depositan las provisiones para el Hadj, que consisten en trigo, cebada, galleta, arroz y tabaco. Hasta Medina, cada estación tiene un edificio por el estilo. Los techos de los almacenes forman un terraplén protegido por el parapeto del castillo, y en lo interior hay una mezquita. No se ven casas alrededor. Se cree que Mazareib ocupa el sitio de Astaroth, residencia de Og, rey de Basan.

En Shemskein me detuve un momento para recoger el poco de equipaje que había dejado a la ida, y cuatro horas después llegamos a Es-Szanamein (los dos ídolos) ciudad considerable en el camino del Hadj, con muchos antiguos edificios y torres, pero muy escasa en población. Hasta la aldea de Didy hay una hora de marcha, y otra hasta Gabarib, donde se encuentra un castillo ruinoso y una cisterna. En Gabarib empieza un distrito árido, que se llama Subet Faraun; bajamos a una llanura inculta, y en dos horas y media estábamos en Khan Danun, caravasar que parece próximo a derrumbarse. El sol se iba a ocultar cuando entré en mi antiguo alojamiento de Damasco, y después de bañarme y mudarme de ropa, me senté a cenar en compañía de mi amigo Chesney, recibiendo en seguida muchas felicitaciones por nuestra feliz vuelta.

9.
Damasco.

Descripción de la ciudad de Damasco.—Su aspecto oriental.—Casas, calles, tiendas, bazares, mezquitas y cafés.—Población.—Historia antigua y moderna de Damasco.—Camino hasta Alepo.—Una caravana.—Nafta.—Kara.—Honos.—Hamah.—El Aaszy u Orontes.—Valle de Gab.—Llegada a Alepo.

Cuando se examina de más cerca a Damasco, no corresponde enteramente a la esperanza que despierta su aspecto exterior. Las ideas de esplendor y magnificencia que se forman de lejos desaparecen en cuanto uno se aproxima. Las calles son estrechas e irregulares; y con todo, el viajero encuentra en esta ciudad un poderoso encanto, debido a su apariencia oriental. Paseándose en ella o en sus cercanías, nada le recuerda su patria, a no ser el gran contraste que existe entre lo que ahora ve y lo que antes ha visto. Excepto por la mañana y por la noche, las calles están desiertas, y reina un misterioso silencioso. De tiempo en tiempo, al pasar bajo la celosía de una casa turca, el débil susurro de una conversación o las notas de un laúd hieren su oído. Si la curiosidad le induce a pasar más allá del umbral, se encuentra en un patio plantado de árboles, y con una fuente en el centro; pero nadie se adelanta a saludarle; siempre el mismo silencio, la misma tranquilidad. Si el ruido de la industria le atrae a los bazares, los halla llenos de una población cuya fisonomía es sumamente variada, y ninguno de los idiomas que allí se hablan le es familiar. En los cafés, todo es gravedad e indolencia.

Las casas, hasta algunos pies de sus cimientos, son de piedra y el resto de ladrillos secos al sol y cubiertos de un baño de cal; de donde provienen el corto número de antigüedades que hay en la ciudad, y el polvo y lodo cuando ventea o llueve. El *harem*, o la habitación de las mujeres, está en general colocado en la parte más distante de la puerta de entrada, y da a otro patio interior, plantado también de árboles. Los coches son desconocidos en Damasco, y sólo suelen verse algunas carretas, pues los trasportes se verifican ordinariamente en camellos. Cada género de mercancías tiene sus bazares especiales, y algunos son hermosos edificios, donde el extranjero desocupado se pasea por las mañanas bajo arcos que le resguardan del sol en verano, y de la lluvia en invierno. Hay calles enteras de tiendas en que no se venden más que botas, zapatos y chinelas; otras donde se exponen con singular gusto ropas para atraer a los transeúntes; otras, en fin, en que sólo se despachan objetos de guarnicionería y de equipo militar. Los plateros trabajan en un barrio separado, y el ruido de los martillos es muy grande. La manufactura de hojas de sable, tan famosa en otro tiempo, ya no existe, habiéndose trasladado desde la invasión de Tamerlán, a Korasan en Persia. Las que hoy se fabrican son de calidad inferior.

Las producciones del país son la seda cruda, la rubia, la goma, la agalla y el opio. Se importan el hierro, el estaño, objetos de quincalla, géneros coloniales, anil, muselinas, algodones y lienzos. Las calles de Damasco no están alumbradas de noche, y hasta se impide la circulación de gente; al efecto, hay en cada boca-calle una barrera que se cierra a esa hora; de suerte que, en queriendo ver a un amigo por la noche, es preciso ir acompañado de una persona con un farol y un palo para llamar a las diferentes barreras que haya que atravesar.

Ademas de las barreras, existen muchos caravansares, donde los comerciantes por mayor tienen sus almacenes. Uno los sobrepuja a todos: su entrada da a uno de los bazares próximos a la gran mezquita. Un soberbio pórtico, terminado en ojiva y adornado de esculturas, conduce a un espacioso patio, con arcos a los lados para las mercancías, y encima una galería abierta cuya parte exterior está distribuida en escritorios; elevadas cúpulas cubren todo el edificio. La mampostería es de piedras negras y blancas, reunión que forma uno de los principales rasgos de la arquitectura sarracena.

Las mezquitas de Damasco son a la vez numerosas y magníficas, cediendo sólo en esto último a las de Constantinopla. Muchas eran iglesias cristianas. La principal está casi en el centro de la

población, y era la antigua catedral, dedicada a San Juan de Damasco; se considera como el más bello edificio que construyó allí el celo de los primeros cristianos.

Siendo los cafés en una ciudad de Oriente los sitios de habitual reunión, tienen que figurar entre lo más notable. Los de Damasco son en gran número y elegantes, a modo de kioscos, de madera pintada de varios colores, entre los que dominan el verde y el azul; a las columnas que sostienen el techo se entrelazan vistosas enredaderas. Se les sitúa a orillas de algún riachuelo, desde donde se ve una bonita cascada, con huertos y jardines en la ribera opuesta; de suerte que al paso que el oído se entretiene con el murmullo de las aguas, los ojos contemplan extasiados los grupos de fresnos, olmos, sicomoros y sauces. Entre tanto se sirven diferentes clases de sorbetes, café y helados.

Al viajero cristiano se le muestran varios lugares que tienen relación con la permanencia de San Pablo en las cercanías de Damasco. A un cuarto de milla de la puerta oriental hay un sitio donde dicen se verificó su conversión; está marcado por cerros de arena y tierra, y por algunos sepulcros de cristianos devotos. El 25 de enero de cada año se dirigen allí procesionalmente los cristianos de Damasco, bajo la protección de una guardia que les concede el bajá, y leen la historia de la conversión del apóstol.

La población total de Damasco asciende a ciento veinte o ciento cincuenta mil habitantes, entre ellos doce mil cristianos de diferentes sectas y denominaciones, dos o tres mil judíos, y el resto mahometanos. Estos últimos son famosos por su supersticiosa adhesión al islamismo, y su odio a las demás religiones.

Es ciudad antiquisima, y se hace de ella mención por la primera vez en el Génesis, XIV, 15. Josefo atribuye su fundación al biznieto de Noé, Uz, cuyo padre Aram hijo de Sem, había poseído la Siria, que recibió de él el nombre de Aram. Síguese, pues, que el nombre de Es-Sham, dado por los habitantes a la provincia, lo mismo que a la capital, se deriva, según suponen, del nombre del hijo de Noé. En hebreo era Damasek o Demesk, y así se llama aun. La gobernaban sus propios reyes, hasta que fue tomada por David, y posteriormente por Jeroboam, rey de Israel; en seguida sufrió el yugo de los asirios, babilonios, persas, griegos y romanos. Parece que, en tiempo de San Pablo, estaba bajo la dominación de Aretas, rey de la Arabia Pétrea y suegro de Herodes Antipas. Durante la dinastía de los omniadas, Damasco fue la capital del imperio sarraceno. Hoy es capital de un bajalato del imperio otomano. Ha sido, como las otras ciudades, tomada y demolida más de una vez; pero ha reconquistado siempre su importancia, por las ventajas de la situación que ocupa; y como son ventajas permanentes, todo anuncia que continuará por mucho tiempo disfrutando de su prosperidad.

Una pequeña caravana sale tres o cuatro veces al mes para Alepo, y emplea de ordinario once días en un viaje que pudiera hacerse en ocho o nueve. El camino corre al Este de la cadena del Anti-Líbano, y cruza las grandes ciudades de Homs y de Hamah. En algunas partes linda con el desierto propiamente dicho; pero en general, pasa por un suelo rico y propio para el cultivo, donde no hay arena ni piedras, aunque carece de árboles y hasta de arbustos.

Uníme a esa caravana el 8 de diciembre, y vi se componía de unas cien personas montadas en caballos o mulas, con veinte o treinta camellos cargados de mercancías. Una hora antes de ponerse el sol llegamos a Ktefa; y en vez de entrar en la aldea, nos dirigimos a un caravasar distante de ella como cuatrocientas varas. Al día siguiente me levanté con la aurora, y cada musulmán, a medida que salía del pórtico, recitaba en voz alta una corta súplica o sea invocación a Dios. Aun brillaba la luna, y yo pregunté a mi guía el nombre de una extensión de agua que me pareció ver en la llanura al este. Los viajeros se echaron a reír, pues aquello no era más que el lecho de un lago salado, cuya agua, que se evapora en verano, deja una incrustación de sal sobre la tierra. El reflejo de la luna había producido mi ilusión.

Atravesamos luego un desfiladero a la izquierda, entre montañas que son probablemente prolongación del Anti-Líbano, y al acercarnos a una aldea, llamada Kusta, vimos venir hacia nosotros considerable número de mujeres y de niños, con huevos, pan, *dibs*, *yagurt* y otras

provisiones, que vendían a precios muy baratos. De Kusta a Nafta hay dos horas de camino; esta última aldea se halla situada en la montaña, y tiene un castillo ruinoso, un caravasar y una mezquita. Pasé la noche en casa de una familia cristiana, que me acogió perfectamente.

El 10 nos detuvimos en Kara, aldea importante, a tres horas de Nafta, y me alojé en casa de un sacerdote maronita, al que procuré ser lo menos gravoso posible. El 11 bajamos a la llanura, y fastidiado de la marcha lenta de la caravana, me adelanté un poco; pero, oyendo que me llamaban, volví, y se me dijo que era preciso ir juntos, tanto por mi seguridad personal, cuanto por la de la caravana, pues aquel sitio estaba expuesto a continuos ataques. Cerca ya de algunas colinas, tres o cuatro jinetes partieron a galope, y cuando se convencieron de que no había novedad, descargaron al aire sus escopetas, lo cual equivalía a decirnos que les siguiésemos. Al cabo de siete horas llegamos a Hasiah, aldea que está a la entrada de la llanura por donde se va a Palmira, y algunos turcos groseros se entraron de rondón en mi cuarto pidiéndome un *cafar*, que hube de darles para librarme de su compañía.

Cuatro horas dista de Hasiah Homs, la antigua Emesa, ciudad amurallada, muy considerable, y que se encuentra a la mitad del camino entre Alepo y Damasco. La cruza un riachuelo, brazo del Orontes. Las murallas tienen tres millas de circunferencia, y parecen de la misma fecha que las que había visto en Cesarea, con un foso alrededor, y por la parte de adentro un parapeto. Homs era célebre en lo antiguo por su magnífico templo dedicado al sol, bajo el título de Allah-el-Gabal, nombre que tomó posteriormente el emperador Heliogábalo, nacido en Emesa. El estado del país no me permitió visitar a Tadmor, la antigua Palmira; pues el agá de Homs me hizo presente que los beduinos recorrían a la sazón el desierto en numerosos bandos, y que cualquier escolta que me suministrase no bastaría a mi seguridad personal.

El 13 anduvimos cuatro horas por una hermosa llanura, y llegamos a un terreno elevado que domina el Orontes, a cuya orilla está edificada la aldea de Restun; y al pie de esta, en un caravasar, cuyas paredes baña el río, fuimos a pasar la noche.

El 14 nos levantamos muy temprano, y cuando íbamos a atravesar el puente nos envolvió una niebla tan espesa que apenas nos veíamos unos a otros. Después de cuatro horas de marcha por un país desnudo de interés, entramos en Hamah, la antigua Epifania, agradablemente situada en un estrecho valle y cruzada por el Orontes. Como en Darnasco, la hermosura de las casas es adentro, pues las paredes exteriores son de ladrillos secos al sol, y su aspecto no tiene nada de halagüeño. La casa más notable da al río y pertenece al *mutzelim*. En medio de la ciudad hay un cerro, donde en otro tiempo estaba el castillo, cuyos materiales se han empleado en la fábrica de casas modernas. La ciudad de Hamah padeció mucho a causa de un temblor de tierra acaecido en 1157. Frecuentan sus bazares los beduinos del desierto más próximo, aunque prefieren esperar a que los buhoneros de Damasco vayan a sus tribus. Sus mezquitas son en número de doce, y una de ellas está adornada de un antiguo y hermoso minarete. La población se calcula en unas veinte mil almas, entre las cuales podrá haber trescientas familias griegas. Comí con su obispo, que tiene la reputación de sabio. Abulfeda, el grande historiador y geógrafo árabe, nació en Hamah.

El Orontes o Nahr-el-Aaszy va tomando por grados la dirección del mar. Se le llama Aaszy, o el rebelde, porque corre de sur a norte, mientras que los otros grandes ríos de aquel continente, el Eufrates, el Tigris, etc., corren de norte a sur. Riega el valle de El-Gab, limitado al este por el Gebel Shaehsabu y al oeste por las montañas de los Anzeyrys. En invierno, el Aaszy inunda parte de los terrenos bajos, y aisla así las aldeas, imposibilitando entre ellas toda comunicación, a no ser en barcos. En verano cesa la inundación, pero quedan los lagos que engendran enjambres de moscas y mosquitos, lo cual, unido a las exhalaciones de los pantanos, obliga a los habitantes a retirarse a las montañas con sus rebaños, mercancías y efectos. Howash es la principal aldea del Gab, y se compone de ciento cincuenta chozas, cuyas paredes son de tierra y el techo de cañas, que se cogen a orillas del Orontes.

A ocho horas de Hamah está Marrah, la antigua Asia, que hoy no pasa de ser una pobre aldea, en la cima de una montaña, desde donde la vista se extiende sobre la llanura. Sermein es notable por

el gran número de antiguas cisternas y de pozos que se ven aun en sus alrededores. A dos horas de marcha de Sermein se encuentra Edlip, censtruida al pie de una montaña y cercada de olivares. Su principal comercio es el jabón; además tiene algunas manufacturas de telas de algodón y unas cuantas tintorerías. De Edlip a Alepo hay diez horas y media de camino. Muchas personas esperaban en el caravasar de Tuman, aldea a orillas del Koeik, o río de Alepo, la llegada de la caravana; y ya cerca de esta ciudad, se la saludó con una descarga general de todas nuestras armas de fuego.

10.
Alepo.

El autor determina permanecer en Alepo los meses de invierno.—Descripción de esta ciudad.—El río Kowick.—El Kalaat o castillo.—Temblor de tierra.—Sociedad europea.—El valle de la sal.—Excursión.—Los turcomanos.—Antioquía.

Decidido a permanecer en Alepo hasta recibir cartas de mis amigos de Inglaterra, me proporcioné una buena habitación. Hállase situada Alepo, la antigua Berræa, que los árabes llaman Haleb-Es-Shabba, a los 36° 11′ 25″ de latitud Norte, y a los 37° 9' de longitud Este, Greenwich. Dista setenta y seis millas del mar y noventa de Antioquía. Comunica con Europa por Iskenderun y Latakia; con el Egipto por Damasco y El-Arish; con el Asia Menor por Tarso, y finalmente con la Armenia por Diarbekir. Es probable que empezase a adquirir importancia desde la destrucción de Palmira, a la que sucedió. Estaba, como su antigua rival, admirablemente situada para los negocios mercantiles, mientras que el desierto era el solo medio de comunicación con el Oriente. Las caravanas de Bagdad y de Basora le llevaban los productos de la India y la Persia, y Alepo las dirigía luego a todos los puntos de Europa. Así llegó a ser una de las ciudades más importantes del imperio otomano. Pretendía se la considerase como capital de la Siria, no cediendo en grandeza, opulencia y población, sino a Constantinopla y al Cairo; pero, desde que se descubrió la vía marítima a las regiones orientales, comenzó a decaer, y ha seguido siempre declinando. Los destrozos del temblor de tierra de 1822, contribuyeron también a poner más de manifiesto su actual decadencia.

En el radio de algunas millas la rodean colinas poco elevadas, abrazando un circuito de siete, si se incluyen sus vastos arrabales y los valles intermedios; pero la ciudad en sí no tiene más de tres millas y media de circunferencia. Sus murallas no indican grande antigüedad, y el estilo de su arquitectura induce a creerlas de construcción sarracena. El foso que había alrededor está, o lleno de escombros, o convertido en jardines. Sus puertas son nueve; dos al sur, dos al este, dos al norte y tres al oeste. Las habitaciones se hacen notar no menos por su elegancia que por su solidez. Todas son de azotea, lo que proporciona a los que las ocupan un punto de reunión donde disfrutar de la fresca brisa que sopla por las noches. Las calles están bien empedradas y muy limpias, y para la comodidad de la gente de a pie tienen una acera a cada lado.

Las mezquitas de Alepo, aunque en gran número, nada ofrecen de notable respecto de la arquitectura; la mayor parte, si no están completamente ruinosas, han sufrido mucho con los terremotos. Entre todas se distinguen Djamé Zacarié y El-Halawé. La primera en su origen era una iglesia cristiana, y aun goza hoy fama de santidad entre los musulmanes. Hay diez o doce modestos edificios consagrados al culto cristiano. El convento de Tierra Santa está situado en el caravasar El-Sehebene; el de los Capuchinos en el Janabié, y el de los Lazaristas en el Bendequié.

Suministran agua a Alepo dos manantiales que brotan cerca de Heilan, aldea distante unas ocho millas al norte de la ciudad, a donde la lleva un acueducto, distribuyéndola a las fuentes públicas, baños y serrallos, una cañería de tubos de plomo. Se cree que este cueducto data desde la fundación de Alepo; pero fue restaurado, según parece, primero por la madre de Constantino, y

después por Al-Melek-el-Daher, hijo de Saladino. El Kowih (el Chalus de los antiguos) es en verano un hilo de agua que se arrastra lenta y silenciosamente hacia el oeste de la ciudad; pero en invierno es un río formidable. Nace al norte, cerca de Aintab, al pie del monte Tauro, y a un cuarto de milla de una de las puertas occidentales, se dirige de repente al este, luego cambia otra vez de curso, y por último se pierde en un pantano, a seis leguas de Alepo.

La ciudad está dividida en cuarteles o distritos, cada uno habitado por una población distinta. El principal, llamado El-Medina (la ciudad), es el de los europeos y turcos de distincion. En El-Djedaide habitan casi exclusivamente cristianos de todas las sectas. Los judíos están confinados en un barrio, conocido con el nombre de Bahrita. Los turcomanos, los árabes y los kurdos viven en los arrabales al este de la ciudad. Cerca de la punta nordeste de Alepo se encuentra el castillo (el Kalaat), sobre una montaña, de forma circular. Lo rodea un profundo y ancho foso, de media milla de circunferencia, y en las murallas hay torres de distancia en distancia. El espacio interior está cubierto de ruinas.

Mientras permanecí en Alepo, temía continuamente un temblor de tierra. Se sentían frecuentes sacudimientos; pero eran ligeros, y no ocasionaron la muerte de nadie. Un día, a poco de haber llegado, estando de visita en casa de uno de los cónsules y sentado junto a él en un diván, interrumpió de repente nuestra conversación un ruido sordo que venía de afuera, y al que siguió cierta agitación momentánea en todos los objetos; pareció que la casa subía y bajaba alternativamente, como un buque movido apenas por las olas. Cuatro o cinco personas se hallaban en el cuarto a la sazón, y exclamando «Zelzalé» (temblor de tierra) corrieron a la calle. Yo no sabía qué partido tomar; pero, no me atreví a seguir su ejemplo, por temor de que las paredes cayesen sobre mí y me aplastasen. Me entregué, pues, en manos de la Providencia, y aguardé el resultado con verdadero estoicismo musulmán. El sacudimiento no duró arriba de algunos segundos; varias personas se sintieron mal y con náuseas. A cada instante esperábamos un nuevo sacudimiento mayor que el primero. Felizmente para la ciudad y sus habitantes, la dirección fue horizontal; a haber sido vertical, la destrucción de Alepo era inevitable.

La sociedad europea se ha reducido en Alepo, tanto por la ruina del comercio como a causa del terrible temblor de tierra acaecido en 1822, a las familias de los agentes consulares y otras cuantas establecidas allí con objeto de dedicarse a negocios mercantiles. Las diversiones en la ciudad están limitadas a reunirse y departir alegremente unos con otros, a no ser que se haya suscitado algún pique, lo cual es muy común. En el Carnaval se dieron bailes y conciertos; pero se me figuraron muy monótonos.

La población de Alepo no pasa de setenta mil almas. Los habitantes son sobrios y de costumbres arregladas; y tienen fama de ser dulces y pacíficos, excepto cuando los impelen disputas religiosas. En los tres meses que pasé allí, no hubo un solo ejemplo de tumulto popular; no sucediendo así bajo el despotismo de los genízaros.

El traje europeo suele verse en las calles de Alepo, aunque sólo entre los hombres, pues las mujeres llevan todas el de Siria, con leve diferencia en la forma del turbante. Los jardines son simples trozos de tierra cultivada, donde crecen árboles frutales, mezclados con algunas legumbres, pero rara vez se ven flores; asilos agradables durante los calores del día o de la noche, para oír el canto del *bulbul* (ruiseñor), dispuestos sin el menor gusto. Al oeste y al sudoeste de la ciudad, en las pendientes de las colinas que imitan las dos orillas del río, hay plantadas vides, olivos e higueras.

A unas diez y ocho millas de Alepo se encuentra el valle de la Sal, llamado así a causa del lago que forman las lluvias del invierno unidas al río de Hahab, y a los torrentes que bajan de las montañas circunvecinas; este lago es poco profundo, aunque muy extenso, y las aguas, evaporándose en el verano, dejan superficialmente y separada del suelo una corteza de sal cristalizada, que se recoge en el mes de agosto y lleva en sacos a la aldea de Jibul, donde se almacena hasta la época de la venta.

A seis leguas próximamente de la ciudad y al norte del camino, está el convento ruinoso de San Simón Estilita, que en los siglos VI y VII, era célebre por los honores tributados a este santo y

por lo grande y magnífico de su construcción. Muéstranse aun a los piadosos peregrinos algunos restos de la famosa columna sobre la cual vivió San Simon tantos años.

Cuando un viajero europeo llega a contraer los hábitos indolentes de los orientales, necesita una grande energía moral para romper las cadenas que le imponen, y que no son, como diría uno de estos últimos, sino de seda. Así se explica mi permanencia en Alepo; pero al fin, el ansia siempre creciente de contemplar las maravillas de la naturaleza y de las artes, más bien que la vergüenza de mi haraganería, me sacó de aquella especie de letargo. Compré dos caballos de raza turcomana, uno para mí y otro para mi criado; alquilé ademas una mula, que llevase el bagaje; y el 23 de marzo de 1831 salí de Alepo con una lluvia fina, fría y penetrante. Nada digno de atención vimos en las primeras diez o doce millas. Más lejos observamos una cavidad extraordinaria abierta en la roca, parecida al cráter de un volcán; pero no había lava alrededor. Los habitantes la llaman la «aldea sumergida.»

Al cabo de ocho horas estábamos en Termine, aldea compuesta de unas cuantas chozas, cuyos dueños, que son *fellahs*, crían mucho ganado. Allí pasamos la noche. Al día siguiente, después de atravesar las montañas pedregosas y calizas que limitan el valle al Oeste, bajamos al distrito habitado exclusivamente por los turcomanos Ryhanlu; serie de montañas y de valles que se extienden a cosa de cuarenta millas en la dirección del noroeste, y cuya anchura media no cuenta menos de quince o veinte. Los turcomanos levantan sus tiendas en la pendiente de las colinas y cultivan los valles. A fines de setiembre empiezan a aparecer en la llanura de Antioquía, donde establecen sus cuarteles de invierno hasta mediados de abril, época en que las moscas atormentan ya sus caballos y sus rebaños. Dirígense entonces a Marash, y permanecen un mes en sus cercanías; pasado el cual se marchan a las montañas de Gurun y de Albostan, donde ocupan las de Keukduli, Sungulu y Kasa Doruk. En el otoño atraviesan de nuevo las llanuras de Albostan, y vuelven a Antioquia por el mismo camino.

Nosotros seguimos el que costea el pie de las montañas meridionales, y al cabo de siete horas llegamos a Khareim, plaza fuerte que parece haber sido construida en la edad media, y que hoy se encuentra totalmente ruinosa, sólo pudimos hallar abrigo en la caballeriza, y para eso fue preciso echar fuera a unos pobres gitanos, que allí se conocen con el nombre de Kurpadh, y están diseminados por la Anatolia y la Siria. La noche que pasamos nos hizo expiar este acto de injusticia, pues nos acometieron enjambres de pulgas impidiéndonos cerrar los ojos.

El 25 continuamos nuestra marcha al Oeste, y después de vadear muchos torrentes, pequeños pero profundos, que bajan de las montañas del Sur, pasamos el Orontes por un puente de piedra, llamado Djissr-el-Hadid (puente de hierro) a causa de las puertas guarnecidas de hierro que tiene en las dos extremidades. Ha sido reconstruido últimamente por un ingeniero francés que habita en Alepo. Al oeste del puente hay una aldea de kurdos, tributarios del mutzelin de Antioquía, que dista hora y media de la Bab-Bulos (puerta de San Pablo) una de las puertas de la ciudad contigua, pues la moderna, denominada Antaki, está media milla más lejos, hacia la extremidad occidental de las murallas. Nos apeamos en casa de Djorjos Dip, agente general europeo, a quien conocí en Alepo y que me recibió del mejor modo imaginable. Desde las ventanas de la casa de Djorjos Dip, la vista se extiende sobre el Orontes y el valle en dirección del mar. Precisamente en este sitio del río se ha construido un dique para hacer girar un *nauta* o rueda hidráulica de treinta o cuarenta pies de diámetro, que provee de agua la ciudad y en especial los baños.

La ciudad moderna de Antioquía no ocupa arriba de una quinta parte del antiguo recinto. Las casas se diferencian de las del resto de la Siria por su poca elevación y sus techos de teja en declive. No tienen más que un piso, probablemente para precaverse contra los sacudimientos de los temblores de tierra[125]. Sus mezquitas no merecen llamar la atención. Sus habitantes, en número de seis mil, son gobernados por un *mutzelim* tributario del bajá de Alepo.

125 Antioquía fue casi demolida por terremotos en los años de C. 340, 394, 396, 456, 526, 528 y 568. Este último temblor costó la vida a más de setenta mil personas.

Quedan apenas vestigios de edificios antiguos en el recinto de la ciudad moderna; y no hay notable más que las murallas y el acueducto. La ciudad antigua estaba situada en la cima y la pendiente septentrional de dos altas colinas, y en la llanura que se encuentra entre ellas y el Orontes. Componíase de cuatro ciudades distintas o barrios, por lo que a veces la llamaban Tetrápoli. La colina del sudeste es elevada y muy áspera; la del éste es más baja y tiene una meseta en su cima. Las murallas que existen todavía, aunque en pésimo estado, indican claramente los límites de la ciudad. Forman casi un rectángulo, y el espacio que comprenden puede tener de tres a cuatro millas de circunferencia. Su excelente construcción es causa de que haya resistido los efectos del tiempo y los sacudimientos de los temblores de tierra. Carecen de almenas, y se sube a ellas por escaleras cortadas en la piedra; arriba hay un ancho paseo adornado con hermosas torres a igual distancia unas de otras. En el ángulo que mira al sudeste existe un profundo barranco, de unos veinte y cinco pies de ancho, formado por dos precipicios casi perpendiculares. Cerrábalo una pared sólida, de setenta pies de alto, que aun subsiste casi toda. Al este del barranco hay algunas excavaciones y nichos abiertos en la roca; las primeras sirvieron de catacumbas, los nichos son posteriores. La puerta que conduce al barranco se llama Bab-Hadid (puerta de hierro). Había, además de ésta y de Bab-Bulos, otras tres principales: Bab-el-Djenein (puerta de los jardines) que daba al norte, Bab-el-Djissr, en el ángulo del noroeste, y Bab-Lataquí (puerta de Laodicea) al oeste.

11.
Alrededores de Antioquía.

Iskenderun.—Payus.—Beylan.—Vuelta a Antioquía.—Dafne.—Zoiba.—Suedieh.—-Seleucia.—Gebel Okrab.—Ayn-Hader-Bey.—El Orontes.—Turcos fanáticos.

Deseando acompañar hasta Iskenderun a un amigo que iba a embarcarse para Europa, salimos el 27 de marzo de Antioquía por la puerta de Bab-el-Djissr. La primera parte del camino atraviesa una rica planicie de aluvión que se extiende al norte-nordeste de la ciudad, y al cabo de cinco leguas penetra en las montañas de Beylan, el antiguo Amanus, que la separan de la costa. Este desfiladero que denominaban Pile Siria, es célebre en la historia como el paso por donde Darío condujo su formidable ejército, desde las llanuras de Asiria hasta la costa de Cilicia, algunos días antes de la batalla de Iso; y de su posesión dependen aun las comunicaciones entre la Siria y la Anatolia. A la entrada del desfiladero hay un caravasar y una aldea, cuyo nombre es Karamut; y a media legua de la aldea da principio el camino que conduce al otro lado de la montaña a la ciudad de Beylan; pero es tal su deterioro, que en muchos sitios tuvimos que apearnos y llevar de la diestra nuestras monturas. Cerca de la cima nos paramos y volvimos el rostro para disfrutar de la hermosa vista que se prolongaba al este sobre la gran llanura de Antioquía y al norte sobre el lago de este nombre sirviéndole de límite la cadena del Tauro. Ademas del río Aprin, cortan la llanura muchos otros en diferentes direcciones, y produciendo el más pintoresco efecto. El lago Bahr Agulé o lago Blanco, abundante en peces, podrá tener cuarenta millas de circunferencia, y vierte el sobrante de sus aguas en el Orontes.

La ciudad de Beylan se halla situada en los dos declives de un valle profundo, estrecho y elevado, desde el cual se ve el Mediterráneo, y la corta en dos mitades un riachuelo que se precipita de las montañas. Las casas son de azotea, y están rodeadas de multitud de árboles, que contrastan con las masas de roca desnuda y forman una agradable perspectiva. Beylan, por su posición, la pureza de su atmósfera y lo bueno de sus aguas, es sin duda una de las mejores ciudades del norte de la Siria. En otro tiempo la frecuentaban los europeos de Alepo y Alejandreta, y hoy residen allí muchas ricas familias turcas.

A medida que se baja la vertiente occidental del monte Amano, va presentándose a la vista un espectáculo más lleno de belleza. La magnífica bahía de Iskenderun, formada por el cabo Khanzur

(Rhossus) al Sur y el de Ayasti al Norte, con una línea de costas muy extensa, es decir, las de la Caramania, la antigua Cilicia, que se prolongan a gran distancia al Oeste; la pintoresca ciudad de Beylan; la llanura perfectamente cultivada, cuyo verdor se confunde con el azul del Mediterráneo... Hacía tiempo que no veía el mar, y confieso que me costó trabajo para resistir la tentación de volver al seno de mi patria y abrazar de nuevo a mis amigos.

La miserable aldea de Iskenderun está situada en una lengua de arena; y su bahía, muy frecuentada en otro tiempo por su excelente fondeadero, el más seguro de toda la costa de Siria, es hoy visitada con terror por los marinos, a causa de la insalubridad del aire que en ella se respira y que un buen sistema de desagüe pudiera restituir a su estado primitivo.

Iskenderun, la antigua Alejandría *ad Issum*, la última ciudad de la Cilicia, o Alejandreta, como la llaman los europeos, es el puerto natural de Alepo, donde dista unas ochenta millas. La ciudad no es más que un montón de ruinas, hallándose reducida a algunos almacenes de los mercados de Alepo. El bazar se reduce a media docena de tiendas donde el viajero entra, si quiere, a tomar café o comprar tabaco. El estado del comercio es tal, que ningún buque, a menos de hallarse fletado, puede cargar en un solo puerto de la costa, sino recorriéndolos todos, desde san Juan de Acre hasta Iskenderun, y a veces yendo hasta Chipre.

El 30 salí a visitar algunos sitios interesantes de los alrededores, en particular a Payas, la antigua Baya, que se encuentra en el lado opuesto del golfo, a la distancia de unas diez y seis millas. Según opinión general, la memorable batalla que decidió la suerte de Dario y del imperio de los persas se dio allí. La ciudad de Payas era, hace algunos años, rica y populosa; y hoy está casi desierta. Sólo queda como testigo de lo que fue, un magnífico cuerpo de edificio, compuesto de un bazar, un caravasar, baños, una mezquita y un castillo. A nuestra vuelta, nos sorprendió un violento huracán, seguido de torrentes y de lluvia.

El 1 de abril salí de Iskenderun con intención de atravesar el cabo Kansir (Rossus) para ir a Suedieh, y volver a Antioquía por el valle del Orontes. Después de seguir la costa durante una hora, dirigiéndome hacia el Sur, llegué al Beylan-Su, o río de Beylan, formado de la reunión de los riachuelos que bajan de las montañas de este nombre. Dos horas y media más tarde me detuve en la lengua de tierra que separa la llanura de Iskenderun de la de Arsus, y almorzamos al borde de una fuente.

La aldea de Arsus, compuesta de veinte a treinta chozas, se halla situada en las dos orillas de un riachuelo que baja de las montañas al Este. Todos los habitantes son *fellahs* o cultivadores. El jeque, tributario del bajá de Adana, me negó por algún motivo desconocido el permiso de continuar mi marcha en aquella dirección. Me vi, pues, en la necesidad de volver a Antioquía por Beylan y la misma llanura que había ya atravesado.

Algunas palabras más sobre Antioquía. Esta ciudad, de que la aldea moderna de Antakí es humilde representante, se llamaba Riblath antes de la conquista de los macedonios; pero Seleuco Nicator, uno de los generales de Alejandro, habiéndola elegido por capital de su futuro gobierno, le dio el nombre de Antioquía, en honor de su padre Antioco. Durante muchos siglos, residieron en ella los reyes siro-macedonios, y en la época de la dominación romana los gobernadores de la provincia. Vespasiano, Tito y otros emperadores le concedieron grandes privilegios. En Oriente había varias otras ciudades del mismo nombre; pero la Escritura sólo cita a Antioquía Pisidia, en el Asia menor, y a la que nos ocupa en este momento.

El recuerdo de los privilegios y de la importancia eclesiástica de la antigua ciudad (pues llegó el caso de apellidarla *Ojo de la Iglesia de Oriente*) asaltó mi espíritu, comparando lo que fue con lo que es. Hoy los pocos cristianos que residen dentro de sus muros no tienen un templo siquiera, y celebran los oficios en una gruta a media milla de la población. ¡Ah! la plaza fuerte, preciada joya de la Roma cristiana, postrada en el silencio y las tinieblas, no ofrece ya más que un montón de ruinas informes, y yace sin vida, aunque hermosa aun después de muerta.

Con intención de visitar el sitio que se supone ser el célebre bosque de Dafne, salí el 6 de abril. En el itinerario de Jerusalén, el palacio de Dafne está situado a cinco millas de Antioquía, en

el camino de Latakié. El viajero, después de pasar al pie de las montañas, al través de los bosquecillos de mirtos y moreras, llega a un sitio llamado Beit-el-ma, la casa de agua. A la extremidad septentrional ve un valle donde muchos manantiales brotan de las rocas con prodigioso ruido, y una vez que han hecho girar varios molinos, se reúnen y forman una doble cascada, dirigiéndose luego al Orontes. Estos manantiales pasan por ser los que contribuyeron a la magnífica vegetación del bosque de Dafne, que plantó Seleuco, rey de Siria, para hermosear su capital, y que en lo sucesivo fue tan fatal a los veteranos del ejército de Roma, a causa de la licenciosa voluptuosidad que reinaba en su recinto. Encima están los cimientos de un antiguo edificio, que quizá fuese el templo de Apolo. Al celo de los primeros cristianos debe atribuirse la desaparición de los laureles sagrados[126] que hacían famoso este sitio y que tanto veneraban los gentiles. Al sur del valle, las colinas ostentan una rica vegetación; sobre todo el plátano se desarrolla de un modo extraordinario y ofrece un delicioso retiro durante los calores del día.

Si realmente se encontraba en estos parajes el bosque de Dafne, cualquiera que sea su actual estado de abandono, cabe aun formarse una idea ventajosa de lo que sería, cuando lo hermoseaban los primores del arte, los templos, las estatuas, todas las riquezas de que era entonces pródiga la arquitectura.

Al volver a Antioquía penetré en las montañas que surgen al este del camino, para visitar otra gran fuente, llamada Zoiba, cuyas aguas proceden de un sitio muy elevado de la montaña. En su descenso a la llanura, se precipitan sobre rocas enormes, formando hermosas cascadas y baños para las ninfas y náyades con que la imaginación se divierte en poblar estos poéticos lugares.

El 7 salí con dirección a Suedieh, situada en una llanura, a cinco leguas y media de Antioquía y a una legua del mar. Es una grande aldea, o más bien una serie de pagos y de casas desparramadas, aunque comprendidas bajo el mismo nombre, donde habitan *fellahs* cristianos y algunas familias *anzeyrys*. Me apeé en casa de Hadj Yusuf Saba, principal cristiano del lugar, para quien llevaba cartas de recomendación, entre otros de Mr. Barker, cónsul inglés en Alejandría. El clima de Suedieh tiene fama de muy sano; el suelo y la posición son a propósito para el cultivo de la vid; así pues, sentí no poder detenerme hasta la época de las vendimias, con objeto de ver la calidad de las uvas, particularmente de las especies europeas que cultiva Mr. Barker.

Deseando visitar las ruinas de Seleucia *ad mare*, me dirigí el 8 a la aldea de Kepse, que dista tres cuartos de legua de Suedich, y ocupa el sitio de la antigua ciudad. Un gran número de grutas sepulcrales, abiertas en la roca con que linda el camino, indica su aproximación. Penetramos en el recinto por la puerta del Sudeste, y el primer objeto que atrajo nuestra atención, fue un canal que ponía a la ciudad en comunicación con el mar. Tiene quince pies de ancho, y su profundidad varía de quince a veinte pies. En la llanura, al sudoeste, había un vasto estanque para recibir a los buques que entraban hasta allí por un canal estrecho; al norte se ve una torre y otra al sur de la entrada.

La ciudad fue construida por Seleuco Nicator, inmediatamente después de haber vencido a Antígono y cuando aun no estaba seguro en el trono. De los magníficos templos y edificios que menciona Polibio, no quedan, para satisfacer la curiosidad del viajero anticuario, más que algunos trozos de columnas. ¡Qué triste espectáculo el de una gran ciudad marítima, donde el eco repetía en otro tiempo las confusas voces de millares de individuos, y que no cuenta hoy un solo habitante; cuyo puerto está cegado; cuyos muelles, llenos durante tantos siglos de marinos, no veían en aquel momento más criatura viviente que yo!

Dejé a Seleucia, y atravesando la llanura hacia el Sur, por espacio de cuatro millas, me dirigí a la embocadura del Orontes. El Gebel-Okrab (monte Casio) contemplado desde allí, produce muy buen efecto, se eleva del seno del mar hasta la altura de cinco a seis mil pies, y termina en pico agudo. Su parte inferior está cultivada; pero cerca de la cima, es pardo y carece de árboles, de donde le viene el nombre Okrab, que significa calvo en árabe. Partiendo de la desembocadura del río, subí por la orilla derecha hasta una ancha cuenca, antiguo puerto de Antioquía, que dista del mar como una milla.

---

126 Aquí fue cambiada en laurel la ninfa Dafne.

Queriendo hacer una excursión en las cercanías de Suedieh, me puse en marcha el 9 con mi amigo Yusuf Saba, y al cabo de tres cuartos de hora estábamos en la fuente Ayn-Huder-Bey, cuyas aguas contribuyen tan poderosamente a la fertilidad y riqueza de Suedieh. Su situación es en extremo pintoresca, y el camino inspira grande interés por la variedad de los puntos de vista que se presentan a cada paso. A dos leguas de Suedieh encontramos a Babila, sobre una colina; y andando media legua más, a Betias-Molias, con las ruinas de un antiquísimo convento cristiano. Allí permanecimos la mayor parte del día, y por la tarde bajamos al valle que estaba a nuestros pies. Los aldeanos que lo habitaban, me parecieron bien formados, y las mujeres llamaron nuestra atención por la inmensa cantidad de antiguas monedas de plata que llevan en las trenzas de sus cabellos.

El Orontes, cerca del sitio en que, saliendo de las montañas, entra en la llanura, antes de arrojarse definitivamente en el mar, presenta, aunque no sea muy ancho, el aspecto de un hermoso río, profundo y rápido, navegable para buques de cien toneladas. Como no había allí ninguno, lo atravesamos en una barca, cuya proa estaba sujeta con un anillo de hierro a una cuerda atada en las dos orillas, de suerte que no necesitamos más que deslizarnos a lo largo de esta cuerda, sin ayuda del barquero. Sin embargo, como la barca era pequeña, y nuestros caballos no estaban acostumbrados a aquella clase de movimiento, fue preciso pasarlos uno a uno, y la operación se alargó bastante.

Una vez efectuada, empezamos a subir por la orilla izquierda del río, y al cuarto de hora penetrábamos en un desfiladero de sorprendente belleza. Vese desde allí el Orontes, durante más de dos leguas, correr entre elevadas colinas, serpenteando siempre que el terreno ofrece obstáculos a su libre curso. No hay expresión capaz de dar exacta idea de la abundante variedad de árboles que crecen por todos lados. El mirto, el laurel, la vid salvaje, la adelfa, el madroño, el plátano, el sicomoro, y ademas infinidad de árboles frutales en flor, exhalando un suave perfume... Lo único que sentíamos era la distancia de nuestra patria, que nos impedía frecuentar tan delicioso sitio.

A dos leguas de la entrada oriental del desfiladero, las montañas de la orilla derecha bajan de improviso, y poco después se descubre de nuevo la llanura de Suedieh, limitada al Norte por la cadena del Gebel-Akhomar (Pierius). El Kara-su, o *Agua Negra*, nombre que más bien caracteriza el color de su cauce que la calidad de sus aguas, se arroja en el Orontes casi en este mismo paraje. A la derecha del camino hay una hermosa fuente llamada Semanié, donde los viajeros acostumbran detenerse.

Por la tarde volvimos a montar a caballo, y en tres horas nos pusimos en Antioquía. El 13 de abril salí con dirección a Latakieh, y el 14 al oscurecer estábamos en El Urdi (la antigua Bacchais), grande aldea cuyos habitantes son *fellahs* o cultivadores. El 15, a eso de mediodía, después de dejar a El Urdi, empezamos a subir una cadena de montañas poco elevadas, que se extienden del Gebel Okrab al Sudeste, áspera y muy fatigosa para las caballerías a causa de las últimas lluvias y de los torrentes, en realidad formidables. Al cabo de cinco horas de marcha, torcimos a la derecha y llegamos a Naki, aldea habitada exclusivamente por *anzeyrys*. El jefe, en cuya casa me apeé, era un guapo joven que me admitió en su familia más bien como amigo que como extranjero. Despreocupado en materia de religión, advertíase en su conducta un candor y una benevolencia que me cautivaron, pues no estaba acostumbrado a ver tales maneras en los turcos. Me invitó a que pasase en su compañía algunos días; pero mi impaciencia por llegar a Latakié, no me permitió aceptar.

A las dos horas de haber salido de Haki, encontramos una pequeña caravana de turcos fanáticos, que se manifestaron indignados de que «un perro cristiano» vistiese mejor que ellos y viajase más cómodo. Hasta me preguntaron por qué y contra quién llevaba armas ofensivas. Iba a responderles, cuando sobrevino un chaparrón que puso fin al altercado, obligándonos a buscar a toda prisa donde guarecernos de la lluvia.

Tres horas después estábamos en el *wady* Kándil (valle de la Lámpara) que el río de este nombre atraviesa serpenteando y dirigiéndose hacia el mar. Kándil es un valle encantador, poblado de árboles de todas clases. Al aproximarnos a Latakié, pasamos por la aldea de Besneada, que ocupa

en la llanura una pequeña eminencia, y adonde van las familias europeas de la ciudad, durante el verano. Una hora después entramos en Latakié.

12.
Latakié.

Ejemplo de probidad musulmana.—Descripción de Latakié.—La marina o el puerto.—Comercio y recursos de la ciudad.—Sus antigüedades.—Sahiun.—Imprudencia de unos soldados albaneses.—Mr. Muza Elías.—Partida.

Yo llevaba cartas de recomendación para Mr. Muza Elías, comerciante cristiano y agente de Inglaterra en Latakié; así, no habiendo posada, me dirigí a su casa con intención de proporcionarme, por su conducto, una habitación cómoda; pero, no accedió a ello, y tuve que aceptar la oferta de un cuarto en su misma casa.

Al salir de Alepo había confiado al conductor de una caravana un rollo de sequíes por valor de cincuenta libras esterlinas, con orden de entregarlo a Mr. Elías, en Latakié. No le exigí recibo, porque en materia de comercio la palabra de un musulmán, dada en presencia de otro, vale lo que un billete. En efecto, la cantidad estaba en poder de Mr. Elías.

Latakié se halla situada en la orilla septentrional de una lengua de tierra, cuyo nombre es cabo Ziaret; en otro tiempo estaba murada, pero hoy es una ciudad abierta. En el barrio nuevo, al nordeste, las casas se elevan en medio de jardines y plantíos. Las casas son casi todas de azoteas, y los habitantes, como en Alepo y otros puntos de Oriente, acostumbran dormir allí mientras duran los calores del verano. Los temblores de tierra han causado a Latakié graves perjuicios, principalmente el de 1822. A esto y a la decadencia de su comercio debe atribuirse la disminución gradual del número de habitantes; pues sus veinte mil almas se han reducido a seis o siete mil, la mayor parte musulmanes, famosos por su santurronería e intolerancia. Además de ocho o diez mezquitas que poseen en lo interior de la ciudad, han empezado a construir otra sobre una colina, que promete ser muy hermosa.

El puerto de Latakié, llamado la Escala o la Marina, forma una ciudad distinta de la ciudad alta, de la cual lo separa un espacio de cerca de media milla, ocupado por jardines y huertas. Se compone de dos calles paralelas a la orilla, y de otra que conduce de la ciudad al mar; y está lleno de cafés y otros sitios de reunión para los marinos. El puerto es poco profundo; pero está bien abrigado, excepto al oeste. Las principales mercancías que se exportan de Latakié son el tabaco que crece en las montañas de Anzeyr, al este de la ciudad; el algodón y la seda cruda productos de la llanura vecina. Las importaciones consisten en arroz procedente de Egipto, vino de Chipre y efectos de quincalla.

Los bazares de Latakié son pobres e insignificantes, y testifican la decadencia de su comercio. Lo único en ellos que atrajo mi atención fue el tabaco. El que se produce en su territorio, goza de gran reputación en Egipto, donde se consume la mayor parte, mientras que el de Salónica, tan apreciado en Constantinopla, halla apenas un comprador en aquella provincia. El color oscuro que le distingue del tabaco ordinario proviene del humo de una especie de madera, llamada *hezez*, que se quema debajo de la planta cuando está suspendida del techo para comunicarle vigor.

Latakié o Ladekié, como dicen los habitantes del país, representa la antigua Laodicea, nombre que le dio Seleuco Nicator, su fundador, en honor de su madre. Se la apellidaba *ad mare*, para diferenciarla de otras ciudades del mismo nombre que se encuentran en lo interior. En tiempo de las cruzadas su papel fue menos importante que el de las otras ciudades de la costa, a causa de su mayor distancia de la Tierra Santa. Entre los vestigios de la antigua ciudad es notable un arco de triunfo colocado en el ángulo sudeste de la moderna, en la dirección del camino de Trípoli. Cada cara presenta una hermosa arcada con columnas y pilastras de orden corintio, y encima un frontis

bajo y un piso adornado de trofeos militares. Probablemente fue erigido en honor de algún emperador romano, quizá de Septimio Severo, oriundo de Siria. No lejos de la arcada que conduce al puerto, hay cuatro columnas corintias con sus arquitrabes bien conservadas. En una calle que va a parar a los bazares hay una hilera de columnas pequeñas de granito oscuro, que parecen muy antiguas. En un jardín del centro de la ciudad se nos enseñó una columna de mármol rota, sobre la cual existe una larga inscripción griega casi borrada.

Al sudeste de la ciudad hay una colina llamada Sahiun, de una milla de largo, y cuya cima forma una meseta; está cubierta en parte de olivos. Allí surgía la Acrópolis, de la que sólo restan algunos pozos y cisternas, y al noroeste, cerca del mar, estaba la antigua Necrópolis, o «ciudad de los muertos.» El aire de Latakié pasa por ser muy sano; sin embargo, el agua es mala, y la que beben los habitantes se trae de muy lejos. Cuando me paseaba con mi amigo en los plantíos próximos al puerto, algunos soldados albaneses que acababan de desembarcar procedentes de San Juan de Acre empezaron, para divertirse, a descargar sus escopetas, y a fin de aumentar el ruido, las cargaron con bala. A punto estuvimos de ser víctimas de su imprudencia, pues sólo tendiéndonos en el suelo logramos librarnos de sus balas, que silbaban sobre nuestras cabezas.

Los quince días que pasé en casa de Mr. Muza Elías, se me trató como a un individuo de la familia. Habiendo traído conmigo una batería de cocina, mi criado me preparaba las comidas, arreglo en que nuestros huéspedes convinieron, por ser la época de la cuaresma de los griegos y no estarles permitido comer ninguna especie de carne. Pasaba la noche con la familia, compuesta de la esposa de Mr. Muza, dos hijos y tres hijas. Trabajo me costó separarme de tan hospitalaria gente; pero al fin fue preciso que me embarcase para Chipre, y desde el buque contemplaba con el corazón oprimido las casas de aquella ciudad donde se habían deslizado algunas de las horas más felices de mi vida. Una suave brisa me alejó de la orilla, y pronto los ojos no vieron ya más que la línea sombría y confusa de la costa.

CLÁSICOS DE HISTORIA

http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/

500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
499 Pere M. Rossell, *La Raza*
498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
495 Francisco Raull, *Historia de la conmoción de Barcelona en... julio de 1835*
494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política… y otros textos*
492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
461 *Los ilustrados y la esclavitud*
460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*

456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (6 tomos)
452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y oros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
444 Publilio Siro, *Sentencias*
443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzel, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
427 Georges Desdevises du Dézert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en* Ken *1938-1939*
424 Dolores Ibárruri "Pasionaria", *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*
420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
410 Tertuliano, *Apologético*
409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*

406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
404 Ángel Pulido, *Españoles sin patria y la reza sefardí*
403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
402 George Dawson Flinter, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia… desde el año de 1494 hasta el de 1532* (2 tomos)
399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes* (2 tomos)
395 *Los españoles pintados por sí mismos* (3 tomos)
394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine* (13 tomos)
392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*
390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*
388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña (1885)*
382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*
378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China (1715-1733)*
375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china (1723-1740)*
374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China (1602)*
373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía 1698-1701*
372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*
370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*
368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario "Ahora"*
367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*
366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardides de que se sirven los extranjeros…*
363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana 1931-1935*
362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid 1933-1935*

356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
353 Manuel de Odriozola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California (1774-1799)*
350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra (1893-1895)*
348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
347 Felipe Guaman Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas 1930-2000*
342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano (1936-1939)*
341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de "Gracia y Justicia" (1931-1936)*
340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña (1640-1648)*
337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II* (4 tomos)
317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)*
316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo (Anti-Kautsky)*
314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano (artículos y discursos, 1930-1932)*
312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
311 Teofrasto, *Caracteres morales*
310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry (Selección de las miniaturas)*
309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum (selección de los grabados)*
307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*

306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg* (3 tomos)
301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia (2014-2018)*
299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra… (1793-1795)*
295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
269 Homero, *La Odisea*
268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
266 *El orden público en las Cortes de 1936*
265 Homero, *La Ilíada*
264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*

256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
255 Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*
254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario* Ahora *del 16 de febrero de 1934*
252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania… en el año de 1546 y 1547.*
246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
236 Platón, *Las Leyes*
235 Baltasar Gracián. *El Político Don Fernando el Católico*
234 León XIII, *Rerum Novarum*
233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguæ latinæ exercitatio*
231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
229 *Concilio III de Toledo*
228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
225 José Echegaray, *Recuerdos*
224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
221 *El Corán*
220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
215 *Textos de Historia de España*
214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*

206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón* (4 tomos)
200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o… de la guerra contra los indios.*
198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
194 Platón, *Critias o la Atlántida*
193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
190 Tomás Moro, *Utopía*
189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
187 Cayo Veleyo Patérculo, *Historia Romana*
186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
179 Platón, *La república*
178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
176 Dante Alighieri, *La monarquía*
175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
173 Aristóteles, *La política*
172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico… hasta la época presente* (cuatro tomos)
157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*

156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
152 Luis Astrana Marín, *Gobernará Lerroux*
151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
148 José María Blanco White, *Autobiografía*
147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
135 *Códigos de Mesopotamia*
134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España.* Versión de Hinojosa
122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
114 *Crónica de San Juan de la Peña*
113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*

106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
82 Pomponio Mela, *Corografía*
81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
74 Egeria, *Itinerario*
73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
71 Roque Barcia, *La Federación Española*
70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus* (de *Al-Bayan al-Mughrib*)
68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*

56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
51 *Historia Silense, también llamada legionense*
50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
48 *Anales Toledanos*
47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
46 George Borrow, *La Biblia en España*
45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
44 Charles Fourier, *El falansterio*
43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
33 Carlos V, *Memorias*
32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
29 Plutarco, *Vidas paralelas*
28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
21 *Crónica Cesaraugustana*
20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
18 Juan de Biclaro, *Crónica*
17 *Crónica de Sampiro*
16 *Crónica de Alfonso III*
15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
13 *Crónica Albeldense*
12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*

6 Idacio, *Cronicón*
5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
4 *Ajbar Machmuâ*
3 *Liber Regum*
2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)